

Simón Bolívar

y nuestra Independencia

Una lectura latinoamericana

Néstor Kohan



Ediciones digitales de
LA ROSA BLINDADA

*** Apéndice I**

Rodolfo Walsh: «Un ensayo sobre San Martín»

*** Apéndice II**

**Del «Bolívar» de Karl Marx
al marxismo bolivariano del siglo XXI**

(Índice al final del volumen)

*“¡Lo imposible es lo que nosotros tenemos que hacer,
porque de lo posible se encargan los demás todos los días!”*

Simón Bolívar

(Respuesta al general Páez, 1819)

*¿Por qué nos pintan a la libertad ciega y armada de un puñal?
Porque ningún estado envejecido o provincias, pueden regenerarse
ni cortar sus corrompidos abusos, sin verter arroyos de sangre”*

Mariano Moreno

«Plan revolucionario de operaciones»

(Buenos Aires, 30 de agosto de 1810)

*“Compañeros del ejército de los Andes: La guerra se la tenemos de hacer
del modo que podamos: sino tenemos dinero, carne y un pedazo de tabaco
no nos tiene de faltar: cuando se acaben los vestuarios, nos vestiremos con
la bayetilla que nos trabajen nuestras mujeres, y sino andaremos en pelota
como nuestros paisanos los indios: Seamos libres, y lo demás no importa
nada...”*

José de San Martín

«Orden General»

(27 de julio de 1819)

*“La mano dio luz al sol y a los astros, y hace girar los cielos,
humilla a veces los tronos, borra los imperios, así como desde
el polvo encumbra a lo sumo de la grandeza a un mortal desconocido,
demostrando al Universo que los mortales, los imperios, los tronos,
los cielos y los astros, son nada en comparación de su poder”.*

Mariano Moreno

«Plan revolucionario de operaciones»

(Buenos Aires, 30 de agosto de 1810)

“El pueblo que combate, al fin triunfa”

Simón Bolívar

«Proclama a los ilustres hijos del Cauca»

(7 de noviembre de 1819)

Dedico esta investigación a mi amigo y compañero Anchiga, combatiente de los pueblos originarios y de la Patria Grande, bolivariano y comunista, quien con tanto amor y dedicación cuidó los libros de Bolívar como el tesoro máspreciado, frente a las fuerzas del capitalismo (también de la humedad y de los insectos). Ojalá que después de leer este trabajo me devuelva, por fin, las cuatro tortas fritas que le gané en una apuesta.

Memoria y resistencia

(Prólogo de Néstor Kohan)

“Como San Martín y Bolívar y como el Che, como revolucionarios latinoamericanos, los mejores hijos de nuestro pueblo sabrán hacer honor a nuestras hermosas tradiciones revolucionarias, transitando gloriosamente sin vacilaciones por el triunfal camino de la segunda y definitiva independencia de los pueblos latinoamericanos”.

Mario Roberto Santucho (“Robi”, “El Negro”)

Sin memoria histórica no hay identidad, ni personal ni colectiva. Sin identidad, sin investigar de donde venimos (la historia y la memoria colectiva de nuestros pueblos) y sin recordar quienes somos (nuestra memoria personal), se torna imposible cualquier tipo de resistencia. Si nadie resiste no hay dignidad ni decoro. Sin dignidad la vida no merece llamarse tal. Sin memoria histórica no hay esperanza de un futuro digno.

Nosotros sabemos quienes somos y de donde venimos. La voz del amo y el discurso del poder insisten una y otra vez para que nos avergoncemos y nos despreciemos a nosotros mismos, renegando de nuestra historia y nuestra cultura bajo un complejo, inducido, de supuesta inferioridad.

A pesar de la reiterada insistencia con que intentan inculcarnos semejante sometimiento no logran fracturar nuestra identidad. Por eso no nos pueden quebrar ni cooptar. Pasan los años y seguimos remando con tenacidad, contra viento y marea, frente al oleaje y los huracanes, en busca de la tierra prometida. Cuando el horizonte está nublado, los radares no funcionan y los viejos mapas quedaron desactualizados, la memoria histórica nos guía. Es nuestra brújula y nuestro faro, personal y colectivo.

Este libro que está en tus manos (o bajo tu mirada) era para mí una tarea pendiente. Amigos y compañeros me lo demandaron, me presentaron sus urgencias, me insistieron mil veces hasta que lograron convencerme.

Dudé mucho. Al comienzo, di incontables vueltas de lectura antes de ponerme a escribir. Luego, la tarea de la investigación se multiplicó como un ramillete de laberintos que formara parte de *La historia interminable*. La escritura se me prolongó mucho más de lo que había planificado.

Desarmar toda la cadena de mentiras, de falsedades, de tergiversaciones históricas con las que nos bombardean a cada minuto implicaba un trabajo arduo y prolongado. Pero contaba con un aliciente. Sabía que viajando hacia atrás en el tiempo me encontraría con un tesoro incalculable, no en dinero, tarjetas de crédito, baúles llenos de joyas, acciones de empresas o lingotes de oro sino en valores, ética, dignidad, justicia, perseverancia y rebeldía. En cada estación y descanso de ese largo viaje — donde cada una de nuestras historias personales se entremezcla y nos remite siempre a una historia colectiva— me esperaba para dialogar gente que, peleando y luchando por los demás, entregó su vida por ideales y proyectos colectivos muchísimo más importantes que su propio ombligo (como alguna dijo Bolívar, nosotros somos apenas “una pequeña pajita en medio de un huracán” que a todos nos envuelve). Por eso ir hacia el pasado y conocer lo que otros hicieron nos puede servir de ejemplo para decidir y saber qué hacer con nuestra propia vida en medio de tanta confusión.

Lejos de aquellas modas althusserianas y las fórmulas estructuralistas ya por suerte fenecidas que otrora tanto sedujeron a la intelectualidad crítica latinoamericana

(gracias a los manuales de una compañera chilena), nuestro marxismo es un marxismo con historia y en el cual no hay objeto sin sujeto, no hay toma de conciencia colectiva sin toma de conciencia individual. A contramano de los dogmas positivistas, quien investiga no está fuera del objeto de estudio. Indagar sobre Bolívar es indagar sobre nosotros mismos y sobre nuestra propia historia.

Tenía entonces que remover los recuerdos y desempolvar mi memoria, tratando de recomponer y ordenar lo aprendido, haciéndome nuevas preguntas sobre lo que suponía seguro, investigando al mismo tiempo la historia colectiva de nuestros pueblos apelando a fuentes diversas de las oficiales, voces “olvidadas”, autores marginales, libros malditos o prohibidos. Hacía falta mucha paciencia y un trabajo sistemático de hormiga (roja, por supuesto). Pero había que hacerlo. Valió la pena (y la alegría) el esfuerzo. Me resultó apasionante. Ojalá genere la misma pasión en quien lo lea.

La investigación y la redacción son entonces individuales, las demandas de conocimiento son sociales. Una vez más, como en tantas otras oportunidades, la urgencia política me apuró y me impulsó a encarar esa tarea que venía postergando.

Haciendo memoria, sacudiendo los olvidos y hurgando en nuestro pasado personal, recuerdo la escuela primaria, aquellos actos escolares en la periferia de la provincia de Buenos Aires (escuela pública al lado de un baldío, calle de tierra, aulas y biblioteca de paredes de madera con techo de chapa), donde los chicos de 8 años nos disfrazábamos en cada fecha patria para representar nuestra primera independencia. En aquella época yo quería representar a Manuel Belgrano, el creador de nuestra bandera nacional, colaborador de Mariano Moreno y amigo de la líder insurgente Juana Azurduy. La profesora de guitarra nos enseñaba canciones en homenaje a esta legendaria guerrillera “*Truena el cañón, préstame tu fusil, que la revolución viene oliendo a jazmín. Tierra del Sol en el Alto Perú, el eco nombra aún a Tupac Amaru*” y la cueca de los sesenta granaderos, paisanos de San Martín.

Poco tiempo después, el 24 de marzo de 1976, se produjo el sangriento golpe de estado del general Videla. Los niños intuíamos que estaba pasando algo muy malo, pero no entendíamos bien qué era. Amenazado de muerte, mi padre se tuvo que escapar un tiempo de la casa y, aunque mi hermanito no había cumplido todavía dos años, él se vio obligado a andar escondido y clandestino. Se refugió y se ocultó, según me contó muchos años después, en casa de amigos solidarios. En la escuela pública me hacían formar fila y marchar junto con mis compañeritos de 9 años, dentro de la escuela y por las calles del barrio, como si fuéramos soldados. Parecía un film de Fellini. Una escena disparatada y dantesca. Un par de años después, vino el campeonato mundial de fútbol. Argentina campeón. Aunque nos encantaba el fútbol e íbamos siempre a la cancha, mi padre no me permitió salir a la calle a festejar el triunfo de la selección con una bandera argentina. No comprendía su negativa, pensé en silencio que era un viejo aburrido. Era muy chico para entenderlo. Hoy estoy orgulloso. Esas miles y miles de banderas argentinas flameando en la calle fortalecían a la dictadura militar genocida que utilizó el fútbol y el sano sentimiento nacional de nuestro pueblo para mostrarle al mundo que en Argentina todo estaba bien..., legitimando así los campos de concentración y exterminio de nuestros 30.000 compañeros secuestrados, torturados, despellejados (a poca distancia de los estadios de fútbol) y finalmente desaparecidos. ¿De quién es la bandera nacional creada por Belgrano para forzar la independencia y defendida por San Martín en los campos de batalla? ¿De los jóvenes rebeldes, las organizaciones populares y la insurgencia revolucionaria o de los militares genocidas que secuestraron a nuestros compañeros? Los fascistas, perversos y cobardes violadores de mujeres indefensas y ladrones de sus bebés, quisieron también robarnos y apropiarse de nuestros símbolos patrios, de nuestra historia y de nuestra identidad nacional. San Martín, para ellos, era

apenas uno más de sus secuaces torturadores. ¿Quién es el dueño de las esperanzas de San Martín? ¿A quién pertenecen los sueños de Bolívar? Todavía hoy, ya avanzado el siglo 21, muchos amigos y compañeros de mi generación —algunos y algunas con sus padres desaparecidos— ven agitarse las banderas nacionales y las asocian inmediatamente con el campeonato mundial de fútbol organizado y manipulado por los militares torturadores. El debate por la cuestión nacional no está saldado en Argentina. Sospechamos que tampoco en gran parte de América Latina. Quizás estudiar a Simón Bolívar y releer nuestra primera independencia desde un ángulo latinoamericano pueda ayudar o contribuir a resolver esa incógnita tirando al cesto de la basura la mugre inhumana de los torturadores.

Al año siguiente, al finalizar con 12 años la escuela primaria, tuve que comenzar a estudiar seriamente historia para poder rendir el examen de ingreso a la secundaria. Era obligatorio leer y saber completo el *Curso de historia argentina* (1979) de Juan F. Turrens. Ese fue mi primer manual. Hace poco lo encontré perdido en cajas de cartón que parecen cobrar vida propia en mi biblioteca. Estaba escrito por un profesor, fanático liberal (discípulo de Levene), que narraba la historia argentina y las luchas de la independencia latinoamericana insuflando en los niños ardor y pasión —lo cual era muy bueno— pero desde un ángulo y una perspectiva totalmente dislocada (por ejemplo le atribuía a Bolívar ideas “panamericanistas”... ¿quizás confundiólo con Santander o Rivadavia?). En la niñez obviamente no lo advertí. Hoy me doy cuenta al revisarlo: la cronología histórica local de este manual se cerraba con... el general Jorge Rafael Videla. La cronología internacional se clausuraba con... Fidel Castro y el Che Guevara. Así postulaba la historia oficial la pelea del momento: las dictaduras militares en lucha contra el comunismo como gran fantasma a vencer a nivel mundial. Sin embargo, la narración histórica de nuestra primera independencia que escribió este profesor liberal era ágil y estaba aceptablemente bien escrita para la comprensión de un niño de 12 años. En aquella época me lo devoré con entusiasmo y mucha ingenuidad. Ese fue mi primer acercamiento a esta problemática.

Un año más tarde, cuando tenía 13 años, estaba en el primer año de la escuela secundaria y necesitaba preparar las clases y lecciones de historia. En la educación argentina circulaban por entonces unos manuales históricos primitivos y anodinos, extremadamente mediocres, de un autor llamado José Cosmelli Ibáñez. Varias generaciones escolares fueron sometidas y obligadas a memorizar sus bodeques indigeribles. Este curioso “pedagogo” era un vulgar apologista, ni siquiera disimulado, de los golpes de estado y las dictaduras militares. Sencillamente una bolsita de basura, pero de mala calidad, con aspiraciones a liberal (no llegaba ni siquiera a eso, era muy inferior al nivel de Juan Turrens).

Para eludir esa bazofia, un amigo de mi padre me prestó entonces un grueso volumen sobre las guerras de San Martín. Ese ejemplar —si no recuerdo mal era el tomo sexto— pertenecía a la *Historia argentina* de Levene, una obra enciclopédica y monumental de 15 volúmenes.

Allí aprendí sobre la guerra de zapa (guerra de inteligencia) que San Martín dirigió y la guerra de guerrillas que bajo sus órdenes Juan Antonio Álvarez de Arenales protagonizó contra el imperio español, así como la épica guerra de las republiquetas, en la retaguardia realista del Perú y del Alto Perú desplegada para envolver a los colonialistas y finalmente derrotarlos por todos los frentes, con el ejército regular y con las fuerzas insurgentes. Este nuevo libro que cayó en mis manos estaba coordinado y escrito por Ricardo Levene, presidente durante 25 años de la Academia Nacional de la Historia (voz oficial de las clases dominantes argentinas en la materia) y uno de los principales representantes y continuadores de la escuela historiográfica del general

Bartolomé Mitre. También lo devoré.

La fantasía y la imaginación infantil me hacían asociar, con no poca vaguedad, mucha ignorancia y bastante entusiasmo, lo que leía en cada página sobre la guerra de guerrillas de Arenales y Juana Azurduy y las operaciones de inteligencia de San Martín contra los españoles con la lucha del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Esta insurgencia guevarista nacida en 1970 ya por entonces había sido aniquilada en la Argentina de la dictadura militar de Videla mientras yo estudiaba la escuela primaria, sin embargo, sin que él lo notara había escuchado a mi padre hablar sobre ella con algunos de sus amigos (muchísimos años después, cuando estaba internado agonizando, me enteré por viejos guevaristas que mi padre, militante de toda su vida y oficial-médico del aparato militar del comunismo, había colaborado durante un tiempo con sus amigos del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), obviamente en la clandestinidad y sin que la familia supiera nada. Mientras tanto, en aquellos tiempos de oscuridad, censura y miedos generalizados, mi madre me mostraba en secreto y casi susurrando recortes periodísticos, celosamente conservados en una carpeta naranja, de cuando habían asesinado al Che en Bolivia). Entonces, con 13 años, yo no entendía bien cómo ni porqué, pero estudiar a San Martín, casi en clave de aventuras de Sandokán, Emilio Salgari y Julio Verne, me remitía en la imaginación a la insurgencia comunista que combatía por el socialismo en las tupidas selvas de la provincia de Tucumán.

Fascinado con ese grueso libro sobre San Martín que me habían prestado, le pedí a mi padre que me regalara la colección completa, de aspiraciones enciclopédicas, pero como eran 15 tomos sumamente caros él no los pudo comprar por falta de dinero. ¡Menos mal! Esa corriente historiográfica mitrista y liberal, durante más de un siglo hegemónica en nuestro país, aunque monopolizaba la Academia Nacional de la Historia, había falseado completamente nuestro pasado, simulando alabar a San Martín (caricaturizado y deformado, mientras tergiversaba y censuraba a Mariano Moreno) a costa de insultar a Simón Bolívar.

Con manuales de baja categoría o con esta literatura más refinada y erudita, la escuela secundaria difundía esa visión liberal como si fuera única. Aunque desinformados por esa literatura oficial, los muchachos nos apasionábamos en nuestras discusiones de historia al riesgo de llegar al límite de los golpes de puño, no por el último modelo de teléfono celular, la admiración por un automóvil de lujo o las marcas de la ropa de moda sino por lo que considerábamos que debían ser (o no) nuestros libertadores y nuestros héroes. No me avergüenzo hoy de aquellas pasiones, discusiones y peleas adolescentes, aunque lamento la ignorancia que las rodeaba con esos profesores liberales que nos deformaban y enturbiaban la visión.

Y entonces, el 2 de abril de 1982, comenzó la guerra de Malvinas. Me enteré viajando en el subte (el metro) a la salida de la escuela, porque todos los altoparlantes pasaban de repente canciones patrias. Era raro. Los mismos torturadores, desaparecidos y perros sumisos de Estados Unidos se convertían repentinamente y por arte de magia en súbitos “patriotas”. Las radios, que habitualmente sólo difundían música en inglés, “descubrían” de un día para otro el rock en castellano. Con 15 años yo entendía ya un poquito más. Cuando mi mejor amigo del barrio pasó a buscarme para tomarnos el colectivo y luego el tren y desde allí ir a la plaza de mayo con una bandera argentina a festejar junto con el general Galtieri (que tenía varias medallas del Ejército norteamericano en sus escuelas de tortura de Panamá) no quise ir. Su familia nunca me lo perdonó. Le sugirió incluso que no me viera más y rompiera la amistad de toda nuestra infancia. Queríamos y queremos las Malvinas, porque son argentinas y latinoamericanas, odiamos al colonialismo británico (y a todos los colonialismos), pero despreciábamos a esos generales instructores en guerra contrainsurgente que habían

estudiado en la Escuela de las Américas como torturar a nuestros pueblos (no sólo al argentino, pues esos militares también torturaron en Honduras, organizando a los “contras” y combatiendo a la revolución sandinista). En Malvinas se vio claro quien es quien. A la Argentina la apoyaron desde toda América Latina (menos el general Pinochet que colaboró activamente con Margaret Thatcher) y la enfrentaron Europa y Estados Unidos. En mi barrio, el hijo de la señora que vendía verduras a media cuadra de mi casa fue a la guerra reclutado como soldado. Tenía 18 años. No volvió más. La bandera argentina creada por Belgrano, que simbolizaba la independencia, la dignidad nacional y la unión latinoamericana, fue defendida con la vida de miles de muchachos y jóvenes humildes de nuestro pueblo, de nuestros barrios y nuestras provincias más pobres, mientras los altos oficiales se entregaban sin combatir, como hizo “el gran macho argentino”, el capitán torturador y “comando especial” Alfredo Astiz, muy valiente para secuestrar monjas, torturar mujeres atadas de pies y manos y tristemente famoso por otras hazañas similares, pero que en las islas Georgias del sur se rindió y se entregó sin haber disparado un solo proyectil contra el ejército inglés, apenas una hora después de que los colonialistas descendieran en las islas. La identidad nacional latinoamericana de San Martín y Bolívar sometida nuevamente a disputa entre un pueblo noble, digno, sacrificado, rebelde y luchador y unas Fuerzas Armadas genocidas, despiadadas perras guardianas de una burguesía lumpen y cipaya, completamente ajenas a la soberanía popular y a la dignidad nacional.

Avanzada la adolescencia, a los 16 años comencé a militar en el centro de estudiantes, por entonces clandestino (todavía estaba en el poder la sangrienta y genocida dictadura militar que, aún en decadencia, se negaba a permitir, reconocer o legalizar los organismos gremiales, estudiantiles y sindicales). Me incorporé en ese momento a una organización política marxista desde la que comenzamos a publicar en la escuela una pequeña revista llamada *La Trinchera* (que llevaba al Che Guevara en su portada, con una estrella roja de cinco puntas dibujada a mano con marcadores y donde escribíamos de filosofía y de historia). Aun siendo menor de edad, terminé preso en una comisaría por las huelgas estudiantiles. A partir de *La Trinchera* volví a la lectura de la historia, intentando encontrar un sentido para mi vida y una visión diferente de la historia oficial. Esto último me resultó muy difícil... Recuerdo aquel historiador comunista (su seudónimo era Leonardo Paso) a cuyos cursos asistí cuando tenía 17 años. Ingenuamente y con mucha ansiedad esperaba encontrar en sus conferencias “la verdad”. No fue así, más bien todo lo contrario. Salía de la escuela al mediodía y como vivía muy lejos de la capital (tenía que tomar un colectivo, un tren y un subte), deambulaba por la ciudad sin rumbo fijo haciendo tiempo durante ocho horas para poder ir al curso que dictaba este profesor —historiador oficial del partido comunista argentino— bien entrada la noche. Incluso arrastré y llevé a algunos amigos a esos cursos. Les prometí que allí íbamos a encontrar una visión diferente y opuesta a la historia oficial argentina del general Mitre que nos habían inculcado en la escuela. Para mi sorpresa y decepción, en esos seminarios escuché a este profesor supuestamente “comunista” hablarnos maravillas de... Bernardino Rivadavia (una figura histórica muy similar a la de Santander, gran enemigo de San Martín —quien llegó a desafiarlo a duelo— y opositor a muerte contra Simón Bolívar y el Congreso Anfictiónico de Panamá). Esos seminarios, me enteré después, sintetizaban las tesis de su libro *Rivadavia y la línea de mayo* [Buenos Aires, Fundamentos, 1960]. ¡Qué tristeza!

En aquellos tiempos adolescentes lo intuí, hoy ya puedo estar seguro: el marxismo liberal (que suscribía puntualmente la historiografía de Mitre con jerga izquierdista, mientras que con Ponce atacaba a Bolívar y con Leonardo Paso cantaba loas a Rivadavia) permanecía subordinado a la cultura burguesa tradicional y

hegemónica. Esa posición nada tiene que ver con el pensamiento de fuego de ese león llamado Karl Marx cuya piel se ponen en los hombros —para así adquirir prestigio y audiencia juvenil— más de un ratón, pusilánime y reformista, siempre temeroso de romper los límites de la cultura oficial.

Resulta lógico y comprensible que en el panteón oficial de una burguesía lumpen todo se vuelva “asimilable” y ecléctico (el pastiche posmoderno le viene a esta burguesía como anillo al dedo a la hora de legitimarse). Por ello en la Argentina el mayor monumento en homenaje a Simón Bolívar está emplazado nada menos que... en el parque Rivadavia, dedicado a su gran enemigo. Monumento ubicado, en plena ciudad autónoma de Buenos Aires, sobre la avenida que también lleva el nombre de Rivadavia. Los billetes de dinero argentino mezclan, como si todo fuera lo mismo, al general Mitre, al general San Martín, al general Belgrano, al brigadier Rosas, al escritor y presidente Sarmiento y al general Roca. Como dice el tango «Cambalache», “*en un mismo lodo todos manoseaos*”. Eso es el populismo.

Que la burguesía opere históricamente de esa manera no es raro ni excepcional. Lo que resulta inadmisibles es que en nombre del marxismo se pretenda subordinar a Bolívar (y a San Martín) bajo el manto de Rivadavia, de Mitre, del liberalismo, del panamericanismo y del supuesto “progreso” de una dependencia generada por los empréstitos leoninos contraídos con Gran Bretaña.

Pero aquellas primeras decepciones no mataron ni apagaron nuestro interés. Había que hacer el duelo. La búsqueda continuó.

Durante esos años juveniles iba con mi padre a conversar semanalmente o cada 15 días con Ernesto Giudici, pensador marxista y comunista que discrepaba con el marxismo liberal de los historiadores oficiales del partido comunista (organización a cuyo comité central Giudici había pertenecido durante cuarenta años). El viejo Ernesto, al que considero mi verdadero maestro, me dio entonces para leer un artículo suyo de 1983 titulado “Marx, Bolívar y la integración latinoamericana”. Lo escribió para un encuentro en Caracas dedicado al Bicentenario del Libertador al que no pudo viajar... porque no tenía dinero ni para comprarse ropa. Pero Ernesto, mi viejo y querido maestro, igual envió su ponencia a Venezuela, trabajo que en Argentina la revista *Icaria* publicó en 1984. En ese pequeño artículo de Giudici (amigo de Rodolfo Puiggrós e interlocutor del Che Guevara y de Robi Santucho) comencé, por fin, a encontrar el camino para otra visión de nuestra historia, argentina y latinoamericana, inspirada en Marx y Lenin pero al mismo tiempo sanmartiniana y bolivariana. A diferencia de Aníbal Ponce, el viejo Ernesto Giudici —como habían hecho Julio Antonio Mella o José Carlos Mariátegui— reivindicaba una lectura bolivariana de Nuestra América desde un ángulo marxista. Era lo que estaba buscando. Hoy en día continúo pensando, indagando y reflexionando dentro de ese horizonte y a partir de esa tradición. Este libro está escrito desde esa perspectiva (al menos eso intenta).

Más tarde, en 1985, me encontré con un ensayo biográfico sobre San Martín redactado por Rodolfo Walsh. Estaba inédito, recién se publicó ese año. Allí nuestro querido Rodolfo (desaparecido en 1977 por los militares genocidas de Argentina) nos mostraba un San Martín bien distinto al de la historia oficial. Ese San Martín no era enemigo del Libertador de la Gran Colombia, sino todo lo contrario. Mientras lo comparaba con Clausewitz y explicaba su doctrina del *pueblo en armas y la guerra revolucionaria de todo el pueblo* (que San Martín había aprendido de joven en la guerra de guerrillas contra Napoleón), Rodolfo Walsh nos acercaba a un San Martín profundamente latinoamericanista y estrechamente unido a Simón Bolívar. Por esos años me enteré que Mario Roberto Santucho, líder de la insurgencia del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y comandante del Ejército Revolucionario

del Pueblo (ERP), también insistía sobre las enseñanzas de San Martín desde un ángulo comunista, latinoamericanista y bolivariano, donde el eje era la Patria Grande y la revolución continental. No casualmente la bandera de la insurgencia del ERP era la bandera del Ejército de los Andes de San Martín a la que se le sumaba la estrella roja.

La afinidad que Rodolfo Walsh y Mario Roberto Santucho encontraban entre San Martín y Bolívar no era un invento oportunista y manipulador. No es casual que a lo largo de todos sus años de exilio, San Martín conservara en la intimidad de su dormitorio un retrato de Simón Bolívar (como haría hoy un militante con las imágenes del Che Guevara). En su casa San Martín tenía tres retratos de Bolívar: primero, una miniatura que le regalara personalmente el otro Libertador al terminar la entrevista de Guayaquil, segundo, un óleo bastante grande pintado por Mercedes, su propia hija, realizado a pedido de su padre y el tercero, una litografía cuyo dibujo fue realizado por Quesnet y litografiado por Frey. La litografía llevaba una frase que habría pronunciado Bolívar: “¡Unión, unión y seremos invencibles!”. San Martín colgó en su dormitorio esta litografía de Bolívar en 1824 y la mantuvo hasta la muerte, más de un cuarto de siglo después... (¿si odiaba tanto a Bolívar como sugieren los historiadores mitristas, para qué colgar en la pared la imagen de un pretendido “enemigo” frente a su cama?). Más allá de las manipulaciones y las mentiras de la historia oficial, lo cierto es que hasta el último de sus días el Libertador argentino profesó, públicamente y en la intimidad de su correspondencia, sincera admiración personal y respeto político por el otro Libertador de Nuestra América.

Por contraposición con la mirada latinoamericanista de la insurgencia, el Ejército argentino de la burguesía, genuflexo y servil con EEUU, construyó una imagen de San Martín “padre de la patria argentina” (patria chica), competidor, adversario y enemigo de Bolívar y su Patria Grande (por ejemplo en el film de 1970, financiado y producido por las Fuerzas Armadas argentinas, «*El santo de la espada*», dirigido por Leopoldo Torre Nilsson, protagonizado por Alfredo Alcón y con guión de Beatriz Guido y Luis Pico Estrada quienes adaptaron la biografía de Ricardo Rojas *El santo de la espada: Vida de San Martín* [Buenos Aires, Losada, 1944]; versión análoga a la que difundió durante décadas el Instituto Nacional Sanmartiniano, fundado en el Círculo Militar el 5/4/1933 por el ultracatólico José Pacífico Otero).

Además de Walsh y Santucho, en aquellos años continué leyendo a historiadores, militantes y críticos culturales como Rodolfo Puiggrós, Milcíades Peña, David Viñas, Michael Löwy y a muchos otros compañeros que con diversa suerte y desde ángulos bien distintos intentaron desmarcarse de la historia oficial y cuestionar su eurocentrismo.

Aunque por mi cuenta iba enhebrando y tratando de articular esas lecturas prohibidas y dispersas (que traté de utilizar durante los quince años que trabajé dando clases de historia, sociología y educación cívica en escuelas secundarias), en la Universidad me seguían insistiendo hasta el hartazgo con la visión monocorde de la historia oficial. Por entonces el relato de las clases dominantes se había perfeccionado. Ya no era tan ingenuo y brutal como el liberalismo mitrista antibolivariano de mis antiguos profesores de la adolescencia. Ahora nos presentaban la mirada de los vencedores y las clases dominantes de un modo más refinado, servida en la bandeja filosófica del... posmodernismo, mercancía académica de baja calidad, pero por aquellos años de moda. Desde esa filosofía universitaria de origen europeo (nacida a partir de la impotencia y la derrota de la rebeldía fallida del 68 francés) muchos profesores —antes marxistas, durante los años ’70, luego eurocomunistas o perestroikos en los ’80 y finalmente, en los ’90, socialdemócratas posmodernos tras su regreso del exilio en México— trataron de convencernos de que indagar sobre Simón Bolívar, San

Martín, Mariano Moreno, la rebelión negra de Haití, José Martí o Augusto César Sandino era perderse en un callejón sin salida buscando infructuosamente lo que los posmodernos denominan “*el mito del origen*”. Para la mirada posmoderna (compartida por el posestructuralismo y el posmarxismo) conocer y reflexionar sobre la historia propia, la de Nuestra América, no sirve para nada ni tiene sentido alguno. Es más... según ellos no hay historia real, la historia sería tan sólo un entramado académico de relatos sobre relatos, discursos sobre discursos, completamente caprichosos, manipuladores y arbitrarios sin pretensiones de verdad alguna. Desde ese ángulo no existirían antecedentes a imitar ni ejemplos de lucha que nos sirvan de brújula, orientación y sentido para nuestras vidas: no hay nada que aprender de la memoria histórica. Todo el pasado se evapora repentinamente con dos pases mágicos de alquimismo académico y de “giro lingüístico”. Los revolucionarios que nos antecedieron hace dos siglos serían tan solo “*un mito*”, “*pura ficción*”, un “*relato inventado*”, “*efectos de dispositivos discursivos sobre otros discursos*”. En la narrativa posmoderna la historia se convertiría en algo así como un suceder caprichoso de capas geológicas que se suceden sin ton ni son de manera puramente azarosa y fortuita, carente completamente de sentido.

Durante la hegemonía posmoderna los profesores de historia de la Academia nos decían que un buen historiador no debe meterse en política. Para ser serio y riguroso, tener prestigio y gozar del respeto de la comunidad científica, habría que tratar de ser un “*especialista profesional*” (léase apolítico). Cuanto más restringido, limitado y microscópico sea el objeto de estudio, y más alejado de los conflictos, mejor. Genera menos problemas y aumenta la probabilidad de ser publicado, ganar becas y obtener cátedras. Fabricar *papers* como chorizos, inodoros, incoloros, insípidos, con larguísima párrafos que incluyan 20 proposiciones subordinadas sin decir nada sustantivo (según el estilo de redacción del ídolo de la historiografía académica argentina de los últimos 30 años), sin armar lío y sin que nadie se enoje. Ese era el modelo de historiador e intelectual que pretendían inculcarnos. Pusilánime, triste y mediocre. Apelando a un Pierre Bourdieu completamente mutilado y deformado, por entonces nos machacaban “*hay que respetar el campo intelectual y científico de la historiografía sin cruzarlo con el campo político como erróneamente hicieron los historiadores militantes de los años ‘70*”. De esa manera vergonzosa, insultando a los historiadores militantes, asesinados o desaparecidos, estos mandarines del poder de turno, endulzados con las mieles de los programas académicos del Banco Mundial y los dinerillos de las fundaciones privadas, nos invitaban a abandonar toda mirada macro y toda perspectiva crítica para ganar, eso sí, alguna beca “apolítica”. Frente a esa fauna tan gris y desabrida siempre me acordaba de Deodoro Roca, máximo ideólogo de la Reforma Universitaria de 1918, cuando escribió “*El puro universitario es una cosa monstruosa*”.

En definitiva, esa gente derrotada, desilusionada, a sueldo del poder, cínica y sin escrúpulos, con muchas cátedras y editoriales pero sin respeto alguno por la verdad ni amor por el conocimiento, pretende que el pasado y su historia sigan siendo propiedad privada de las clases dominantes hasta ahora vencedoras. Los poderosos permanecen de este modo dueños de la historia como son dueños de todo lo demás.

Los mismos bufones que viven cantando loas a las inigualables libertades del Mercado Capitalista, a las maravillas constitucionales de EEUU y La Gran Democracia norteamericana donde la tortura es legal, a las hazañas de los marines y bombardeos humanitarios, a las princesas prostituidas de Disney y los brillos mediocres de Miami, a los estereotipos trillados de Hollywood y al consumo indigerible de Mc Donalds... tienen la desfachatez de calificar como “mito” a Bolívar y San Martín, a los negros insurrectos de Haití y a los combatientes amerindios de Tupac Amaru, a José Martí y a

Sandino. ¿El “mito” está en la historia rebelde de Nuestra América o en el marketing de las tiendas y supermercados de Miami? ¿El “mito” se encuentra en la rebeldía callejera o en los simulacros de pensamiento que circulan por la Academia? Con ademanes perversos y manipuladores la historia oficial —antes liberal, luego posmoderna— asume nuevos vestidos para reciclarse y seguir confundiendo cerebros y engañando corazones, siempre en función de perpetuar la dominación y la obediencia.

En todo caso, si los primeros libertadores y los pioneros de la insurgencia nuestro-americana fueran “mitos”, ellos lo serían en un sentido muy distinto al empleado por el relato académico posmoderno (que asocia el supuesto “*mito del origen*” con una visión caprichosa, inventada a posteriori y fantasmagórica de la historia). Muy por el contrario, Tupac Amaru, Toussaint L’Ouverture, Bolívar, Manuela Sáez, San Martín, Juana Azurduy, Mariano Moreno, Artigas o José Martí constituyen mitos en el sentido que le otorga a este concepto el amauta José Carlos Mariátegui, quien asocia el mito con un símbolo de un fenómeno histórico real (que sintetiza voluntades, sueños, proyectos y anhelos colectivos) capaz de movilizar y desatar la explosiva energía popular. Nuestros libertadores no son “mitos” ni ficciones arbitrarias inventadas a posteriori. Se equivoca gravemente el posmodernismo. Sus luchas existieron, no son puro relato ficcional ni simples efectos de discursos. Los miles de muertos que quedaron en el camino de las guerras de nuestra primera independencia no constituyen una ficción, son bien reales (tan reales como nuestros miles de compañeros desaparecidos durante las batallas e insurgencias a lo largo del siglo 20). Es la memoria histórica de esos miles y miles de muertos y desaparecidos, así como de los libertadores que nos precedieron, la que nos mueve a continuar su lucha por la segunda y definitiva independencia, sólo realizable cuando concretemos mediante la revolución una reorganización socialista de nuestros países, de nuestro continente y del mundo.

Si son mitos, es en el preciso sentido mariateguiano, pues sus luchas reales constituyen ejemplos a seguir en el presente, ya que sus vidas, sus proyectos y sus nombres sintetizan los sueños de millones y millones de mayorías populares oprimidas, explotadas, marginadas y vilipendiadas. Si Bolívar constituye un mito —al igual que el Che Guevara— es en este sentido estricto, como paradigma simbólico que tiene la capacidad histórica de movilizar a la lucha y de sintetizar una voluntad de combate actual. No porque no haya existido el Bolívar histórico, concreto y real cuyo pensamiento, avatares y peripecias intentamos socializar en este libro. Lo mismo vale para Mariano Moreno o San Martín.

En fin, todos los conocimientos, enseñanzas y valores que me negaron en la escuela liberal y en la Academia posmoderna los recuperé y pude asimilarlos a través de la militancia política. Gracias a esa militancia tuve el honor de conocer a Simón Bolívar, a Mariano Moreno, a San Martín y, lo que me resulta más significativo, a quienes hoy siguen pensando, creyendo y dando generosamente su vida por esos mismos sueños de libertad e independencia.

En definitiva, lo que no me enseñaron y me ocultaron mis profesores (quizás porque ellos tampoco lo sabían pues también son, a su modo, víctimas de la cultura oficial) lo aprendí en el mundo de la rebeldía libertaria, en el intercambio y en el diálogo con mis amigos y compañeros, militantes y combatientes por la causa más noble que hasta ahora ha conocido la humanidad: la unidad latinoamericana en la Patria Grande, el socialismo y el comunismo.

La primera inspiración de esta investigación (cuya temática e interrogantes, reitero, me vienen persiguiendo desde la niñez y temprana adolescencia) nace, precisamente, de esos diálogos, de esos debates e incluso de la insistencia obsesiva con que diversos amigos y compañeros bolivarianos —además de regalarme muchos

libros— me han pedido que intente elaborar una aproximación comprensible y pedagógica a Simón Bolívar y a las luchas por la primera guerra de independencia. Mucho les agradezco esa insistencia y todo lo que me han enseñado.

Lo mismo vale para mis hermanos chilenos que en medio de una población de Santiago (una villa miseria en el lenguaje argentino) me ayudaron a colgar de un alambrado la bandera de nuestra Cátedra Che Guevara con los símbolos del Ejército de los Andes y la estrella roja, mientras me advertían de la discusión histórica sobre San Martín, O'Higgins y el guerrillero Manuel Rodríguez.

También me fueron muy útiles y sugerentes las discusiones, los seminarios y los talleres sobre el marxismo y la cuestión nacional y el acto callejero sobre el Bicentenario (en repudio al general Roca, genocida de los pueblos originarios, símbolo de la burguesía, de sus Fuerzas Armadas y de la Sociedad Rural) que organizamos y compartimos con nuestros amigos y compañeros del Colectivo Amauta y la Cátedra Che Guevara. A todos ellos y ellas estoy agradecido.

En cada rincón de nuestro continente y en cada barrio, a cada paso y en cada actividad militante, me fui nutriendo de enseñanzas, de consejos, de opiniones, de materiales escritos y conversaciones orales que de una u otra manera están presentes en este libro.

Para poder concretar entonces el proyecto de esta investigación, además de sumergirnos en un océano de literatura historiográfica, necesariamente había que ajustar cuentas con aquel marxismo eurocéntrico, liberal, rivadaviano y mitrista, caricatura del pensamiento radical de Marx, de Lenin, del Che (quien también era bolivariano, dicho sea de paso) y de tantos otros revolucionarios.

Análogo beneficio de inventario debimos desarrollar frente a otros relatos con buenas intenciones marxistas (que aspiraron a superar las precarias ingenuidades de aquel marxismo liberal) pero que terminaron haciendo tabla rasa con toda nuestra historia. En estos otros autores que se proponían dar una visión alternativa... ¡Todo era burguesía, todo era clase dominante, no había nada para rescatar! ¿Si no hay antecedentes revolucionarios toda lucha emancipatoria recién comienza en Nuestra América con la inmigración europea de obreros asalariados? Bajo la sana y encomiable tarea de desmitificar los relatos hagiográficos y los mitos de la historia oficial, algunos historiadores con muchas ganas de ser buenos marxistas terminaron desechando toda la historia de luchas, guerras y revoluciones de Nuestra América como si fueran apenas un gran equívoco, una prolongada sinrazón, un gigantesco disparate histórico, una anomalía incorregible frente a los tipos ideales (falsamente) universales de Europa Occidental, el modelo político de la revolución francesa, el modelo económico de la revolución industrial inglesa. Los miles y miles de muertos que dieron su vida luchando contra el colonialismo “*no sabían lo que hacían*”. Las masas populares “*no tenían un programa para desarrollar las fuerzas productivas*” ni contaban con una buena receta europea para abrazar al dios del Progreso, en consecuencia... todas sus luchas carecían de sentido. Eran simples rebeldías sin perspectiva histórica. Pueblos sin historia ni futuro. Impotentes, irracionales, desorientados, condenados de antemano al fracaso. No poseían la dignidad, la entidad, la completud de Europa, por lo tanto no eran pueblos, no eran revolucionarios, no eran sujetos, no eran nada. Para esta lectura, la historia humana no tenía muchos caminos posibles condicionados por los conflictos sociales y la lucha de clases. Estaba fatalmente predeterminada de antemano. Los que ganaron... debían necesariamente ganar, no había otra posibilidad. Una visión aparentemente laica del viejo grito metafísico y religioso “*¡Dios lo quiere!*”. Bajo el manto protector de un marxismo economicista, esquemático y absolutamente eurocéntrico, aprendido en simplificados esquemas de pizarrón, se terminaba condenando toda la historia de lucha

de nuestro continente en espera pasiva de que aparezcan, recién siglo y medio más tarde, los civilizados profetas que traían el evangelio sindical de modelos de revoluciones prolijas, pulidas, redondas, encorsetadas, imaginariamente perfectas. Revoluciones de manual. La justa y encomiable impugnación de los mitos de la historia burguesa oficial en nombre de la revolución proletaria se terminaba transmutando en un completo desconocimiento de nuestra propia historia y en un involuntario aplauso y justificación de los vencedores del pasado. Reconocemos y hacemos justicia a aquellos historiadores de antaño por su genuina voluntad de “aplicar” a Marx a América Latina, aun cuando sus resultados distaran tanto de una impostergable mirada crítica, radical, marxista latinoamericana y descolonizadora.

Intentando superar aquellos inoperantes marxismos eurocéntricos, liberales o ingenuamente progresistas, defendemos la pertinencia de una nueva mirada de la historia social y política, articulada desde abajo, desde los pueblos sometidos y clases explotadas y desde la rebeldía descolonizadora del Tercer Mundo, anclada en el marxismo latinoamericano y que no se arrodilla sumisamente ante el fetiche del Progreso. Desde este ángulo intentamos poner en discusión la vieja historia oficial, centrada únicamente en instituciones jurídicas, en batallas y en estatuas de bronce individuales que ya tienen en su mente la trayectoria biográfica completa de cada “prócer” escolar desde que nacen o asisten al jardín de infantes, sin variaciones en sus vidas, ajenos por completo a los conflictos económicos, sociales, políticos y militares y a las contradicciones de clase. Pero también sometemos a crítica las nuevas historias oficiales que en los espacios académicos juegan a “desmitificar” el pasado atacando invariablemente contra las posiciones radicales, deslegitimando el empleo de la violencia plebeya y revolucionaria y quitándoles valor a los procesos sociales rupturistas con los grandes imperios para otorgárselo a las supuestas “*democracias republicanas cultas y civilizadas*” de la vieja Europa o de su hijo predilecto, los prepotentes Estados Unidos de Norteamérica.

Que hoy en día se percibe y se palpa en el aire un nuevo interés por discutir nuestro pasado puede corroborarse por la cantidad enorme de libros que se han publicado en los últimos años sobre la historia de nuestra primera independencia continental, algo imposible siquiera de imaginar durante la década de los años '90 cuando esta temática permanecía, aulas adentro, en manos de un más que reducido cenáculo de fabricantes y masticadores de *papers*. Últimamente no sólo se han editado numerosos textos escritos que reabren el debate. También han aparecido películas como «*Bolívar soy yo*» (2002, escrita por Manuel Arias, Alberto Quiroga y Jorge Alí Triana, con la dirección de éste último); «*Taita Boves*» (2010, basada en la novela *Boves, el urogallo* de Francisco Herrera Luque, promovida desde Venezuela por Telesur); «*José Martí, el ojo del canario*» (2010, dirigida por Fernando Perez y producida por el ICAIC cubano); «*Revolución: El cruce de los Andes*» (2010, protagonizada por Rodrigo de la Serna y promovida por Canal de TV Encuentro); «*Belgrano*» (2010, producida por José Luis Campanella) y «*La revolución es un sueño eterno*» (2012, basada en la novela homónima de Andrés Rivera y dirigida por Nemesio Juárez). En todas ellas, con variada suerte y distintos estilos, se intentan discutir diversas historias oficiales. No son films destinados a circular exclusivamente en el espacio restringido de los rumiadores de *papers* (que no dialogan con nadie y escriben únicamente para justificar sus empleos) ni intra muros dentro de la Academia universitaria sino pensados para el debate político y el consumo cultural de un público ampliado cada vez más interesado en el cual se inscribe la militancia popular latinoamericana.

En ese contexto de creciente interés por nuestra historia común, resulta ya ineludible pensar el Bicentenario y las guerras de independencia no de modo aislado,

país por país, republiqueta por republiqueta, sino a escala continental, tratando de recomponer el rompecabezas uniendo las luchas de liberación nacional —la Patria Grande como gran nación inconclusa— con los conflictos sociales, las resistencias comunitarias y las luchas de clase, entrelazadas desde hace doscientos años (¿o 500 años?) hasta hoy de forma inescindible. Frente a las conmemoraciones oficiales y apologéticas del Bicentenario con que las burguesías intentan autolegitimarse de modo complaciente para continuar ejerciendo en cada uno de sus territorios “nacionales” su dominación, intentamos pensar y desentrañar ese proceso histórico a partir de los proyectos libertarios y continentales de emancipaciones inconclusas. Hoy más que nunca tenemos necesidad de liberar el pasado. Desde ese ángulo este libro se propone intervenir en el actual debate teórico, político y cultural.

La perspectiva cultural, crítica del eurocentrismo, del liberalismo y del posmodernismo que este trabajo se esfuerza entonces por poner en práctica al analizar las luchas anticoloniales y las guerras de independencia constituye la continuación de una tarea que comenzamos hace varios años con el análisis crítico del DIAMAT (filosofía que se suponía, antaño, era “*la concepción del mundo del marxismo*”). Nos proponemos ahora prolongar esa relectura que intentamos hacer en los libros *Marx en su (Tercer) Mundo* y también en *Nuestro Marx* con una mirada latinoamericanista de nuestra propia historia, requisito indispensable para que, de una buena vez, el autor de *El Capital* pueda combatir en la misma trinchera que Tupac Amaru, Toussaint L’Ouverture, Bolívar, Moreno, San Martín, Artigas y Martí.

“Encontrarnos” con Bolívar nos permitió mirar y ubicarnos de otra manera no sólo frente a la Gran Colombia (Venezuela, Colombia, Ecuador y Panamá) sino incluso frente a nuestro propio país, Argentina. Redescubrir a Bolívar me sirvió para abrazar a ese pensador de fuego llamado Mariano Moreno y para reencontrarme con el San Martín insurgente que admiraba desde mi adolescencia. A todos los latinoamericanos Bolívar nos obliga a repensarnos, descentrarnos de nuestras pequeñas aldeas, nuestros minúsculos vecindarios y abrir los brazos y el corazón a la lucha revolucionaria continental y mundial.

Desde ese ángulo hemos intentado abordar el supuesto “misterio” de la entrevista de Guayaquil y la falsa oposición entre Bolívar y San Martín, habitualmente analizada desde un bolivarianismo anti-sanmartiniano o desde un sanmartinismo anti-bolivariano. En ambos polos historiográficos hay cartas, documentos, testimonios y ensayos para fundamentar, una y otra vez, cualquiera de los dos relatos tradicionales. Que “*Bolívar abandonó a San Martín por egocentrismo, deseo de gloria personal y protagonismo individual, intentando concentrar todo el poder en sus manos*”, que “*San Martín era un monárquico aristocrático y elitista y por eso se peleó con Bolívar*”. Hoy en día esa falsa dicotomía y toda la bibliografía unilateral que pretende abonarla ya no tiene sentido, excepto que se la adopte como espécimen de archivo para volver observable, estudiar y examinar críticamente el nacionalismo de patas cortas y patria chica, la mentalidad típica de republiqueta colonial, los provincianismos estériles (incluso “progresistas”), el espíritu de parroquia y la mirada de aldea de las burguesías lúmpenes y cipayas de nuestro continente.

Ya es hora de inaugurar o mejor dicho retomar y profundizar otra mirada, continental, popular, latinoamericanista y revolucionaria de nuestros libertadores, subrayando y enfatizando el 95% de los ideales y del universo político que los unió en lugar de poner la lupa y el microscopio en el 5% que quizás les pudo haber impedido construir un entendimiento aún mayor que el que tuvieron.

No se equivocan los estrategas del Pentágono imperial cuando en sus *Documentos de Santa Fe* ubican a Simón Bolívar (al lado de Hugo Chavez en

Venezuela y la insurgencia de las FARC-EP en Colombia, así como también a la teología de la liberación y Antonio Gramsci) como parte central de sus enemigos a largo plazo. Hoy Simón Bolívar genera pánico en los empresarios y banqueros, en los marines, militares y policías, en los falsos noticieros y en los espías norteamericanos, mientras cada vez más su nombre comienza a aparecer entremezclado y fusionado con los símbolos del Che Guevara en las rebeldías juveniles y populares.

Este libro pretende acercar a Bolívar a nuestro presente. Liberarlo de las frías y tristes estatuas de bronce para que nos acompañe en las luchas libertarias del siglo 21. Bolívar insurgente está más vivo que nunca, al lado de Tupac Amaru, el negro José Leonardo Chirino, Toussaint L'Ouverture, Mariano Moreno, Juana Azurduy, José Artigas, San Martín y José Martí.

Como a mí me sirvió para recuperar e iluminar todos esos recuerdos apagados y abordar esas incógnitas escondidas que permanecían abiertas y pendientes desde la adolescencia, ojalá impulse a otros compañeros y compañeras para transitar su camino personal, preguntándose y reencontrándose con su propia historia, su propia memoria, su propia identidad, individual, familiar, comunitaria y colectiva.

“El hombre colonizado que escribe para su pueblo, nos recordaba Frantz Fanon, cuando utiliza el pasado debe hacerlo con la intención de abrir el futuro, de invitar a la acción, de fundar la esperanza”.

Quiero terminar entonces invitando a la juventud estudiantil y trabajadora, a toda la militancia popular y también a los periodistas e intelectuales a que desoigan la voz monocorde y mediocre de las historias oficiales (que hoy ya no provienen de algunos inofensivos profesores sino principalmente de los poderosos monopolios de comunicación). Hay que darle la espalda a todo ese sistema totalitario de control del pensamiento que desde la TV y los monopolios construye consenso con el capitalismo generando miedos y temores artificiales para mantenernos desmemoriados y fragmentados, temerosos, sumisos y aislados, obedientes y esclavos. Hay que animarse e incorporar los sueños, las historias, los anhelos y los proyectos personales a un proyecto político de lucha colectiva. Nadie se salvará en solitario. Sólo podremos ser felices en comunidad, si triunfan nuestros pueblos. Todos y todas podemos aportar nuestro granito de arena. Resistir, organizarse y rebelarse son las palabras de orden.

Como bien dijo nuestro amigo y compañero Simón: *¿Hay mejor medio de alcanzar la libertad que luchar por ella?* La respuesta está en el viento. Queda en manos de cada lector y cada lectora tratar de buscarla.

Buenos Aires,
República Socialista y multicultural de Miserere, febrero de 2013

Una nueva lectura de la historia

¿Quiénes somos?

Este libro de historia comienza con interrogantes y preguntas sobre nuestro futuro. ¿Existirá una sola manera de vivir? ¿El modo de vida norteamericano (*american way of life*) será la única opción? ¿Habrá otras formas de vida y de vínculos entre las personas que no estén determinados por la billetera, las cuentas bancarias, el status, la cantidad de bienes y propiedades acumuladas, la vestimenta cara, los teléfonos celulares de última generación y el automóvil importado? ¿El Dinero, el Mercado, la propaganda televisiva y la tarjeta de crédito serán nuestros implacables dioses paganos? ¿Podremos alimentarnos en los próximos años con otra comida que no sea la hamburguesa de plástico y un jugo químico desabrido? ¿Tendremos la posibilidad de ver alguna película en el cine, el video o la TV donde los principales protagonistas no sean blancos, rubios y de ojos celestes (o negros descoloridos que se desviven por imitar a los blancos)? ¿Contaremos en las décadas que se avecinan con el permiso de comunicarnos en un idioma que no sea el inglés? ¿El planeta entero se convertirá en una provincia humillada y empobrecida de Estados Unidos o Europa occidental? ¿Nuestros recursos naturales y territoriales serán de libre acceso o estarán restringidos para nuestro pueblo? ¿Habrá oxígeno en el aire o sólo humo de motores? ¿Quedará alguna bandera o símbolo cultural por fuera del águila, las barras y las estrellas? ¿El único poder legítimo seguirá siendo el de los marines “humanitarios” o los pueblos tendrán derecho a la resistencia? ¿Será posible enfrentar al imperio capitalista y cambiar el mundo o todo está perdido de antemano?

Para pensar con libertad nuestro futuro y elegir el mejor camino hacia dónde queremos ir debemos estar bien situados en nuestro presente y sentirnos seguros de nuestro pasado. Comencemos por formular nuevamente la pregunta que Bolívar intentó responder en su *Carta de Jamaica*: ¿Quiénes somos? ¿Cuál es nuestra identidad individual y colectiva? ¿De dónde venimos? Cada lector o lectora enfrentará esas inquietudes como quiera o como pueda. Este libro, dedicado a la historia de Simón Bolívar y nuestra independencia, pero pensado y escrito para nuestro presente y las nuevas generaciones del futuro, simplemente propone algunas perspectivas posibles. Nada mejor que indagar sobre el Libertador para intentar responder ese abanico de preguntas.

¿Por qué discutir el pasado?

Los de arriba le tienen pánico a la historia. Un pueblo que conoce sus raíces, se afirma en su identidad y sospecha de la propaganda del poder, mientras que, según Bolívar “*un pueblo ignorante es un instrumento ciego de su propia destrucción*”. Al analizar el pasado se descubren las fuentes de los sufrimientos actuales (que poco tienen que ver con “la ira de Dios” o algún “pecado original” y mucho con los robos, saqueos, matanzas y genocidios terrenales). Los poderosos prefieren una visión discontinua y entrecortada de la historia donde cada generación rebelde, sin conocer las experiencias anteriores, debe comenzar de cero. Así ellos terminan siendo los propietarios del pasado como son propietarios de todo lo demás. Por eso intentan esconder los orígenes y borrar la historia. Eludirla, ocultarla o convertirla, como propone la filosofía del posmodernismo, en un videoclip esquizofrénico, una secuencia azarosa de hechos sin ninguna racionalidad ni sentido global. Cuando no pueden borrar, tergiversan y deforman, construyendo “historias oficiales”. Como recordaba Fanon “*el colonialismo*

no se contenta con imponer su ley al presente y al futuro del país dominado. El colonialismo no se contenta con apretar al pueblo entre sus redes, con vaciar el cerebro colonizado de toda forma y de todo contenido. Por una especie de perversión de la lógica, se orienta hacia el pasado del pueblo oprimido, lo distorsiona, lo desfigura, lo aniquila” (Frantz Fanon: Los condenados de la tierra).

Los de abajo, los pueblos, nunca son vírgenes, puros, angelicales y perfectos. En el sentido común popular hay contradicciones. En el seno del pueblo hay personas buenas, luchadoras y dignas y también gente cómoda, oportunista y acomodaticia. Luchar por conocer el pasado permite fortalecer lo mejor que tiene el pueblo, sus representantes más valientes, sus valores más nobles y sus experiencias más dignas. Conocer la historia nos permite crear conciencia y consolidar la identidad personal, comunitaria, de clase y nacional enriqueciendo la autoestima popular para la lucha. Estudiar la historia (no sólo la de Simón Bolívar) posibilita saber quienes somos y de dónde venimos, encontrando el hilo de continuidad con las luchas del pasado y las generaciones de nuestros padres y madres, abuelos y abuelas e incluso mucho más atrás todavía. La memoria histórica continúa siendo la principal brújula para orientarnos en el laberinto del presente. Sin memoria del pasado no habrá esperanza de futuro.

Dificultades para una visión alternativa de la historia

Necesitamos una nueva lectura y una nueva mirada de la historia. Pero a la hora de repensar el pasado, nada es fácil ni sencillo para los de abajo. Los de arriba cuentan con todo un arsenal de reproducción ideológica y fabricación industrial del consenso (medios de comunicación, academias, iglesias, escuelas, universidades, becas, historiadores oficiales, periodistas comprados, editoriales, etc.). La voz dominante y oficial suele ser la voz de las clases dominantes, la de los vencedores. Pero ¿cuál es la alternativa? En realidad, la historia de la humanidad ha sido y sigue siendo la historia de la lucha de sus clases sociales. Opresores y oprimidos se han enfrentado desde que existe la propiedad privada y un sector vive a costillas de otro, reprimiéndolo cada vez que se intenta liberar o intentando convencerlo de que es bueno obedecer y resignarse a una mala vida y a un mal vivir.

Una visión simplista de la historia —aparentemente distinta de la historia oficial, pero no menos unilateral— reduce esas luchas y conflictos a una mera disputa económica. Las clases sociales y los pueblos lucharían únicamente golpeándose la barriga por hambre, a partir de la estrechez de sus intereses económicos inmediatos. La cultura, las tradiciones, los valores, los ejemplos, la experiencia de lucha serían simples “anécdotas”, completamente despreciables para comprender la historia. Desde este relato esquemático y simplificador, las luchas por la emancipación y la independencia de América Latina durante el siglo 19 se reducirían a un recetario económico estrictamente burgués y capitalista. Si aceptamos esa perspectiva, tan sesgada y unilateral, en el siglo 21, los pueblos rebeldes de Nuestra América nada tendríamos que aprender ni reivindicar de Tupac Amaru, Toussaint L’Ouverture, Bolívar, Moreno, Artigas, San Martín, Juana Azurduy o José Martí, de nuestras primeras guerras de independencia ni de todo aquel lejano proceso de lucha.

Tradicción, cultura y valores en la concepción materialista de la historia

A contramano de ese tipo de esquemas, en la historia real de la humanidad, las luchas, los conflictos sociales y los proyectos colectivos nunca se reducen a simples programas económicos. Analizando el proceso de conformación y combate de las clases sociales y

estudiando la constitución de los pueblos en lucha, Karl Marx explicó en su libro *El 18 brumario de Luis Bonaparte* (1852) que las clases sociales luchan y se enfrentan entre sí de manera hostil “*por su modo de vivir, por sus intereses y por su cultura*”. La clave del conflicto histórico no se reduce exclusivamente a la economía.

Las clases sociales y los pueblos en lucha logran tomar conciencia de su identidad y se enfrentan contra sus opresores y explotadores (nacionales y extranjeros) a partir de reconocerse en su tradición histórica, resumen y síntesis de (a) “*su modo de vivir*”, (b) “*sus intereses*” y (c) “*su cultura*”. La historia real no gira únicamente en torno a (b).

Los valores (la solidaridad, la igualdad, la fraternidad, la lealtad, el patriotismo, el internacionalismo, el amor por la justicia, el odio a la explotación y a la humillación, etc.), así como también la cultura creada y acumulada por las generaciones anteriores y los ejemplos de sus luchas pasadas sedimentados en la memoria popular conforman la identidad colectiva de los pueblos. Sin esa identidad es imposible crear conciencia ni autoestima popular para luchar por la libertad y combatir contra las injusticias.

El regreso de Bolívar, nuestro contemporáneo

Hoy en día, en el siglo 21, cada vez hay más Mercado y menos libertad. Más canales de televisión, menos información genuina. Más iglesias y programas de autoayuda, menos espiritualidad. Más *shoppings*, menos escuelas, bibliotecas y universidades. Más variedad de mercancías en el supermercado, menos respeto por la dignidad de las personas y la cultura popular. Más relatos sobre la supuesta “crisis del estado nación”, menos soberanía. Más banderas norteamericanas, menos banderas y símbolos nuestros. Más bancos y cajeros automáticos, menos salarios. Más empresas, menos sindicatos. Más discursos sobre la “pluralidad de culturas”, menos posibilidad de eludir el inglés en radios, TV, web, etc. Más propaganda de mercancías *light*, menos respeto por la naturaleza y el ecosistema. Más insistencia en el “multiculturalismo”, menos alternativas al estilo de “vida” norteamericano.

No hay peor esclavo que el que se siente (errónea e imaginariamente) libre. El capitalismo ha instalado un sentido común donde la única manera de disentir con el sistema sería hacer clic, o no, en la opción “Me gusta” del *facebook*. En la vida real se vigila, se controla, se reprime y aplasta toda disidencia radical. En este mundo contemporáneo los sueños libertarios de Simón Bolívar, todavía pendientes e inconclusos, condensan todo un programa de rebelión radical (económico, social, político y cultural) contra el orden establecido, más allá de los teclados y los monitores de la computadora o del control remoto y el *zapping* de la TV. Con José Martí decimos: “*¡Pero así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy: porque Bolívar tiene que hacer en América todavía!*” (José Martí: “Discurso pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana” el 28/10/1893, publicado en *Patria*, Nueva York, el 4/11/1893).

Bolívar, un rebelde del siglo 21

Bolívar está por todos lados. Como afirma J.L. Salcedo – Bastardo en su libro *Un hombre diáfano (Vida de Simón Bolívar para los nuevos americanos)*, su nombre abarca desde una estrella bautizada en su honor, descubierta en 1911 por el astrónomo francés Flammarion, y situada justo a la mitad de la distancia entre el Sol y Júpiter, hasta múltiples pueblos, ciudades, provincias, montañas, teatros, universidades, avenidas,

plazas, etc. Monumentos suyos existen en Caracas, Bogotá, Quito, La Habana, París, Roma, Londres, Buenos Aires, Washington, Madrid, Lima, Nueva York, México, Río de Janeiro, Québec y hasta El Cairo... Su nombre y su figura, muy conocidos, remiten a significados múltiples, según quien los interpele.

Desde nuestra perspectiva (que no es la única, sino tan solo una posible) Simón Bolívar está vivo. Representa un símbolo continental que aglutina voluntades colectivas y culturas diversas, sintetizando múltiples rebeldías. Su pensamiento condensa un proyecto político y una mirada nueva y desde abajo de la historia de Nuestra América que nos permite reconstruir nuestra identidad como pueblos sometidos y en lucha por el socialismo y nuestra segunda y definitiva independencia. La gesta de Bolívar no es la de un individuo aislado sino la de todo un pueblo. El bolivarianismo se ha convertido en el siglo 21 en el emblema y en la mecha de una rebelión anticapitalista y antiimperialista continental. Los generales del Pentágono, los espías de la CIA y los ideólogos de las clases dominantes imperiales y criollas clasifican al bolivarianismo como uno de sus principales “enemigos subversivos”. En esto, sólo en esto, nuestro enemigo estratégico no se equivoca.

El falso Bolívar de la estatua

Para limitar y moderar su influencia, las voces del poder intentan presentar un Bolívar descafeinado, *light*, mustio, gris y seco. La historia oficial de las clases dominantes (herederas criollas del viejo colonialismo español) y su amo imperial estadounidense, han intentando congelar y petrificar a Bolívar en una estatua muda y muerta.

Alguna vez Rodolfo Walsh escribió sobre San Martín: “*Denigrado en vida, padece en su posterioridad una injusticia más grave. Son tan fuertes los aplausos que no puede oírse su voz, tantas las estatuas que se ha extraviado entre ellas el hombre que conmemoran. Tenemos que rescatarlo de ese limbo absurdo, porque necesitamos de él*”. Exactamente las mismas palabras sirven para describir hoy la estrella insurgente de Simón Bolívar y de todos nuestros libertadores y libertadoras.

Al encerrarlo en una fría estatua, los ideólogos de la burguesía y la oligarquía simulaban homenajearlo pero en realidad lo convirtieron en la caricatura patética de un Napoleón subdesarrollado y un César tropical, en las tierras del calor, el Caribe y las bananas, sin vinculación alguna con el pensamiento revolucionario e insurgente de hoy. Ese Bolívar está muerto. No sólo es inútil e impotente, además es falso. No nos interesa. A contramano de la historia oficial, nuestro Bolívar (como Mariano Moreno, San Martín o cualquiera de nuestros precursores) sigue más vivo que nunca, molestando e incomodando a los poderosos.

Bolívar internacionalista, enemigo del Imperio

Desde muy joven Bolívar adoptó de Miranda la perspectiva continental de la Patria Grande. Nunca luchó exclusivamente por su pequeña aldea. Tuvo una mirada global de los asuntos y problemas latinoamericanos. De modo internacionalista, combatió en muchos países al mismo tiempo, comprendiendo que las luchas populares, las demandas sociales y las reivindicaciones nacionales eran las mismas en todo el continente.

Las rebeliones de América Latina por su primera independencia abarcaron tres siglos (desde que llegaron los conquistadores y colonizadores europeos hasta comienzos del siglo 19). Bolívar coronó esas luchas venciendo al imperio español. A partir de allí se abre una segunda época (que ya abarca más de 200 años), la lucha por la segunda y definitiva independencia. Nos encontramos en esta fase. Con tenacidad y paciencia,

Bolívar, San Martín y Mariano Moreno nos inspiran y siguen acompañando. Por eso en este libro nos proponemos tratar de conocerlos un poco más en detalle y con cierta profundidad a partir de la historia de Nuestra América.

Sociedad colonial y resistencia en Nuestra América

La feroz y salvaje conquista europea de América

No se puede recuperar la identidad histórica de los pueblos de Nuestra América sin dar cuenta de la feroz conquista europea a la que fuimos sometidos.

En su ensayo *El grito de independencia o la concreción del sueño del Libertador* Jesús Santrich señala: “Al llegar los invasores europeos a Nuestra América comenzó la negación y el aniquilamiento de los pueblos y culturas raizales aplicando los peores inhumanos métodos de opresión, expolio y muerte”.

Tratando de encontrarle una lógica a ese proceso Karl Marx escribe: “*El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata de América, el exterminio, la esclavización y el sepultamiento en las minas de la población aborígen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros: tales son los hechos que señalan los albores de la era de producción capitalista. Estos procesos idílicos representan otros tantos factores fundamentales en el movimiento de la acumulación originaria. Tras ellos, pisando sus huellas, viene la guerra comercial de las naciones europeas, con el planeta entero por escenario*” (Karl Marx: *El Capital*. Capítulo 24: “La llamada acumulación originaria”).

Los llamados “civilizadores” europeos (en realidad criminales feroces y lúmpenes sin piedad ni cultura que ya venían explotando a sus propios pueblos en Europa) obedecían a un proyecto de expansión colonialista que ejerció el sometimiento y el expolio, la esclavitud y la servidumbre, robos, asesinatos, violaciones, masacres, ruptura del desarrollo social y un espantoso genocidio de varias decenas de millones de habitantes amerindios originarios de Nuestra América, sin parangón en la historia de la humanidad, al cual sumaron el exterminio de una no menor cantidad de población negra descendiente del continente africano. Como nos recuerda Eduardo Galeano: “*Los indios de la América sumaban no menos de setenta millones, y quizás más, cuando los conquistadores extranjeros aparecieron en el horizonte; un siglo y medio después se habían reducido, en total, a solo tres millones y medio. Según el marqués de Barinas, entre Lima y Paita, donde habían vivido más de dos millones de indios, no quedaban más que cuatro mil familias indígenas en 1685. El arzobispo Liñana y Cisneros negaba el aniquilamiento de los indios: «Es que se ocultan —decía— para no pagar tributos, abusando de la libertad de que gozan y que no tenían en la época de los incas»*”. (Eduardo Galeano: *Las venas abiertas de América Latina*).

La crueldad y la avaricia del Dios europeo

La criminal conquista del “Nuevo Mundo” se realizó con la espada y con la cruz, con la violencia salvaje de los invasores legitimada por la religión europea (católica apostólica romana en toda América Latina y protestante en el norte del continente). La destrucción sistemática de las culturas originarias —tanto de América como de los esclavos de origen africano—, su sometimiento a sangre y fuego, más la evangelización, fueron movidas por la avaricia sin límites de la acumulación capitalista. El verdadero Dios que guió ese genocidio nauseabundo fue... el oro. Según los estudios económicos de Ernest Mandel (revolucionario europeo ácidamente crítico de la burguesía europea): “*La suma total de todos estos robos sistemáticos, realizados entre 1500 y 1750, alcanza la siguiente cifra: más de mil millones (1.000.000.000) de libras esterlinas oro. Es decir, ¡más que todo el capital reunido por todas las empresas industriales movidas a vapor que existían en toda Europa hacia el año 1.800!*”.

El monstruoso impacto de la conquista aplastó y exterminó civilizaciones originarias de enorme cultura y gran desarrollo social (que contaban con un importante conocimiento científico, como el astronómico). Además de humillar y negar el carácter humano de las víctimas en nombre de sospechosos textos religiosos y elucubraciones teológicas europeas, ese proceso de incomparable violencia dejó contra los sobrevivientes la herencia de la segregación racista y clasista de las aristocracias y burguesías criollas. Éstas sustituyeron a España y Portugal, prolongando el maltrato a los “hijos de la chingada”, mestizos empobrecidos y pueblos originarios de un continente moreno bien distinto a los modelos rubios de ojos celestes y dientes de plástico de las películas de Hollywood.

Las mujeres como botín de guerra del colonialismo europeo

Los colonialistas europeos que nos trajeron “la civilización” protagonizaron, según el Papa del Vaticano romano y la película norteamericana infantil «*Pocahontas*» (1995) de la empresa Disney, un pacífico y dulce “*encuentro de dos mundos*”. Como parte de ese encantador “*encuentro cultural*” deben computarse las violaciones masivas de las mujeres indígenas, convertidas en botín de guerra por las tropas europeas, españolas y portuguesas; inglesas, francesas y holandesas. Según nos recuerda Fernando Mires en *La rebelión permanente*, las mujeres indígenas “*siendo al igual que los hombres, víctimas de los repartos, de la mita, de los obrajes, etc., fueron también, desde el mismo comienzo de la conquista, víctimas de la explotación sexual de los conquistadores. Paralelamente a los repartimientos de indios existían, por ejemplo, los repartimientos de mujeres, aceptadas tácitamente como parte del botín de guerra. Los jefes conquistadores se ufanaban de ser magnánimos repartidores de mujeres entre los soldados. [...] Las violaciones de mujeres eran un hecho cotidiano, un derecho «natural» del vencedor. Incluso muchos sacerdotes tenían las casas parroquiales atestadas de concubinas*”. De allí nacerá el insulto, muy común en México, “*hijo de la chingada*” que significa ni más ni menos que hijo de la mujer violada. Eso explicaría, según Mires, que las mujeres hayan sido las más radicales en los movimientos de rebelión anticolonial —toma como ejemplo la influencia radical de Micaela Bastidas por sobre la mayor moderación de José Gabriel Condorcanqui (Tupac Amaru II). Además de la feroz opresión colonial, compartida por todo el pueblo, las mujeres de Nuestra América tenían (tienen) cuentas pendientes con los colonialistas por sus abusos sexuales, legitimados por la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana como algo “natural”.

Siguiendo los análisis de *El Capital* de Marx, la investigadora feminista Silvia Federici demostró en su obra *Caliban y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria* que este proceso perverso y siniestro fue y es un producto del sistema capitalista. Según Federici, la acumulación originaria del capital estuvo marcada por: a) la conquista brutal y explotación de las colonias; b) la expropiación violenta y sanguinaria de las tierras comunales del campesinado y las comunidades rurales (dentro de Europa y fuera de Europa) y c) la represión, explotación y opresión contra las mujeres, salvajemente perseguidas y castigadas, violadas, quemadas y torturadas por... “brujería”. La resistencia contra ese proceso capitalista, particularmente importante en la conquista y aplastamiento de Nuestra América, permite entender y explicar el papel revolucionario de las mujeres insurgentes ya que ellas no fueron únicamente víctimas. También supieron responder a sus opresores... como era necesario responder, con la violencia revolucionaria. No único, pero sí uno de los principales paradigmas de emancipación, ha sido Juana Azurduy, ya que ella pudo sintetizar con su liderazgo político-militar la

alianza indestructible de indígenas, mestizos y criollos, hegemonizada por las clases populares, núcleo central de nuestra primera independencia y base de cualquier proyecto revolucionario para el siglo 21. Tanto Manuela Sáenz como el general Belgrano y Simón Bolívar reconocieron públicamente la centralidad de Juana Azurduy —y con ella de todas las mujeres combatientes y guerrilleras que la acompañaban— en la lucha popular nuestroamericana por la independencia. La mujer militante, combatiente y guerrillera sigue siendo absolutamente central en la lucha del siglo 21 por la segunda y definitiva independencia y el socialismo.

España y la esclavitud del capitalismo colonial

Luego de tres siglos de robos sistemáticos a las colonias de América, un grupo de ministros de ideología liberal (Leopoldo de Gregorio, el conde de Campomanes, Pablo de Olavide, Gaspar Jovellanos, José Miniño y Redonda), agrupado en torno al rey español Carlos III, comenzó a promover reformas económicas. Tanto en la metrópoli española como en sus colonias americanas (“indianas” en el lenguaje colonialista de la época). Esas reformas liberales de los reyes Borbones provocaron en América Latina un impulso al capitalismo dependiente y cierto “desarrollo” económico dentro del subdesarrollo.

Ese “desarrollo” colonial combinó reformas económicas en el comercio de ultramar con la introducción de negros esclavos, pueblos originarios de África arrancados por la fuerza del látigo y las cadenas, traídos para reemplazar a los ya diezmados pueblos originarios de América. Ambos —negros e indígenas— obligados con golpes de latigazos, vejaciones y tortura a consumir rápidamente sus vidas como fuerza de trabajo esclava en jornadas laborales demoledoras y extenuantes que llegaron a alcanzar las 20 ó incluso 22 horas diarias, aniquilando rápidamente la fuerza de trabajo. La esclavitud, que atravesó como un cáncer monstruoso toda la América colonial (tanto en la América latina como en la anglosajona), es hija legítima de la “cultura” Europa y su capitalismo estrictamente moderno, bien distante de la esclavitud antigua de Egipto (en África), de Grecia y de Roma (en Europa).

A pesar del abundante material empírico y estadístico consultado, resulta errónea y unilateral la caracterización del historiador alemán Manfred Kossok cuando afirma que “*La colonización española fue un movimiento del feudalismo tardío, de expansión y colonización, que se volcó en diferentes oleadas sobre el continente americano [...] En la organización económica y social altamente desarrollada de los imperios inca y azteca, los colonizadores hallaron toda una serie de puntos de apoyo que facilitaron la transferencia del orden social feudal a los dominios de ultramar*” (Manfred Kossok: *El Virreinato del Río de la Plata. Su estructura económica-social*). Más acertado resulta, en cambio, el análisis social del historiador Sergio Bagú cuando señala que “*El régimen económico luso-hispano del período colonial no es feudalismo. Es capitalismo colonial [...] La esclavitud no tiene nada de feudal y sí todo de capitalista. [...] América y África —destiladas sus sangres por los alquimistas del comercio internacional— fueron indispensables para el deslumbrante florecimiento capitalista europeo*” (Sergio Bagú: *Economía de la sociedad colonial. Ensayo de historia comparada de América latina*). Esa esclavitud colonial se asentaba muchas veces en la economía de plantación esclavista que con métodos brutales y sanguinarios producía para el mercado mundial, bien distinta de la hacienda patriarcal y señorial dirigida a la economía de subsistencia, la ostentación y al consumo suntuario y dispendioso (Jorge Ibarra Cuesta: *Marx y los historiadores ante la hacienda y la plantación esclavistas*).

Nuestra América: capitalismo dependiente en el sistema mundial

En la América colonial —después de 1492— no existe intercambio “libre” y salarial entre el hacendado y el trabajador, requisito para la relación social capitalista (un trabajador vende su capacidad de trabajar, un patrón paga salario, un trabajo impago es expropiado). Por el contrario, en la América colonial existen múltiples formas “extraeconómicas” de obligar al indígena, al esclavo negro o al mestizo empobrecido a trabajar por la fuerza y sin paga. Sin embargo, aunque el plantador criollo, el explotador minero y el patrón europeo se valían de formas de sujeción no económicas, el producto de esa explotación (cacao en Venezuela, azúcar en Brasil y Cuba, plata en Bolivia, carne salada de Argentina, café de América central) se vendía en el mercado mundial para obtener dinero a cambio. No se producía para el consumo. Señala Bagú *“Lejos de revivir el ciclo feudal, América ingresó con sorprendente celeridad dentro del ciclo del capitalismo comercial, ya inaugurado en Europa. Más aún: América contribuyó a dar a ese ciclo un vigor colosal, haciendo posible la iniciación del período del capitalismo industrial, siglos más tarde”* (Sergio Bagú: *Economía de la sociedad colonial. Ensayo de historia comparada de América latina*). En una dirección similar apunta Ruy Mauro Marini: *“Forjada al calor de la expansión comercial promovida, en el siglo 16, por el capitalismo naciente, América Latina se desarrolla en estrecha consonancia con la dinámica del capital internacional. Colonia productora de metales preciosos y géneros exóticos, en un principio contribuyó al aumento del flujo de mercancías y a la expansión de los medios de pago, que, al tiempo que permitían el desarrollo del capital comercial y bancario en Europa, apuntalaron el sistema manufacturero europeo y allanaron el camino a la creación de la gran industria”* (Ruy Mauro Marini: *Dialéctica de la dependencia*).

En la América colonial (y moderna), posterior a la conquista y la destrucción de los imperios comunales-tributarios de incas y aztecas, no hubo “feudalismo puro” ni “capitalismo puro”. Se conformó un tipo de formación económico social que articulaba en forma desigual y combinada relaciones sociales características de modos de producción precapitalistas con una inserción capitalista dependiente en el mercado mundial. Dentro de esa combinación híbrida, unas predominaban sobre otras. Samir Amin sostiene *“Desde sus orígenes las formaciones precolombinas fueron, bien destruidas, bien sometidas al capital mercantil del centro europeo naciente. [...] El capital mercantil, antepasado del capital acabado, se constituyó unos anexos en América [...] Las formas de esta explotación anexa podían ser diversas: pseudo feudales (la encomienda de América Latina), pseudoesclavistas (la explotación minera) o esclavistas (plantaciones del Brasil, las Antillas, o las colonias inglesas meridionales de América del Norte). No dejaban de estar al servicio del capitalismo europeo naciente y producían para el mercado, por lo cual no deben confundirse con los modos de producción feudales o esclavistas verdaderos”* (Samir Amin: *El desarrollo desigual*). El nacimiento del capitalismo como sistema mundial siguió derroteros distintos y desiguales con una lógica polarizadora y asimétrica entre poderosas metrópolis y fragmentadas colonias, semicolonias y países dependientes. Lenin, por ejemplo, ubicaba a la Argentina entre los países capitalistas semicoloniales y dependientes (V.I. Lenin: *El imperialismo, fase superior del capitalismo*). Mienten escuelas y Academias. El “despegue” de W.W.Rostow es un mito. Nunca hubo desarrollo capitalista plano, lineal, evolutivo, homogéneo y pacífico. Europa occidental no nació ombligo del mundo. Nuestra América ingresa —es ingresada— de modo violento al sistema capitalista mundial en formación combinando y articulando diversos tipos de relaciones sociales.

La sociedad de Venezuela en el siglo 18

Venezuela, cuna de Bolívar, experimentó durante el siglo 18 un gran desarrollo económico, en los marcos de la formación social capitalista colonial, a partir de la exportación de cacao y el trabajo esclavo. Los colonialistas clasificaban étnicamente a las personas en: blancos peninsulares, blancos canarios y blancos criollos; pardos, negros libres o manumisos, negros esclavos, negros cimarrones; indios tributarios, indios no tributarios y población indígena marginal.

Durante ese siglo surgió una clase criolla enriquecida y ennoblecida, propietaria de grandes extensiones y de numerosos esclavos. A esos nuevos ricos se los llamó “los grandes cacaos”. Compartían el poder económico con la corona española y la compañía Guipuzcoana (fundada en 1728) que reemplazó a la anterior Casa de Contratación española, encargada de monopolizar el comercio exterior de Caracas.

Contra ese monopolio se pronunciaron en 1750 los grandes latifundistas locales que deseaban vender libremente su cacao en el exterior, los productores de caña y tabaco y los comerciantes canarios. Más tarde, el 24/2/1781, un grupo de latifundistas criollos (se los conoce como “mantuanos” por las mantillas utilizadas por las mujeres para ir a misa y por las capas de los caballeros de la oligarquía) le escribe a Francisco de Miranda una carta-Manifiesto que condensa 80 años de “desarrollo” colonial. En ella le reclaman la necesidad de la independencia y le sugieren negociar con Inglaterra para desembarazarse del imperio español. Entre los mantuanos que firman esa carta programática se encuentra el padre de Simón Bolívar (este último nace 17 meses después de enviada la carta).

José Leonardo Chirino y las luchas insurgentes preindependencia

Ese “desarrollo” capitalista colonial potenció las contradicciones sociales que se venían incubando desde la conquista. Según recuerda Gonzalo Abella en su libro *Bolívar: Independencia y lucha social en Nuestra América*, durante 1795, en Venezuela hubo un levantamiento de esclavos que ocuparon tierras, con apoyo de pueblos originarios y bajo la dirección de José Leonardo Chirino [1754-1796], hijo de una mamá indígena con un papá negro esclavizado.

Esa rebelión se insertaba en la ola de rebeldías anticoloniales de alcance continental, curiosamente “olvidadas” por la historiografía eurocéntrica. Desde 1780 se habían producido los grandes levantamientos de Tupac Amaru y Micaela Bastidas en el Perú y los de Tupac Katari y Bartolina Sisa en lo que hoy es Bolivia. Más al sur, los mapuches seguían resistiendo —lo siguen haciendo hasta hoy— desde los tiempos del gran Toki Lautaro (Leftrarú) y Guacolda en la Araucanía. En lo que hoy es Brasil, Zumbi, líder negro combatiente de la República de Palmares, desarrolló una insurgencia junto con sus hermanos y hermanas de los quilombos. Escapando de la esclavitud, habían hecho la guerra en Pernambuco contra el colonialismo portugués entre 1675 y su asesinato en 1695. También en Brasil, en Minas Gerais, en 1788-1789 se produce la conspiración minera y el levantamiento independentista (y republicano) del alférez Joaquim José da Silva Xavier, Tiradentes, contra la explotación humana y el saqueo del mineral de los colonialistas portugueses. Ese mismo año, 1789, estallaba la Inconfidencia Bahiana que postulaba una síntesis de libertad política e igualitarismo radical. Allí participaba, entre otros, el padre João Ribeiro, una síntesis criolla de Robespierre y Marat. Al año siguiente, en 1790, ya andaba Macandal, esclavo prófugo y rebelde, organizando guerra de guerrillas por las montañas indómitas y las selvas de fuego de Haití.

Como señala Jesús Santrich en *El grito de independencia o la concreción del sueño del libertador*, muchísimo antes de todas esas resistencias épicas, ya en 1553, el negro Miguel se había alzado contra Diego Fernández de Cerpa y una veintena de españoles en Nueva Segovia de Barquisimeto (hoy Venezuela). Se internó en las montañas y fundó con indígenas y negros un pequeño ejército insurgente para enfrentar el sistema de explotación de los conquistadores. Luchó hasta caer en manos de las fuerzas conjuntas de Diego García Paredes y otros colonialistas. Todos sus seguidores fueron nuevamente reducidos a la esclavitud. Pero el español Diego García Paredes murió en una emboscada de indígenas insurgentes mientras viajaba hacia Popayán, donde había sido nombrado gobernador. Frente a la dominación colonial jamás desapareció la resistencia. Hay que esforzarse mucho, demasiado, para ocultarla o no verla.

Las fuerzas sociales en las guerras de emancipación

A inicios del siglo 19, en las formaciones económico-sociales de Nuestra América coexisten y se enfrentan diversas fuerzas sociales. Por un lado, el poder colonial, clasista, racista y monárquico. Frente a él, dos fuerzas heterogéneas y no siempre bien definidas que convergerán en la lucha contra el colonialismo: las elites oligárquicas y burguesas criollas y las grandes mayorías excluidas. Estas dos últimas conformaron el partido americano, el partido de la independencia. Mientras que las oligarquías locales de las zonas rurales y las burguesías comerciales de las ciudades y puertos propugnaban una independencia formal de España (buscando liberar la exportación de materias primas y el comercio, principalmente con Inglaterra y otras potencias europeas), la fuerza social de las grandes mayorías pugnaba por demandas y transformaciones estructurales más profundas y radicales (abolición de la esclavitud colonial, el tributo y la servidumbre, prohibición de la tortura, reparto de tierras, etc). Dentro de esas mayorías populares convivían los esclavos negros de las plantaciones y los puertos, la peonada indígena de haciendas y minas, los gauchos y llaneros mestizos del mundo rural y una capa de artesanos urbanos y jóvenes intelectuales radicalizados (de inspiración jacobina u origen ilustrado) que tenían vocación de unirse a las otras clases explotadas, castas sometidas y comunidades rebeldes dentro de una gran alianza y un gran proyecto libertario de emancipación continental.

Esas grandes mayorías populares no sólo estaban bajo el yugo, la esclavitud y la servidumbre coloniales, también ocupaban zonas liberadas de todo control imperial en gran parte del continente. Millones de africanos prófugos en las selvas, las montañas y las vaquerías se refugiaban junto a los pueblos originarios, en las aldeas fortificadas de sus hermanos indígenas, o en el universo multiétnico de la gauchería y los llaneros, donde convivían los pueblos originarios, las negritudes y las pobrerías mestizas. Esas poblaciones desobedientes al poder colonial conformaron embriones de nuevas sociedades rebeldes y fraternas de pueblos armados. “Quilombos” en el nordeste brasileño, “palenques” de “cimarrones fugados” por el Virreinato de Nueva Granada, “esclavos fugados” en las yungas del altiplano boliviano o en las costas inexploradas del Perú. Como recuerda Gonzalo Abella, las redes solidarias afroamericanas, entremezcladas con los pueblos originarios rebeldes, iban desde el Caribe al Río de la Plata (habría que agregar también la Araucanía donde resistían los mapuches). Esas mayorías disponían de su producción comunitaria de valores de uso para la supervivencia, sus propios circuitos de trueque e incluso de “contrabando” hacia el mundo extra continental.

Tupac Amaru y las resistencias populares frente al eurocentrismo

Aunque la rebelión de Tupac Amaru fue derrotada, en Haití triunfa la lucha. El ciclo de lucha anticolonial se extiende desde 1780 (Tupac Amaru) y 1791 (Haití) hasta 1824 (Ayacucho). Ese proceso político-militar independiza la mayoría del continente de los imperios europeos. Las revoluciones de la independencia y sus guerras de liberación formaron parte de un ciclo global, marcado por la reconfiguración de la hegemonía del capitalismo mundial (a través de revoluciones burguesas) y la emergencia de crecientes resistencias populares. Nuestros líderes independentistas actuaron en ese marco social local y dentro de ese horizonte internacional. En Nuestra América ese proceso se superpone sobre 300 años de combate de los pueblos originarios, 200 años de resistencia de los esclavos traídos por el látigo de África y 50 años de lucha de los criollos empobrecidos. La historia oficial desconoce, silencia u oculta esa resistencia indoafroamericana, remitiendo los antecedentes (y el desenlace) exclusivamente a Europa. Según el eurocentrismo la lucha independentista dependería únicamente “*del conflicto interno español y del apresamiento de Fernando Séptimo*”. Bolívar habría triunfado porque “*tenía tropas británicas*”. San Martín cruzó los Andes “*siguiendo un plan escocés-inglés*”. Para ellos, los latinoamericanos seríamos incapaces hasta de luchar por nosotros mismos. Sintetizando estos relatos eurocéntricos, petulantes y altaneros, con un nivel de refinada y arrogante ignorancia que da vergüenza ajena, el académico francés Chaunu expresó: “*La América española que no es sino una provincia de Europa, no inventa la Independencia, la recibe*” (Pierre Chaunu: *Interpretación de la Independencia de América Latina*). Nuestra independencia sería producto de una guerra civil europea, no de una guerra de liberación anticolonial y nacional americana. El pasado de lucha se esfuma. Síntesis historiográfica, tristemente célebre, de prejuicios que repiten, como alumnos obedientes, historiadores criollos. Exagerando aún más a Chaunu, por ejemplo, el profesor Grínor Rojo llega al extremo de caracterizarla como “*una gresca familiar entre caballeros cristianos, dueños de tierras y señores de vasallos*”. (Grínor Rojo: *¿Independencias? ¿Bicentenarios?*). Nuestros pueblos habrían sido simples escuderos, pasivos y tontos (prácticamente sub-humanos) de esos caballeros.

Manuales, Academias, institutos militares y medios de comunicación, sólo ven las revoluciones burguesas de EEUU (1776) y Francia (1789). Sin sonrojarse “se olvidan” de las rebeliones de los pueblos originarios de Quito en 1765, Tupac Amaru y Tupac Katari, de los comuneros de Nueva Granada de José Antonio Galán, de la resistencia de los diaguitas en las guerras calchaquíes, de los comuneros del Paraguay, de la rebeldía de Manuela Beltrán, de la dignidad de los mapuches y los esclavos jacobinos negros en Haití. Para la mirada euroccidentalista los esclavos negros, mestizos empobrecidos, zambos, mulatos y pueblos indígenas carecen de humanidad. Son fantasmas invisibles. Si por casualidad algún historiador tradicional admite su existencia, los dibujan pasivos, impotentes, ciegos, sin perspectiva histórica (los “marxistas” liberales y eurocéntricos no son muy distintos cuando condenan estas resistencias “*porque no tenían un programa para desarrollar las fuerzas productivas*”, haciendo suya, con jerga aparentemente “de izquierda”, la mirada de los vencedores). En el relato euroccidentalista Nuestra América carece de cronología e identidad propia. La independencia habría sido un deshilachado coletazo de procesos europeos, sucedidos al otro lado del Atlántico, donde al parecer habitan Dios, la Cultura, la Civilización, el Progreso y Las Fuerzas Productivas. A contramano de estas apologías, la historia real de Bolívar, Moreno, Toussaint L’Ouverture, Artigas y San Martín, es bien distinta.

La historia latinoamericana y sus múltiples conflictos sociales

En Nuestra América, a inicios del siglo 19, la contradicción colonia-imperio se superpone y sobreimprime con la contradicción entre oprimidos y opresores. Entre los opresores se contaban las monarquías y los imperios europeos, sus administraciones y burocracias coloniales, sus ejércitos y el alto clero de la iglesia oficial que los defendía, pero también las oligarquías criollas y las burguesías portuarias que constituyeron la fracción continental generalmente anti-hispana y pro-británica. Entre estos últimos había terratenientes de ganado, dueños de cañaverales azucareros, grandes productores de café o de cacao, hacendados y plantadores, propietarios de minas y de esclavos.

En el campo de los oprimidos se encontraba el universo multicolor de las mayorías populares: pueblos originarios, esclavos en cautiverio o fugados y organizados en comunidades, grupos mestizos, llaneros, gauchos, comunidades originarias cristianizadas, multitudes de humildes inmigrantes y sus hijos criollos o mestizos, así como también jóvenes intelectuales criollos que no se resignaban a cambiar simplemente de amo o de tirano. La lucha nacional-continental (de la Patria Grande) por la Independencia anticolonial se amalgama, entremezcla y fusiona con la lucha de clases y la habitualmente ignorada lucha de los pueblos originarios por sus territorios y recursos naturales, la no documentada lucha de los humildes por la tierra y la “invisible” lucha de los afrodescendientes por sus derechos.

Independencia latinoamericana: ¿Fueron revoluciones?

Los relatos tradicionales basados en las viejas historias oficiales de las clases dominantes —liberales o conservadoras, siempre burguesas— ni siquiera se hacen preguntas sobre 1810. Para ellos, si a partir de entonces hubo modificaciones jurídico-institucionales en el status de las colonias, no dudan en caracterizarlas como revoluciones. Por reacción a esa mirada tradicional, otros relatos, menos ingenuos pero no menos eurocéntricos, han querido negar el carácter de revolución de esos procesos alegando que desde 1810 sólo hubo mutaciones políticas que no modificaron la estructura social. Desde este otro ángulo, una elite (las clases dominantes criollas) reemplazó a otra elite (las burocracias coloniales europeas), pero sin modificar las relaciones sociales de dominación.

Esa descripción alternativa no deja de tener visos de realidad pues, como bien alertara José Carlos Mariátegui para el Perú, es cierto que a la crisis del lazo colonial no sucedió una modificación radical de la propiedad de la tierra en todo el continente. Oligarquías, plantadores y hacendados siguieron siendo propietarios de minas y latifundios, mientras las burguesías comerciales continuaron haciendo negocios, ya no con España sino con Inglaterra, mientras las mayorías populares —indígenas, negros, mulatos, zambos, mestizos, gauchos, llaneros, etc.— continuaron explotadas. Sin embargo, a partir de 1804 y hasta 1824 las modificaciones no fueron un elegante recambio de elites. Hubo lucha, confrontación, contradicciones agudas y guerras sangrientas que involucraron a las grandes masas provocando cambios sociales y de mentalidades. No sólo hubo batallas y cataclismos institucionales. También hubo inmensas movilizaciones sociales de cientos de miles (cuando no millones) de sujetos populares que dieron su vida en las guerras anticoloniales por la causa americana en una confrontación continental. Hacer caso omiso de ese innegable fenómeno social presupone en los historiadores —consciente o inconscientemente— concebir a los sujetos populares como pasivos, entenderlos únicamente como mera “base de maniobra”, simples extras de una película completamente ajena. Una mirada de la historia que, aunque aspire a ejercer un ademán crítico, no deja de ser burguesa ya que se niega a reconocer el protagonismo de las

masas populares. Los únicos protagonistas de la sociedad y de la historia serían, para esta otra mirada historiográfica, las clases dominantes, los poderosos, los millonarios, los propietarios, los hacendados y comerciantes. Los cientos de miles (o millones) de combatientes indígenas, negros, mulatos, zambos, mestizos y blancos criollos empobrecidos y explotados que primero protagonizaron las resistencias contra el colonialismo europeo y luego decidieron la contienda a favor de la independencia como *pueblo en armas* en los ejércitos patriotas de Bolívar, San Martín y otros revolucionarios anticoloniales habrían sido una masa ciega, gris, amorfa, completamente pasiva, “*porque no tenían un programa para desarrollar el progreso de las fuerzas productivas*”. ¿Qué entendemos por “progreso” en la historia? ¿Cómo evaluar el progreso desde las masas populares resistentes y los pueblos del Tercer Mundo? Al negar el carácter de “revolución” a estos procesos sociales y combates de masas que con una cantidad enorme de muertos a lo largo de décadas lograron finalmente quebrar y vencer en todo el continente a los poderosos imperios europeos, ¿qué se entiende entonces por “revolución”? ¿El modelo político “puro” de la revolución francesa? ¿El modelo económico “puro” de la revolución industrial en Inglaterra? ¿Fueron nuestras revoluciones de independencia y guerras de liberación “anomalías” y “desviaciones” frente a un tipo ideal basado en el modelo europeo “puro” de revolución democrático-burguesa que se supone —en las Academias, en la historia oficial, incluso en el progresismo eurocéntrico— falsamente universal?

Clases dominantes y revoluciones inconclusas

Una nueva mirada de la historia, latinoamericanista y no eurocéntrica, debería hoy dejar de lado esos falsos tipos ideales de modelos “puros” que jamás fueron universales. Nuestras guerras de independencia fueron revoluciones reales que aspiraron a cambios no sólo jurídicos e institucionales. No se trató de un simple recambio de elite burocrática. El contenido social del *Plan revolucionario de operaciones* de Mariano Moreno y los proyectos de Simón Bolívar posteriores a 1816 lo prueban. Lo mismo puede afirmarse de la revolución mexicana con gran contenido indígena y popular. Pero, eso sí, fueron revoluciones inconclusas. Aunque finalmente triunfaron sobre el colonialismo europeo, no pudieron terminar de realizarse por la inserción capitalista dependiente de nuestras formaciones sociales en el sistema mundial capitalista y además porque los líderes independentistas, que aspiraron a emancipar genuinamente a las clases populares (aboliendo la servidumbre indígena, eliminando la esclavitud negra, defendiendo el reparto de tierras, promoviendo la estatización de los recursos naturales y proyectando la industrialización propia), no contaron con burguesías nacionales pujantes sino con lúmpenes burguesías agrarias, exportadoras y comerciales, raquíticas y débiles, socias menores de la explotación neocolonial que se espantaron ante sus programas radicales, los abandonaron y obstaculizaron cualquier cambio social de fondo. Estas burguesías criollas dieron la espalda a los proyectos libertarios y emancipadores de Bolívar, San Martín, Moreno, Hidalgo, Morelos, Artigas y otros libertadores para construir pequeñas naciones y republiquetas con una institucionalidad, una liturgia falsamente patriota y unos panteones legitimantes del orden establecido, ajeno e incluso impuesto por sobre y contra las clases populares y plebeyas que fueron las que históricamente ganaron las guerras de independencia anticolonial. Después de la independencia se produjo una reversión social, un retroceso, una frustración. No se logró la unidad continental. Además, los decretos abolicionistas —de servidumbre y esclavitud— se convirtieron en letra muerta. La tierra volvió a manos latifundistas. De allí en más “la nación” (patria chica y fragmentada) se convirtió en el nombre de un

territorio y un orden jurídico dentro del cual cada burguesía vernácula ejerció su dominación doméstica, como socia menor y cómplice del sistema mundial capitalista neocolonial.

La debilidad estructural de las sociedades postcoloniales (explicable por el papel de las burguesías comerciales y las oligarquías exportadoras) no invalida el carácter revolucionario de los proyectos emancipadores en las guerras de independencia. El abandono de San Martín y Simón Bolívar, los asesinatos de Sucre, Moreno, Monteagudo y Morazán, así como el exilio forzoso de Artigas o el enjuiciamiento de Castelli expresan el desprecio y odio visceral que estos líderes populares independentistas se fueron ganando por parte de las clases dominantes vernáculas. Odio que provenía no sólo del enemigo colonial europeo y sus feroces militares sino también de las clases dominantes criollas, que finalmente les dieron la espalda, los dejaron solos o incluso los enfrentaron pues pretendían simplemente reemplazar a las burocracias coloniales españolas y portuguesas por una clase dominante local, dejando intacta la estructura social y manteniéndose como socias subalternas dentro de una relación dependiente y neocolonial con las grandes metrópolis del mercado mundial capitalista. Por eso en el siglo 21 aquellos proyectos revolucionarios inconclusos, reales y genuinamente emancipadores y radicales, se desplazan a las manos de nuevos sujetos populares, los únicos que podrán concretar la segunda y definitiva independencia a través de la revolución socialista continental.

Voluntades colectivas y violencia popular

¿Aquellas revoluciones de independencia y las guerras de liberación que las posibilitaron desde el río Bravo hasta la Patagonia se desarrollaron solas, de forma espontánea, con piloto automático? ¿Surgieron de la nada como una planta perdida en medio del campo cuando llueve? ¿Cómo se conforma una voluntad colectiva de alcance no sólo nacional sino incluso continental para lanzarse a la lucha a partir de un proceso político y socialmente tan ambicioso? Durante los últimos años, de la mano del posmodernismo (y sus derivados), se ha puesto de moda cantar loas a la “pura espontaneidad” de las multitudes. Como si las revoluciones —y las grandes confrontaciones que duran décadas luchando contra un imperio— se pudieran desarrollar y concretar sin planes, sin proyectos, sin estrategias, sin cuadros políticos, sin orientaciones, en suma, sin ideología y sin organización. Ninguna revolución histórica se desarrolló de esa manera. Las revoluciones de independencia americana y nuestras guerras de liberación (que se extendieron entre 1780 y 1824) tampoco. No se puede combatir 44 años de forma casi ininterrumpida sin coordinación ni ideología ni planes. Esas guerras, rebeliones y revoluciones fueron posibles porque hubo planes, estrategias, organizaciones políticas (las “sociedades patrióticas y literarias” y sobre todo las logias operativas, por ejemplo, jugaban el rol de lo que actualmente consideramos como “partidos políticos”, haciendo análisis de coyuntura, identificando enemigos y aliados, trazando planes tácticos y estratégicos de acción, estableciendo contactos, recolectando información, haciendo inteligencia, etc.) y también porque existían ideologías que convocaban a la desobediencia y a la revolución, legitimando el ejercicio de la violencia revolucionaria a escala continental y posibilitando la respuesta del campo patriota contra la violencia colonial, por entonces oficial y la única legal y permitida por el orden establecido. Los líderes independentistas sólo pasaron a ser llamados “héroes” y a tener estatuas de bronce en las escuelas y plazas después de triunfar. Antes... los llamaban “sediciosos”, “revoltosos”, “infieles”, “jacobinos”, “indianos”, “insurgentes”, “impuros”, “indecentes”, “locos”, “subversivos”. ¿Suena

conocido?

Muchas impugnaciones de los últimos tiempos contra los revolucionarios independentistas de 1810 (que se horrorizan frente al lenguaje empleado por los patriotas, como cuando en el sur Mariano Moreno defiende la necesidad de “*verter arroyos de sangre*” de los jefes colonialistas o cuando Simón Bolívar, un poco más al norte, convoca a “*exterminar a los tiranos*”), en realidad están motivadas por el rechazo actual a la violencia popular, plebeya y revolucionaria. Estas voces oficiales — periodistas, historiadores académicos, novelistas, filósofos, abogados— que arremeten contra Moreno, contra Bolívar, contra Artigas, contra Tupac Katari o San Martín, en realidad tienen en mente a las fuerzas insurgentes y a los movimientos sociales rebeldes del siglo 21. Usan como pretexto la impugnación de los rebeldes más radicales de los siglos 18 y 19 para demonizar, satanizar y estigmatizar en realidad a los revolucionarios y a la insurgencia del siglo 21.

Bolívar, hijo de la rebeldía popular de Nuestra América

La gran lucidez de Simón Bolívar, Manuela Saenz, José de San Martín, José Gervasio Artigas, Mariano Moreno, Miguel Hidalgo, José María Morelos entre muchos otros y otras precursores de las luchas continentales de liberación consiste en haber sabido superar y haberse elevado por sobre el inicial horizonte de clase (estrecho, limitado y mezquino) de las oligarquías y burguesías criollas —generalmente probritánicas—, recuperando las rebeldías indoamericanas y gestando un ambicioso proyecto de liberación continental y popular sobre la base de alianzas sociales con las clases, pueblos y grandes mayorías oprimidas de Nuestra América.

Sin la participación heroica y masiva de los pueblos originarios, las negritudes, los mulatos, los llaneros y los gauchos en aquellas luchas, la primera independencia americana nunca hubiera triunfado sobre los imponentes y poderosos colonialistas europeos. Sin apoyo popular, Simón Bolívar, San Martín, Artigas, etc, no serían hoy quienes son y representan para la clase trabajadora latinoamericana y la juventud rebelde del siglo 21. Los pueblos en armas que los apoyaron y les permitieron triunfar fueron los verdaderos sujetos —nunca pasivos— de la lucha. La historia no es sólo la historia de las clases dominantes. Ellos, los poderosos, las elites, las clases dominantes explotadoras, no son los únicos protagonistas del drama humano. Al mismo tiempo y en paralelo hay una historia de los de abajo, de las clases populares, de las clases subalternas, de las clases explotadas y de los pueblos oprimidos. Quien no enfoque su mirada hacia esta última terminará confundido, cantando alabanzas, consciente o inconscientemente, a los poderosos y a los (hasta ahora) vencedores. Para vencer hay que aprender —en el pasado, en el presente, en el futuro— a ver al pueblo actuando de pie, no sólo de rodillas, pasivo y como simple “base de maniobra”.

Napoleón, un expansionismo colonial y burgués

¿Qué sucedía en Europa mientras se desarrollaban estas varias oleadas de rebeldías latinoamericanas injustamente olvidadas por la historia oficial? Tras acumular poder económico durante varios siglos, la burguesía (clase social que, según la investigación *Mercaderes y banqueros en la Edad Media* de Jacques Le Goff, aparece en la historia europea en el siglo 11 d.C) se lanza a conquistar el poder político. Después de numerosas revoluciones fallidas o detenidas a medio camino, la burguesía alcanza el poder completo en Francia en 1789. Allí, luego de avances y retrocesos, con medidas radicales (impulsadas por los jacobinos de Maximilien Robespierre y por los

descamisados igualitaristas [*sans culottes*, sin calzones] de François-Noël “Graco” Babeuf) sucedidas por una contraofensiva conservadora (Directorio anti-jacobino), en el seno de la revolución francesa emerge el liderazgo militar del emperador plebeyo Napoleón Bonaparte.

En condiciones de competencia capitalista por mercados y colonias, Francia entra en guerra con Inglaterra. Napoleón llega a controlar militarmente Europa continental y bloquea por mar a Inglaterra. Ésta se une con las monarquías ibéricas y protege la evacuación del rey de Portugal y su familia en 1808 a Río de Janeiro, dejando de alentar por unos años la independencia sudamericana. Bonaparte presiona a España sobre Portugal para enfrentar a Inglaterra. Detrás de las tradicionales historias escolares de amoríos y dormitorios (que reducen la expansión francesa a una telenovela y un culebrón de las amantes de Napoleón), lo que ese expansionismo militar expresa es la necesidad burguesa de acabar con el antiguo régimen de la nobleza en toda Europa y competir con otras potencias capitalistas coloniales en el reparto del Tercer Mundo.

Napoleón y la monarquía española

Más allá de sus amantes, en cada país que Napoleón conquista lo primero que instalan sus tropas es un código de leyes que sanciona y legitima la propiedad privada burguesa. A través de ese expansionismo militar burgués, la Francia de Napoleón invade entre otros países a España (sin respetar los tratados firmados), entrando en Madrid en diciembre de 1808. Con la prisión de la casa real española (Fernando Séptimo estaba prisionero en Bayona) se abre así un marco de posibilidad para la desobediencia institucional de las colonias españolas de América, que ya venían conmocionadas por una larga cadena de rebeldías previas (desconocidas por la historia oficial eurocéntrica). La caída del Rey español en manos de Napoleón, proporcionó a los pueblos latinoamericanos la ocasión para dar los primeros pasos concretos hacia la independencia formal. En 1808 ya no había gobiernos “legítimos” en España y Portugal. El rey de España estaba cautivo de Napoleón. El rey de Portugal y su familia pasarían largos años en sus colonias del Brasil. La amenaza de Napoleón colaboraba para que todos los monarcas (los depuestos, los exiliados y los sobrevivientes) se coaligaran contra él. Hasta 1810 casi nadie con cargo en la administración colonial (fuera criollo o español) dejaba de reclamar el regreso del rey español al trono. Detrás de la aparente pantalla de la supuesta “lealtad a Fernando Séptimo” (invocada como artilugio político), cautivo en manos francesas, se expresaba la desobediencia criolla a la débil legalidad colonial.

Diferencias entre Napoleón Bonaparte y Simón Bolívar

En disputa con otros colonialismos europeos (el inglés, el austríaco, el ruso, el español), Napoleón va invadiendo países para expandir la dominación burguesa y conquistar nuevos territorios y mercados de explotación colonial. En cambio Simón Bolívar, en sus campañas militares, expande la revolución en América con un objetivo bien distinto: emancipar un continente entero, liberando esclavos negros e indígenas, generando nuevas repúblicas e intentando conformar con ellas una gran nación latinoamericana para enfrentar a los amos de Estados Unidos y de Europa. Napoleón es apoyado con entusiasmo por la burguesía francesa y las clases dominantes que usufructúan sus nuevas conquistas, Bolívar es abandonado por la burguesía y repudiado por las clases dominantes de su propio país que le dan la espalda, lo llaman “loco”, lo combaten e intentan asesinarlo (lo que finalmente consiguen).

El general y emperador francés emplea toda su vida y energía para expandir la dominación, el Libertador americano lo hace para alcanzar la emancipación. Uno actúa desde las metrópolis capitalistas, el otro desde las periferias coloniales y dependientes. Uno intenta consolidar el colonialismo, el otro terminar con él. Uno ordena invadir Haití (enviando a su cuñado el general Charles-Victoire-Emmanuel Leclerc al frente de 25.000 hombres) para aplastar a sangre y fuego a los esclavos negros insurrectos, el otro se apoya en Haití para defender la independencia de Nuestra América y aprendiendo de Pétion y los negros rebeldes promueve la libertad de los esclavos. Uno garantiza sus invasiones ganando sus batallas con el recurso principal de la artillería, el otro se apoya centralmente en la lanza de las masas plebeyas, los llaneros, los negros y las clases populares insurrectas. Uno se encarama al poder del Estado desde una revolución que él no hizo ni dirigió, el otro encabeza la propia revolución y se transforma en su símbolo continental. Un abanico de diferencias más que notable entre Napoleón y Bolívar... donde claramente este último, a pesar de no tener el fabuloso, inigualable y mágico privilegio de ser europeo, descuella sobre el primero.

Mantuanos y revolucionarios

¿Quién es y qué representa Bolívar?

Las luchas y contradicciones sociales que atraviesan toda la historia de la humanidad (la historia latinoamericana no es, obviamente, una excepción) tienen como protagonistas centrales a las grandes masas. Esas luchas históricas se producen entre inmensos conjuntos de personas (que agrupan cientos de miles y millones de individuos), orgánicamente unidos por sus relaciones sociales, su posesión o no posesión de los medios de producción, por sus experiencias, sus tradiciones, su modo de vivir, sus intereses, sus costumbres y su cultura. Aunque las contradicciones históricas involucran a millones de personas, las clases sociales, las comunidades y los pueblos en lucha suelen decantar a lo largo de décadas determinados liderazgos en los cuales algunos sujetos salen del anonimato y se transforman en símbolos de luchas colectivas. Por ejemplo, en la antigüedad griega, los esclavos rebeldes encontraron en Espartaco a uno de los tantos oprimidos que supo sintetizar aspiraciones colectivas encabezando la rebelión contra el sometimiento de sus hermanos. En Nuestra América cientos de miles de indígenas hallaron en Tupac Amaru un sujeto que los aglutinó y que se convirtió en símbolo de una rebelión continental colectiva. Aunque la historia humana constituye un proceso “anónimo” que se va transformando, con ciertas tendencias a largo plazo dentro de un campo contingente de probabilidades, a través de la lucha, el accionar, el quehacer y la praxis de esos movimientos colectivos de millones de personas, el rol del sujeto nunca es completamente pasivo. Por eso la masa popular de comunidades, pueblos y clases sociales en lucha, en determinadas coyunturas históricas, decantan y eligen algunos sujetos cuyo accionar permite aglutinar, catalizar y converger las heterogéneas, dispersas y multiformes voluntades colectivas. Simón Bolívar fue y es, en Nuestra América, uno de ellos. Uno de los principales.

Como persona individual Simón José Antonio de la Santísima Trinidad de Bolívar y Palacios nace en Caracas (hoy Venezuela) el 24/7/1783. Presumiblemente muere en Santa Marta (hoy Colombia) el 17/12/1830. El individuo Bolívar vive una vida intensa de 47 años. Como sujeto político este individuo trasciende a su tiempo y deja huellas en todo el continente transformándose en un símbolo colectivo de sueños libertarios inconclusos y proyectos todavía pendientes de millones y millones de personas, de muchas generaciones rebeldes y de varios pueblos en lucha.

En nuestra época Simón Bolívar, sospechoso y maldito, representa los peores miedos y las pesadillas más espeluznantes para la gente poderosa y adinerada. Su nombre y su pensamiento político están indefectiblemente asociados a un proyecto colectivo de liberación nacional y continental y a luchas sociales radicales, anticapitalistas y antiimperialistas, que llegan hasta el presente desbordando los límites no sólo de las dictaduras militares genocidas sino también de las “repúblicas” bananeras formalmente parlamentarias y las “democracias” contrainsurgentes. En el siglo 21, nuestro contexto histórico, ese proyecto inacabado de Patria Grande bolivariana sólo podrá realizarse en el marco de la revolución socialista. Ya lo advirtió el Che Guevara: *“las burguesías autóctonas han perdido toda su capacidad de oposición al imperialismo —si alguna vez la tuvieron— y sólo forman su furgón de cola. No hay más cambios que hacer; o revolución socialista o caricatura de revolución”*. La Patria Grande de Simón Bolívar y el socialismo del Che Guevara son banderas inseparables en nuestra época. Ninguna de las dos podrá realizarse de forma aislada, una sin la otra.

La familia Bolívar y los mantuanos

La familia Bolívar es de origen vasco. El primero de todos, que también se llamaba Simón, viajó a América en 1559. Su apellido original se escribía «Bolíbar», del cual luego cambia la “b” por la “v”. Como recuerda Juvenal Herrera Torres en su obra *Simón Bolívar, vigencia histórica y política* el papá de Simón dejó de herencia a sus cuatro hijos (dos varones, Juan Vicente y Simón, y dos mujeres, Juana y María Antonia): 258.000 pesos en dinero. Dos plantaciones de cacao, cerca de Caracas. Cuatro casas en Caracas, con los esclavos, muebles y joyas correspondientes. Nueve casas en La Guaira. Objetos de plata valorados en 46.000 pesos. Una casa de campo a orillas del mar. Casa y finca fuera del recinto de Caracas. La finca de San Mateo, con más de 1.000 esclavos [es probable que esta cifra sea un tanto exagerada, otros autores mencionan 160 esclavos] y dos trapiches azucareros. Un rancho de producción de índigo cerca de San Mateo, en el valle de Aragua. Tres extensísimos ranchos de ganado vacuno en los llanos, hacia el Orinoco. El valle de Arroa, con minas de cobre, y las minas de Cocorote. Su origen de clase resulta inequívoco, lo vincula a la oligarquía criolla de Caracas, una elite conocida como “mantuana” por los elegantes mantos que usaban sus mujeres. Este sector social había acumulado tanta riqueza que se sentía superior incluso a los españoles recién llegados de la península ibérica, fueran éstos militares o civiles. La inmensa grandeza de Simón Bolívar como individuo consistió en haber sabido superar ese origen histórico de nacimiento, que lo limitaba y lo hundía hacia el mundo mediocre, egoísta y mezquino de la clase dominante, para abrazar de corazón y dar su vida por la causa de las grandes mayorías populares, intentando construir una gran nación latinoamericana, soberana, unida e independiente de todos los imperios, la Patria Grande, un ideal y un proyecto inacabado. Nunca un oligarca lo hubiera podido hacer. Tuvo que despojarse de su origen de clase para entremezclarse con los negros insurrectos, los indígenas rebeldes, los llaneros indómitos y así entrar por la puerta grande de la historia de la lucha revolucionaria latinoamericana.

La infancia del futuro libertador

Los padres de Bolívar fallecieron muy pronto (Juan Vicente, su papá, cuando él tenía 3 años; María de la Concepción de Palacios, su mamá, cuando él tenía 9). El joven Simón fue criado por la negra Hipólita, que cumplió el rol de su madre y su padre al mismo tiempo. En una carta de madurez, enviada desde el Cuzco (Perú) a su hermana María Antonia Bolívar le dice “*Te mando una carta de mi madre Hipólita, para que le des todo lo que ella quiere; para que hagas por ella como si fuera tu madre, su leche ha alimentado mi vida y no he conocido otro padre que ella*” (Carta de Simón Bolívar a María Antonia, Cuzco, 10/7/1825).

Además de a esta mujer afrodescendiente que lo quiso, lo acunó, lo cuidó y lo educó en su niñez, la figura a quien Bolívar profesó más afecto desde entonces fue su maestro y preceptor Simón Rodríguez, intelectual vinculado al igualitarismo radical predicado por Jean-Jacques Rousseau, al enciclopedismo y al pensamiento independentista temprano. También recibió una fuerte influencia del independentista Andrés Bello.

Simón Rodríguez: pedagogía sobre el joven Simón

Simón Rodríguez [1771-1854] era llamado en su país “el extremista jacobino”. Había sido secretario del abuelo materno del futuro libertador. Muertos los padres de Simón Bolívar, recibió con plenos poderes el encargo de educar al jovencito. Con él aplicaría las doctrinas pedagógicas de la obra *Emilio* de Rousseau. Bolívar no pudo tener mejor

maestro que Simón Rodríguez (uno de sus seudónimos fue «Robinson»). Este pedagogo iconoclasta, tuvo una amplia cultura enciclopédica que lo condujo a posturas revolucionarias, vinculadas al socialismo utópico. Influyó en el adolescente Bolívar otorgándole seguridad para desafiar a la autoridad y despejando sus miedos a escandalizar al mundo.

Simón Rodríguez fue artesano, viajero itinerante, agitador perseguido y clandestino. Cambió su nombre tan recurrentemente como su domicilio. Su lenguaje estaba cargado de provocaciones, se esforzaba por escribir con una estructura gramatical original y con ortografía deliberadamente trasgresora. Tenía pinta de seductor excéntrico, una oratoria brillante (prefería la enseñanza verbal a la escrita) y una vida libertaria que por sus excentricidades no siempre ganaba simpatías. Por ejemplo, el Mariscal Antonio José de Sucre lo describió ante Bolívar como “*una cabeza alborotada con ideas extravagantes*” (Carta de Sucre a Bolívar, desde Chuquisaca, 1826). El general Daniel Florencio O’Leary, secretario, edecán y cronista de Bolívar, calificó a S.Rodríguez en sus *Memorias* del siguiente modo: “*hombre de variados y extensos conocimientos, pero de carácter excéntrico; no solamente instruido sino sabio*”. El propio Simón Rodríguez le confesó en Valparaíso (Chile) al viajero francés Vendel-Hey que “*La libertad me es más querida que el bienestar*”.

La ideología de Simón Rodríguez

Simón Rodríguez educó al joven adolescente y luego volvió a encontrarlo en Europa cuando, a los 20 años, Simón quedó tempranamente viudo y pasó por un período de tristeza y melancolía. Años más tarde, su discípulo ya triunfante, le dio la oportunidad de organizar escuelas innovadoras en la recién creada Bolivia (donde Simón Rodríguez generó nuevos escándalos).

Sintetizando su utopía americanista, en su libro *Luces y virtudes sociales* Simón Rodríguez afirmó: “*La filosofía está, donde quiera que se piensa sin prevención; y consiste en conocer las cosas, para reglar nuestra conducta con ellas, según sus propiedades. Los preceptos sociales son pocos, y sus aplicaciones...muchas: pretender que se enseñe lo poco que se debe saber, para no errar en los muchos casos que ocurren cada día... es filosofía: —esperar que, si todos saben sus obligaciones, y conocen el interés que tienen en cumplir con ellas, todos vivirán de acuerdo, porque obrarán por principios... no es sueño ni delirio, sino filosofía...; ni el lugar donde esto se haga será imaginario, como el que se figuró el Canciller Tomás Moro: su Utopía será, en realidad, la América*”.

Otro pasaje célebre de su obra, correspondiente al libro *Sociedades americanas*, es aquel donde resume la perspectiva crítica del eurocentrismo (de impactante actualidad para nuestros días): “*¿Dónde iremos a buscar modelos? La América Española es original. Original han de ser sus instituciones y su gobierno. Y originales los medios de fundar unas y otro. O inventamos o erramos*”. Toda su pedagogía popular estaba enfocada hacia la conformación de un pensamiento latinoamericano que se estructurara sobre sus propias bases, sin renunciar a las conquistas intelectuales europeas pero apropiándose de ellas con un sentido crítico, nunca obsecuente, obediente, colonial ni sumiso. El marxista peruano José Carlos Mariátegui prolongará en el siglo 20 aquella perspectiva de Simón Rodríguez sintetizada en el lema “*inventamos o erramos*” con otra expresión que también será programática “*No queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América ni calco ni copia. Debe ser creación heroica*”.

El joven Simón Bolívar y los viajes a Europa

Habiendo nacido en el seno más selecto y patricio de una cuna criolla aristocrática, el joven Simón marchó muy tempranamente a Europa. Allí, gracias a sus tíos, tuvo acceso a la Corte española. En casa del marqués de Ustáriz penetró en el mundo intelectual de la Ilustración. En París tuvo una amante (Fanny de Villers) con la que mantuvo correspondencia por décadas. En Europa fue testigo de la coronación de Napoleón y conoció a los sabios Humboldt y a Bompland. Estos dos científicos, que venían de América, traían fascinantes relatos y la intencionalidad política de orientar la ruptura de las colonias con España. En ese momento al joven Simón se le despierta la inquietud y el sueño de liberar el continente.

Por sus gustos, los circuitos que frecuentó y la gente con la que se movió, el joven Simón era por entonces un típico hijo rico de la clase dominante mantuana. Pero los ideales que rápidamente irá abrazando lo transforman y conducen a desmarcarse y superar el estrecho universo de esa clase dominante. En Europa simpatiza rápidamente con el republicanismo y la ilustración. Ingresa a la *Masonería*, con el ánimo —según le confiesa a Perú De Lacroix en el *Diario de Bucaramanga*— “*de hacerse iniciar para ver de cerca lo que eran aquellos misterios, y (comenta) que en París se había recibido de Maestro, pero que aquel grado le había bastado para juzgar lo ridículo de aquella antigua asociación*”. En Europa también se reencuentra con su maestro Simón Rodríguez (Robinson) junto al cual, en el Monte Sacro romano, cuando tenía 22 años de edad, hace el juramento de liberar Venezuela: “*Juro delante de Ud., juro por el Dios de mis padres, juro por ellos, juro por mi honor y juro por la Patria que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma hasta que no haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español*”.

Dilemas de la revolución burguesa europea

La revolución francesa —máximo símbolo de la modernidad europea— promete desde su inicio *igualdad, libertad y fraternidad*. En esas banderas hermosas y gloriosas creen los más radicales, desde los jacobinos de Robespierre y Marat hasta los comunistas utópicos seguidores de Graco Babeuf. Por influencia de la rebelión de Haití los jacobinos de París intentan abolir la esclavitud. Pero muy pronto se ven los límites y aparece la frustración. Por ejemplo, la Asamblea Constituyente de París discute la igualdad y el problema colonial (entre el 11 y el 15/5/1791). ¿Se podía limitar la “Declaración de los derechos del hombre y el ciudadano” sólo a los blancos franceses o también valía para los negros de las colonias? Robespierre afirmó: “*Sí, si fuera necesario perder vuestras colonias o perder vuestra felicidad, vuestra gloria, vuestra libertad, yo repetiría: perezcan vuestras colonias*” (Maximilien Robespierre: “Contra la constitucionalización de la esclavitud en las colonias”, París, 13/5/1791). Desconociendo la mirada anticolonial de Robespierre, la Asamblea Constituyente votó legalizar la esclavitud en las colonias. No obstante, desobedeciendo a los amos blancos, los esclavos de Haití —jacobinos negros— se toman en serio las proclamas igualitaristas y libertarias que se gritaban en París y extienden su insurrección. Francia, ya en manos de Napoleón, envía una gigantesca expedición para reprimirlos. Los “Derechos del hombre y del ciudadano” sólo valían para... Europa occidental. La revolución burguesa europea y su modernidad prometen una emancipación universal que no pueden realizar y que, en el mejor de los casos, se limita a la esfera jurídica y política (no es el caso de Haití) dejando intacta la dominación del orden social.

En España, el indígena y delegado americano a las Cortes de Cádiz, Dionisio Inca Yupanqui sintetiza en 1810 los dilemas de la revolución burguesa y la modernidad

europaea ante el problema colonial afirmando “*Un pueblo que oprime a otro pueblo no puede ser libre*” (Dionisio Inca Yupanqui: Intervención en Cortes de Cádiz, 16/12/1810). ¿Cómo podía liberarse España del absolutismo y de Napoleón oprimiendo a las colonias? Aunque Napoleón Bonaparte expresa a la revolución burguesa en su faceta militar y expansiva, y como tal amenaza a todas las monarquías de Europa, cae finalmente derrotado ante aquellas. El 22/3/1814, vencido Napoleón, el rey prisionero Fernando Séptimo vuelve al trono de España. El absolutismo retorna al centro de la escena y a las reformas liberales-burguesas se las lleva el viento. La lucha por la emancipación y las libertades democráticas, ambas incumplidas e inconclusas, se trasladan del centro metropolitano europeo a la periferia colonial. Las banderas emancipadoras que flamearon —por escaso tiempo— en el cielo de París influyendo en las Cortes de Cádiz (cuando los colonialistas liberales, críticos del absolutismo, reemplazan el nombre de “Indias” para nuestro continente por el de “América”) quedan en manos de los pueblos coloniales y sus grandes mayorías populares insurgentes en lucha por su independencia. Toda la vida de Simón Bolívar y la de los patriotas latinoamericanos se inscribirán de lleno en ese horizonte histórico.

Estados Unidos, 1776 y... Monroe

Mientras la revolución burguesa europea promete y promete pero no deja más que frustración e impotencia, el gran gigante del norte de América se convierte en un nuevo imán para los partidarios de la libertad. También en este caso las promesas se marchitan de manera vertiginosa. Mientras los impulsores de la independencia de las colonias británicas proclaman en 1776 el reino milenario de la libertad, aniquilan a sus propios pueblos originarios de manera feroz (con su bochornosa “conquista del oeste”) y mantienen sin sonrojarse, durante más de un siglo... ¡la esclavitud! Asesinatos de indígenas y esclavización de negros: la homologación entre EEUU y el «reino de la libertad» no es más que otro mito de la modernidad burguesa. Los grandes constitucionalistas estadounidenses —siempre citados por la historia oficial como “pensadores abiertos y pluralistas”— no sólo sostienen a rajatabla la esclavitud. Al mismo tiempo proyectan la invasión de América Latina. La nefasta doctrina Monroe (“*América para los americanos*”) coronará esa mentalidad imperial.

A lo largo de toda su vida política Simón Bolívar será un tenaz opositor a esa dominación imperialista de EEUU. Por eso escribirá en reiteradas ocasiones: “*Cuando yo tiendo mi vista sobre la América la encuentro rodeada de la fuerza marítima de Europa, quiero decir, circuida de fortalezas fluctuantes de extranjeros y por consecuencia de enemigos. Después hallo que está a la cabeza de su gran continente una poderosísima nación muy rica, muy belicosa y capaz de todo*” (Simón Bolívar: Carta a Santander. Ibarra, 23/12/1822); “*tengo mi elocuencia aparte, y no quiero sujetarme a políticos, ni a reyes ni a presidentes. Por esta misma culpa, nunca me he atrevido a decir a usted lo que pensaba de sus mensajes, que yo conozco muy bien que son perfectos, pero que no me gustan porque se parecen a los del presidente de los regatones (norte) americanos. Aborrezco a esa canalla de tal modo, que no quisiera que se dijera que un colombiano hacía nada como ellos*” (Simón Bolívar: Carta a Santander. Potosí, 21/10/1825); “*Los Estados Unidos son los peores y son los más fuertes al mismo tiempo*” (Simón Bolívar: Carta a Estanislao Vergara. Guayaquil, 20/9/1829) y “*Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miserias a nombre de la libertad*”. (Simón Bolívar: Carta a Patricio Campbell. Guayaquil, 5/8/1829).

América Latina entre fuegos

Cuando se inician las luchas por la independencia, Nuestra América se encuentra entre varios fuegos, a mitad de camino del colonialismo europeo y frente al surgimiento del imperialismo norteamericano. En aquel momento España —contra quien se inicia la revolución— es una potencia marítima en decadencia. Frente a ella (y a Portugal) se levantan otras potencias, igualmente colonialistas y no menos crueles y rapaces, que le disputan sus territorios y su comercio. Inglaterra en primer lugar, deseosa de materias primas y mercados, pero también Francia y no demasiado lejos de ambas la Santa Alianza (Austria, Prusia y Rusia).

A pesar de sus disputas con la monarquía de España, la monarquía de Inglaterra (que intentó apoderarse de Sudamérica con varias invasiones militares en 1806, 1807, 1833 y 1845) les da muchas veces la espalda a los patriotas. Inglaterra apoyó a Brasil (punta de lanza del imperio de Portugal en el sur de América), al político argentino Bernardino Rivadavia (enemigo político de San Martín y de Simón Bolívar) y a la aristocracia de Lima (fanáticamente realista). Por su parte Estados Unidos, más allá de su retórica a favor de “la libertad”, se mantiene firme en sus intentos de expansionismo hacia México (al que finalmente logra saquearle y robarle un tercio de su territorio) y en sus posiciones de supuesta “neutralidad” frente a los independentistas del sur de América. Si EEUU e Inglaterra dicen ser “neutros”, Francia siembra por todos los medios a su alcance la discordia en América e intenta aplastar a sangre y fuego la rebeldía independentista de Haití.

La hora del fuego

Haití y Toussaint L'Ouverture encienden la llama

Según recuerda Cyril Lionel Robert James en su obra *Los jacobinos negros (Toussaint L'Ouverture y la revolución de Saint-Domingue)* en 1789 la colonia caribeña de Santo Domingo suministraba dos tercios del comercio exterior de Francia, baluarte del capitalismo europeo. Era la perla colonial más preciada. Toda su economía (azúcar, café, añil, algodón y cacao) descansaba sobre los brazos de medio millón de esclavos que se rebelan en agosto de 1791. Ya por entonces Macandal, esclavo prófugo, organiza guerrillas por las montañas de la isla. François-Dominique Toussaint L'Ouverture fue el principal líder negro. La lucha duró 12 años. Los esclavos derrotaron a los blancos locales y a los soldados de la monarquía francesa, una invasión española, una expedición británica de 60.000 hombres y otra francesa similar bajo el mando del cuñado de Napoleón Bonaparte. El general Rocambeau le escribe a otro militar francés: “*Le envío un destacamento de 50 hombres; lleva 28 perros dogs. No le será abonada ninguna ración ni gasto para esos perros. Usted debe darles negros para comer*”. (Carta al comandante Ramel, 6/5/1803). La victoria sobre la expedición de Bonaparte en 1803 dio por resultado (a pesar del apresamiento de L'Ouverture y su muerte en el fuerte de Joux en Francia el 3/4/1803) la proclamación de la República de Haití el 1/1/1804. Haití fue pionero en toda Nuestra América en declarar la independencia (hecho “olvidado” por la historia oficial que no acepta que los negros de las colonias fueron la vanguardia de la libertad). La transformación de esclavos temerosos en revolucionarios capaces de derrotar a los imperios más fuertes y organizar —ya sin explotadores— una nueva sociedad es una de las épicas más grandes de la historia mundial. Los esclavos conquistan la libertad no sólo para ellos sino para toda la especie humana, conmocionando el pensamiento mundial, como demostró Susan Buck-Morss en su libro *Hegel y Haití*. De allí surge la célebre “dialéctica del amo y el esclavo”, núcleo de la *Fenomenología del espíritu* del filósofo alemán G.W.F.Hegel [1770-1831]. Haití marcará a fuego la conciencia política de Simón Bolívar y su lucha contra la esclavitud.

Tras la independencia hay fuertes disputas por el liderazgo. El 8/10/1804 Dessalines es coronado emperador. En 1806 una asamblea constituyente proclama los «Derechos del hombre y el ciudadano». Henri Christophe se autoproclamó Rey de la mitad del país. Las contradicciones internas enfrentaron a Henri Christophe y Alexandre Pétion con Jean Jacques Dessalines. En 1807 Pétion funda e instaura una república democrática en el sur y oeste de Haití, de la que fue su presidente vitalicio. Pétion distribuye entre los campesinos haitianos, ahora libres, las tierras confiscadas a los plantadores franceses. Organiza la agricultura, la producción artesanal y la economía de una república moderna y una democracia agraria. Desde 1810 Pétion se convierte en apoyo fundamental de la emancipación del Nuevo Mundo y de los revolucionarios latinoamericanos cuando éstos siguen el ejemplo de Haití. A Bolívar lo socorrió en 1814 y brindó apoyo logístico, facilitándole combatientes, armas, municiones y recursos de todo tipo. La expedición de los Cayos de 1817, apoyada por Pétion, fue central para la incursión de Bolívar a Venezuela y sus campañas libertadoras. Impactado al volver de uno de sus viajes a Haití (donde reflexiona sobre su derrota, en un punto tan parecida a la de su jefe Miranda), Bolívar pega un vuelco en la revolución declarando la libertad definitiva de los esclavos y su incorporación al ejército libertador (en Carúpano, 2/6/1816: “*Todos los hombres que antes eran esclavos se presentarán al servicio para defender su libertad*”; que reafirma el 11/3/1818 y el 15/2/1819).

Francisco de Miranda, el sueño de la Patria Grande

Además de los pueblos originarios de Tupac Amaru y los esclavos de Haití, hay otras experiencias previas y otros precursores. Aunque a largo plazo termina siendo el gran libertador, Bolívar no es el único ni el primero al que se le ocurrió la independencia. Francisco de Miranda, treinta años mayor que él, fue uno de los principales ideólogos emancipadores. Había nacido en Caracas el 28/3/1750, hijo de una mamá caraqueña y un papá comerciante canario (los canarios, de segunda categoría en las jerarquías coloniales, eran despreciados tanto por los españoles como por los mantuanos). De vida legendaria y aventurera, Miranda hablaba muchos idiomas. Como recuerda la biografía *Francisco de Miranda, protolíder de la independencia de América* de Alfonso Rumazo González, Miranda participó en un largo periplo de batallas en Melilla (África, donde combatió contra los moros) y en Pensacola (La Florida, donde guerreó por la independencia de EEUU contra Inglaterra). En Filadelfia, en 1783, conoció personalmente a George Washington. También estuvo en Gibraltar y en La Habana. Participó de la revolución francesa (allí lo declararon “héroe de la revolución”) simpatizando con los girondinos y luego siguió itinerante por el mundo luchando por la república. Pero lo más importante de su agitada y colorida vida es que, habiendo pedido la baja del ejército español, encabezó durante largos años los primeros ensayos destinados a independizar Nuestra América —él la denominaba “Colombeia” y la soñaba gobernada por un descendiente Inca— del colonialismo español, monarquía que finalmente lo capturó y encarceló hasta la muerte en Cádiz.

Además de precursor del proyecto de la Patria Grande, Miranda fue el creador de la bandera amarilla, azul y roja que hoy identifica a Venezuela, Colombia y Ecuador. La izó por primera vez en territorio venezolano en 1806. En 1808, cuando Napoleón invade España, Miranda se dirige a los cabildos de Caracas y Buenos Aires “*reclamando con dignidad y juicio nuestros Derechos e Independencia*”. El 20/4/1809 le escribe a su enlace en Trinidad: “*Si la América por sí misma no se hace independiente, y establece su libertad con la ayuda de sus propios hijos, los europeos, y mucho menos las potencias extranjeras, nunca harán esfuerzos por su felicidad únicamente. [...] Lo que quiere la corrompida Europa en América son esclavos que le obedezcan, más no hombres libres, frugales y justos*”. Desde Londres, escribe en su periódico *El Colombiano*: “*Mi casa en esta ciudad, como en cualquier otra parte, es y será siempre el punto fijo para la Independencia y libertades del Continente Colombiano*” (Londres, 24/3/1810). Miranda llegó a gobernar la primera república de Venezuela independiente.

Miranda: su ideología y sus proyectos

El viejo Miranda fue un precursor brillante, el joven Bolívar su principal continuador. El joven combatió bajo las órdenes del viejo, quien elaboró los proyectos iniciales de continentalizar la lucha independentista. Pero ambos se fueron formando en sus diversas experiencias de vida y de lucha distintas estrategias de liberación para alcanzar aquella misma meta. Cuando Miranda pasó por Haití —cuna y refugio de todos los revolucionarios— le dijo al emperador negro Dessalines que pensaba independizar Venezuela reuniendo a los notables y elaborando un acta-manifiesto de Independencia. Dessalines le respondió: “*Y bien señor, yo os veo ya fusilado y colgado: no escaparéis a esta suerte. [...] Para hacer una revolución triunfante no hay sino dos recursos: ¡cortar cabezas e incendiarlo todo!*”.

Pidiendo colaboración, Miranda también le confió sus planes al gobierno de EEUU,

creyendo así lograr (infructuosamente) el mismo apoyo que él con generosidad les brindó en su guerra de independencia. También intentó utilizar, desde Londres, la red de la masonería para armar núcleos conspirativos revolucionarios. En algunos de sus múltiples planes, reclamó la ayuda de 20.000 combatientes anglosajones para la lucha independentista, a los que les otorgaba un peso demasiado decisivo en la lucha.

Siguiendo su ejemplo y sus enseñanzas, Bolívar también reclamó ayuda exterior (desde Haití hasta Inglaterra), pero nunca compartió la idea de que esas “ayudas”, sobre todo las europeas, constituyeran la fuerza principal del ejército de liberación. Según la obra de Juvenal Herrera Torres *Simón Bolívar: Vigencia histórica y política*, en la práctica y en la historia efectiva de la lucha, la legión británica —en verdad era una legión internacional, pero el Libertador la bautizó así para lograr efecto psicológico en las tropas españolas— nunca fue la fuerza principal de los ejércitos bolivarianos. Allí reside uno de los núcleos fundamentales que diferencian las estrategias de ambos jefes. Aunque Miranda era un militar de carrera y Bolívar un “autodidacta” que se formó en el terreno de combate, Bolívar tenía una estrategia más agresiva, de ataque permanente y persecución del enemigo (para apresarlo o aniquilarlo) una vez decidida la batalla. A medida que fue aprendiendo de sus derrotas, la estrategia continental de Bolívar depositaba su fuerza político-militar principal en el *pueblo en armas*: los llaneros, las negritudes, los pueblos originarios y otros integrantes de las masas populares, dejando en un segundo plano la ayuda de las tropas y legiones extranjeras. Por eso, a diferencia de Miranda, pudo finalmente triunfar de modo duradero sobre el enemigo colonialista.

1810, reguero de pólvora e inicio de la revolución continental

El ciclo de la rebelión anticolonial comienza en 1780-1781 con Tupac Amaru II y se prolonga en 1791-1804 con Haití. Esas deberían ser las referencias originales para conmemorar el Bicentenario... Las discordias de las colonias con las metrópolis europeas se venían incubando desde esas décadas (a partir de las rebeliones indígenas, comuneras y esclavas, habitualmente “olvidadas” o silenciadas por la historia oficial absolutamente eurocéntrica). Luego, los movimientos de independencia se vuelven mucho más contundentes con la invasión napoleónica de España y el apresamiento del monarca Fernando séptimo. Como apunta el historiador Sergio Guerra Villavoy en su *Breve historia de América Latina* esos últimos acontecimientos abrieron de manera inevitable el conflicto entre realistas españoles y juntistas hispanoamericanos. En 1810 estalla la fase insurreccional abiertamente continental. Se simula y utiliza la supuesta “defensa del rey apresado” como máscara política —conocida como la estrategia del “fernandismo”— para legitimar y sentar las iniciales bases de la lucha independiente. El 19/4/1810 se produce la sublevación y queda instalada la Junta de Caracas (en diciembre de ese año Bolívar logra repatriar a Caracas a Miranda). El 25/5/1810 en Buenos Aires estalla la revolución y se destituye al virrey español. El 16/9/1810 se produce en México “el grito de Dolores”, cuando el cura del bajo clero Miguel Hidalgo y Costilla convoca a la rebelión contra los españoles con uno de los programas sociales más radicales del período. Según Juvenal Herrera Torres en *Simón Bolívar, vigencia histórica y política*, con los levantamientos de Caracas, Buenos Aires y Bogotá se inicia la revolución de independencia continental. Es verdad. Sin embargo —insistimos— nunca debe olvidarse que ésta tenía como antecedentes los levantamientos indígenas de Tupac Amaru II y Tupac Katari, los comuneros de José Antonio Galán, las insurrecciones de los negros de José Leonardo Chirinos, la revolución de Haití y más cerca, la insurrección juvenil de Chuquisaca (hoy Sucre) del 25/5/1809.

En Bogotá hay un cabildo abierto que finalmente proclama la independencia

neogranadina el 11/12/1811. Dos sacerdotes mexicanos, Hidalgo y Morelos, encabezan un proceso insurreccional de indígenas y mestizos contra los criollos terratenientes y los colonialistas con un proyecto tan radical como el de Mariano Moreno pero con mayor apoyo popular. El 18/5/1811, en el actual Uruguay, Artigas, con gauchos criollos, afroamericanos e indios derrota a los españoles en una batalla y pone sitio a Montevideo. En Caracas la Junta Gubernativa declara la independencia el 5/7/1811. En general las primeras juntas independentistas están formadas por criollos adinerados, blancos letrados —abogados, periodistas, incluso algún que otro cura— y “gente pudiente”. Las grandes mayorías populares —que encabezan la lucha directa en el campo de batalla contra la dominación colonial— terminan marginadas de esas primeras instituciones políticas propias. Recién logran integrarse como actores privilegiados al proceso de independencia a través de las milicias populares y las guerras de liberación continental lideradas por Bolívar y San Martín. Cuando ambos libertadores incorporan al *pueblo en armas* y al mundo plebeyo de las colonias —como proponía el programa político-militar de Mariano Moreno y ya venía realizando Artigas— en tanto sujeto principal de la lucha, las burguesías comerciales y las oligarquías criollas les quitan apoyo o directamente les dan las espaldas.

Mariano Moreno, de los pueblos originarios a Rousseau

Casi al mismo tiempo que se instala la Junta de Caracas, en Buenos Aires —capital del Virreinato del Río de la Plata— el pueblo destituye al Virrey español Cisneros (25/5/1810). Allí conviven tres orientaciones: a) los profranceses (el ex virrey Liniers), los españolistas (Álzaga) y los patriotas (encabezados por Mariano Moreno, Juan José Castelli y Manuel Belgrano). En el medio se encuentra el jefe militar Cornelio Saavedra, conservador. Mariano Moreno [1778-1811], secretario de la Primera Junta independentista, será el principal ideólogo patriota. Hijo de un funcionario menor y sin recursos, Moreno tiene 13 hermanos. Su familia no puede pagar los estudios. Gracias a miembros de la Iglesia logra viajar a la Universidad Mayor Real y Pontificia San Francisco Xavier de Chuquisaca (la misma donde se formarán Castelli y Monteagudo). Allí estudia leyes y teología (de 1799 a 1804, es probable que allí haya conocido en ese tiempo al futuro caudillo guerrillero Manuel Ascencio Padilla, compañero de Juana Azurduy). El canónigo Matías Terrazas, ilustrado, le abre la biblioteca (intransigente e incorruptible, como su admirado Robespierre, años más tarde Moreno incluye a Terrazas entre los enemigos de Chuquisaca por estar vinculado al colonialismo español). El joven Moreno (de 22 años) lee a Juan de Solórzano y Pereyra, autor de *Política Indiana* y también a Victorián de Villava, fiscal de la Audiencia de Charcas, autor del “Discurso sobre la mita en Potosí” donde muestra la explotación indígena. En esos años Moreno conoce de primera mano la vida miserable de los indígenas en la minería de Potosí. Denunciando la explotación de los yanaconas y mitayos escribe en 1802 su tesis doctoral “Sobre el servicio personal de los Indios”, aguda impugnación de la masacre indígena. Moreno critica la política colonial con ironía “*Es mejor conservar la vida de los mortales que la de los metales*” (1802). Una vez recibido de abogado, en Chuquisaca asume la defensa de los indios contra los encomenderos. En junio de 1807, ya de regreso en Buenos Aires, el joven jurista defiende a los oficiales del Cuerpo de indios, pardos y morenos a los que se pretendía disminuir el salario (manteniendo intacto el de los blancos españoles), luego de que esas milicias rechazaran las invasiones inglesas. El indigenismo de Moreno será compartido por sus compañeros Castelli y Belgrano, por Artigas, así como también por San Martín. No era un indigenismo filantrópico y declarativo sino basado en medidas concretas que intentó

implementar desde el gobierno revolucionario, generando una reacción explosiva en las racistas clases dominantes criollas.

Además del problema indígena, en Chuquisaca Moreno estudió francés e inglés para leer los libros de la biblioteca de Terrazas. Entre otros estudia a Montesquieu, Voltaire, Diderot, Locke y el abate Mably. De todos ellos, prefiere a Jean-Jacques Rousseau. Al igual que don Simón Rodríguez, Moreno se nutrirá a lo largo de su corta y afiebrada vida política del autor de *El contrato social*, interpretado desde una perspectiva igualitarista radical. Años más tarde, ya como ideólogo revolucionario, lo sintetizará afirmando: “*Si deseamos que los pueblos sean libres, observemos religiosamente el sagrado dogma de la igualdad*” (Mariano Moreno: “Decreto sobre la supresión de honores al presidente de la Junta y otros funcionarios públicos”, *La Gaceta de Buenos Aires*, 8/12/1810). Tanto en Chuquisaca como en Buenos Aires, Moreno traduce *El contrato social*. En 1810, la Junta de Buenos Aires publica 200 ejemplares con prólogo suyo. En él afirma: “*Si los pueblos no se ilustran, si no se vulgarizan sus derechos, si cada hombre no conoce lo que vale, lo que puede y lo que se le debe, nuevas ilusiones sucederán a las antiguas, y después de vacilar algún tiempo entre mil incertidumbres, será tal vez nuestra suerte mudar de tiranos, sin destruir la tiranía*” (M. Moreno: Prólogo a su traducción de *El Contrato Social* de J.J.Rousseau, 1810).

Mariano Moreno y su «Plan revolucionario de operaciones»

En 1809, en vísperas de la revolución, Moreno escribe *La Representación de los labradores y hacendados*, una contestación económica al apoderado del Consulado de Cádiz. En él Moreno se opone al monopolio del comercio ejercido por los españoles y todavía habla “en representación de” los grupos de burguesía criolla. Poco tiempo después usará como máscara la simulada defensa del rey prisionero Fernando Séptimo. No obstante, una vez triunfante la revolución de mayo de 1810, emergerá el verdadero rostro político de Moreno, quien a partir de allí deja de hablar, escribir y actuar “en representación de” para desbordar con nitidez el estrecho límite de los comerciantes y hacendados criollos. En la pirámide social del Río de la Plata había: (a) funcionarios coloniales, (b) comerciantes monopolistas españoles, (c) alto clero, (d) hacendados y comerciantes criollos, (e) profesionales y artesanos, (f) transportistas y pulperos, (g) plebe, castas, gauchos, trabajadores, jornaleros, mestizos, indígenas, negros (esta franja engrosará las milicias patriotas). El enemigo principal eran (a), (b) y (c). En *La Representación* (antes de 1810) Moreno habla en nombre del grupo (d). A partir de la revolución y del *Plan revolucionario de operaciones* Moreno interpela como sujeto principal a los grupos (e), (f) y fundamental (g). Tanto en sus 46 artículos de *La Gaceta de Buenos Aires*, en sus decretos e instrucciones a los “Ejércitos Auxiliadores de los Pueblos” como principalmente en su *Plan*, Moreno sintetizará uno de los proyectos estratégicos continentales más ambiciosos y radicales del partido revolucionario de los patriotas latinoamericanos. El 28/5/1810 la Junta toma la resolución de confeccionar un plan. Moreno lo termina de redactar el 30/8/1810. Su título será *Plan de las operaciones que el gobierno provisional de las Provincias Unidas del Río de la Plata debe poner en práctica para consolidar la grande obra de nuestra libertad e independencia*. Ese *Plan* proporciona perspectivas estratégicas a nivel macro y detalladas medidas tácticas para la emancipación latinoamericana. Sugiere dividir al enemigo y crear alianzas propias (internas y externas), combinando la violencia extrema (explícitamente recomienda “*cortar cabezas y verter arroyos de sangre*” de los enemigos para fundar un nuevo orden revolucionario) con numerosas medidas destinadas a crear consenso en el seno de los sectores pobres y el campo popular (los sectores (e), (f) y fundamental (g)).

En ese *Plan* estratégico para la revolución de independencia, auténtico programa político, económico y social de alcance y perspectiva explícitamente continental, Mariano Moreno propone abolir la esclavitud de los negros y la servidumbre indígena, prohibir la tortura, ajusticiar a los principales jefes colonialistas y a los cabecillas de la contrarrevolución, no respetar la propiedad privada y expropiar las grandes “fortunas acaudaladas”, confiscar todos los bienes, los buques y las haciendas enemigas, crear el monopolio estatal de las minas de oro y plata y otros recursos naturales fomentando la industria nacional, establecer el control estatal de cambios y de exportación de capitales, asegurar el férreo control —con herramientas tributarias— de la circulación de capitales y la nacionalización del comercio exterior, entre otras medidas. También se proponía expandir de manera fulminante la revolución a la Banda Oriental (hoy Uruguay), Río Grande do Sul (hoy Brasil), Misiones y Paraguay, el Alto Perú (hoy Bolivia), Perú y Chile, no invadiendo ni conquistando sino organizando en cada región insurrecciones y milicias armadas bajo la doctrina revolucionaria del *pueblo en armas* que siguiendo sus instrucciones intentaron llevar a la práctica Juan José Castelli y Manuel Belgrano, sus mejores compañeros.

El programa político-militar de Mariano Moreno

El proyecto morenista —sintetizado en su *Plan revolucionario de operaciones* y en la doctrina de *pueblo en armas* — era muy ambicioso. Abarcaba lo económico, lo social, lo político, lo cultural y lo político-militar. Como jefe político y Secretario de Guerra de la Primera Junta de Buenos Aires, Mariano Moreno trató de realizar ese *Plan* a través de las primeras campañas independentistas del cono sur latinoamericano. Principalmente las dos expediciones militares de los Ejércitos Auxiliadores de los Pueblos que marcharon al Alto Perú (la primera bajo dirección de Castelli siguiendo instrucciones de Moreno, luego habrá otras tres expediciones posteriores) y también hacia el Paraguay-Banda Oriental (al mando de Belgrano, igualmente con instrucciones de Moreno). El mando militar estaba sujeto al político y éste a la Junta a través de la Secretaría de Guerra de Moreno. En ambas el proyecto morenista combinaba la lucha anticolonial con la promoción de cambios profundos en las relaciones sociales (abolición de esclavitud y servidumbre junto a reparto de tierras).

Su doctrina de *pueblo en armas* tiene antecedentes. En 1806 y 1807 hubo dos invasiones inglesas a Buenos Aires, ambas rechazadas. Desde allí se forman milicias populares. En julio de 1808 Moreno redacta para el Cabildo de Buenos Aires un pedido al rey de 10.000 fusiles para ser distribuidos en la población ante nuevas amenazas de ataques ingleses o franceses. Es a partir de esta sutil incorporación del pueblo humilde en las milicias —posterior a las invasiones inglesas y oficializadas en 1809— como el sujeto de la lucha por la independencia se va tornando más popular, superando el estrecho límite de los criollos blancos y adinerados. La historiografía oficial y académica de la burguesía argentina (desde el refinado T. Halperin Donghi hasta otros más rústicos) denomina a ese proceso “militarización”, cuando en realidad Moreno la pensaba como el desarrollo de la doctrina del *pueblo en armas* para la lucha anticolonial. Una vez producida la revolución de mayo de 1810 Moreno, Secretario de Guerra, se convierte en el creador de los ejércitos de la revolución (su primer decreto es del 29/5/1810). Moreno destaca que “*las clases medianas, las más pobres de la sociedad*” son las que mejor nutren los ejércitos patriotas (Moreno: *Gaceta de Buenos Aires*, 12/7/1810). El 8/6/1810 decreta la igualdad jurídica de los oficiales del Cuerpo de Indios, Pardos y Morenos con los criollos blancos. Según demuestra Julio Novayo en su libro *Mariano Moreno, secretario de guerra*, el programa militar morenista es expuesto

en varios números de *La Gaceta de Buenos Aires* (9/8/1810, 23/8/1810, 17/9/1810, 19/9/1810 y 23/10/1810), periódico fundado por Moreno en el cual publica 46 artículos en seis meses. Su doctrina de *pueblo en armas* proponía: (a) ejército independentista como fuerza ofensiva y expansiva de la revolución contra amenazas exteriores, no para reprimir interiormente; (b) no conquistar sino crear milicias propias en cada región; (c) “*Todo hombre es soldado nato, amenazada la patria*”; (d) Todos los pueblos — indígenas, criollos, negros, zambos— son iguales, “*fundando la base de su igualdad en el mérito contraído en la defensa de la patria*”; (e) eliminación de servidumbre indígena y lo más resistido: (f) reparto de tierras (impulsada por Castelli en el Alto Perú y realizada por Artigas en la Banda Oriental). A través de la doctrina de *pueblo en armas* el principal sujeto social al que interpela el *Plan Revolucionario* de Moreno son las masas populares movilizadas en las milicias patriotas y los jóvenes radicalizados. Su programa militar independentista —que Castelli y Belgrano llevaron a la práctica— era la prolongación política de su concepción roussoniana, en la cual la soberanía reside en el pueblo. Desde esa perspectiva Moreno, Castelli y Belgrano propusieron y concretaron la emancipación de los pueblos indígenas y la liberación de los esclavos negros.

El horror de la burguesía frente a Moreno

La derrota de Moreno (y la de sus compañeros) es el resultado de una contrarrevolución interna implementada por el sector más conservador de la oligarquía (terratenientes) y la burguesía (comerciantes) de su país. Su principal contendiente, el militar conservador Cornelio Saavedra que defendía a esos sectores, festejó el alejamiento de Moreno (y su muerte inminente, ejecutada por manos inglesas) afirmando: “*Como que las cosas han variado de circunstancias, por la reunión de las provincias del Virreinato, también es consiguiente se varíen las resoluciones, esto es se moderen y mitiguen los rigores que hasta ahora se habían adoptado. El sistema robespierriano que se quería adoptar en ésta, la imitación de la revolución francesa que intentaba tener por modelo, gracias a Dios han desaparecido*” (Carta de Cornelio Saavedra a Feliciano Antonio Chiclana, Buenos Aires, 15/1/1811). En otra carta a Chiclana, del 29/1/1811 Saavedra se refiere a Moreno como “*el malvado Robespierre*” cuyas miras eran “*hacerse dictador*” o “*un tribuno de la plebe*” (ambas cartas reproducidas en Enrique Ruiz Guinazú: *Epifanía de la libertad. Documentos secretos de la revolución de mayo*). El 5/2/1811 el Cabildo da la Orden de que se retire de circulación *El contrato social* (traducido y prologado por Moreno) “*por considerarlo pernicioso a las conciencias y perturbador de la paz pública*”. Mientras tanto en Oruro, un sacerdote reaccionario apellidado Azcurra, recorre las calles agradeciendo a Dios la caída política de Moreno y gritando en público “*Ya está embarcado y va a morir*”.

Los ganaderos y terratenientes, defendidos por Saavedra y legitimados por el alto clero, no tolerarán el programa social radical morenista. Ellos querían tan sólo desplazar la burocracia virreinal española, dejando intacta la estructura social colonial, la servidumbre indígena y la esclavitud de los negros. Las clases dominantes criollas lo derrotan y asesinan (en complicidad con la pérfida mano inglesa que lo envenena en alta mar con una dosis de cuatro gramos de antimonio y tartrato de potasa, no recetada por ningún médico, un vomitivo fulminante que le provoca convulsiones y en minutos la muerte). Según el testimonio de su hermano Manuel Moreno, quien llegó al camarote del barco donde agonizaba Mariano: “*Aún quedó la duda si fue mayor la cantidad de aquella droga u otra sustancia corrosiva*” la que le dio el capitán inglés. Agonizando por el veneno, el ideólogo de la revolución de mayo se dio cuenta de lo que estaba pasando, apenas alcanzó a despedirse de su hermano y familia, de sus amigos y de su

patria. Su cuerpo no recibió autopsia y fue arrojado al mar.

Moreno fue envenenado cuando apenas tenía 32 años, el 4/3/1811, por el capitán de la fragata inglesa “Fame”. No tiene tumba. Según relatará en su vejez su hijo, también llamado Mariano, su mamá y esposa del secretario de guerra, doña María Guadalupe Moreno había recibido en su casa (poco antes de que su esposo se embarque) de manos anónimas una caja con guantes negros, un velo y un abanico de luto, anunciándole la futura “muerte accidental” de su marido. La propuesta radical de Mariano Moreno fue derrotada por la oligarquía terrateniente y la burguesía comercial de Buenos Aires que ya desde esa época comenzó a asesinar a los incómodos rebeldes y revolucionarios. Nuestra historia política está repleta de esas “muertes accidentales” y de otros tipos de asesinatos menos disimulados. Un método siniestro que se hizo costumbre en la práctica política de las clases dominantes.

“Esos perversos insurgentes”

Los historiadores de la oligarquía y la burguesía argentinas se horrorizan —hasta el día de hoy— frente a la política de insurgencia y la estrategia continental de Mariano Moreno, convergente con la obra emancipadora de Simón Bolívar y José de San Martín. No pueden aceptar que el fundador de la nación argentina y máximo estratega de la revolución de mayo de 1810 haya sido indigenista y patriota, igualitarista radical (postulando la alianza de criollos, mestizos, negros e indígenas), traductor de Rousseau al castellano y admirador al mismo tiempo de Maximilien Robespierre. Los irrita tanto que, por ejemplo, Paul Groussac, Ricardo Levene y otros historiadores liberales herederos del general Bartolomé Mitre (quien tuvo acceso a una copia del libro pero sintomáticamente “la extravió”...) han puesto en duda la autenticidad del *Plan revolucionario de operaciones*.

A su vez, los historiadores argentinos nacionalistas, conservadores, católicos y partidarios de Rosas, también atacan a Moreno por “impío” y “subversivo”, mientras defienden a Saavedra. Para ellos habría continuidad entre Saavedra, San Martín —postulado como católico furioso y represor— y Rosas.

El historiador marxista Rodolfo Puiggrós, en su investigación *La época de Mariano Moreno*, ha demostrado la autenticidad de ese *Plan* y de ese programa que marcó a fuego el inicio de la revolución de independencia latinoamericana. Además del análisis riguroso y los argumentos irrefutables de Rodolfo Puiggrós sobre la autenticidad del *Plan*, Enrique Ruiz Guiñazú publicó el libro *Epifanías de la libertad. Documentos secretos de la Revolución de Mayo* donde incluye correspondencia privada, escasamente conocida, de la princesa Carlota Joaquina y el rey español Fernando Séptimo refiriéndose —obviamente ambos horrorizados y espantados— al *Plan de operaciones* de Moreno. Esa correspondencia, no destinada al gran público sino al intercambio de información al interior de la familia real española, constituye una prueba irrefutable de la existencia y originalidad del *Plan*, por si acaso no alcanzara con que toda la obra política pública de la Junta durante ese primer año en que Moreno dirige la Revolución coincide plenamente, punto por punto, con las propuestas de dicho *Plan*. Carlota le escribe a Fray Cirilo de Almada, su agente ante Fernando Séptimo: “Remito la copia de las Instrucciones y de un Plan hecho por los revolucionarios; es bonito pero nada nuevo para nosotros que los conocemos... Hazle ver (a Fernando) que con esta gente no se vence nada de ella por bien, que es preciso palo y a las cabezas, cabeza afuera”. En otra carta le dice: “No puedo dejar de enviarte las noticias, gacetas y el Plan de los revolucionarios... Los americanos son diablos en figura humana. Intriga refinada es la que los alimenta... Muchas pruebas de ello tengo, además del Plan, doctrina de un

doctor Moreno, que hicieron para el método de un gobierno revolucionario". Su hermano, el rey Fernando Séptimo, le escribe a ella: "*También he visto el plan de la revolución de América que me has remitido, el cual demuestra bien la perfidia y maldad de esos perversos insurgentes*".

Castelli, orador de la revolución

Juan José Castelli [1764-1812] llevó a la práctica el programa social y militar morenista del *Plan de operaciones*. No es casual que Castelli y Moreno hayan estudiado en la Universidad de Chuquisaca (aunque Castelli era mayor), al igual que Monteagudo. La "Atenas del Plata" tenía entonces 20.000 habitantes. Allí conocieron la feroz explotación indígena mientras leían a Rousseau. Esa universidad estaba en manos de sacerdotes y canónigos que simpatizaban con la ilustración y poseía una de las mejores bibliotecas de la época.

Castelli se había destacado en el cabildo abierto de mayo de 1810. Hace renunciar al virrey y responde a los jefes de la Iglesia colonial. Marcha al Alto Perú siguiendo instrucciones de Moreno (Las "Instrucciones secretas" de la Junta a Castelli, acordes con el *Plan* de Moreno, están reproducidas del original de puño y letra en Enrique Ruiz Guiñazú: *Epifanías de la libertad. Documentos secretos de la Revolución de Mayo*). Castelli le escribe a la Junta: "*Vamos a Potosí, no a oprimir a un pueblo con el peso de las armas victoriosas, no a saquearlo ni a horrorizarlo como los antiguos tiranos y déspotas de estas desgraciadas provincias. Vamos a terminar el plan de unidad*". (Castelli a la Junta de Comisión, Tupiza, 19/10/1810). Camino al Alto Perú pasa por diversas provincias enfrentando la contrarrevolución. En Córdoba, siguiendo instrucciones de Moreno, arcabucea junto con Balcarce al ex virrey Liniers (antiguo héroe de la resistencia contra las invasiones inglesas, luego contrarrevolucionario), aplicando el rigor jacobino a los jefes colonialistas. La *Gaceta de Buenos Aires* explica las razones ejemplificadoras de aquel fusilamiento (*Gaceta*, 11/10/1810). Ya en el Alto Perú, el 5/2/1811, Castelli publica proclamas a los pueblos originarios en quechua y aymara. Promueve el reparto de tierras y la creación de escuelas en el propio idioma de los indígenas. El 25/5/1811 Castelli decreta que "*El indio es igual a cualquier otro nacional y es acreedor a cualquier destino o empleo*". Para probarlo, en Oruro (zona minera, hoy Bolivia) Castelli nombra al cacique Mamani de Chiliguanca comandante del distrito de Andamarca. Los pueblos originarios, que combatirán con su guerra de guerrillas a los realistas durante 15 años, lo apoyan. Contento, Castelli escribe "*Los naturales, porción nobilísima de este Estado, respiran y ven el fin de su abatimiento [...] Sin que nadie les mandase, los indios de todos los pueblos con sus caciques y alcaldes, han salido a encontrarme y acompañarme*" (Castelli, Informe a la Junta de Buenos Aires, Tupiza, 10/11/1810). Intentando seguir la doctrina de Moreno del *pueblo en armas* y cuestionando la idea de revolución como obra exclusiva de las elites blancas criollas, Castelli le propone a la Junta pasar de las milicias espontáneas a un ejército patriota permanente. Aunque Castelli es derrotado por los españoles por las maniobras de quinta columna de los militares afines a los conservadores y a los terratenientes que éstos defienden, tendrá como continuadores en el Alto Perú, por un lado a Juan Antonio Álvarez de Arenales [1770-1831] (enviado por San Martín a sostener una columna móvil en las montañas y continuar la insurgencia patriota en la retaguardia española), y por el otro, a las "guerras de republiquetas" (guerras de guerrillas indígenas que con Juana Azurduy y Manuel Ascencio Padilla resisten contra tropas coloniales). En paralelo a Castelli, Manuel Belgrano [1770-1820], creador de la bandera nacional, marchará con instrucciones secretas de Moreno a Corrientes, Paraguay y la Banda

Oriental. Publicará sus decretos en idioma guaraní. Redactará un “Reglamento para el Gobierno de los Treinta Pueblos de Misiones”, donde establece la completa igualdad de indígenas y criollos blancos y el reparto de tierras. Belgrano seguirá al pie de la letra el programa social radical de Moreno-Castelli. Como ellos, terminará abandonado y repudiado por la mezquina oligarquía porteña y las demás clases dominantes.

Monteagudo, un mulato extremista

Bernardo José de Monteagudo [1789-1825] estuvo estrechamente unido, en la teoría y en la práctica, tanto al grupo jacobino de Mariano Moreno y Juan José Castelli como a San Martín y a Simón Bolívar. Se inicia con una sátira política *Diálogo entre Fernando VII y Atahualpa* (1808) donde el joven Monteagudo pone en boca del líder indígena Atahualpa una de las primeras proclamas independentistas. Luego participa en la revolución de Chuquisaca el 25/5/1809 por la cual cae preso. Posteriormente, en la campaña independentista del Alto Perú, se vincula con Castelli al lado de quien asiste a la ejecución de los principales jefes colonialistas que habían reprimido a los rebeldes en Chuquisaca en 1809. Junto a Castelli, se integra al partido morenista (jacobino), el ala radical de la revolución de mayo de 1810. Participa en la Asamblea de 1813 (abolicionista de la servidumbre indígena, la tortura y la esclavitud medio siglo antes que EEUU). Luego acompaña a San Martín en las campañas de Chile (Monteagudo redacta el acta de independencia que firma O’Higgins en 1818) y el Perú (donde es ministro de Guerra y Marina, de Gobierno y Relaciones Exteriores). Edita o dirige 4 periódicos: *La Gaceta de Buenos Aires*, *Mártir o Libre*, *El grito del Sud* y *El independiente*. El mulato Monteagudo, jacobino morenista, es mano derecha de San Martín. En Lima se gana el odio y el desprecio de la oligarquía por: (a) la liberación de indígenas, (b) la expulsión de los españoles y confiscación de sus propiedades, (c) la investigación de la Iglesia por actividades contrarrevolucionarias, (d) la aplicación del toque de queda. La aristocracia limeña era más colonialista de lo que él pensaba. Cuando San Martín se retira, pasa a trabajar en el círculo íntimo de Simón Bolívar (a quien no duda en calificar como un “genio”). Desde Quito escribe “*Yo no renuncio a la esperanza de servir a mi país, que es toda la extensión de América*”.

El núcleo de su pensamiento —donde unía las ideas de San Martín que conocía en detalle con las de Simón Bolívar— está condensado en su ensayo *Sobre la necesidad de una federación general entre los Estados hispanoamericanos y plan de su organización* (1824). Como Moreno y Castelli, como San Martín y Bolívar, Monteagudo concibe la revolución de independencia en términos continentales. Este texto brillante condensa el plan político de Bolívar del Congreso Anfictiónico que tendrá lugar en 1826, defiende a rajatabla la idea bolivariana de Patria Grande y echa luz sobre la falsa acusación de “monarquismo aristocrático” con la que algunos historiadores tradicionales —de nacionalismo de patria chica e historia oficial— han querido impugnar a San Martín. Como su jefe argentino, Monteagudo había creído transitoriamente que restaurar el dominio de un reinado indígena de los incas (idea original de Miranda y Belgrano) podría servir para unir el continente entero frente al colonialismo europeo, pero eso no implicaba oponerse al republicanism. Era una solución, seguramente poco feliz e impracticable, a la que apelaron para lograr la unidad continental y ganar a los pueblos originarios, como un paliativo frente a la ferocidad del imperio español y para atemperar las guerras intestinas. Pero en *Sobre la necesidad de una federación general entre los Estados hispanoamericanos y plan de su organización* Monteagudo deja totalmente en claro que la opción estratégica de fondo opone al “partido de la

legitimidad del poder absoluto” (monarquismo europeo) frente al partido del “*sistema representativo de la soberanía de los pueblos*” (republicanismo americano). Monteagudo muere asesinado a puñal en Lima, con 35 años. La oligarquía peruana y la nobleza criolla festejaron la muerte de este “*mulato salvaje, extremista y jacobino*”. El mismo festejo que generó la sospechosa muerte (por envenenamiento) de Mariano Moreno. Tanto Bolívar como San Martín investigaron y lamentaron su muerte.

José Gervasio Artigas y la insurrección de la Banda Oriental

El *Plan revolucionario de operaciones* de Mariano Moreno proponía una detallada estrategia para ganar al caudillo popular Artigas y a través de su liderazgo organizar el levantamiento y la insurrección anticolonial de la Banda Oriental (hoy Uruguay). José Gervasio Artigas [1764-1850] es hijo de una familia “de sangre pura” española y padre acaudalado, pero a los 14 años rompe con su clase social y pasa a vivir en una vaquería de gauchos e indios (donde tiene familia e hijos). Entremezclado con las mayorías populares ejerce el contrabando. Luego, por algunos años, viste el uniforme de capitán de milicias coloniales en el Cuerpo de Blandengues hasta que el 15/2/1811 se fuga y se vincula con el gobierno revolucionario de Buenos Aires. El 18/5/1811 Artigas, con gauchos, negros, mulatos, zambos e indios, derrota a los colonialistas españoles y pone sitio a Montevideo. Los portugueses de Brasil, auxiliando a los españoles de Montevideo, ocupan el territorio uruguayo. Artigas se repliega y acampa en Entre Ríos. En todas las provincias donde ejerce su influencia ideológica federal y republicana, Artigas organiza a las mayorías excluidas debatiendo en los fogones populares, repartiendo tierras (entre 1811 y 1815) y protegiendo las industrias locales con una de las políticas sociales más radicales del proceso de independencia americana, quizás sólo comparable con la primera revolución mexicana de 1810.

Derrotado el proyecto de Moreno a manos de la oligarquía, varias provincias rioplatenses se separan de Buenos Aires y forman la Liga Federal, proclamando a Artigas «Protector de los Pueblos Libres». El 29/6/1815, en un caserío sobre el río Uruguay llamado “Arroyo de la China” (provincia de Entre Ríos) los caudillos rurales Artigas y Francisco Ramírez convocan a los más desposeídos para el futuro Gobierno independiente de las Provincias Unidas, de las cuales la Liga Federal se siente parte. La oligarquía porteña y la burguesía comercial —ambas probritánicas— les daban la espalda a las provincias y se oponían a proteger las débiles industrias locales, como sugería Moreno, frente a las mercancías inglesas.

Artigas en la Provincia Oriental (hoy Uruguay) y el indio Andresito en la Provincia de Misiones (hoy Argentina) profundizan su política popular de reforma agraria. Expropia las tierras “*de los malos europeos y peores americanos*” y las reparte “*hasta entre los negros libres*”. Como Moreno, Castelli y Belgrano, Artigas piensa que los pueblos originarios deben ser “*señores de sí mismos*”. Con esa masa popular combate contra españoles y portugueses. El 20/6/1819 Artigas le escribe a Bolívar: “*Unidos íntimamente por vínculos de Naturaleza y de intereses recíprocos luchamos contra los tiranos que intentan profanar nuestros sagrados derechos. La variedad en los acontecimientos de la revolución y la inmensa distancia que nos separa me han privado de la dulce satisfacción de impartirle tan feliz anuncio. Hoy lo demanda la oportunidad y la importancia de que los corsarios de esta república tengan la mejor acogida bajo su protección [...] Tengo el honor de saludar a V.E. por primera vez....*”. En 1820, Artigas es definitivamente derrotado por los colonialistas portugueses y junto a 300 combatientes orientales pide asilo en Paraguay al Dr. Francia. Allí, aislado, muere en 1850.

Antonio Nariño y la batalla ideológica en la Nueva Granada

Mientras Mariano Moreno y Artigas (en el Río de la Plata) y Miranda y Bolívar (en Caracas) remueven las aguas dormidas de la cultura colonial invitando a la desobediencia y la insurrección, en la Nueva Granada, juegan un papel análogo figuras como la de Camilo Torres [1766-1816] y Antonio José Nariño [1765-1823], quienes promueven la expulsión definitiva de los españoles. Aun perteneciendo a una familia virreinal, de muy joven Nariño presencié en 1781 la tortura de los comuneros rebeldes y la posterior ejecución de José Antonio Galán [1749-1782], trágica experiencia que lo marca en su fuero íntimo. Como bien recuerdan Jesús Santrich en *El grito de independencia o la concreción del sueño del Libertador* y Juvenal Herrera Torres en *Bolívar, Quijote de América*, fue Nariño quien se animó en Nueva Granada a desmontar la expresión “Madre Patria” referida —hasta el día de hoy— como núcleo ideológico legitimador del imperio español: “¿De cuál de estas progenies ha sido Madre la España? ¿De cuál de ellas ha sido Patria la Península? No de los indios que ya existían y que poco o nada tienen que agradecer a los españoles [...] Tampoco es Madre ni Patria de la casta de los negros. Horroriza solo el pensamiento de que aspire a título de Madre la que ha autorizado el tráfico infame de los negros, la que ha cooperado a sus desgracias, la que ha estampado sobre sus frentes el sello de la esclavitud” (Antonio Nariño: Periódico *La Bagatela* N°10, Bogotá, 15/9/1811).

Nariño organizó en Bogotá una librería-biblioteca con miles de volúmenes (algunos historiadores identifican 2.000, otros 6.000), algo poco habitual en su época. Su casa era un núcleo cultural de inspiración jacobina. Fundó la *Tertulia Enciclopédica*, como una peña literaria-política. Nariño tenía además una imprenta con la que difundió las ideas revolucionarias. Tradujo 17 capítulos del tomo tercero de la *Historia de la Asamblea Constituyente* (de Francia). Allí se encontraba la *Declaración de los derechos del hombre y el ciudadano*, que Nariño editó como folleto en su Imprenta Patriótica el domingo 15/12/1793. Esa osadía le costó la persecución de los colonialistas y la cárcel, además de la confiscación de sus bienes y el destierro de su familia. Se escapa tres veces. Viaja por Madrid, París y Londres (para conversar con Miranda) promoviendo la revolución continental latinoamericana. Regresa a Bogotá. Lo vuelven a capturar los españoles. Pasa años de prisión en España. Regresa nuevamente y llega a ser presidente de Nueva Granada gracias a una revuelta popular. Al final de su vida Nariño se queja de las limitaciones de la “criollocracia” (Francisco de Paula Santander, leguleyo, liberal y representante de esta clase social, será su principal adversario). Nariño también cuestiona las vacilaciones de la burguesía impotente para emancipar realmente la joven nación y reunirla en un proyecto mayor de Patria Grande.

Bolívar en la *Sociedad Patriótica* de Caracas

En sintonía con el fuego ideológico que se expandía desde el Río de la Plata en el sur y desde Nueva Granada en el oeste, los revolucionarios de la Capitanía General de Venezuela también se organizan para la lucha. Uno de los antecedentes ideológicos de esta organización es la *Peña Literaria* que desde 1809 se reunía periódicamente en casa de Bolívar (a la que asistían su maestro, el filósofo Andrés Bello [1781-1865] y su tío político José Félix Ribas [1775-1815], entre otros). Allí se discutía de estética y cultura pero sobre todo de política. En esa *Peña* — que deriva más tarde en una organización política clandestina— Bolívar había manifestado públicamente, ya a comienzos de 1809, su adhesión al movimiento independentista. Más tarde, los revolucionarios de

Caracas —partidarios de la Ilustración— forman una *Sociedad Patriótica*, especie de club jacobino que aglutina a los más radicales. Allí convergirán posteriormente Miranda y Bolívar. En la *Sociedad Patriótica*, un día antes de la Declaratoria de la Independencia (cuando aún estaba en debate), Bolívar preguntaba: “¿*Qué nos importa que España venda a Bonaparte sus esclavos o los conserve, si estamos resueltos a ser libres? Esas dudas son tristes efectos de las antiguas cadenas. ¡Qué los grandes proyectos deben prepararse con calma! Trescientos años de calma ¿no bastan?*” (Caracas, 4/7/1811).

Impulsados por este espíritu rebelde y la ideología emancipadora (ilustrada y muchas veces masónica), los revolucionarios de Caracas toman el poder e inician el primer gobierno patriota, pero con una base social muy endeble. El grueso de las mayorías populares mira indiferente al gobierno de los criollos blancos letrados de origen mantuano. No sólo la base social del nuevo gobierno era muy débil. Además, el alto clero de la Iglesia católica, institución de fuerte peso en la conciencia popular latinoamericana, apoya abiertamente el vínculo con la monarquía de España y cuestiona al congreso patriota. Por esa época, la economía de la sociedad caraqueña colonial experimentaba una zozobra importante, debido a la inflación y el déficit fiscal. Se vivían necesidades básicas insatisfechas, incluso hambre.

El humanismo revolucionario de Bolívar y Moreno

Justo en ese momento de incertidumbre política y social, más precisamente, el Jueves Santo del 26/3/1812, se produjo un terrible terremoto que fue utilizado políticamente por el alto clero de la Iglesia oficial de Caracas para asustar al pueblo pobre y predisponerlo contra los patriotas y el nuevo orden revolucionario argumentado que el terremoto había sido “*un castigo de Dios*”... por haber hecho la revolución. Una actitud lamentable que se repetirá en la historia de Nuestra América hasta el día de hoy.

En ese contexto tan adverso Simón Bolívar —que en ese entonces no pertenecía al congreso sino a la *Sociedad Patriótica*— pronuncia un discurso-arenga que sintetiza el humanismo laico que guió el nervio más íntimo de la lucha independentista. Si en el extremo sur de Nuestra América Mariano Moreno había escrito en su *Plan* un encendido elogio del ser humano y de la mano (símbolo del trabajo): “*La mano dio luz al sol y a los astros, y hace girar los cielos, humilla a veces los tronos, borra los imperios, así como desde el polvo encumbra a lo sumo de la grandeza a un mortal desconocido, demostrando al Universo que los mortales, los imperios, los tronos, los cielos y los astros, son nada en comparación de su poder*” (Mariano Moreno: «*Plan revolucionario de operaciones*», 30/8/1810); a miles de kilómetros hacia el norte, en Caracas, Bolívar afirmó casi al mismo tiempo que “*¡Si la naturaleza y el mismo Dios están en contra de nuestras aspiraciones, nosotros lucharemos contra ellos y los obligaremos a someterse a nuestra causa!*”. En ambos casos, tanto en Moreno como en Bolívar, es el ser humano, su voluntad y su iniciativa el centro de todo, por sobre la naturaleza, por sobre Dios, por sobre los astros, los reinos y los imperios más poderosos. Ese humanismo radical (que un siglo y medio después continuará el Che Guevara) resultaba intolerable para el alto clero de la Iglesia oficial —defensora a ultranza de la monarquía y el colonialismo europeo— representante del Vaticano, institución jerárquica y elitista que le dio la espalda no sólo al mundo indígena y a la revolución de independencia sino incluso a sus propios sacerdotes —como los curas del bajo clero mexicano Miguel Hidalgo y José María Morelos— que los apoyaron.

Primeros intentos fallidos

Bolívar, Miranda y la primera República

La Junta de Caracas recién formada envía a Londres tres comisionados: el joven Simón Bolívar (con el grado de coronel), Luís López Méndez y el secretario Andrés Bello. Se proponen ganar apoyo europeo para la causa independentista y establecer alianzas contra el absolutismo español. El introductor es Miranda, que ha creado ya un ambiente propicio con la publicación, entre marzo y mayo, de su revista *El Colombiano*. No obstante, nada se consigue en concreto ya que Inglaterra dilata las negociaciones para no enemistarse con España. Pero Bolívar se encuentra con Miranda. El primero tenía entonces 27 años, el segundo 60. Lo convence de que retorne a Venezuela (donde lo aloja en su casa). Llega el 13/12/1810. Parte de su familia ha muerto, sólo vive una hermana. La oligarquía mantuana y toda la “criollocracia” lo reciben con horror y rechazo por su radicalismo, ya que pretendían constituirse en nuevo gobierno reteniendo sus privilegios de clase (por ejemplo el voto era censatario y sólo disfrutaban de él los ricos criollos), reemplazando a las jerarquías coloniales por una nueva dominación local. Esa será desde su mismo nacimiento como clase dominante el núcleo central de la ya tradicional debilidad e impotencia de la clase burguesa latinoamericana.

La Junta de Caracas nombra a Miranda Teniente General de los ejércitos de Venezuela. Bolívar es su subordinado como coronel. Entre ambos hay diferencias. Miranda, militar de carrera, es partidario del ejército regular con el cual cae derrotado ante España; Bolívar, autodidacta, luego de muchas derrotas pasará a la historia como un comandante de la guerra irregular y del *pueblo en armas* de Nuestra América con los que humillará al colonialismo europeo y terminará de liberar el continente. Por su espectacular trayectoria de vida Miranda tenía un carácter un tanto soberbio y observaba con aires de superioridad a los jóvenes patriotas que lo admiraban. Es muy probable que sintiera distanciamiento o incluso desprecio por Bolívar.

El 5/7/1811 se proclama la primera república. Ella experimentará la tirantez entre el Congreso (más conservador y de clara hegemonía mantuana) y la *Sociedad Patriótica* (a la que asistían comerciantes, esclavos, negros, mulatos, pardos, jóvenes rebeldes y hasta... ¡mujeres!, inaudito en aquella época), de orientación más radical. Producto de esas pujas y disputas, el Congreso aprueba el 1/7/1811 la «Declaración de los derechos del hombre». También se redacta una constitución federalista probablemente inspirada en principios girondinos (por quienes simpatizaba Miranda). Pero dicha declaración jurídica no modifica la falta de apoyo popular de esa primera república.

La capitulación de Miranda y la caída de la primera República

Frente al poder español, crecen las dificultades y la debilidad de la joven república. El capitán de fragata realista Domingo Monteverde (de origen canario) desembarca en la ciudad de Coro en marzo de 1812. En mayo de ese año Miranda recibe plenos poderes con el cargo de director y el grado de generalísimo. El 4/7/1812 los ejércitos colonialistas invaden Puerto Cabello. Los ejércitos patriotas, formados exclusivamente por criollos, burgueses y hombres libres (sin esclavos ni indígenas ni llaneros) son muy débiles. Miranda intenta ganar apoyo popular insinuando la liberación de los esclavos que luchan por la independencia pero los grandes plantadores de cacao se oponen, privilegian sus negocios por sobre la patria. Muchos burgueses abandonan el ejército patriota ante la superioridad militar colonialista. Bolívar, entonces coronel, combate hasta la mañana del 6/7/1812 y cae derrotado. Después se embarca hacia la Guayana y de

ahí pasa a Caracas desde donde escribe dos cartas (el 12/7/1812 y el 14/7/1812) y un parte en los que se humilla ante el admirado y venerado generalísimo Miranda por haber perdido Puerto Cabello. En una lacerante autocrítica, con el alma en la mano, se declara “*incapacitado para mandar*”. Cuando Bolívar escribe estas cartas, no sabía que mientras tanto Miranda creía todo perdido y preparaba un armisticio. Éste finalmente capitula y firma la rendición ante Monteverde con lo que muere la primera república. Unos 1.500 hombres cayeron presos en Caracas y ocho de ellos acompañaron a Miranda a la muerte en España.

La capitulación de Miranda —alojado en casa del traidor Manuel María Las Casas— es correspondida de forma violatoria por Monteverde que no respeta el acuerdo. El jefe Miranda es arrestado por los patriotas de Bolívar. Monteverde le concede un pasaporte a Bolívar y afirma “*A ese caballero se le dará un salvoconducto como recompensa por el servicio que ha prestado al rey arrestando a Miranda*”. Bolívar le responde: “*Yo no arresté a Miranda por servir al rey, sino para castigarle por haber traicionado a su país*”. Monteverde entra en cólera y cancela el salvoconducto, pero la intervención del rico español Francisco Iturbe (que ofreció bienes económicos a Monteverde e incluso su propia vida) logra que dejen escapar a Bolívar a Curaçao. Miranda permanece encadenado en La Guaria hasta 1814, luego es enviado a Cádiz, donde muere el 16/7/1816.

¿Cómo explicar el arresto y entrega de Miranda a los españoles —hecho bochornoso para nuestra historia— en términos individuales? Miranda era un militar profesional de academia. Para él rendirse no era un deshonor. Bolívar, autodidacta y gran admirador suyo, lo ve de otro modo, motivo que tal vez permita comprender —sólo en parte— su arresto y entrega al enemigo español. Sin embargo, los propios hijos de Miranda, Leandro y Francisco, a pesar del arresto de su padre, viajan posteriormente desde Inglaterra para combatir al lado de Bolívar por la independencia. ¿Cómo explicar la derrota republicana en términos sociales y políticos? Si los independentistas criollos apostaron a la subversión política del orden colonial, Monteverde apeló a la subversión social para aprovechar el odio popular contra los mantuanos de todos los oprimidos y discriminados por la nobleza criolla blanca. Según Juan Bosch, en su obra *Bolívar y la guerra social*, cuando Monteverde ingresa triunfante en Caracas la población era de 800.000 personas: 61.000 negros esclavos, 406.000 mestizos de varias razas, 120.000 indígenas y 212.000 blancos europeos y criollos. Los mantuanos eran minoría y la gran masa popular —social y racialmente discriminada por los blancos criollos— terminó optando por Monteverde.

Aprender de la derrota: Bolívar, el hombre de las dificultades

Bolívar tiene que salir huyendo derrotado de Caracas. Llega a la isla colonial de Curaçao. Finge que a partir de entonces trabajará para Inglaterra. A pesar del ardid los colonialistas lo despojan de todas de sus pertenencias. Le escribe entonces a su amigo Iturbe que ayudó a salvarle la vida: “*¡Yo estoy aquí, cuanto bien puede ser, en mi actual situación. Es verdad que me han quitado inicualemente mi poco dinero y equipaje, pero yo estoy conforme en mi corazón, porque sé que cuando el infortunio persigue por algún tiempo, todo se conspira contra el infeliz. Pero como el hombre de bien y de valor debe ser indiferente a los choques de la mala suerte, yo me hallo armado de constancia, y veo con desdén los tiros que me vienen de la fortuna. Sobre mi corazón no manda nadie más que mi conciencia: ésta se encuentra tranquila, y así no le inquieta cosa alguna. ¿Qué importa tener o no tener cosas superfluas?!*” (Simón Bolívar: Carta a Iturbe, 19/9/1812).

Si Mariano Moreno había escrito en su *Plan revolucionario de operaciones* que “[...] las almas que aciertan a gobernarse, gobiernan a los demás cuando lo intentan, vencen las pasiones, rigen los propios ímpetus, producen las circunstancias para utilizarlas y, encadenando la fortuna, hacen para su rueda movable, forzando al destino [...]”; Bolívar comparte esa misma filosofía de vida donde “la mala suerte”, los “infortunios” y otros sinsabores y reveses de la lucha se vencen con constancia, perseverancia, terquedad, voluntad, planificación e iniciativa apuntando no a adaptarse a lo existente y lo posible sino a crear nuevas circunstancias favorables a los proyectos de liberación. La caída de la primera república independiente no será la única derrota que Bolívar sufrirá en la guerra de liberación. Aprende a sobreponerse y va forjando su carácter de combatiente anticolonial que lucha contra un enemigo brutal y mucho más poderoso. La historia de nuestra independencia y la larga guerra por nuestra libertad está abonada por muchísimas derrotas. Bolívar llega a definirse incluso como “el hombre de las dificultades” que aprende a recuperarse ante cada golpe enemigo, extrayendo lecciones y haciendo balances para volver a la lucha.

Manifiesto de Cartagena

En noviembre de 1812 Bolívar zarpa hacia el puerto de Cartagena. Al poco tiempo de llegar y sin demora, se dirige al Congreso. Allí, en Cartagena de Indias, todavía en manos patriotas, hace su original balance político, en la “Memoria dirigida a los ciudadanos de Nueva Granada por un caraqueño”. Este documento de Bolívar se conoce como el *Manifiesto de Cartagena* (15/12/1812). A pesar de que por entonces no había pasado todavía por la amarga experiencia de la “guerra de colores” ni había conocido aún la república democrática de Haití con sus esclavos negros emancipados — experiencias, ambas, que le permitirán ir a fondo en su estrategia de guerra de liberación continental basada en la doctrina del *pueblo en armas* —, en aquel momento Bolívar ya es un revolucionario probado en la lucha que entra en la madurez. A partir de esta instancia su concepción ideológica y política deja de lado cualquier ambigüedad. En ese documento Bolívar se define: “Yo soy un granadino, hijo de la infeliz Caracas”. El *Manifiesto de Cartagena* constituye un texto programático porque en sus análisis el Libertador explora las razones por las cuales cayó la primera república de Venezuela. Con él logra convencer al gobierno de Cundinamarca dirigido por Nariño que la tarea del momento consiste en pasar a la ofensiva, reunificar Nueva Granada y reconquistar Venezuela.

En sintonía con el espíritu y el lenguaje jacobino que insufló e inspiró a muchos revolucionarios de la primera independencia americana (como Mariano Moreno y Juan José Castelli en el Río de la Plata) Bolívar se queja de la imposibilidad de combatir, reprimir duramente y “privar de la vida” a “los sublevados contra la república y la salud pública”, incluyendo a los enemigos de la guerra civil interna y a los colonialistas españoles. En su reflexión Bolívar pone en discusión el sistema federal alegando que en los inicios de una nueva república se torna necesaria una centralización política. Ardiente partidario de los derechos del hombre de la revolución francesa Bolívar se niega a copiar mecánicamente fórmulas políticas e institucionales europeas sin atender a las circunstancias históricas concretas de Nuestra América.

El principal corolario teórico del *Manifiesto de Cartagena* afirma que “Pero lo que debilitó más al gobierno de Venezuela fue la forma federal que adoptó [...] Nuestra división y no las armas españolas nos tornó a la esclavitud”. De allí en más y durante toda su vida, será un tenaz partidario de la unidad popular, como núcleo de acero de una fuerza combatiente emancipadora.

La gran conclusión política de este *Manifiesto de Cartagena* es un llamado a la ofensiva, a reconquistar Venezuela, “*cuna de la independencia colombiana*”, atacando a los invasores colonialistas y a las provincias sublevadas bajo hegemonía caudillista, en última instancia, al servicio de los realistas. En su discurso al pueblo granadino Bolívar propone rechazar al enemigo de la revolución “*más allá de las fronteras*” superando toda mirada localista, parroquial o provincial. El *Manifiesto de Cartagena* preanuncia la unidad orgánica de Venezuela y Nueva Granada. Esas líneas precursoras de 1812 constituyen el antecedente principal de la *Carta de Jamaica* [1815], de su *Discurso de la Angostura* [1819] y de sus proyectos continentales posteriores cristalizados en el Congreso Anfictiónico de Panamá [1826].

El plan de Bolívar: invadir Venezuela

Bolívar se propone sustentar con hechos el *Manifiesto de Cartagena*. Su desafío consiste en superar el regionalismo ideológico-político de las patrias chicas y pensar en grande, alertando que Nueva Granada —como ninguna otra republiqueta latinoamericana— no subsistiría sola si no se perseguía y derrotaba al enemigo colonialista más allá de las fronteras locales. Poco antes de escribir su manifiesto, Bolívar había llegado a una conclusión taxativa: “*La guerra, sólo la guerra puede liberarnos de los tiranos odiosos y desleales*”.

Bolívar se incorpora, junto con los venezolanos exiliados, a las fuerzas granadinas. El gobierno lo nombra comandante de un pueblo perdido y pequeño llamado Barranca, donde inicia con 70 guerrilleros la campaña del Magdalena. No lo hace como jefe sino como subordinado de una serie de militares criollos (el entonces coronel Manuel Castillo y Rodríguez Torices) y un veterano francés de las guerras napoleónicas (Pierre Labatut). Pero defiende frente a ellos un pensamiento propio: la mejor *defensa* debe ser una activa y fulminante *ofensiva*, combinando la guerra regular con la guerra irregular.

Esa doctrina bolivariana lo conducirá a enfrentarse en numerosas ocasiones con diferentes jefes republicanos, habitualmente defensivos, estrechamente localistas y carentes de una perspectiva continental para la lucha. Aplicando este pensamiento político militar continentalista y de ofensiva (que recupera los saberes de la academia militar europea combinándolos con la guerra irregular propia de la historia de Nuestra América) Bolívar logra una seguidilla de triunfos, desde fines de 1812 hasta comienzos de 1813. En esa perspectiva propone unir fuerzas para atacar sorpresivamente y tomar por asalto la ciudad de Cúcuta, que divisa el 28/2/1813. Mientras los realistas tenían por entonces un poder absoluto y concentrado, hasta ese momento los republicanos se mantenían dispersos y fragmentados. Bolívar sugiere invertir la ecuación. Aplasta entonces a los colonialistas y se dirige al presidente del Congreso granadino con su parte de victoria: “*¡Ya tiene Vuestra Excelencia terminada la campaña de Cúcuta y libertada una bella porción de la Nueva Granada de los tiranos que la asolaban. Ahora sólo nos resta vencer a los opresores de Venezuela!*”. Bolívar reingresa a Venezuela a través de los Andes el 23/5/1813.

Entonces Nariño (en el gobierno de Cundinamarca) se une con Camilo Torres (en el gobierno de Tunja) y organizan expediciones de ofensiva, también en dirección al Ecuador, como solicitaba Bolívar. Nariño participa personalmente en esta lucha concreta (en la cual cae derrotado, es hecho prisionero y luego de 3 años de cautiverio es llevado a España en un viaje que dura 10 meses. En Cádiz permanece preso 4 años).

La Campaña Admirable del Ejército Libertador

En Venezuela la correlación de fuerzas era desfavorable para las fuerzas republicanas y patriotas. El jefe realista Monteverde dirigía a 16.000 hombres. Bolívar, en cambio, contaba con un Ejército Libertador que llegó a oscilar entre 700 y 1.600 guerrilleros de origen colombo-venezolanos. Mientras tanto, en el extremo oriental de Venezuela, el joven Antonio José de Sucre y los caudillos Santiago Mariño, Manuel Piar y Francisco Bermúdez organizaban guerrillas para frenar a los españoles. En Nueva Granada, más precisamente desde Barranca, Bolívar barre los fortines realistas del Magdalena, es nombrado brigadier por el congreso granadino y recibe refuerzos que le permiten comenzar la ofensiva general. En ese contexto Bolívar lanza su *Campaña Admirable*.

Esta campaña de ofensiva se desarrolla apenas seis meses después de la capitulación de Miranda y la caída de la primera república. La *Campaña Admirable* dura tan sólo siete semanas. Bolívar triunfa y logra entrar vencedor a Caracas el 6/8/1813 cuando 7.000 realistas se dan a la fuga. Funda de esta manera la segunda república (la primera había terminado con la capitulación de Miranda poco antes).

Entre los valerosos combatientes guerrilleros que acompañan a Bolívar en la *Campaña Admirable* se contaban el general Rafael Urdaneta, su tío José Félix Ribas, Antonio Ricaurte y el joven oficial Atanasio Girardot [1791-1813]. Ante la muerte en combate de este último, símbolo y ejemplo de la juventud patriota y revolucionaria, Bolívar le escribe a su padre: “*Temería cursar a Ud. el más acerbo dolor participándole la muerte de su ilustre hijo, si no estuviera persuadido que más aprecia Ud. la gloria que cubre las grandes acciones de su vida, que una frágil existencia [...] Las armas americanas deben honrarse de que haya militado en ellas el virtuoso Girardot, y la causa de la libertad por la que los hombres más grandes de la tierra han combatido, nunca ha sido sostenida con más honor que en los campos donde Girardot la ha hecho triunfar sobre los españoles*”. (Simón Bolívar: Carta al padre de Atanasio Girardot. Valencia, 5/10/1813).

El triste papel de Santander

Aunque contó con compañeros heroicos (como el joven Girardot), nada fue sencillo ni tranquilo en esta campaña triunfante. Bolívar debió salvar muchos escollos intermedios. Debido a su ímpetu y sus triunfos pasó a dirigir las fuerzas granadinas de la *Campaña*. El por entonces brigadier Manuel Castillo —quien tenía rivalidad personal por el liderazgo de Bolívar— quedó bajo sus órdenes, lo mismo que su edecán, el teniente Francisco de Paula Santander [1792-1840] y Antonio Baraya.

Castillo escribe a Nariño (contra Bolívar) tratando de evitar la *Campaña* diciéndole: “*es peligroso atacar a Venezuela con una fuerza escasa y, con toda seguridad seremos sacrificados si avanzamos más allá de Mérida bajo el mando de Bolívar, cuyos proyectos son desordenados y temerarios*”. A pesar de eso, Castillo, Santander y Baraya momentáneamente se subordinan y combaten al lado de Bolívar la primera batalla. Pero luego Castillo desobedece al mando superior y se marcha a Cúcuta. Bolívar nombra lugarteniente a Santander. Éste también se insubordina y le dice a Bolívar: “*Mi obligación es seguir al brigadier Castillo, porque ninguna reunión del estado mayor ha aprobado el avance...*”. Como recuerda Juvenal Herrera Torres en *Bolívar vigencia histórica y política*, Bolívar le responde: “*Teniente, antes de que acabe el día tendrá que fusilarlo o usted me fusilará a mí!*”. Santander se calló. Marchó entonces al encuentro de Castillo. Años después Santander recordará el bochornoso episodio afirmando ambigüamente que “*Mientras que Bolívar llevaba a cabo con audacia inimitable su gloriosa empresa de arrojar a Monteverde de Caracas, yo quedé encargado de la seguridad del valle de Cúcuta*”. Una manipulación a posteriori de los

hechos históricos que en Colombia haría escuela y se volvería a lo largo del tiempo “historia oficial”.

Este primer enfrentamiento entre Simón Bolívar y Santander (nueve años menor que el Libertador) sellará de forma indeleble el vínculo entre ambos. Santander, sumamente hábil para las intrigas de gabinete y las triquiñuelas de la politiquería barata (como tantas veces le advirtió a Bolívar Manuela Sáenz), fue temeroso en la guerra. Los llaneros lo llamaron despectivamente “soldado de pluma”. Los dos encarnaban proyectos distintos. Bolívar, demócrata radical, tenía un ambicioso proyecto político de *pueblo en armas*, guerra revolucionaria, unión de repúblicas populares y liberación continental. Santander, en cambio, abogado de bufete y apegado a la letra de la ley, católico ferviente y de psicología resentida, enemigo de Bolívar y adversario de Nariño, expresaba un proyecto mucho más pequeño, regional y localista: la república de Colombia entendida como algo ajeno y aislado de Venezuela y la Patria Grande. No casualmente Santander admiraba profundamente a los Estados Unidos mientras despreciaba a Haití por ser... “una república de color”. Valores éticos, políticos y culturales exactamente opuestos a los de Bolívar.

Entrada triunfal a Caracas: mito y realidad

Sobreponiéndose a la crueldad de los colonialistas españoles y superando las dificultades y tensiones en el propio campo patriota, Bolívar logra triunfar y entrar en Caracas. Mil leyendas fantasmagóricas se han tejido sobre este ingreso en la ciudad. Una de las principales fue la pergeñada por el aventurero Henri Louis Ducoudray Holstein [1772-1839], militar de familia francesa (aunque nacido en Alemania) que anduvo deambulando por distintos países hasta que ancló en Nueva Granada donde conoció a Bolívar, estuvo junto a él apenas dos años en los que pidió tres veces la baja del ejército libertador, para terminar dando clases de piano, primero, y luego, de idiomas en Estados Unidos. Ducoudray Holstein se hizo posteriormente conocido por haber escrito *Memorias de Simón Bolívar y sus principales generales* (Boston, Estados Unidos, 1828; Londres, Inglaterra, 1830; París, Francia, 1831), obra donde expresa un encono, un enojo y una animadversión nada disimulada contra el Libertador. De allí que este autor enfatice muchos de los prejuicios europeos contra los latinoamericanos (repetidos hasta el día de hoy).

Entre otras leyendas construye la imagen caricaturesca de un Bolívar napoleónico que hace un ingreso pomposo a Caracas en una ridícula carroza dorada remolcada por 12 niñas de la aristocracia. Este mito patético, que pretende opacar la demoledora *Campaña Admirable* y ocultar el hecho innegable de la derrota de los ejércitos europeos en Nuestra América, será repetido en muchas biografías posteriores que sin mayores pruebas otorgan credibilidad a Ducoudray Holstein. Incluso tomando en cuenta alguna que otra exageración retórica de Bolívar presente en sus cartas o los episodios menores de sus múltiples amoríos (reales, que sin embargo no explican nada, pues la historia social y política de la lucha de los pueblos no puede reducirse a la historia de la cama y los dormitorios de los “grandes héroes”), la imagen caricaturesca de un Bolívar-Napoleón resulta hoy insostenible. Aunque erosione el sedimentado complejo de superioridad europea y los relatos manipulados que pretenden legitimarla, ni San Martín fue un delirante rey andino ni Bolívar un bufón bonapartista y tropical. Ambos fueron libertadores de Nuestra América y sintetizaron millones de voluntades de las masas populares y los pueblos rebeldes desde el norte hasta el sur.

La iglesia oficial contra Bolívar y la independencia

Al llegar a Caracas Bolívar entra en colisión con el alto clero de la iglesia católica (que había contribuido a hundir la primera república culpando a los independentistas nada menos que de provocar... ¡un terremoto!... por intentar independizarse de España). Luego de ingresar a su ciudad natal, Bolívar le exige al arzobispo Coll y Prat que ordene al clero, a los predicadores y confesores de todas las parroquias, que *“expliquen semanalmente los justos principios de la emancipación americana, persuadan la obligación de abrazarla y defenderla al precio de los intereses y de la vida”*. Y agrega que los sacerdotes tienen la obligación de prevenir al pueblo humilde contra las conspiraciones de los enemigos de la república, advirtiéndole que *“no es ya el tiempo de burlar las disposiciones gubernativas, y todo el peso de la ley caerá sobre los infractores”* y, por lo mismo, que todo clérigo que tratase *“de extraviar la opinión política que sostiene el presente gobierno, por el mismo hecho se considere suspenso de sus funciones”*. Cuando el arzobispo de la iglesia Coll y Prat le escribe a Bolívar rogando que no fusile a los españoles —pedido que nunca hizo a los militares españoles por los republicanos criollos y mucho menos por los esclavos negros y siervos indígenas—, Bolívar le respondió: *“El enemigo viéndonos inexorables a lo menos sabrá que pagará irremisiblemente sus atrocidades y no tendrá la impunidad que lo aliente”* (Simón Bolívar: Carta al arzobispo Narciso Coll y Pratt. Valencia, 8/2/1814).

Poco tiempo antes, en su *Manifiesto de Cartagena* [1812], Bolívar había caracterizado a los cardenales, arzobispos, obispos, canónigos y clérigos opuestos a la independencia y la revolución como “tránsfugas”. En ese documento afirmó sin ambigüedades que *“la profesión de toda la jerarquía eclesiástica y los grandes de España es el dolo y la intriga”*. Sus numerosas disputas con las altas jerarquías de la iglesia católica estaban mediadas no tanto por sus vínculos y simpatías masónicas (comunes a la mayoría de los revolucionarios independentistas de Nuestra América) sino por una bula del Papa Pío VII, que en abierta defensa del colonialismo europeo, condenaba a los revolucionarios que se animaban a desafiar al imperio. Sobre las condenas y excomuniones, el Libertador dirá a Perú De Lacroix: *“Yo no puedo recordar sin sonreírme cómo me excomulgaron a mí, junto con todo mi ejército. Los prelados Pey y Duquesne, que dirigían la arquidiócesis de Bogotá el 3 de diciembre de 1814, afirmaban que yo iba a despojar a la iglesia, a perseguir a los sacerdotes, a destruir la religión, a violar a las vírgenes, a mutilar a los hombres y a los niños. Todo esto fue públicamente refutado con otro edicto, en el cual se me presentaba ya no como hereje y sin Dios, como en el primer edicto, sino como bueno y católico ortodoxo! ¡Qué estúpida farsa y qué lección para el pueblo! Nueve o diez días separaban estos dos edictos. El primero fue publicado porque yo entraba a Bogotá por orden del Congreso, y el segundo porque yo entré victorioso a la capital. Nuestros sacerdotes conservan todavía sus anteriores ideas, pero el resultado de sus excomuniones es absolutamente nulo. Al prolongar la lluvia de rayos y truenos contra sus contrarios, ellos solamente logran colocarse en una situación más estúpida, manifiestan su impotencia, y agrandan cada día el desprecio que merecen”*.

Bolívar y el sacerdote Bartolomé de las Casas

En todas sus polémicas con el alto clero de la iglesia católica (notoriamente diferente del bajo clero y los sacerdotes populares), tanto de Caracas como de Bogotá, el Libertador apela un mismo tipo de argumentación, típicamente moderna: la separación entre la iglesia y el Estado. Siempre les sugería a los arzobispos godos (conservadores y defensores a ultranza de España) que se ocupen del espíritu pero que no se opongan a la

república. Al mismo tiempo reclamaba una nueva pastoral, independentista y patriota. Por eso le escribe a Santander (católico ferviente), que defendía sacerdotes anti-independentistas, lo siguiente: “¿Se acuerda Ud. de una Pastoral goda que yo encontré en la mesa de Ud. y se la envié como un modelo al padre Guerra? Pues que la busque el padre Cuervo y la copie ya que no sabe escribir, sin más variación que la de los nombres y la fecha. Allá nos llaman tiranos, usurpadores, bandidos, ladrones: sin lisonja ¿a quiénes les vienen mejor estos nombres? ¿A Fernando y a los españoles no les vienen de molde? pues, al César lo que es del César. Basta de bromas, y hablemos claro al padre Cuervo y a todos los otros padres. Es preciso que llamen las cosas por su nombre; que digan altamente: «El gobierno de la república es legítimo, es santo porque Dios ha establecido entre los hombres el derecho y el deber para consagrar la propiedad de las cosas, de los bienes y de las instituciones. Dios no puede aprobar la violación de sus propios principios, de sus leyes fundamentales; por el contrario, Dios ve con horror el crimen de la usurpación, de la tiranía; Dios aprueba la creación de un gobierno cuyo fin es el bien de la comunidad, o cuando no es la obra de la propia comunidad, según su voluntad y no según la fuerza, como es el sacrificador, de la víctima, como es la España con respecto a la América». De estas cosas que digan muchas, más bonitas y con la unción de su compungido lenguaje. Es preciso pronto una nueva Pastoral” (Simón Bolívar: Carta a Santander. Pamplona, 8/11/1819). La misma argumentación se repite en su correspondencia polémica con el obispo de Popayán, enemigo declarado de la revolución (Simón Bolívar: Carta a Salvador Jiménez, obispo de Popayán. Pasto, 10/6/1822).

Si bien Bolívar enfrentó abiertamente al alto clero de la iglesia católica por haberse opuesto a la independencia de Nuestra América y haber legitimado con la cruz y de manera activa el cruel colonialismo español y la dominación feroz de los pueblos sometidos, el libertador al mismo tiempo defendió el digno papel del cura Bartolomé de las Casas, defensor de los indígenas en la célebre polémica con Juan Ginés de Sepúlveda en Valladolid. En la *Carta de Jamaica* [1815] lo llamó “héroe de la filantropía” así como también “El filántropo obispo de Chiapas, el apóstol de la América, Las Casas”. Sobre él señaló que: “Todos los imparciales han hecho justicia al celo, verdad y virtudes de aquel amigo de la humanidad, que con tanto fervor y firmeza, denunció ante su gobierno y contemporáneos los actos más horrorosos de un frenesí sanguinario”. Bartolomé de las Casas [1484-1566], admirado por Bolívar, es un primer y lejano antecedente de la teología de la liberación y del cristianismo revolucionario que, como enseñara Camilo Torres Restrepo [1929-1966], debe acompañar e impulsar la lucha popular latinoamericana por la liberación, la Patria Grande y el socialismo.

Bolívar, la Patria Grande frente al localismo

Entre fines de 1813 y mediados de 1814 Bolívar logra independizar Venezuela y tenerla casi unida a Nueva Granada. Con ese objetivo en mente había arengado a sus oficiales granadinos diciéndoles “¡Soldados del Ejército de Cartagena y de la Unión: Vuestras armas libertadoras han venido hasta Venezuela, que ve respirar ya una de sus villas al abrigo de vuestra generosa protección [...] ¡La América entera espera su libertad y salvación de vosotros, impertérritos soldados de Cartagena y de la Unión! [...] ¡Corred a colmaros de gloria adquiriendo el sublime renombre de Libertadores de Venezuela!”. Su estrategia era liberar Venezuela junto con todo el continente.

Desde esa estrategia se opone a desmembrar su patria natal en nombre del “federalismo” y las miopes apetencias locales de los caudillos regionales como Santiago Mariño, Manuel Piar y Bernardo Bermúdez (que en el oriente venezolano habían

luchado valientemente con sus guerrillas contra los realistas pero que carecían de un proyecto político nacional y menos aún de una estrategia continental). Mariño, por ejemplo, cuyo lugarteniente era Piar, se opone a unificarse con Bolívar para combatir juntos a Monteverde. Bolívar le envía una carta diciéndole: *“Si constituimos dos poderes independientes, uno en el Oriente y otro en el Occidente, hacemos dos naciones distintas, que por su impotencia en sostener representación de tales, y mucho más de figurar entre las otras, aparecerán ridículas. Apenas Venezuela unida con la Nueva Granada podría formar una nación que inspire a las otras la decorosa consideración que le es debida. ¿Y podemos pretender dividirla en dos? Nuestra seguridad y la reputación del gobierno independiente nos impone al contrario el deber de hacer un cuerpo de nación con la Nueva Granada. Este es el voto ahora de los venezolanos, y en solicitud de esta unión tan interesante a ambas regiones, los valientes hijos de Nueva Granada han venido a libertar a Venezuela. Si unimos todo en una misma masa de nación, al paso que extinguimos el fomento de los disturbios, consolidamos más nuestras fuerzas y facilitamos la mutua cooperación de los pueblos a sostener su causa natural. Divididos, seremos más débiles, menos respetados de los enemigos y neutrales. La unión bajo un gobierno supremo, hará nuestra fuerza y nos hará formidables a todos”* (Simón Bolívar: Carta a Santiago Mariño, 15/12/1813). Mariño desoyó el llamado.

Guerra, revolución y lucha de clases

Guerra a muerte contra los tiranos

Una de las iniciativas políticas más polémicas de las guerras de independencia lo constituye el «Decreto de Guerra a Muerte» promulgado por Bolívar durante la *Campaña Admirable*. Allí afirma: “*Venezolanos: Un ejército de hermanos, enviado por el soberano Congreso de la Nueva Granada, ha venido a libertaros [...] Nosotros somos enviados a destruir a los españoles, a proteger a los americanos y a establecer los gobiernos republicanos que formaban la Confederación de Venezuela. [...] Españoles y canarios, contad con la muerte, aún siendo indiferentes, si no obráis activamente, en obsequio de la libertad de América. Americanos, contad con la vida, aún cuando seáis culpables*” (Simón Bolívar: “A sus conciudadanos”. Cuartel General de Trujillo, 15/7/1813). Se vivía una confrontación feroz contra un enemigo colonial muchísimas veces superior en número y armas que aplicaba crueldad extrema (contra hombres y mujeres) y despotismo sin piedad. Bolívar busca forzar un cambio en la correlación de fuerzas y dividir entre americanos y europeos a los partidarios del Rey, todavía muy numerosos ya que importantes sectores del campo popular, rechazando a los mantuanos y criollos blancos (elitistas y racistas), combatía aún del lado realista. En esa lucha sin cuartel, Bolívar llega a ordenar el fusilamiento de 800 prisioneros españoles. Su intento consiste en transformar la guerra social (él la denominaba “guerra de colores”) en una guerra de independencia nacional y continental. Pierre Vilar afirma “*La guerra a muerte: la guerra no es civil; se trata de una guerra contra el extranjero*” (Pierre Vilar: *La participación de las clases populares en los movimientos de Independencia de América latina*).

¿Fue un producto de la locura el «Decreto de Guerra a Muerte» ordenado para combatir a los españoles? Para responder debe contextualizarse la medida de Bolívar tomando en cuenta el terrorismo salvaje aplicado por el colonialismo europeo contra los pueblos sometidos (práctica ejercida contra el mundo colonial durante siglos). Para dar un solo ejemplo, en 1821, en Ica (Perú) los realistas dieron una orden: en cuatro horas los americanos deberían presentar 300 caballos y mulas en casa del Marqués de Campo Ameno. Si así no lo hicieran “*serán irremisiblemente pasados por las armas, quemadas y taladas sus haciendas y pasadas a cuchillos sus familias*” (Coronel Santalla: “Circular del 19/7/1821”, Ica, Perú). Era algo común del colonialismo. Contra esto, muchos rebeldes independentistas del continente defienden la justa violencia revolucionaria. Antes que Bolívar, el líder indígena aymara del Alto Perú Julián Apaza (más conocido como Túpac Katari [1750-1781]), junto con su esposa Bartolina Sisa [1753-1782], ejecutaron un número importante de colonialistas blancos y españoles en sus levantamientos indígenas anticoloniales. Más tarde Nariño, líder independentista de Nueva Granada, escribió: “*La patria no se salva con palabras, ni con alegar la justicia de nuestra causa. ¿La hemos emprendido, la creemos justa y necesaria!? Pues a ello; vencer o morir, y contestar con los argumentos de las bayonetas*”. Es la misma estrategia insurgente de Mariano Moreno cuando desde el sur reflexionaba: “*¿Por qué nos pintan a la libertad ciega y armada de un puñal? Porque ningún estado envejecido o provincias, pueden regenerarse ni cortar sus corrompidos abusos, sin verter arroyos de sangre*” (Mariano Moreno: «*Plan revolucionario de operaciones*». Buenos Aires, 30/8/1810). Simón Bolívar no fue una mosca blanca. La “paz” colonial era (es) mucho más sangrienta que la revolución y sus medidas radicales.

El mundo popular y las guerrillas

En su confrontación contra Monteverde, Bolívar apela a la estrategia de la combinación de todas las formas de lucha, incluyendo la guerra regular y la guerra irregular. Ésta última le permite distraer al enemigo español, dispersar sus fuerzas, atacarlo por separado y hacerle creer que los patriotas contaban con más de 10.000 soldados cuando en realidad sus fuerzas eran diez veces menores. Bolívar y sus combatientes apelan al mundo popular para nutrir sus guerrillas anticoloniales. Monteverde no sólo se sorprende ante los ataques fulminantes de Bolívar, también es hostigado por las guerrillas en el oriente venezolano lideradas por Santiago Mariño, Manuel Piar, José Francisco y Bernardo Bermúdez y Francisco Azcue.

Los realistas se atrincheran en Puerto Cabello, Coro y los Llanos. Bolívar pide infructuosamente apoyo a Santiago Mariño para desalojarlos. Mientras Mariño estaba inactivo con su ejército en el oriente, Bolívar tiene que hacer frente a los realistas de la costa (primera victoria de Carabobo) y a los llaneros de Boves (triunfan en San Mateo), pero el tardío apoyo de Mariño no alcanza a impedir la derrota de La Puerta. Los patriotas se retiran al oriente perseguidos por Boves. En un momento de la lucha Monteverde es destituido por su tropa en Puerto Cabello y es reemplazado por el general Cagigal, de quien José Tomás Boves es formalmente subalterno. En la práctica Boves terminará dirigiendo la guerra alcanzando en su cenit una fuerza anti-independentista demoledora que según diversos historiadores oscila entre 10.000 y 19.000 llaneros.

Orígenes de la “guerra social”

¿Por qué los patriotas tuvieron tantas dificultades en ganar el consenso a favor del programa liberador de los sectores sometidos? La gente común no se entusiasmó inicialmente con ese programa, incluso tomó partido activamente en su contra. El mundo popular seguía en gran medida a los realistas y era movilizad por Boves contra la revolución. La tiranía española contaba con un importante apoyo popular durante la primera fase de la guerra de independencia. Bolívar advierte que el enemigo colonialista siembra la discordia en el campo patriota, apelando al choque de razas y de “colores”.

¿Cómo explicar la indiferencia e incluso el rechazo popular activo en Venezuela contra las fuerzas que propugnaban la independencia americana? Entre los historiadores existen diversas hipótesis. Por ejemplo, Juvenal Herrera Torres en su obra *Simón Bolívar. Vigencia histórica y política* se esfuerza por enfatizar “el fanatismo religioso” de las masas populares, herencia de la dominación colonial y la servidumbre padecida durante siglos de conquista española. En cambio Juan Bosch en su libro *Bolívar y la guerra social* destaca en primer lugar causas vinculadas a la etnia y la segregación racial ejercida por el racismo de los mantuanos y criollos blancos contra el mundo de las clases populares. Una tercera hipótesis historiográfica intenta explicar la paradoja de un mundo popular reacio a la independencia señalando que las masas desposeídas que luchaban del lado realista padecían relaciones de servidumbre en las encomiendas y grandes haciendas terratenientes, por lo tanto la clave de explicación estaría vinculada al problema del monopolio de la propiedad de la tierra y el latifundio.

La guerra social

Según recuerda Bosch, a fines del siglo 18 la corona española promulga la cédula “gracias al sacar” que permite a gente no blanca ni perteneciente a la sociedad oficial (pardos, quinterones, bastardos, etc.) quedar “pura” de sangre y linaje a cambio de un

pago en dinero. Los mantuanos (racista nobleza criolla) viven esa cédula real como una afrenta a sus privilegios de raza y de clase. Esa es una de las razones por las cuales los sectores populares de Venezuela —negros, mulatos, zambos, pardos, mestizos, indígenas, etc— terminan por odiar más a los mantuanos que a los propios colonialistas españoles, a favor de quienes combatirán entre 1812 y 1814, dando inicialmente la espalda al proyecto independentista de Simón Bolívar y otros patriotas de origen blanco y procedencia mantuana. Desde esta perspectiva de análisis, el descontento popular no era contra la independencia sino contra los mantuanos.

Según Bosch, en Haití y en Venezuela la guerra social asumió la forma de una guerra de razas, en cambio en la revolución francesa y en el resto de Europa la guerra social fue entre blancos. En medio de ese rechazo plebeyo contra los mantuanos, las masas de Venezuela optaron durante un par de años por vengar agravios sufridos durante décadas (y siglos) a manos de los nobles terratenientes blancos y latifundistas criollos en lugar de privilegiar el programa de la independencia nacional y continental. En ese contexto, Bolívar decreta la «guerra a muerte» para detener la guerra racial y dividir a la guerra social desplazándola hacia una polarización social y nacional entre venezolanos y españoles. Frente al decreto de «guerra a muerte» de Bolívar, Boves responde con terror y crueldad desarrollando una guerra sangrienta.

Si bien la guerra de independencia se extiende entre 1810 y 1824, en Venezuela la guerra social es más acotada, se extiende entre marzo de 1812 y 1814. La inicia Monteverde y la continúa José Tomás Boves, ambos contra Bolívar. De ambos líderes Boves tuvo más adhesión: al morir lideraba partidas y montoneras que alcanzaron entre 10.000 (según Herrera Torres) y 19.000 llaneros (según Bosch). Los soldados de Boves son los bandoleros de los Llanos y gran parte de masas populares rurales, excluidas y despreciadas (negros, mulatos, zambos, pardos, mestizos, indígenas, etc).

En gran parte de Nuestra América se producen fenómenos similares de masas populares rurales inorgánicas que, principalmente a caballo, desarrollan rebeliones contra las elites blancas ilustradas urbanas. En ese sentido los llaneros de Venezuela poseen numerosas características muy similares a las montoneras gauchas del Río de la Plata. Esas masas populares rurales articuladas en partidas y montoneras serán disputadas por las fuerzas políticas en pugna. En Venezuela, durante dos años, constituirán la base de maniobra de las fuerzas realistas bajo el liderazgo carismático de Boves. Más tarde serán ganadas por Simón Bolívar para la causa independentista y se convertirán en el núcleo de su ejército libertador con el que derrotará a las tropas colonialistas. En el Río de la Plata serán acaudilladas por Artigas con un programa radical de reparto de la tierra. También conformarán los ejércitos libertadores de San Martín, Martín Miguel de Güemes, Juana Azurduy, Manuel Ascencio Padilla y otros independentistas. Pocos años después, se convertirán en la fuerza principal de Facundo Quiroga [1788-1835] y otros caudillos populares. Como sujeto social estarán presentes en la vida política latinoamericana durante gran parte del siglo 19. Cuando los independentistas logran ganar su apoyo — como finalmente lo consiguió Bolívar— la causa de la revolución latinoamericana se vuelve imparable.

José Tomás Boves

José Tomás Boves [1782-1814], de origen español, comenzó trabajando en un comercio ambulante por los llanos de Guarico (Venezuela). Sufrió años de cárcel por sus actividades de contrabando y humillaciones por parte de la aristocracia criolla mantuana. Gran parte de su odio y resentimiento —luego transformado en terror— proviene de esas primeras experiencias. Dentro de las fuerzas militares españolas logra

rápido ascendiente. El liderazgo de Boves era fiel a su fuerza social indisciplinada y caótica, también él era indisciplinado con sus jefes españoles. Mientras Pablo Morillo comandaba un ejército colonialista regular, Boves (ayudado por Morales) lideraba masas rurales insubordinadas, analfabetas y sin formación militar clásica.

A pesar de eso, Boves golpeó más fuerte a los patriotas que otros jefes españoles. Cuando en su guerra a los blancos criollos Boves declaró libres a los esclavos y a los desposeídos, muchos dueños de haciendas fueron muertos por sus esclavos o por bandas de saqueadores. Entonces mulatos, mestizos y negros —siempre humillados y maltratados—, capaces de hacer lo que quisieran o de tener por vez primera en su vida cosas tan elementales como una camisa o un par de pantalones obtenidos de los saqueos, se unieron sin dudar a Boves (a pesar de que éste era rubio y de ojos celestes). En cada saqueo de haciendas de criollos blancos Boves no se quedaba con nada para él y luchaba a la par de sus soldados, lo que le proporcionaba gran respeto popular.

Boves, la guerra de clases y la reflexión de Bolívar

Con esas masas sumergidas y repentinamente liberadas Boves formó la *Legión Infernal* (sin uniforme ni disciplina militar tradicional) con la que combatió y aplicó el terror contra sus enemigos, ejerciendo la crueldad contra adultos, viejos, niños o mujeres, sin hacer distinción alguna. De este modo logra generar la desmoralización de los patriotas venezolanos. Boves desobedece a Cajigal, su jefe español, y marcha hacia Caracas propinando golpes terribles a los criollos republicanos (que huyen hacia oriente). Boves muere en Urica, lanceado en su caballo por Pedro Zaraza. Él, que violó iglesias y sacramentos, fue bendecido por la alta jerarquía eclesiástica venezolana que le rindió tributo y realizó pomposas honras fúnebres agradeciéndole su lucha contra la independencia.

Contradictorio y extremadamente polémico, hoy en día Boves sigue siendo discutido por la historiografía y el pensamiento político bolivariano. El presidente de Venezuela Hugo Chávez, por ejemplo, basándose en el libro *La Rebelión Popular de 1814* de Juan Uslar Pietri, reflexionó sobre Boves afirmando: “¿Cómo se entiende el año 1814 sin la rebelión popular de los negros, de los pardos, de los peones de la sabana que se fueron detrás de José Tomás Boves como esperanza de redención social? 1814 fue un año de guerra de clases” (Hugo Chávez Frías: Discurso público. Caracas, Teatro Teresa Carreño, 8/1/2007). Reafirmando esta evaluación años después agregó: “En marzo de 1814 se definió el rumbo de la independencia. Bolívar se dio cuenta. Los ricos no querían liberar a los esclavos. Entonces los negros, los pardos, los pobres y los más pobres se fueron detrás de quien les ofreció la libertad y ese era José Tomás Boves, quien no era realista... Era líder de los pobres, de los negros y de los esclavos liberados. Boves le aniquiló el ejército, Bolívar se salvó con 10 más. Fue a Caracas y también fue derrotado. Se exilia en el oriente y Boves lo persigue. Era incansable Boves. Era la furia de los pobres contra los ricos e incluso contra los blancos. ¡Eso fue una guerra de clases! Eso lo entendió Bolívar, llorando. Reflexionó y logró incorporar al ejército libertador a las masas de pobres, de pardos, de esclavos, con quienes derrotó al imperio español en toda América” (Hugo Chávez Frías: Discurso público en aniversario de la Batalla de la Victoria. Aragua, 12/2/2012).

Una revolución continental

“Nuestra patria es América” contra el regionalismo

Derrotado por las masas desbocadas e indisciplinadas que siguen a Boves y por el resto de las tropas realistas de Cajigal, Bolívar se exilia en el oriente y a fines de 1814 regresa a Nueva Granada, cuyo congreso le renueva el apoyo nombrándolo capitán general de las provincias granadinas. Sin ambigüedades, Bolívar señaló: “*Para nosotros la patria es América; nuestros enemigos los españoles; nuestra enseña la independencia y la libertad*” (Simón Bolívar: Proclama a la División del General Urdaneta, 12/11/1814).

Intentando explicar las causas de aquella nueva derrota republicana a manos de Boves, Bolívar insiste una y otra vez con la crítica de “*la superstición más fanática*” y del “*hábito de una secular servidumbre*”, ambos ajenos a toda “*razón ilustrada*”, “*virtud política*” y “*moral*” (Simón Bolívar: Proclama a los ciudadanos de Santa Fe, 23/1/1815). Un primer balance, todavía superficial (ya que no termina de explicar porqué la masa popular se puso del lado de Boves), que será revisado y enriquecido por el Libertador poco tiempo después.

A partir de entonces intenta resolver la contienda civil que divide a los granadinos. Bolívar sale de Bogotá el 29/1/1815 rumbo a Cartagena. Allí el coronel Castillo no admite ser subalterno de “un extranjero” como Bolívar. El regionalismo provinciano (granadino) de Castillo en Cartagena resulta muy similar al de Mariño (en el oriente venezolano). Así como hizo con Mariño, Bolívar también le escribe a Castillo sugiriéndole la imperiosa necesidad de tomar Santa Marta y advirtiéndole que estaban por llegar a Nueva Granada cerca de 20.000 realistas, cuyo objeto es restaurar la dominación española en la república. Bolívar llegó hasta el extremo de ofrecerle a Castillo la dimisión de su mando, a cambio de que éste le permitiera combatir dentro de sus filas. Castillo no contestó a este generoso ofrecimiento. Sin poder resolver la crisis política en Nueva Granada (fragmentada por el caudillismo regional, presa de la miopía política y el interés económico mezquino de los grandes terratenientes), Bolívar renuncia a su mando para impedir una nueva guerra civil y marcha a Jamaica, exiliado nuevamente.

El feroz Morillo

Una vez que culminó la guerra entre España y Francia, la Corona pudo enviar fuerzas de represión contra los alzados independentistas de las colonias en América. Mientras Bolívar se exilia en Jamaica, avanza el general Pablo Morillo, “El pacificador” colonialista al mando de 15.000 españoles provenientes de la península y entrenados en el combate contra las tropas napoleónicas a los que se suman los españoles de América Latina. En 1815, Morillo pone en sitio a Cartagena durante 3 meses y medio y finalmente se apodera de ella. La oligarquía bogotana recibe a Morillo con homenajes. Castillo, enemigo de Bolívar, terminó en la deshonra. Durante el sitio de Morillo, intentó huir, el pueblo lo descubrió y lo obligó a quedarse. Cuando se escondió, fue descubierto por tropas realistas en un convento y fusilado de todos modos. En ese momento Venezuela, Nueva Granada y gran parte de la América meridional quedaron en manos del imperio colonial español (aunque sobrevivían pequeñas partidas guerrilleras).

Europa y América en 1815

Como bien señala Gonzalo Abella en *Bolívar: Independencia y lucha social en Nuestra América*, en 1815 Europa vivía tiempos intensos. Derrotado Napoleón, las monarquías europeas restauradas proclamaron en Viena que “*el tiempo de las revoluciones había pasado para siempre*”. Esta reunión de monarcas bautizada como “la Santa Alianza” no supo ver, o no quiso ver, que eran tiempos de liberación, es decir, que eran tiempos de Bolívar. Tampoco comprendió que entre los humildes y rebeldes de nuestra América, cada Zumbí, cada Sepé Tiarajú, cada Tupac Amaru, cada Micaela Bastidas, cada Tupac Katari que era asesinado engendraba un Artigas, un Manuel Rodríguez y un Morelos; y que cada Morelos fusilado engendraba un Francisco Solano López o un Felipe Varela. Las primeras guerras y revoluciones de independencia latinoamericana no fueron un tranquilo paseo dominical. Como sucede en las revoluciones de verdad (no en los esquemas de pizarrón) hubo avances y retrocesos. En ese año de 1815 las luchas por la independencia se debilitaban en la mayor parte de América Latina. La revolución había sido sometida en México, y sus líderes asesinados. Bolívar, derrotado en Caracas, tuvo que exiliarse en la colonia británica de Jamaica, Miranda fue trasladado prisionero a Cádiz, donde muere en 1816. Las tropas del virrey del Perú ocupan Chile e invaden el norte argentino. Vencidos por los realistas, O’Higgins y otros emigrados chilenos se refugian en Mendoza, provincia argentina. Sólo en una parte de las Provincias Unidas del Río de la Plata la revolución de independencia de Nuestra América se mantenía en pie.

La Carta de Jamaica

Después que el coronel Castillo y el gobierno establecido por éste en Cartagena le niegan apoyo y lo enfrentan, Bolívar se embarca para Jamaica donde es mal recibido y vive miserablemente (no tiene dinero ni para pagar el alquiler). Allí escribe su célebre “Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla” [Kingston, 6/9/1815, que se presume dirigida a Henry Cullen] mientras escapa de un intento de asesinato. En ese escrito, conocido como *La Carta de Jamaica*, condensa su mirada estratégica, ya en plena madurez política e ideológica, adquiriendo conciencia de que América Latina se debe liberar a sí misma. Bolívar se interroga por nuestra identidad preguntando “¿*Quiénes somos?*” y responde “*somos un pequeño género humano*”. Desafiante contra la dominación española afirma que “*El pueblo que ama su independencia por fin la logra*”. Pero para alcanzarla se torna necesario realizar un diagnóstico estratégico y de coyuntura, complementado con un plan futuro. *La Carta de Jamaica* aporta precisamente ese diagnóstico histórico sin dejar de matizar y reconocer una mirada crítica sobre la falta de conciencia popular americana y una lúcida comparación con el resto del mundo. Luego de analizar la situación coyuntural de América al momento de la independencia, cuando Napoleón invade España, Bolívar analiza el papel de las juntas populares patriotas (en Venezuela, Nueva Granada, Buenos Aires, Chile y México).

Desde la *Carta de Jamaica* se exterioriza ya el anhelo de la Confederación de Nuestra América atendiendo a los vínculos de origen, lengua, costumbre, religión, etc. Se plantea hacer de Panamá el Corinto de las naciones unificadas, para que allí se reunieran sus representantes a tratar de discutir sus “*altos intereses de la paz y de la guerra*”.

En la *Carta* Bolívar analiza la guerra social venezolana (desarrollada entre 1812 y 1814) y el papel “*insaciable de sangre y crímenes*” de los jefes españoles de tropas y las revueltas que los acompañaron y les permitieron vencer a los patriotas. Pensando en todo el continente y su combate contra el colonialismo, rememora la lucha heroica de “*los indómitos y libres araucanos*”. También recuerda a Moctesuma y a Atahualpa, así

como la feroz represión que todos ellos sufrieron. Con esos crímenes coloniales (degollamientos, violaciones, desmembramientos, suplicios y torturas, etc.) aún frescos en la pupila, Bolívar promete “*vengar a los antepasados o seguirlos al sepulcro*” y propone contra los españoles “*ahogar esa raza de exterminadores en su sangre o en el mar*”.

Mucho antes de que se pusiera de moda el término “globalización” y cuando Marx, Lenin o el Che Guevara —propulsores del internacionalismo contemporáneo— aún no habían nacido, Simón Bolívar piensa en una lucha emancipatoria de alcance y aliento internacional. Mirando el mundo en su conjunto, el libertador se opone a toda dominación colonial y a las maniobras de las grandes potencias europeas y norteamericana. Contra ellas promueve lo que denomina “*el equilibrio del mundo*”, una perspectiva multipolar de la geopolítica internacional. En la *Carta de Jamaica* Bolívar condensa su mirada estratégica antiimperialista sobre la Patria Grande entendida como “*una sola gran nación*” y “*la más grande nación del mundo*”, en la cual pueda haber “*un solo gobierno que confederase los diferentes estados*”.

En ese marco global, entiende que Nuestra América debe constituir sin más trámites ni demoras una gran nación y un solo país que hermane pueblos y culturas diversas desde México hasta la Patagonia. La finalidad de esta estrategia apunta a impedir el sometimiento de América Latina a las grandes potencias (España, Portugal, Francia, Inglaterra, Estados Unidos) que se reparten el mundo.

En el terreno específicamente político, la *Carta* de Bolívar ensaya un bosquejo de historia de América Latina, diferenciando las monarquías europeas (por ejemplo las españolas de Carlos Cuarto o Fernando Séptimo y la de Inglaterra) e incluso las “*administraciones absolutas*” de Asia (Turquía, China, Persia) de los regímenes indígenas aztecas, mayas e incas y todas las otras dignidades indoamericanas que sucumbieron de manera sangrienta y sanguinaria bajo el yugo colonial del poder español. A todos los pueblos indígenas, Bolívar los caracteriza como “*los legítimos propietarios del país*”, prácticamente la misma expresión que utilizará en 1816 José de San Martín en su entrevista con los caciques pehuenches antes de cruzar la Cordillera de los Andes. Frente a tanta masacre colonial, con tono profético y apocalíptico, Simón Bolívar escribe: “*más grande es el odio que nos ha inspirado la Península [España], que el mar que nos separa de ella*”.

En el plano de las formas de gobierno discute los esquemas que plantean una monarquía universal o una república pura y única para todo el continente sin tomar en cuenta las condiciones específicas. Según su *Carta* no hay fórmulas válidas universales, al margen del tiempo y el espacio. Aun dando cuenta de esas singularidades históricas, señala sin ambigüedades: “*pienso que los americanos ansiosos de paz, ciencias, artes, comercio y agricultura, preferirían las repúblicas a los reinos*”. Optando por la república, Bolívar promueve “*un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios*” que discuta la paz y la guerra con las naciones de las otras partes del mundo. Identifica en el istmo de Panamá el sitio estratégico para materializar esa ambiciosa idea. Un proyecto que adquirirá contornos mucho más precisos cuando Bolívar impulse, años después, el congreso de Panamá.

La gran conclusión de la *Carta de Jamaica* es la misma que la del *Manifiesto de Cartagena*: “*¿No es la unión todo lo que se necesita para ponerlos [a los americanos meridionales] en estado de expulsar a los españoles?*” [...] “*Seguramente es la unión la que nos falta para completar la obra de nuestra regeneración*”.

El pensamiento económico de Bolívar

Según la obra *De Bolívar al Che* del historiador Luis Vitale, la *Carta de Jamaica* constituye uno de los primeros análisis económico-sociales y políticos de Bolívar. El libertador conoció el “cuadro económico” del economista Quesnay que pone de relieve la renta territorial, como también el pensamiento de Turgot, que abogaba por la supresión de todas las relaciones serviles de producción y la implantación de la libre competencia. Para Turgot, la propiedad no era de orden natural, sino el resultado de un proceso histórico-social, concepción que Bolívar trató de aplicar en nuestra América, como base teórica para su planteamiento sobre el carácter social de la propiedad. Del mismo modo, Bolívar tomó de los fisiócratas la idea del impuesto sobre la propiedad territorial, imponiéndosela a los latifundistas de la Gran Colombia. Similar influencia recibió de Adam Smith, en especial su concepción del trabajo como generador de riqueza y sobre la división del trabajo como base de la productividad.

En la *Carta de Jamaica* define las características esenciales de la dominación colonial, la presencia de relaciones serviles de producción junto con las capitalistas, el monopolio comercial, las trabas para desarrollar la industria y los obstáculos para desplegar un comercio entre las colonias. En otras palabras la *Carta de Jamaica* describe los rasgos centrales de las economías primarias de exportación, primero coloniales, luego neocoloniales y dependientes.

La solidaridad de Haití

Después de Jamaica, Bolívar se dirige a Haití (ya emancipado desde 1804) a pedir ayuda y a entrevistarse con su presidente Alexandre Pétion. El 1/1/1816 llega a Puerto Príncipe. El ejemplo de Haití horrorizaba a todos los colonialistas europeos pero también a los recientemente independizados Estados Unidos, donde trabajaban sometidos por la esclavitud más de 1.500.000 esclavos negros. Pétion le brindó a Bolívar, sin condiciones y de modo totalmente generoso, ayuda militar, armas, buques y combatientes. El Libertador lo reconoció sin ambigüedades, llegando a afirmar explícitamente “*Pétion es el autor de nuestra libertad*”. Al rendirle homenaje el Libertador dice: “*Perdida Venezuela y la Nueva Granada, la isla de Haití me recibió con hospitalidad: el magnánimo presidente Pétion me prestó su protección y bajo sus auspicios formé una expedición de 300 hombres comparables en valor, patriotismo y virtud a los compañeros de Leonidas...*” (Simón Bolívar: Proclama a los pueblos de Venezuela, 22/10/1818).

En los Cayos se conforma un heterogéneo frente republicano reunido en asamblea de donde sale elegido —luego de acaloradas discusiones— Bolívar como jefe de la expedición haitiana. En esos debates Pétion apoya a Bolívar, quien a su vez utiliza la inteligencia contra Morillo (haciendo correr versiones que aumentaban el número real de hombres y buques con que contaba la expedición).

Constituye un mito (innegablemente eurocéntrico) que sin la ayuda inglesa los patriotas de Bolívar finalmente no hubieran triunfado. Haití le ofreció y facilitó a Bolívar y a la causa de la emancipación americana, en proporción, mucho más que la “liberal” Inglaterra. No sólo porque la república negra brindó en varias oportunidades cálido hospedaje a los venezolanos Francisco de Miranda y Simón Bolívar así como también al independentista argentino Manuel Dorrego, entre muchos otros. Además, la solidaridad haitiana fue mucho más significativa y sobresale por sobre la intervención británica si se toma en cuenta la tremenda disparidad de posibilidades y recursos entre una vieja y poderosa potencia monárquica y colonial europea y un joven y pequeño país caribeño, extremadamente pobre, recién emancipado de la esclavitud. Esa ayuda haitiana también incidió en el terreno ideológico, contribuyendo a radicalizar el pensamiento político de

Bolívar y permitiéndole profundizar la lucha de independencia nacional con todo un arco de demandas sociales entre las cuales la abolición de la esclavitud resultó ser la clave principal. Luego, esa nación que tanto había ayudado a Bolívar no fue aceptada por los políticos de la Gran Colombia para ser invitada al Congreso de Panamá pues preferían no enemistarse con Francia. Francisco de Paula Santander, vicepresidente de Colombia, llegó a decir sobre Haití que “*siendo una república de color, traería perjuicios a la causa americana ante opinión de las potencias europeas*”.

La rebeldía margariteña

La flotilla insurgente no fue directamente a Venezuela. Rodeó las costas del sur de Santo Domingo y Puerto Rico, buscando víveres y reclutas. Recorriendo las pequeñas Antillas recogieron revolucionarios fugitivos. De allí siguió el pequeño “ejército” patriota con destino a la isla Margarita, donde un fuerte contingente de españoles dejados por Morillo estaba esperándolo. Bolívar iba al frente con 250 combatientes, conducidos en siete pequeños barcos con algunas armas y municiones. Venezuela estaba ocupada por más de 5.000 soldados españoles, respaldados a su vez por cerca de otros 8.000 que tenía Morillo en la Nueva Granada. Margarita había sido puente de la flota de Morillo pero su pueblo se sublevó con la decisión de «no rendirse jamás». Los margariteños golpearon duramente a los españoles —tanto a Morillo como al brigadier Canterac— con su impulso guerrillero. Su líder era Juan Bautista Arismendi [1775-1841].

Los habitantes de Margarita, muchos de ellos pescadores de perlas, siguieron a Bolívar hasta la aldea Villa del Norte. Allí, el pueblo y los oficiales aclamaron al Libertador como su comandante en jefe, a Mariño como su lugarteniente y a Arismendi como general de la isla, acompañado de su valerosa compañera Luisa Cáceres. En aquella frágil aldea Bolívar declaró el nacimiento de la Tercera República. Entusiasmado, advirtió desafiante a los realistas: “*Espanoles que habitáis a Venezuela, la guerra a muerte cesará si vosotros la cesáis: si no, tomaremos una justa represalia y seréis exterminados*”. Llegando a tierra firme, Bolívar se ve obligado nuevamente a lidiar con el caudillismo regionalista que fragmenta y dispersa las fuerzas revolucionarias. Mientras tanto, luego de mantenerse firmes durante algunos meses, los margariteños reciben una nueva ofensiva colonialista donde Morillo se une a Canterac reuniendo en total 3.000 soldados (para aplastar a 400 margariteños). Después de arduos combates y una heroica resistencia de los patriotas en una lucha más que desigual, Morillo triunfa y comienza a degollar a los margariteños (él asesina a 18 con sus propias manos), siempre en nombre de “la civilización europea”.

El pueblo en armas

La liberación de los esclavos

¿En qué momento Bolívar supera sus limitaciones iniciales y visualiza que sin liberar a los esclavos e incorporar al mundo popular a las guerras de independencia la causa republicana no tendrá futuro ni podrá vencer? Este es un punto clave para comprender a fondo el pensamiento político de Bolívar y la inflexión de todo el proceso independentista. Según recuerda el libro *El ser guerrero del libertador* del general colombiano (del ejército burgués) Álvaro Valencia Tovar “*la falta de pueblo, de banderas populares, siempre signó las derrotas de las primeras repúblicas. Por eso en más de una ocasión, como peregrino desastrado, casi sin rumbo, navega Bolívar por las procelosas aguas del Caribe mar. Pero allí encontró a Pétion, de quien siempre recibió apoyo, aunque regresara derrotado en sus empeños, y fue quien le entregó la clave de la libertad, al colocar en sus manos la bandera social que reclamaba a gritos la revolución; la derrota de la esclavitud, que el Gran Héroe consolidó con la entrega de tierra a los soldados y posteriormente con su extraordinaria legislación a favor de los de abajo*”. En 1816, en una carta a Santander, Bolívar ya ve claro cuando le dice: “*me parece una locura que en una revolución de libertad se pretenda mantener la esclavitud*” (Simón Bolívar: Carta a Santander, 10/5/1816). Tan sólo 22 días después de esta carta decreta la abolición de la esclavitud. ¡Medio siglo antes que el celebrado Abraham Lincoln!

A su regreso de su viaje a Haití, más precisamente el 2/6/1816, Bolívar declara la libertad de los esclavos. La inmensa mayoría de la historiografía bolivariana acuerda en que el motivo principal fue la innegable influencia ideológica de Alexander Pétion (a quien además Bolívar prometió la liberación) y el impacto que tuvo en su conciencia política la república democrática de Haití. En su obra *Bolívar y la guerra social*, Juan Bosch sostiene, en cambio, que la razón prioritaria fue el temor de Bolívar a un recrudecimiento de la guerra social que había devastado a Venezuela entre 1812 y 1814. Quizás hayan pesado ambos motivos, aunque seguramente la revolución de Haití haya sido el más importante, ya que también lo encontramos presente, una década después, en el modelo de constitución y régimen político imaginado por Bolívar para Bolivia. Era muy difícil pregonar y militar en la causa de la revolución latinoamericana y no sentirse impactado por la radicalidad de Haití. Quizás por ello, en 1820 Bolívar le escribe a Santander: “*Lo de los esclavos, si andan alborotando al avispero, resultará lo que en Haití: la avaricia de los colonos hizo la revolución [...] El impulso de esta revolución está dado, ya nadie lo puede contener y lo más que se podrá conseguir es darle buena dirección [...] Debemos triunfar por el camino de la revolución, y no por otro*” (Simón Bolívar: Carta a Santander. El Rosario de Cúcuta, 30/5/1820).

La doctrina revolucionaria del pueblo en armas

Al comprender en 1816 que jamás triunfaría la causa latinoamericana y nunca se alcanzaría la independencia anticolonial si no se liberaban los esclavos y no se integraba como fuerza principal de los ejércitos libertadores a las masas populares (negros, mulatos, zambos, pardos, indígenas, llaneros del mundo rural, pobrío de las ciudades, etc.) Bolívar comienza a sentar las bases de una nueva doctrina político-militar. Es la misma que teorizó y aplicó en 1810 Mariano Moreno con su *Plan de operaciones* y las campañas de los ejércitos auxiliares y, un poco más tarde, implementó José de San Martín. Se trata de la doctrina revolucionaria del *pueblo en armas*, clave de nuestras

guerras de independencia. Conviene no confundirla con la doctrina burguesa de “*la Nación en armas*”. Ambas beben sus fuentes históricas de la construcción del ejército nacional surgido de la revolución francesa de 1789, de las guerras napoleónicas y de las reflexiones de Karl von Clausewitz en su obra *De la guerra*. Pero la doctrina de “*la Nación en armas*” se limita a concebir la guerra como un **conflicto entre estados-naciones, sin especificar el sujeto** principal de las fuerzas sociales contendientes **ni la garantía de la soberanía popular**. Surgida luego de la primera guerra mundial (1914-1918), la doctrina de “*la Nación en armas*” no permitiría diferenciar las guerras justas (guerras de liberación) de las injustas (guerras de conquista) ni tampoco un régimen político siniestro como el nazismo de cualquier otro. Según el mayor argentino (del ejército burgués) Federico A. Gentiluomo en su obra *San Martín y la provincia de Cuyo. Precursores de la Nación en armas*, esta doctrina daría cuenta de que “*ya no sólo eran las fuerzas armadas las que hacían la guerra, sino las naciones enteras, con todas sus fuerzas y todos sus medios*”. Semejante concepción político militar no permite comprender las fuerzas sociales en lucha ni destacar al sujeto popular, tan sólo atiende de forma indiferenciada a lo que denomina el “frente interior”, que agrega al ejército de combate tradicional como parte de la “guerra integral”. No era esa la concepción doctrinaria de Simón Bolívar (tampoco de San Martín ni de Mariano Moreno).

La doctrina del *pueblo en armas* se nutre de esas experiencias históricas (revolución francesa y guerras napoleónicas, resistencia guerrillera contra las tropas francesas y la obra de Clausewitz *De la guerra*) pero destaca en primer término el **carácter popular** de la lucha y de **los sujetos** que llevan a cabo el conflicto bélico a partir de la **soberanía popular**. Es por eso que para Simón Bolívar, a partir de 1814 pero sobre todo de 1816 (al igual que para sus compañeros de más al sur Mariano Moreno y San Martín), el sujeto principal de los ejércitos libertadores debían ser las masas populares, los negros, mulatos, zambos, indígenas, llaneros y gauchos. Como bien señala Menry Fernández (teniente coronel de las Fuerzas Armadas bolivarianas y director de la Escuela de Guerra de Venezuela), en su investigación *Bases históricas, políticas y filosóficas de la guerra popular de resistencia*, luego de 1814, “*Bolívar se convierte en un acérrimo defensor o partidario de «el pueblo en armas», incluyendo a las masas dejadas por Boves*”. En el mismo registro nos recuerda José Rafael Núñez Tenorio en su obra *Bolívar y la guerra revolucionaria* que “*el papel determinante de la victoria definitiva contra el opresor colonialista lo desempeñan en fin de cuentas las masas populares venezolanas*”. En *El ejército y la democracia* Juvenal Herrera Torres sostiene que Bolívar logró integrar guerrilleros, milicianos, negros cimarrones y desertores del viejo aparato militar colonial junto al ejército de la independencia. Entonces la doctrina del *pueblo en armas* permite combinar el empleo de fuerzas regulares e irregulares, los ejércitos libertadores (de Bolívar, Sucre y San Martín) con las guerrillas insurgentes (de Páez, Arismendi, Arenales, Juana Azurduy y Güemes).

El regionalismo venezolano

Como jefe supremo de la expedición proveniente de Haití y de todas las fracciones insurgentes Bolívar había pasado de la isla Margarita a Ocumare y a Carúpano, pero allí se choca nuevamente con la dispersión y la falta de miras políticas de los caudillos regionales. Bermúdez, Mariño y Piar —carentes de una mirada estratégica de conjunto sobre la lucha anticolonial en el continente— encabezan un motín en la Guaira que depone a Bolívar, quien se ve obligado a regresar a Haití, donde recibe llamados de patriotas para que vuelva a dirigirlos. Más tarde, un consejo de guerra de Piar lo reclama. Bolívar sale nuevamente de Haití el 21/12/1816.

Encabezando una segunda expedición desde Haití, el 31/12/1816 llega a Barcelona para organizar la revolución. Su gran desafío es unificar las tendencias, fracciones y diversas partidas republicanas. Recién al terminar febrero de 1817 Mariño reconoce a Bolívar como líder principal de todas las tendencias patriotas. Una vez más todo vuelve a comenzar. Bolívar, incansable, sigue con su mismo proyecto.

La estrategia de Simón Bolívar

Si bien en un primer momento de su balance Bolívar intenta explicar sus derrotas (y las de la causa republicana de los criollos) por “la ignorancia”, “la superstición” y el “fanatismo” del pueblo, en segunda instancia comienza a sugerir hipótesis más profundas que penetran más allá de aquellas apariencias. Por eso escribe: “*habiendo aprendido con las caídas, dónde están los abismos; y con los naufragios, dónde están los escollos. Nuestra empresa, ha sido a tientas, porque éramos ciegos; los golpes nos han abierto los ojos*” (Simón Bolívar: Proclama a los ciudadanos de Santa Fe, 23/1/1815). Como también le ocurrió a San Martín, Bolívar se da cuenta —de manera más nítida y contundente a partir de 1816— que sin otorgarle un lugar central al sujeto popular de la revolución de independencia, liberando a los esclavos y emancipando a los pueblos originarios, sería imposible no sólo implementar en la práctica la estrategia del *pueblo en armas* sino también vencer al poderoso imperio colonial europeo. Bolívar aprende de la guerra y de los estragos que le hace Boves y cambia su estrategia ampliando la base social, reemplazando los ejércitos criollos blancos con jefes mantuanos por *el pueblo en armas*. A partir de esta inflexión en su pensamiento político se profundiza la radicalidad con la que recupera como propias las consignas de la revolución francesa, pero resignificadas desde la periferia colonial del Tercer Mundo: “*libres, iguales...e independientes*”.

Al liberar a los esclavos, emancipar a los indígenas y otorgar un lugar central como sujeto a las grandes mayorías populares anteriormente marginadas y excluidas por la elite criolla mantuana (y por la primera república de Miranda), Bolívar puede comenzar a sistematizar una estrategia de alcance continental que le permita concretar su “delirio de Casacoima” y el sueño de la Patria Grande. El núcleo principal de esa estrategia es la combinación de todas las formas de lucha, donde las fuerzas regulares urbanas (las únicas que tomaba en cuenta Miranda) se articulan con las irregulares (mayormente rurales, de los llaneros) en una operación de pinzas contra el enemigo colonialista. Los ejércitos regulares y la guerra de guerrillas se vuelven de ahí en más el corazón con que palpita (y finalmente triunfa) la guerra de independencia continental. Sus armas libertadoras son el trabuco, la lanza y el cañón de mecha, predominantes en aquella época.

Poco antes del *Manifiesto de Cartagena* Bolívar había explicitado su concepción sobre la guerra justa y legítima: “*La guerra, sólo la guerra puede liberarnos de los tiranos odiosos y desleales*”. Mientras los viejos caudillos locales, los militares criollos de academia y los líderes republicanos leguleyos se basaban en tácticas defensivas y carecían de una visión continental, Bolívar va modificando su mirada tratando de elaborar esa nueva estrategia acorde a las necesidades de la guerra en gran escala. A medida que va evolucionando en su pensamiento político, se da cuenta que la confrontación en el continente no será corta sino más bien popular y prolongada. Por eso escribe: “*Esta lucha no puede ser parcial de ningún modo, por que se cruzan en ella intereses inmensos esparcidos en todo el mundo [...] Luego podemos concluir con mi proposición de prepararnos para una lucha muy prolongada, muy ardua, muy importante [...] El remedio paliativo a todo esto es el Gran Congreso de*

Plenipotenciarios en el Istmo bajo un plan vigoroso, y extenso, con un ejército a sus órdenes de cien mil hombres a lo menos, mantenido por la confederación independiente de las partes constitutivas” (Simón Bolívar: Carta a Santander. Lima, 11/3/1825).

No obstante haber dedicado gran parte de su vida adulta al conflicto bélico (de sus 47 años de vida, pasó más de 15 en guerra), Bolívar no es un militarista o un cultor ciego y fanático de la violencia en sí misma. En total sintonía con el pensamiento del autor del libro *De la guerra* Karl von Clausewitz [1780-1831], en su *Manifiesto de Cartagena* el Libertador aclara que en las guerras y confrontaciones armadas “*no es siempre la mayoría de la masa física la que decide, sino que es la superioridad de la fuerza moral la que inclina hacia sí la balanza política*”. Es la política quien define, decide y dirige la guerra y no al revés. Y dentro del proyecto político la fuerza moral constituye el elemento decisivo en última instancia. Tomando en cuenta esa preponderancia de la fuerza moral y de la necesidad de desmoralizar al enemigo, Bolívar emprende junto con sus campañas militares todo un arco de operaciones de inteligencia contra las fuerzas colonialistas. Nada distinto a lo sugerido por Mariano Moreno en su estratégico *Plan revolucionario de operaciones* en el Río de la Plata y a lo implementado por San Martín en Chile y Perú.

Sus distintas concepciones estratégicas (a) de *pueblo en armas* (terminada de comprender en 1816 a partir de sus amargas derrotas y su experiencia en Haití), (b) de la combinación de la guerra regular e irregular así como también del (c) predominio político de la fuerza moral sobre la técnica militar, estaban en función de un proyecto emancipador global: la Patria Grande entendida como un patriotismo internacionalista que abarca a toda Nuestra América. Simón Bolívar fue uno de los más radicales y visionarios de todos los líderes independentistas pues supo comprender que la mera independencia no alcanzaba sin integración socio económica y sin la unidad política continental, único remedio para enfrentar a las potencias europeas y norteamericana.

Bolívar va manejando las alianzas internacionales de acuerdo a la coyuntura del momento, tratando de aislar a España y siguiendo minuto a minuto las vicisitudes de las invasiones napoleónicas, las sublevaciones de militares españoles liberales contra el absolutismo de los reyes Borbones, los cambios de la política exterior británica, etc. Lo cierto es que cualquiera de sus numerosas alianzas siempre estaba dirigida a fortalecer la política independentista grancolombiana y latinoamericana. En diversos momentos, mientras ubica al absolutismo español como el enemigo inmediato principal, al mismo tiempo se queja amargamente de la perversa política de Estados Unidos (disfrazada de “indiferencia” y “neutralidad”) y del frío cálculo comercial inglés que sólo ofrece “ayuda” a los rebeldes patriotas a cambio de contratos leoninos y empréstitos voraces. La única manera de enfrentar a todas esas potencias era, según la estrategia bolivariana, independizando Nuestra América e integrándola como una potencia unificada, desde el río Bravo hasta la Patagonia.

El pensamiento filosófico de Simón Bolívar

La concepción política y estratégica de Bolívar se asienta en una concepción filosófica general, heredada de su maestro Simón Rodríguez, pero también cincelada en las luchas independentistas. Bolívar comparte con su maestro Simón Rodríguez y con Jean-Jacques Rousseau [1712-1778], demócrata revolucionario y máximo paradigma de las corrientes radicales de la revolución francesa, la teoría filosófica y política de los derechos naturales (iusnaturalismo). Ésta postula que todas las personas nacen libres e iguales por naturaleza (la esclavitud de la gente negra y la sumisión de los indígenas y pueblos originarios son entonces artificiales, no naturales). Esta filosofía sostiene

además que a través de un contrato social los ciudadanos establecen una república política que se basa en la soberanía popular y la voluntad general. El soberano es el pueblo y los gobiernos deben servirle y obedecerle. Si el gobierno y sus representantes, por más poderosos que sean, no cumplen sus promesas y compromisos, el pueblo tiene derecho a rebelarse contra sus autoridades de todas las formas posibles, incluida la insurrección y la revolución.

Pero Bolívar no adhiere en abstracto a esta teoría filosófica democrática —la más radical de su época, antecedente del marxismo revolucionario que surgirá algunas décadas después— sino que la combina con las necesidades políticas prácticas y concretas de Nuestra América, atendiendo también a los problemas cotidianos y las dificultades de su implementación en países con grandes divisiones y exclusiones sociales, miseria popular, fragmentación y desorganización regionales, inestabilidad política permanente, subdesarrollo económico, racismo, analfabetismo, manipulación y utilización de las creencias religiosas populares por parte de las jerarquías eclesiásticas al servicio de los poderosos, aplastamiento de las culturas populares, identidad nacional en reciente formación y dependencia con las grandes potencias coloniales (de ayer y de hoy).

La concepción antropológica y pedagógica de Bolívar

Su estrategia política y militar, sustentada en una concepción filosófica roussoniana, es acompañada por una visión pedagógica que guió gran parte de sus proyectos para las sociedades ya emancipadas del yugo español. Consultando a su maestro Simón Rodríguez, Bolívar declaró la educación como la primera necesidad de la república y decretó que esta debía ser gratuita, laica y generalizada (enfrentando las presiones de la iglesia oficial); y para ello no se cansó de fundar escuelas, colegios y universidades en toda la extensión del teatro de sus campañas liberadoras. Por ejemplo dispuso la creación de la Universidad de Trujillo (laica, gratuita y popular), así como la de Quito donde se enseñaría lengua quechua. En Cuzco inauguró una escuela para las mujeres y entregó todos los fondos de la orden monástica de los betlemitas a la educación pública y abrió un Colegio de Estudios de Ciencias y Artes, también en la antigua capital incaica. En Chuquisaca, el 11/12/1825, emitió una ley en la que establecía la educación de todos los niños huérfanos pobres a cargo del Estado.

La pedagogía democrática y laica de Bolívar estaba fuertemente impregnada por las concepciones antropológicas de la ilustración, en las que lo había educado su maestro don Simón. Por eso Bolívar planteó que *“La esclavitud es la hija de las tinieblas; un pueblo ignorante es un instrumento ciego de su propia destrucción”* (Simón Bolívar: Discurso de La Angostura, 15/2/1819). Partidario de la educación popular y crítico de la enseñanza formal principalmente confesional, Bolívar sentenció que *“en la escuela de los espíritus serviles se aprende la hipocresía y el disimulo”*. No es casual que en Bolivia el libertador haya abierto las puertas de la enseñanza pública y laica a su maestro, don Simón (nombrado director), para todo tipo de experimentaciones pedagógicas (en las cuales combinaba, ante el horror de la nobleza criolla, el estudio y la lectura con el trabajo manual y artesanal, habitualmente despreciado por la oligarquía como algo perteneciente a los esclavos y a la servidumbre). Algunas de esas experimentaciones generaron bastante alarma y alboroto pero sentaron las bases históricas de la nueva pedagogía crítica latinoamericana.

El proyecto libertario de Bolívar

Una de las grandes confusiones de la filosofía y la teoría política consiste en homologar liberalismo con democracia, cuando en la historia real de nuestro continente esas dos tradiciones políticas no sólo han sido distintas sino incluso enfrentadas. Estados Unidos, hoy paladín mundial del pensamiento liberal, legitimó y defendió la esclavitud — antítesis de la democracia— hasta la segunda mitad del siglo 19 (sin mencionar todas las dictaduras militares, los golpes de estado y la tortura que sigue ejerciendo hoy en día, en pleno siglo 21). Simón Bolívar en cambio, defendió la democracia y “*el santo dogma de la igualdad*” criticando a los liberales. De ellos llegó a decir que: “*Tales son nuestros liberales: crueles, sanguinarios, frenéticos, intolerantes y cubriendo sus crímenes con la palabra libertad que no temen profanar*”.

El proyecto libertario de Simón Bolívar resulta profundamente distinto del liberalismo (defendido en Colombia por Santander y en Argentina por Rivadavia, ambos enemigos de Bolívar). El libertador concibe la libertad a partir de la lucha. En términos concretos, pensando en los esclavos sometidos que fueron incorporados a la lucha libertadora, afirma “*¿Hay mejor medio de alcanzar la libertad que luchar por ella?*”. No reduce mecánicamente la libertad ni a los procedimientos formales de repúblicas elitistas, oligárquicas y antipopulares ni a la letra muerta de la ley escrita, como habitualmente han hecho en nuestro continente un ejército de abogados, juristas y leguleyos. De allí que escriba “*Tengo mil veces más fe en el pueblo que en sus diputados*”.

El “delirio de Casacoima” y la utopía de la revolución latinoamericana

En el fragor de las muchas batallas, idas y venidas, el 4/7/1817 Bolívar estuvo al límite de la muerte, rodeado por las fuerzas realistas dispuestas al aniquilamiento de los patriotas. Ese día, para escapar con vida de la persecución española, Bolívar y un grupo de oficiales se lanzaron a las aguas turbias de la laguna de Casacoima. Ya seguros de haber escapado de los colonialistas los sobrevivientes se reunieron en torno a un fuego que habían armado para calentarse, y fue entonces cuando Bolívar comenzó a “delirar” con su proyecto incandescente de la revolución latinoamericana.

Allí, en 1817, se escucha la voz del profeta armado anunciando, en medio de la zozobra y la incertidumbre: “*No sé qué tiene dispuesto para mí la providencia, pero ella me inspira una confianza sin límite. Salí de los Cayos, sólo, en medio de algunos oficiales sin más recursos que la esperanza, prometiéndome atravesar un país enemigo y conquistarlo. Se han realizado la mitad de mis planes; nos hemos sobrepuesto a todos los obstáculos hasta llegar a Guayana; dentro de pocos días rendiremos a Angostura y entonces iremos a liberar a la Nueva Granada, y arrojando a los enemigos de Venezuela, continuaremos a Colombia. Enarbolaremos después el pabellón tricolor sobre el Chimborazo, e iremos a completar nuestra obra de libertad a la América del Sur, llevando nuestros pendones victoriosos al Potosí*”. Y así ocurrió. Al escucharlo, los oficiales se preocuparon creyendo que estaba desvariando, incluso uno de ellos expresó: “*Y sin más vestido que una bata, soñando en el Perú!*”. Pero no era un “delirio”, aunque fuera expresado como un sueño de vigilia. La revolución latinoamericana —la de ayer, la de hoy, la de mañana— parece siempre un sueño eterno. Pero en realidad Bolívar estaba sintetizando un proyecto bien concreto que dos siglos después continúa encendiendo corazones.

El vínculo Bolívar-Piar

En ese mismo año, 1817, luego de algunas operaciones sobre Barcelona y Clarines, Bolívar dirige su ejército hacia el oriente para unirse al general Manuel Piar [1774-

1817], tomar la Guayana y Angostura, controlar el Orinoco y los llanos comunes a Venezuela y Nueva Granada. Llega a la Guayana el 2/4/1817. Bolívar trata de coordinar los grupos guerrilleros pero Piar se insubordina. Apela al liderazgo del “mulato Piar” contra el “mantuano de Caracas”, amenazando con reflatar la guerra étnico-social. Ya antes había secundado varias veces a Mariño contra Bolívar. Según el historiador Luis Vitale, Piar tuvo un gran acierto y un tremendo error. Su virtud consistió en liberar toda la zona oriental de Venezuela y la Guayana incorporando al ejército patriota muchos indígenas y población negra —núcleo del sujeto popular que protagonizó la guerra de emancipación— llegando a conformar una división en la que combatieron por la independencia 800 soldados negros. Su principal error fue provocar, por su estrechez de miras políticas, una crisis en el mando patriota en plena guerra contra el enemigo colonialista, lo cual equivalía a un suicidio político.

Bolívar redacta “A los pueblos de Venezuela” tratando de contrarrestar la campaña de Piar en su contra. Bolívar le acepta su renuncia el 30/6/1817. Mariño también odiaba a Bolívar pero era blanco y sufrió a Boves. Por eso no apoya a Piar, quien termina aislado contra Bolívar. Éste dispone su captura y juicio. Un consejo de guerra condena a Piar a muerte por unanimidad. El gran fantasma de Bolívar era, luego de la amarga experiencia de 1812-1814, la guerra fratricida. Muchos años después, el 16/11/1828, luego de fracasado el atentado contra su persona instigado por Santander, Bolívar expresó arrepentimiento por la muerte de Piar. En carta enviada al General Pedro Briceño Méndez, quien fue Secretario de Piar, le dice que *“Ya estoy arrepentido de la muerte de Piar, de Padilla y de los demás que han perecido por la misma causa: en adelante no habrá más justicia para castigar al más feroz asesino, porque la ida de Santander es el perdón de las impunidades más escandalosas. Lo peor es que mañana le darán el indulto [a Santander] y volverá a hacer la guerra a todos mis amigos y a favorecer a todos mis enemigos. Su crimen se purificará en el crisol de la anarquía, pero lo que más me atormenta todavía es el justo clamor con que se quejarán los de la clase de Piar y de Padilla. Dirán con sobrada justicia que yo no he sido débil sino a favor de ese infame blanco que no tenía los servicios de aquellos famosos servidores de la patria. Esto me desespera, de manera que no se que hacerme”*.

En mayo de ese mismo año Bolívar había expresado que la muerte del General Piar ocurrida el 16/10/1817 había respondido a una necesidad política, ya que evitó una nueva guerra civil (al desconcertar a todos los rebeldes, incluido Mariño y su congreso de Cariaco que le desconocía su autoridad política) e impidió la caída y nueva esclavitud del país bajo la bota española, le permitió proyectar y efectuar la expedición a la Nueva Granada y crear después la República de Colombia.

Bolívar y los derechos humanos

¿Fue una violación de los derechos humanos el fusilamiento de Piar? Plantear este controvertido episodio de la biografía bolivariana en esos términos implica adoptar un punto de vista completamente abstracto a la hora de analizar los procesos revolucionarios. En términos formales, el fusilamiento de Piar fue legal. Pero más allá de la legalidad jurídica, en todos los procesos revolucionarios las confrontaciones sociales se producen en varias direcciones al mismo tiempo. Sólo en las películas de Hollywood (máximo arquetipo de la manipulación ideológica) existen personajes absolutamente virginales y angélicos, buenos y puros; y otros malos, despiadados y malvados. En la historia real de las revoluciones populares, de las guerras por la independencia nacional, de las luchas de clases y de los conflictos sociales confluyen múltiples contradicciones en una misma situación histórica. La violencia social y

política atraviesa todos los procesos revolucionarios, no sólo los latinoamericanos sino también los europeos y en medio de ellos muchas veces la violencia se ejerce no sólo contra el enemigo histórico sino también al interior de las propias filas. Las revoluciones burguesas europeas, por ejemplo, no dudaron en ejercer la violencia contra todos los que obstaculizaban el triunfo de los nuevos proyectos. Si la política de Maximilien Robespierre [1758-1794] fue el caso emblemático en Francia, lo mismo podría decirse de Oliver Cromwell [1599-1658] en Inglaterra. Los derechos del hombre sancionados por la revolución francesa y admirados por todo el mundo civilizado fueron acompañados invariablemente por la guillotina —como bien demostró en sus novelas históricas el narrador cubano Alejo Carpentier— en un proceso más que contradictorio. La *liberté*, la *égalité* y la *fraternité* (libertad, igualdad y fraternidad) proclamadas por la revolución francesa no siempre incluían a los negros de Haití (que Napoleón mandó a reprimir con ferocidad y sin piedad alguna), a las mujeres, a los más pobres, a las negritudes esclavas o a las pobrerías mestizas e indígenas oprimidas de Nuestra América. Los “*sagrados derechos del hombre*” eran muy distintos si se trataba de la población europea o de la población de las colonias, ya sea africana, asiática o nuestroamericana. Bolívar, en medio de una extendida guerra continental, intentó defender esos derechos, ampliarlos, apropiándose y resignificándolos desde el Tercer Mundo, poniendo en el centro de ellos a los sujetos populares que le permitieron triunfar sobre el imperio español. Pero lo hizo en medio de una guerra y de múltiples contradicciones sociales en las cuales no hubo guillotina a la francesa, pero sí decretos independentistas de “guerra a muerte” e incluso fusilamientos de patriotas díscolos, indisciplinados y que, como Piar, privilegiaban conflictos regionales por sobre el proyecto mayor de construir la patria grande latinoamericana.

La relación de Bolívar con Antonio José de Sucre

Si bien es verdad que en sus largas campañas independentistas Bolívar tuvo que lidiar con distintos caudillos patriotas que una y otra vez le disputaron el liderazgo e introdujeron conflictos facciosos en el campo republicano (donde ponían en primer plano apetencias personales e intereses meramente locales), hubo un caso diametralmente opuesto. Se trata de Antonio José de Sucre [1795-1830]. Frente a Bolívar, Sucre fue leal, sincero, desprendido y dio sus mejores años no para alcanzar un brillo mezquinamente personal sino para liberar América de la cadena imperial. Este joven de familia acomodada se incorporó a los 15 años a las tropas de Miranda. Luego participó en la guerra de guerrillas al lado de Mariño, Piar, Bermúdez y Valdez. Estudió ingeniería y conoció a los enciclopedistas. Al igual que el maestro don Simón Rodríguez, su alumno Simón Bolívar y Mariano Moreno, prefería de todos los pensadores a Jean-Jacques Rousseau y *El contrato social*. Finalmente se fue ganando la confianza del Libertador, primero como combatiente, luego como estratega y finalmente como estadista. A los 22 años ya era coronel; antes de los 25, general. Terminó siendo (¡a los 30 años!) el gran Mariscal de Ayacucho.

Bolívar lo admiraba tanto que escribió una pequeña biografía en su homenaje (con Sucre todavía vivo). En esa biografía de Sucre, Bolívar afirma: “*El general Sucre es el padre de Ayacucho.: es el redentor de los hijos del Sol; es el que ha roto las cadenas con que envolvió Pizarro el imperio de los Incas. La posteridad representará a Sucre con un pie en el Pichincha y el otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco-Capac y contemplando las cadenas del Perú rotas por su espada*” (Simón Bolívar: “Resumen sucinto de la vida del general Sucre”, Lima, 1825). Cuando triunfa en Ayacucho, Bolívar le escribe al padre del joven general: “*Regocíjese usted, mi*

querido amigo, porque la victoria ha coronado las fatigas y esfuerzos del más bravo general, de mi país querido amigo: el digno hijo de usted. Yo lo felicito, pues, con todo mi corazón por la inmensa parte que le cabe al padre del vencedor de Ayacucho. Este nombre glorioso, y el bien que ha hecho el general Sucre a la América, será la más bella herencia que podrá dejar a su posteridad y que lo hará tan inmortal como el tiempo". Más tarde le confiará la dirección de las fuerzas patriotas en el Perú y el Alto Perú.

Francisco de Paula Santander, la maniobra leguleya

Frente al desprendimiento de Sucre y su lealtad hacia Bolívar, Francisco de Paula Santander Omaña [1792-1840] pasará a la historia representando exactamente lo opuesto. Mezquino, competidor, hábilmente egoísta, sin miras políticas de largo alcance, siempre pensando en sus intereses inmediatos por sobre la gran causa de la liberación americana. Sucre se ganó su prestigio arriesgando su vida, combatiendo y triunfando sobre los colonialistas europeos. Santander, en cambio, alcanzó fama en los cómodos bufetes de abogados, maniobrando y haciendo politiquería barata en la trastienda, tejiendo y destejiendo los hilos parlamentarios y judiciales bien lejos del enfrentamiento con el enemigo colonialista. Sus ascensos no fueron ganados en el campo de batalla como Sucre, Girardot o Manuela Saenz, sino en la maniobra leguleya, la intriga parlamentaria y el disimulo político. Se preocupó más por sacarse de encima la gran figura de Bolívar —con la que siempre compitió y cuya sombra nunca pudo alcanzar— que por combatir a los enemigos de América Latina. Mandó a asesinar a Sucre y atentó contra Bolívar. Más atento a la formalidad de la ley que a la soberanía popular constituyente de la que surge su legitimidad, más interesado en la mera enunciación jurídica que en la defensa y realización efectiva de los derechos, construyó la falsa leyenda de que él era "*liberal*" y "*hombre de leyes*" mientras Bolívar habría sido conservador. Pero en realidad la libertad real le atraía bastante poco. Santander siempre se apoyó en las clases dominantes más retardatarias, conservadoras y reacias al cambio social.

Santander es a Bernardino Rivadavia [1780-1845] lo que Bolívar a San Martín. Mientras los dos últimos arremetieron contra el colonialismo en el campo de batalla y, por eso mismo, se transformaron en los libertadores de Nuestra América; los otros dos quedarán en la historia como figuras minúsculas y estrechamente localistas, personajes leguleyos y calculadores, amigos de Estados Unidos y de Inglaterra, absolutamente lejanos, distantes y despectivos frente a los pueblos originarios, los negros combatientes, las masas plebeyas y populares. A Santander y Rivadavia las guerras de liberación de otros pueblos les parecían "ajenas" y una pérdida de tiempo; las medían y calculaban únicamente en gastos de dinero (por eso retacearon sus apoyos económicos, uno a Bolívar, el otro a San Martín). La bandera de la Patria Grande, obsesión de los dos libertadores, era insoportable tanto para Santander como para Rivadavia. Por eso Santander —sumiso y obediente con la doctrina Monroe— invitó a Estados Unidos al Congreso Anfictiónico de Panamá mientras Rivadavia directamente lo boicoteó y no concurrió. Santander defiende abiertamente el panamericanismo y rechaza a Haití porque "*siendo una república de color [un país de habitantes negros], atraería perjuicios a la causa americana ante la opinión de las potencias europeas*".

Si Bolívar (como Mariano Moreno o San Martín) proponía una alianza circunstancial y coyuntural con Inglaterra para ganar fuerzas en la disputa militar contra el colonialismo español, Santander y Rivadavia convertirían esas alianzas tácticas y coyunturales en un programa estratégico y a largo plazo de subordinación neocolonial y dependiente a las

grandes potencias de la época (sea Inglaterra o Estados Unidos).

El separatismo localista de Santander

A lo largo de su extensa odisea en busca de la Patria Grande (con sus victorias y derrotas, sus triunfos y sus exilios), Bolívar se vio numerosas veces obligado a batallar en peleas y disputas que no lo enfrentaban a un poderoso enemigo colonial e imperial sino a adversarios menores. Políticamente, éstos perseguían principalmente el separatismo de las patrias chicas (republicuetas neocoloniales), o, peor aún, el regionalismo, el localismo y el provincianismo, disfrazados muchas veces de “federalismo”. Francisco de Paula Santander en la Nueva Granada y Bernardino Rivadavia en el Río de la Plata fueron dos de sus principales adversarios que se opusieron sistemáticamente a sus proyectos de creación de una Confederación de Repúblicas independientes, unidas e integradas (política, social y económicamente), como partes integrantes de una misma Gran Nación Latinoamericana o Patria Grande. Santander le abre la puerta a Estados Unidos para el Congreso de Panamá, Rivadavia arremete y boicotea dicho Congreso. Ambos tenían como meta fines estrechos. Querían gobernar de manera localista y separatista sus pequeñas “repúblicas” dando la espalda al resto de continente.

En tiempos de Bolívar, el separatismo localista tuvo socialmente dos orígenes. Por un lado respondía a las cortas ambiciones personales, envidias y rivalidades menores de caudillos como Santiago Mariño, Manuel Piar, Bernardo Bermúdez, José Antonio Páez, Manuel Castillo, etc. Por el otro lado, en el caso de Santander y Rivadavia, el localismo, el regionalismo, el separatismo e incluso el aislamiento de cada estado-nación constituyen la expresión política e ideológica de una clase social: la burguesía comercial exportadora que anhela romper con el monopolio comercial español (suprimiendo derechos de exportación y tasas de importación) para establecer alianzas marítimas, jurídicas y comerciales con Gran Bretaña o Estados Unidos. En el caso específico de Venezuela y Nueva Granada esa burguesía exportadora se limitaba al mundo del café, cacao, añil, tabaco, algodón y quina sin poder ver un milímetro más allá de sus estrechas cuentas comerciales.

José Antonio Páez, el león de Apure

En su larga y sacrificada lucha por doblegar el poderío español Bolívar estableció vínculos con diversos líderes y caudillos, algunos de alcance meramente local, otros de envergadura nacional. Entre estos últimos sobresale José Antonio Páez [1790-1873], “el león de Apure”, líder emblemático de los llaneros venezolanos.

Si la primera república patriótica liderada por Miranda cae derrotada por su falta de apoyo popular, Bolívar irá aprendiendo que sin el sujeto principal de la guerra del pueblo sería imposible ganarle a un enemigo militarmente mucho más poderoso como el constituido por los ejércitos realistas. A partir de ese aprendizaje durante un tiempo importante estrecha alianzas con Páez, quien en Venezuela representa a los luchadores más humildes. Éste incorpora la guerra irregular de montoneras con caballos y lanzas como complemento de los ejércitos, doctrinas y tácticas clásicas. Muerto ya Boves, Páez logra atraer a todo un sector de masas plebeyas y absolutamente empobrecidas hacia el campo de las filas patriotas. Junto con él lucharon otros líderes plebeyos insurgentes como Arismendi, Piar, Monagas, etc. Las guerrillas constituían núcleos sociales móviles como si fuesen pequeñas repúblicas. Por ejemplo, uno de sus líderes, José Tadeo Monagas, desenfundó su espada en la asamblea guerrillera del 25/5/1816

(según consta en las actas) y declaró “*Ved aquí la insignia de mi autoridad, ya la devuelvo a la República representada en esta Asamblea*”.

A pesar de los prejuicios habituales (que continúan hasta el día de hoy) muchos observadores militares europeos cercanos a Bolívar debieron reconocer en sus memorias que aunque semidesnudos, indisciplinados y mal comidos, los llaneros y su guerra de armas blancas y aproximación indirecta podían vencer a cualquier ejército de academia, incluso si se encontraban en un número inferior. Apoyándose en ese sujeto popular Páez protagonizará varias batallas decisivas de la guerra independentista. Por ejemplo, el 2/4/1819 se produjo la batalla de “Las Queseras del Medio”. Los ejércitos de Bolívar y el feroz Morillo se encontraban frente a frente divididos por un río. Páez decidió atacar por sorpresa a Morillo y cruza el río con unos 150 llaneros con lanza rumbo al campamento de Morillo para provocarlo. El jefe español ordena a su caballería, unos 1.000 jinetes en total, que persigan a Páez. Páez se retiró seguido por los realistas hasta que en el momento oportuno grita a su tropa una frase que haría historia: “*¡Vuelvan Caras!*”. Esa maniobra y el triunfo que posibilitó sobre los colonialistas fueron de los mejores logros en la trayectoria militar del general Páez. Bolívar se lo reconoció generosamente, condecorándolo con la “Orden de los Libertadores”. Una conducta similar fue la que Páez demostró en la batalla de Carabobo. Socialmente los llaneros de Páez le dieron la fuerza popular a la causa independentista que antes no tenía o que incluso estaba del lado realista en tiempos de Boves. Sin embargo, a nivel político, Páez privilegió muchas veces sus rencillas e intereses domésticos y locales, sin lograr ver el panorama continental y los planes estratégicos del Libertador.

La guerra de los llaneros como fuerza social

Los llaneros, que antes estaban con Boves, combatieron luego bajo las órdenes de Páez. También estuvieron vinculados a las guerrillas de Mariño y Piar, Monagas, Zaraza, Cedeño, Rojas, Nonato Pérez, Rondón e Infante. Esas masas rurales plebeyas y desposeídas mantenían una vida estrechamente ligada a la naturaleza. Extremadamente valientes y temerarios, sólo reconocían como jefes a quien supiera manejar la lanza, domar y montar caballos indómitos, cruzar ríos a nado, matar tigres y caimanes, torear, cazar animales salvajes, enlazar y otras tareas del mundo rural. Usan los caballos y el ganado como bienes comunes, sin respetar la propiedad privada. Combaten semidesnudos, no cobran, sólo obtienen lo que ganan en sus batallas (donde muchas veces saquean). Indudablemente constituyen la fuerza social popular sin la cual resulta imposible ganar la guerra de independencia contra los ejércitos realistas. Bolívar lo comprende luego de las muchas amarguras sufridas a manos de Boves en tiempos de la guerra social y “de colores”. De allí en más intentará por todos los medios sumarlos para la causa patriota. Con ellos peleará incluso fuera de Venezuela por la libertad del continente. Aunque Bolívar tiene origen urbano (¡y mantuano!), sabe cruzar los ríos nadando, puede andar días enteros a caballo (los llaneros lo apodaron “culo de fierro” porque nunca se cansaba de montar) y no es temeroso en la lucha física. Por eso logra conquistar su respeto y el de sus caudillos, como Páez. Santander y otras personalidades políticas salieron huyendo frente al mundo rudo y cruel de los llaneros (éstos lo apodaron “*el soldado de pluma*”). Bolívar, en cambio, se ganó su consenso.

Los llaneros venezolanos se parecían mucho (y viceversa) a los gauchos del sur, de las pampas de las Provincias Unidas del Río de la Plata. El escritor argentino Domingo Faustino Sarmiento [1811-1888] los inmortalizó en su *Facundo. Civilización y barbarie* (1845). Los gauchos que describe Sarmiento (escritor que políticamente los desprecia

pero paradójicamente los alaba todo el tiempo y los admira), actúan guiados por caudillos, montan a caballo y pelean las guerras en montoneras, a punta de lanza y con el cuchillo. No respetan la disciplina militar clásica, de academia, pero más de una vez derrotaron a los militares tradicionales. Décadas después del *Facundo* de Sarmiento, José Hernández [1834-1886] escribe su *Martín Fierro* (primera parte 1872, segunda parte 1879), poema que también describe la vida rural de los gauchos, enfrentados a “la ley” (el estado burgués, el ejército, los fortines, la policía, los jueces), pero a diferencia de los gauchos alzados, triunfantes e insurrectos de Sarmiento, que galopaban en montoneras y desafiaban a los militares tradicionales, el gaucho Martín Fierro es un gaucho aislado, solo, derrotado, melancólico y huidizo. En Argentina, los gauchos, como los pueblos indígenas, terminan siendo aplastados con las armas modernas del ejército burgués —como el rifle Remington de origen norteamericano—, utilizado sin piedad en las operaciones de expropiación y represión de la acumulación originaria del capital, cuando las clases dominantes roban y alambran sus tierras, aniquilando a sangre y fuego a todo aquel que resista el avance capitalista de “la civilización”.

Dirección unificada de la guerra de independencia

Bolívar es reconocido por Páez y las guerrillas llaneras como su jefe supremo. Unido a éstos propicia varias derrotas al general español Morillo. En Villa de Cura ratifica la libertad de los esclavos decretada desde Carúpano en 1816. Las inconsistencias de Páez en operaciones de envergadura, permite que Morillo lo derrote en la batalla del río Sémén, logrando apenas ponerse a salvo en el intento de asesinato en el Rincón de los Toros. Regresa a Angostura, convoca al Congreso, para preparar luego la campaña de Boyacá. En ese contexto, Bolívar logra la dirección unificada de los ejércitos de oriente y occidente de Venezuela.

Esa dirección de hecho necesita legalidad de derecho. Para ello se funda un Consejo de Estado, que reúne funciones ejecutivas y legislativas. Según Juvenal Herrera Torres, el Consejo de Estado comportaba tres secciones, cuyos presidentes nombró el mismo Libertador: La primera sección, la de Estado y de Hacienda, a cargo de Francisco Antonio Zea; la segunda, de Guerra y Marina, bajo la dirección de Luis Brión y la tercera, del Interior y Justicia, presidida por Juan Martínez. Perteneían al Consejo de Estado, Carlos Soublette, José Antonio Anzoátegui, Antonio Díaz, Mateo Salcedo, Juan Francisco Sánchez, José Ucrós, José Manuel Olivares y Fernando Galindo, así como el comisario general del ejército, Manuel Bremont. El decreto fijaba la independencia de la Alta Corte de Justicia y, con el objeto de proteger el comercio, la producción y la agricultura, se dispuso, fuera de las corporaciones anotadas, un Tribunal de Comercio.

Batalla de La Puerta

Frente a un avance enemigo Bolívar solicita la ayuda de Páez, pero éste contesta con evasivas. Era muy valiente pero su perspectiva era limitada. A Bolívar le tocó entonces enfrentar a Morillo sin contar con Páez. Como recuerda Juvenal Herrera Torres, la defección de Páez había desbaratado los planes y deseos del Libertador. Monagas y Zaraza habían sido derrotados por Morales y no quedaba otra alternativa a los republicanos que huir nuevamente hacia el llano profundo. En medio de la lluvia y los relámpagos, los patriotas tomaron la vía escabrosa que lleva por nombre Cuesta de la Muerte para organizar la retirada.

Los patriotas fueron alcanzados por Morales en el fatídico sitio de La Puerta, donde se

armó un prolongado combate y cuando todo indicaba que los colonialistas serían rechazados, apareció en el campo de batalla Morillo en persona con grandes refuerzos y arriesgando su propio pellejo arengó a sus soldados gritando “¡Viva España! ¡Viva el Rey!”. Así comenzó el exterminio de casi todo el ejército republicano. Una vez más, el regionalismo localista y la incomprensión política del proyecto estratégico de la revolución latinoamericana habían impedido aplastar al enemigo colonial.

David contra Goliat

Bolívar ante la “neutralidad” de EEUU

En medio de una lucha prolongada contra el imperio, Bolívar, con un ojo en la política doméstica y el otro en la correlación de fuerzas internacional, reflexiona sobre el papel ambivalente de los Estados Unidos. La gran potencia del norte habla con grandilocuencia de libertad, escribe de libertad, legisla sobre la libertad, hace propaganda sobre la libertad, pero... en la práctica no apoya a los republicanos latinoamericanos que luchan contra un imperio absolutista. Incluso entregan armas a las fuerzas españolas. No será la primera vez en la historia que los políticos y la elite gobernante de Estados Unidos dicen una cosa y hacen exactamente lo contrario.

Como recuerda Juvenal Herrera Torres, el presidente Madison, el mismo que había manifestado tramposamente en su mensaje anual de 1811 que miraba “*con amistoso interés el establecimiento de soberanías independientes por las provincias hispanas en América*”, “*cuando esas provincias hayan logrado la condición de naciones*” para establecer con ellas “*aquellas relaciones amistosas y comerciales*”, fue quien propuso una nueva ley de neutralidad aprobada por el congreso de los EEUU el 3/3/1817, según la cual, toda persona que transportara armas hacia un Estado de Nuestra América, sería castigada con 10 años de cárcel y 10.000 dólares de multa. Esta ley, que el mismo Jefferson aceptó que no fue del agrado del pueblo norteamericano, impedía a los ciudadanos de aquel país, apoyar la revolución hispanoamericana. Nuestra independencia no podía ser respaldada ni por el gobierno ni por los individuos de los EEUU. España les pagó por la expedición de aquella ley, cediéndoles la península de La Florida. El presidente Monroe ratificó dicha ley en su mensaje al Congreso en diciembre de 1818. Una trayectoria consecuente.

Con lucidez y sagacidad, sin perder la mirada crítica sobre el “gran hermano” del norte, Bolívar le escribe a Guillermo White: “*La América del Norte, siguiendo su conducta aritmética de negocios, aprovechará la ocasión de hacerse de las Floridas, de nuestra amistad y de un gran dominio de comercio*”.

El Libertador frente a la “democracia” esclavista de EEUU

La desconfianza y los resquemores de Bolívar frente a EEUU no estaban motivados en la ignorancia ni en un delirio nacionalista de patas cortas. Tampoco en un prejuicio provinciano de alguien poco informado que le falta recorrer el mundo. La mirada bolivariana calaba mucho más hondo de lo que a simple vista puede observarse.

¿Acaso puede considerarse legítima una democracia burguesa con esclavitud? Una pregunta que, curiosamente, jamás se formulan los apologistas actuales —desde los politólogos más refinados y eruditos hasta los periodistas más ignorantes e improvisados—, defensores a ultranza de “la gran democracia norteamericana” y de su maravillosa constitución sancionada en Filadelfia, Pensilvania, el 17/9/1787.

La república de fuerte participación y nítido contenido popular que imaginaba Bolívar para Nuestra América se oponía de una punta a otra a la república formalmente democrática pero de contenido abiertamente esclavista que defendía Estados Unidos (supuesto adalid de la democracia y la libertad que recién prohíbe la esclavitud en... 1865, es decir, 35 años después de la muerte de Bolívar y 49 años más tarde que éste la aboliera en Carúpano). El sistema político norteamericano, miserable e hipócrita, no se avergonzaba de llamarse “democracia” a pesar de sus dos millones de esclavos negros y del despojo violento de tierras y el exterminio indígena. (Hoy tampoco se avergüenza de

aplicar torturas “legales” en sus bases militares. ¡Siempre en nombre de la libertad!). Aunque América Latina recibió a numerosos diplomáticos norteamericanos, EEUU rechazó sistemáticamente las juntas patrióticas desde México a Buenos Aires. Monroe, Secretario de Estado en 1812, declaró con desparpajo “*Los Estados Unidos se encuentran en paz con España y no pueden, con ocasión de la lucha que ésta mantiene con sus diferentes posesiones, dar ningún paso que comprometa su neutralidad*”. A todas luces esas declaraciones expresaban una hipocresía, no individual sino como política de Estado.

Cuando las tropas comandadas por Bolívar capturan dos barcos yanquis que, intentando burlar el bloqueo de Angostura y Guayana, llevaban armas para los españoles, violando de manera desvergonzada la supuesta y tan mentada “neutralidad”, el Libertador mantiene un duelo epistolar, jurídico y político, con Bautista Irving (delegado estadounidense que también aparece en la correspondencia de Bolívar mencionado como Irvine). Ese duelo de argumentos diplomáticos y políticos se extiende desde el 29/7/1818 hasta el 1/10/1818. Bolívar le reclama por “*dar armas a unos verdugos y para alimentar unos tigres que por tres siglos han derramado la mayor parte de la sangre americana [...] No son neutrales los que prestan armas y municiones de boca y guerra a unas plazas sitiadas y legalmente bloqueadas*”. Además de cuestionar la supuesta (y falsa) “neutralidad” yanqui se pregunta por las leyes internacionales... para los débiles. Sus argumentos son tan actuales que parecen escritos ayer a la tarde. Además de recordar el encarcelamiento de patriotas latinoamericanos en EEUU, Bolívar amenaza prolongar la lucha contra España a EEUU: “*Lo mismo es para Venezuela combatir contra España que contra el mundo entero, si todo el mundo la ofende*” (Simón Bolívar: Carta a Bautista Irving, agente de los EEUU. Angostura, 7/10/1818).

Los yanquis frente a Bolívar

Indignado, Bolívar sostiene: “*El valor y la habilidad... suplen con ventajas al número. ¡Infelices los hombres si estas virtudes morales no equilibrasen y aún superasen las físicas! El amo del reino más poblado sería bien pronto señor de toda la tierra. Por fortuna se ha visto con frecuencia un puñado de hombres libres vencer a imperios poderosos*” (Simón Bolívar: Carta a Bautista Irving, agente de los EEUU. Angostura, 12/10/1818).

Después de polemizar con Bolívar en un prolongado intercambio epistolar, el señor Irving, representante del gobierno de los Estados Unidos, regresa a su país humillado. No logró quebrarle el brazo al Libertador. Fracasa en su intento por recuperar los barcos norteamericanos *Tiger* (Tigre) y *Liberty* (Libertad) que habían sido capturados cuando entregaban armas, de manera “neutral”, al ejército colonialista español en las bocas del río Orinoco. Mister Irving, al llegar a EEUU rindió un pormenorizado informe al gobierno de Washington y, según Waldo Frank, calificó a Bolívar de “*¡General charlatán y político truhán!*”. No podía disimular su enojo ante alguien que lo enfrentó con dignidad.

La reacción de Bolívar en el *affaire* de los barcos estadounidenses no era un rayo en medio de un cielo despejado. Tenía antecedentes. Algunos años antes, Bolívar había sido muy claro sobre esta aparente “ambigüedad” de EEUU. En su *Carta de Jamaica* sostenía: “*Además de esto fuimos abandonados por el mundo entero, ninguna nación extranjera nos ha guiado con su sabiduría y experiencia, ni defendido con sus armas, ni protegido con sus recursos. No sucedió lo mismo, a la América del Norte durante su lucha de emancipación. Aunque poseyendo sobre nosotros toda suerte de ventajas, las tres más poderosas naciones europeas, dueñas de colonias, la auxiliaron en su*

independencia; y sin embargo la Gran Bretaña no ha usado de represalias contra aquella misma España que le había hecho la guerra para privarla de sus colonias. Todos los recursos militares y políticos que nos han negado a nosotros se han dado con profusión a nuestros enemigos... Los Estados Unidos del Norte que, por su comercio, pudieron haber suministrado elementos de guerra, nos privaron de ellos...” (Simón Bolívar: *Carta de Jamaica*. 28/9/1815). A diferencia de la perfidia sumisa y colonial de Santander (e incluso de la ingenuidad sincera y genuina que algunos años antes expresara Miranda), Bolívar nunca abrigó esperanzas sobre los EEUU. Jamás se llamó a engaño. Al final de su vida resumió con amargura su pensamiento con un vaticinio que 200 años después mantiene trágica vigencia. Afirmó el Libertador: “*los Estados Unidos parecen estar destinados por la Providencia para plagar la América de miserias a nombre de la Libertad*” (Simón Bolívar: *Carta al Coronel Patricio Campbell*, 5/8/1829).

Los extranjeros en la guerra de independencia

Bolívar apeló a ayudas internacionalistas para combatir las fuerzas superiores de España. La principal provino de Haití. Bolívar repitió muchas veces que nuestra independencia se logra gracias a Pétion. De todos los colaboradores extranjeros los estadounidenses brillaron por su ausencia. Jamás aparece mencionado ninguno en partes militares o crónicas de época. En cuanto a los soldados británicos, nunca tuvieron el lugar central que la literatura historiográfica eurocéntrica pretende atribuirles. En su libro *Historia de la nación latinoamericana* Abelardo Ramos señala que la legión británica llegó a contar en América como máximo con 1.200 soldados. A su lado iban los irlandeses. Según Pedro Scaron y Ramos, en las guerras de independencia combatieron al lado de Bolívar, en total, no más de 6.000 europeos (aunque Scaron aclara que la cantidad de extranjeros que lucharon junto a Bolívar en cada momento fue siempre mucho menor. España envió en total 100.000 soldados contra la revolución latinoamericana. En los ejércitos realistas los españoles eran minoría; en Ayacucho el 80% de los realistas vencidos eran criollos reclutados). Según Scaron, los británicos combatían en América “por la libertad” y... por una buena paga, promesas de tierras y 500 pesos fuertes al terminar la guerra. Según Waldo Frank, los legionarios británicos se emborrachaban, insultaban a los negros, pardos y mestizos; se quejaban de la comida y reclamaban gritando pagas y ascensos. Cerca de Santa Marta, un regimiento irlandés fusiló a sus oficiales y se embarcó a Jamaica, luego de haber saqueado todo. Los británicos se amotinaron en Margarita y Barcelona. Por eso, Bolívar prohibió el reclutamiento de soldados europeos, conservando a los buenos, como el británico Sandes, los polacos Sisakowski y Flegel, el sueco Adlercreutz, el italiano Codazzi y el alemán Uslar junto a O`Leary y Fergusson. Sobre los irlandeses en la Guajira, Bolívar escribió a Montilla: “*Nada de lo que usted me dice de la legión irlandesa me sorprende. Todo puede esperarse de criados que no matan si no reciben su paga. Son como cortesanas que no se entregan antes de obtener su dinero*”.

Aunque algunos tuvieron conducta ejemplar, como James Rooke (irlandés muerto en Tunja); otros fueron un dolor de cabeza. Abella afirma en *Bolívar: Independencia y lucha social en Nuestra América* que dirigir un ejército donde actúan por contrato oficiales ingleses, racistas y con pretensiones de superioridad, no resulta sencillo. Bolívar nunca es condescendiente. Desde Angostura, le escribe severo al Coronel Hippiisley (ácido crítico del Libertador en su libro *Narrativa de la Expedición a los Ríos Orinoco y Apure, en Sur América*, Londres, 1819): “*La admisión de Ud. al servicio de la República, conforme al contrato que Ud. celebró con el Sr. López Méndez y que ha sido aprobado y conformado por mí, no me permite conceder a Ud. el pasaporte que*

pide, mientras Ud. no haga formal dimisión de su empleo y renuncia de las estipulaciones fijadas en dicho contrato y que Ud. debe declarar nulas y de ningún valor por su parte” (Simón Bolívar: Carta al coronel Hippiisley. Angostura, 15/6/1818). Pocos días después, cuando este coronel insiste en continuar desconociendo la cadena de mandos, argumentando ser oficial británico, Bolívar le responde con ironía: “... *Ud. debe conocer muy bien el servicio inglés en el que ignoro si una simple renuncia verbal es suficiente para dejar el servicio. Ud. debería saber que entre nosotros no es así, y si Ud. no lo sabe Ud. debería saberlo. El Mayor Hippiisley del Ejército de S.M. Británica nada tiene que hacer con el Coronel Hippiisley de Venezuela, único a quien conozco y con quien tengo que tratar.*” [...] “*si los actos del Gobierno de Venezuela no tienen fuerza en Inglaterra otro tanto pasa en Venezuela con los de Inglaterra”* (Simón Bolívar: Carta al coronel Hippiisley. Angostura, El 19/6/1818).

El Congreso de la Angostura

Luego de muchas idas y venidas y no pocas peripecias, Bolívar logra reunir el Congreso de Angostura, ante el cual lee un discurso (15/2/1819) que pasará a la historia. Ya en la *Carta de Jamaica* (1815) Bolívar se había opuesto a pensar toda América como una sola monarquía o una república única, de manera simplificada. Apostaba a la unidad continental pero sin esquematismos de pizarrón. Cuatro años después, en Angostura, vuelve sobre el tema. Debate sobre el centralismo, rechazando el sistema federativo de los EEUU. Analiza la inestabilidad latinoamericana y discute distintas posibilidades para el Senado. El ideal institucional de Bolívar era un régimen político republicano, centralista, civil y democrático (no al estilo estadounidense, con formalidades leguleyas acompañadas de esclavitud sino con fuerte participación popular), fundamentado en un estado fuerte que sea propietario de las riquezas naturales y al mismo tiempo que tenga la fuerza suficiente para enfrentar cualquier amenaza de guerra civil. Como afirma Jesús Santrich en *El grito de independencia o la concreción del sueño del Libertador* Colombia se creó fundamentalmente en la cabeza de Simón Bolívar. Entre febrero y diciembre de 1819, tiempo en el que se desarrollaron las sesiones del Congreso de Angostura, se trazaron los lineamientos que suscitaron la unidad de la Nueva Granada, Venezuela y Ecuador. Desde los campamentos insurgentes del ejército Libertador fue surgiendo la institucionalidad revolucionaria que enfrentaba al viejo orden colonialista español.

El discurso de La Angostura no sólo propone una lectura política y ensaya una propuesta institucional en la cual define “*El sistema de Gobierno más perfecto, es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social, y mayor suma de estabilidad política*”. Al mismo tiempo sugiere una visión antropológica e histórica de Nuestra América preguntándose por nuestra identidad colectiva frente a la cual defiende el mestizaje y la pluralidad de raíces como rasgo central de nuestra cultura: “*Nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del Norte, que más bien es un compuesto de África y de América, que una emanación de la Europa [...] Es imposible asignar con propiedad, a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis; esta desemejanza trae un reato de la mayor trascendencia*”.

El pensamiento constitucional, político e institucional de Bolívar

En el discurso ante el Congreso de La Angostura se encuentran algunas ideas medulares de Bolívar sobre la arquitectura institucional para las nuevas repúblicas. Allí reconoce que: *“La Libertad, dice Rousseau, es un alimento succulento, pero de difícil digestión”* (esta expresión parece pronunciada por San Martín, pero es de Bolívar... a tal punto llega la coincidencia entre ambos para cualquier historiador que no tenga anteojeras estrechamente nacionalistas). Luego de la guerra social y las “guerras de colores” que desangraron a Venezuela, la herencia radical de Rousseau (recibida tempranamente de su maestro Simón Rodríguez) se modera. Algo similar marcará la distancia entre cierta moderación madura de San Martín en 1820 y el radicalismo intransigente de Mariano Moreno en 1810. Bolívar termina promoviendo un ejecutivo centralizado: *“En las Repúblicas el Ejecutivo debe ser el más fuerte”*. También inspecciona a Inglaterra como modelo, principalmente su Cámara de Lores que él adapta a Venezuela a través de la idea de un Senado vitalicio-hereditario (sintetizando la Cámara de Lores británica con el Senado romano) al que pertenecerían los libertadores de la república. Una institución especie de colchón —que Bolívar describe como *“contrapeso”* o *“potestad intermedia”*— que amortigüe la democracia directa de la voluntad general, preconizada por Rousseau, y el despotismo tiránico de la monarquía absolutista. Bolívar también propone una especie de poder o institución moral, algo así como un defensor del Pueblo (hoy en día conocido muchas veces con el término sueco *“ombudsman”*). Bolívar se apropia de los “Derechos del hombre y del ciudadano”, proclamados en lo social por la revolución francesa, combinándolos con la lucha nacional y anticolonial. Por eso plantea que, al separarse de España, Venezuela recuperó “los derechos del hombre” y al enumerar las banderas recuperadas menciona *“Independencia, Libertad, Igualdad y Soberanía Nacional”*. Se equivoca entonces Jaime Cepeda Cervera, cuando en su obra *Bolívar republicano* exagera y se esfuerza por asimilar en forma exclusiva y esquemática el proyecto constitucional bolivariano con la enumeración de los derechos fundamentales de la constitución burguesa de 1795 (reacción thermidoriana), intentando separar al Libertador de las constituciones francesas de 1789 y 1793 (jacobina), así como de las declaraciones haitianas de los jacobinos negros de 1806 y 1816. En realidad Bolívar hace una síntesis de todas ellas, adaptándolas a Nuestra América.

En el discurso de La Angostura Bolívar sugiere que *“Inglaterra es el más perfecto modelo”*, adaptable a reinos, aristocracia o democracia. Sin embargo, alerta: *“el estudio de la Constitución Británica que es la que parece destinada a operar el mayor bien posible a los Pueblos que la adoptan; pero por perfecta que sea, estoy muy lejos de proponeros su imitación servil. Cuando hablo del Gobierno Británico sólo me refiero a lo que tiene de Republicanismo”*. También San Martín había adoptado como modelo institucional a Inglaterra, pero proponiendo a su vez una monarquía constitucional indígena (incaica). En ambos casos los libertadores apelan como analogía al ejemplo europeo pero ensayando, con diversa fortuna, resignificaciones, modificaciones y adaptaciones —cada uno a su estilo— a las tradiciones americanas.

La mirada de Bolívar sobre la industria nacional

La historiografía tradicional únicamente pasaba revista a la épica de las grandes batallas pero “se olvidaba” de indagar en la profundidad de las fuerzas sociales que han operado en las confrontaciones americanas y en las medidas económico-sociales que los revolucionarios de la primera independencia planearon para liquidar de raíz la estructura del colonialismo y construir un continente emancipado. Aunque la historia oficial lo desconozca o lo ignore, el pensamiento emancipador de Bolívar no se limitaba

exclusivamente al ámbito político. Si en el extremo sur del continente el principal ideólogo Mariano Moreno elaboró en su *Plan revolucionario de operaciones* un pormenorizado y radical programa de expropiaciones de las grandes fortunas y nacionalizaciones-estatizaciones de la industria, los bancos, las minas de oro y plata y el comercio exterior; Simón Bolívar hizo algo análogo en el norte de Sudamérica.

Según reconstruye con detalle Luis Vitale, poco después del Congreso de la Angostura (más precisamente el 21/5/1820), desde la villa del Rosario Bolívar decreta: “*Y no habiendo corporaciones que promuevan, animen y fomenten*” la actividad productiva, se condena crear una junta en cada provincia para “*fomentar la industria proponiendo y concediendo premios a los que inventen, perfeccionen e introduzcan cualquier arte o género de industria útil y muy especialmente a los que establezcan fábricas de papel, paño u otras, a los que mejoren y faciliten la navegación de los ríos*”. También en 1820 plantea “*promover la agricultura en todos sus ramos y procurar el aumento y mejoras de las crías de ganado caballar, vacuno y lanar*”. Pensando en la industria forestal, algunos años después, en 1829, reglamentó la explotación de los bosques y otros recursos naturales obligando a la conservación de los mismos con un criterio que hoy en día denominaríamos “ecológico”. Al igual que Mariano Moreno en el *Plan revolucionario de operaciones*, Bolívar decretó en Quito que “*las minas de cualquier clase pertenecen a la nación*” (Decreto del 24/10/1829).

Bolívar frente a Morillo y liberación de Nueva Granada

Para enfrentar a Morillo, Bolívar regresa desde Angostura a la Nueva Granada a consolidar la república y a trazar la nueva campaña. Mientras Morillo se distraía por varios frentes, Bolívar marcharía con su propio ejército cruzando los llanos en invierno, lo que impediría ser perseguido por los españoles, para luego tomar la ruta de los Andes. Todo ello, en el más riguroso secreto. ¿A quién se le podría ocurrir atravesar los llanos y los Andes en invierno? La idea era primero cruzar los llanos, luego trepar la cordillera. Bolívar comienza la marcha el 26/5/1819. En 1819 se propone como tarea controlar las montañas, cruzar los Andes hacia Nueva Granada y apelar a la emulación (tratando de evitar prejuicios y rivalidades localistas), solidificando la unión de granadinos y venezolanos precisamente durante el complejo y difícil cruce de los Andes. Como suelen hacer los líderes insurgentes ante las dificultades de la marcha, Bolívar daba ánimos a sus tropas diciéndoles a cada paso que ya habían realizado la peor parte del camino.

En algunos de sus textos, al hacer posteriormente su propia autoapología, Santander describe en tercera persona (como si se tratara de alguien distinto) su “gran papel” en ese cruce de las montañas y en la campaña granadina. La historiografía oficial colombiana luego utiliza esos autoelogios como “prueba documental” del liderazgo santanderista. En todo aquel difícil periplo, las que en cambio sí jugaron un gran papel fueron las mujeres independentistas.

Proclama de Bolívar al pueblo granadino.

En vísperas de superar las alturas del páramo, Bolívar había lanzado una proclama al pueblo granadino, remarcando que su ejército internacional integrado por venezolanos y granadinos llegaba con el objetivo de terminar con la dominación colonialista. En esa proclama escribió “*Granadinos: Vosotros en los años pasados sucumbisteis bajo el poder de aquellos aguerridos tiranos que os envió Fernando VII, con el feroz Morillo. Este mismo formidable ejército, destruido por nuestros triunfos, yace en Venezuela;*

vosotros solos sostenéis la crueldad de vuestros tiranos; pero vosotros sois granadinos, sois patriotas, sois justos; vosotros volveréis pues contra los españoles esas armas de maldición que os habían confiado para que fueseis vuestros propios verdugos. Granadinos: el ejército Libertador está convencido de vuestros sentimientos liberales: sabe que vosotros habéis sido más bien las víctimas que los instrumentos de los tiranos No temáis pues nada de los que vienen a derramar su sangre por constituirnos en una nación libre e independiente. Los granadinos son inocentes a los ojos del ejército Libertador... ¡Para nosotros no habrá más culpables que los tiranos españoles, y ni aún éstos perecerán, si no es en el campo de batalla!”

Los sectores populares recibieron a los libertadores llevándoles mulas y caballos, mantas, ruanas, medicamentos, vestidos y comida. En el pueblo de Socha los revolucionarios también encontraron auxilios, reponiendo gradualmente las pérdidas de la campaña. Los pueblos originarios descendientes de la comunidad chibcha también se acercaron al ejército bolivariano con provisiones de tabaco, pan y chicha destilada de maíz (bebida alcohólica artesanal de origen indígena). No era el de Bolívar un ejército con el porte marcial y napoleónico, sino, como lo describió un testigo de la época, “*una montonera de mendigos*”. Los soldados venían mal vestidos, descamisados y en una situación material bien distante de los ejércitos europeos. Con esa gente de origen bien popular —*pueblo en armas*— Bolívar ganó la guerra anticolonial.

Luego de estas operaciones, Bolívar consigue que Morillo suscriba un armisticio (objetivamente favorable a la revolución), por el cual se comienza a regularizar la guerra y a imponer una tregua momentánea en las hostilidades bélicas. El Libertador se entrevista con Morillo en Santa Ana, luego de lo cual el caudillo español se retira a España.

Batalla de Boyacá y creación de Colombia

El 7/8/1819 se produce un encuentro bélico que también quedaría en la historia. Se trata de la batalla de Boyacá, en la cual el ejército patriota derrota a las fuerzas leales a España. El combate de Boyacá fue la batalla decisiva que garantizaría el éxito de la campaña libertadora de Nueva Granada y una de las batallas más importantes de la guerra de independencia. Como consecuencia de este desenlace la Nueva Granada se erigió independiente. Poco tiempo después se proclamó el surgimiento de la República de Colombia, en la que se integraron, en principio, los territorios que hasta entonces se habían logrado liberar, Venezuela y Nueva Granada, posteriormente se incorporan Panamá y Ecuador.

Boyacá marca la génesis de la república federativa de los territorios que hoy forman Venezuela y Colombia, en aquella época la gran Colombia pues recordemos que “*Colombeia*” había sido el nombre elegido por Miranda para referirse al continente conquistado por Colón.

La derrota realista de Boyacá agudiza las contradicciones en el bando español, tanto en el plano militar como dentro del alto clero y el bajo clero. En dicha batalla queda prisionero en manos patriotas el general realista Barreiro.

La situación en Santa Fe de Bogotá antes de que llegue Bolívar

Lejos de las estatuas y los relatos escolares que lo pintan casi como un Napoleón (tropical), Bolívar entra a Bogotá el día 10 de agosto de 1819 a las cinco de la tarde todo sudoroso, con una chaqueta deshilachada y completamente descamisado. Ante semejante panorama, una anciana que se acerca a recibirlo y saludarlo le dijo “*¡Dios te*

bendiga fantasma!”. Con ese aspecto, menos épico y totalmente alejado de las pomposas historias oficiales, el Libertador ingresa al Palacio de Santa Fe de Bogotá. En esos días deja sentada la administración en Santa Fe (aunque no la igualó con Venezuela) antes de marchar a la Angostura. Es entonces cuando realiza una de las elecciones más complejas de su vida. Creyendo contar con un amigo leal de la causa patriota y un republicano a toda prueba, designa a Santander como vicepresidente de Nueva Granada para que lo sustituya en sus ausencias. Aquel no había sido un héroe, ni nada semejante, en el campo de batalla. El Libertador privilegió en cambio sus dotes administrativas. En ese momento no pudo visualizar qué se escondía detrás de la retórica leguleya de este personaje esquivo y ladino que años más tarde lo combatiría y denostaría sin pudor.

En Santa Fe de Bogotá Bolívar adopta las siguientes medidas: (a) ordenó que los españoles partidarios del rey y los granadinos que habían sido traidores a la causa fueran expropiados; (b) exigió que el clero pagara los diezmos al Estado y les “sugirió” a los sacerdotes que esperaba de ellos... contribuciones voluntarias; (c) dispuso que los salarios de los funcionarios gubernamentales fueran reducidos a la mitad, mientras se establecía cuáles de esos empleos eran realmente indispensables; (d) propuso que todos los esclavos fueran liberados, a condición de que prestaran servicio militar en defensa de la patria durante dos años; (e) confirmó las distribuciones de algunas partidas de dinero para las viudas de los héroes y las mujeres de los compañeros que estaban en lucha. El 24/8/1819 desde Bogotá dirigió a los soldados de su ejército una proclama que decía: “*¡ Soldados! Desde los mares que inunda el Orinoco hasta los Andes fuentes del Magdalena, habéis arrancado catorce provincias a legiones de tiranos enviados de Europa, a legiones de bandidos que infestaban la América. Ya estas legiones destruidas por vuestras armas preceden al carro de vuestras victorias. ¡Soldados ! Vosotros no erais doscientos cuando empezasteis esta asombrosa campaña; ahora que sois muchos millares la América entera es teatro demasiado pequeño para vuestro valor. Sí, soldados, por el Norte y Sur de esta mitad del Mundo derramaréis la Libertad. Bien pronto la capital de Venezuela os recibirá por la tercera vez y su tirano ni aun se atreverá a esperarnos. Y el opulento Perú será, cubierto a la vez, por las banderas venezolanas, granadinas, argentinas y chilenas. Lima quizás abrigará en su seno a cuantos Libertadores son el honor del mundo moderno!. ¡Soldados! Millares de combates gloriosos os dan derecho para esperar otros millares de triunfos llevando en vuestros estandartes por divisa Boyacá!*”.

Conflictos en La Angostura

Mientras Bolívar estaba en Nueva Granada, en Angostura florecieron los conflictos de caudillismo por el liderazgo. Un problema que parece ser endémico cuando todavía los proyectos estratégicos están débiles y en su infancia. El caudillo Mariño, que era miembro del Congreso, en lugar de poner su atención en la guerra, dedicó sus energías a tejer un complot contra Zea, abogado y vicepresidente. Se presentó armado con su grupo de partidarios en las sesiones y empezó a obstruir en ellas la labor del vicepresidente. Mariño afirmó que, en ausencia de Bolívar, el país necesitaba que un militar se hiciese cargo del timón. Zea, temeroso que explote una guerra civil, renuncia. Entonces estos militares sacan a Arismendi —antiguo líder de la isla Margarita— de la cárcel y lo nombran vicepresidente de la república. Su primer acto consistió en nombrar a Mariño comandante en jefe del ejército de Venezuela. (Para hacer más embarazosa la situación, los legionarios británicos, temporalmente inmovilizados, empezaron a comportarse de un modo canallesco, criminal e insubordinado).

Eso ocurría el 14/8/1819 cuando la ciudad de Angostura estaba prácticamente sin gobierno. Bolívar decidió entonces marchar hacia allí, entrevistarse en el camino con Páez y poner un mínimo orden que le permita continuar la lucha contra los realistas (objetivo central que los caudillos regionales pierden de vista periódicamente). Bolívar actuó con guantes de terciopelo, intentando no herir susceptibilidades ni avivar el fuego. Llegó y habló con todos como si no estuviera enterado de los conflictos y problemas que habían tenido lugar durante su ausencia. El Libertador invitó a Zea a su casa y en lugar de ponerse a discutir y dirimir las disputas menores, lugareñas, simplemente locales, le planteó un objetivo macro e imponente: había llegado la hora de fundar la República de la Gran Colombia, integrando a Venezuela, Nueva Granada y Ecuador.

El sueño de la Gran Colombia

Intentando ganar adeptos y simpatías para la causa emancipadora e independentista, en La Angostura Bolívar dijo: *“La reunión de la Nueva Granada y Venezuela es el objeto único que me he propuesto desde mis primeras armas: Es el voto de los ciudadanos de ambos países, y es la garantía de la libertad de la América del Sur...El tiempo de dar una base fija y eterna a nuestra república ha llegado. A vuestra sabiduría pertenece decretar este grande acto social y establecer los principios del pacto sobre los cuales va a fundarse esta vasta República. Proclamadla a la faz del mundo, y mis servicios quedarán recompensados”*. El Libertador fue aclamado por el Congreso. Los caudillos regionales que hasta el día anterior desconfiaban de él y se peleaban con miopía entre sí, se sumaron al homenaje y al aplauso. Arismendi renunció a la Vicepresidencia y fue recibido por Bolívar como si nada hubiera sucedido.

Tres días después el Congreso decretó la disolución de la república de Venezuela y proclamó la fundación de la Gran Colombia con tres grandes departamentos: Venezuela, cuya capital sería Caracas; Nueva Granada, con Santa fe de Bogotá como capital y Ecuador, con Quito como capital. Su idea apuntaba originalmente a concebir la Gran Colombia como una nación de repúblicas, prolongando el legado de Miranda, apuntando a algo todavía mayor: la unificación de la América meridional y más aún, la Patria Grande. Zea, contento y orgulloso por el discurso de Bolívar, se puso de pie y anunció al Congreso: *“La República de Colombia ha sido fundada”*.

Más allá de las declaraciones pomposas, los vericuetos jurídicos y los anuncios formales, debe tenerse en cuenta que Bolívar funda la Gran Colombia en diciembre de 1819 desde una región liberada (Angostura) sin contar con todo el país real bajo dominio patriota. La nueva institucionalidad no preexiste. Se funda desde territorio liberado (por entonces todavía bajo dominio colonial). La soberanía popular y nacional se construye desde el poder revolucionario, no desde el fetichismo leguleyo de letras, papeles y leyes meramente declarativas, sin fuerza real. A partir de allí se convoca para el 1/1/1821 en Cúcuta para establecer la constitución nacional de la nueva república. Aunque la nueva estructura de la Gran Colombia tiene un matiz federal, progresivamente Bolívar va autocriticándose del federalismo que tanta desunión y desaveniencias genera. Para superarlos propone el centralismo (una solución no muy diferente a la elegida por San Martín, quien más al sur tuvo que lidiar con los mismos problemas de rivalidades locales).

La respuesta enemiga... ¿La independencia fue “un regalo”?

La historiografía tradicional, bochornosamente eurocéntrica, tiende a minimizar el enfrentamiento anticolonial. Si el historiador francés Pierre Chaunu llega a la

desvergonzada y malintencionada exageración de afirmar que la Independencia latinoamericana es exclusivamente producto de conflictos internos de la “España atlántica”, lograda prácticamente sin guerras, violencias ni resistencias; otros académicos de renombre y prestigio internacional (cuyas obras se siguen imponiendo con el pasar de las décadas como bibliografía obligatoria en las academias sin que nadie se anime a discutir las) repiten alegremente tesis similares. Si esto fuera cierto, ¿cómo es posible que el imperio colonial invirtió 100.000 soldados —en una escala demográfica y una población infinitamente menor que la actual— en la represión de la revolución latinoamericana?

No fue una concesión graciosa y gentil de la corona española la libertad americana. En Nuestra América la firme y decidida *guerra a muerte* llevada a cabo por Bolívar, ayudado por las guerrillas populares (tanto las de los llaneros en Venezuela como las que más al sur desarrollaban los indígenas y gauchos en la guerra de las republiquetas y la guerra montonera) habían desgastado y debilitado el poder realista a lo largo de todo el continente, desarmando y destruyendo en el camino la poderosa expedición conducida por Morillo.

Para recomponer fuerzas, ya derrotado Napoleón y con Fernando Séptimo reinstalado en el poder, la España absolutista apeló en 1819 a la Santa Alianza (con Prusia y Rusia) para sofocar la insurgencia nuestra americana que no podía doblegar. Rusia intentó enviar una flota hacia nuestro continente en ayuda del rey de España, pero sus barcos no tenían capacidad de atravesar el océano. Entonces España preparó una nueva expedición de 20.000 combatientes realistas y 47 buques de guerra (curioso “regalo” esta independencia latinoamericana donde el imperio apela a semejante cantidad de soldados para sofocarla). En el sur, ese mismo año San Martín le escribe al caudillo Artigas informándole de esa imponente expedición que se nos viene encima y pidiéndole que postergue la lucha intestina para aglutinar fuerzas contra los envalentonados colonialistas.

Justo en ese momento, el 1/1/1820, se produce el levantamiento del comandante Rafael Riego contra el rey Fernando Séptimo. La insubordinación se traduce en insurrección que reclama la restauración de la constitución liberal de Cádiz. Sin fuerzas para aplastarla, el rey cede. La invasión española no se puede concretar y en América Latina Morillo propone firmar un armisticio de un mes intentando el reconocimiento de la constitución de Cádiz. El jefe Morillo pretende entonces crear desconfianza entre los caudillos revolucionarios contra Bolívar. No lo logra. Crece el optimismo de Bolívar.

A inicios de 1820 la correlación de fuerzas enfrentadas señalaba que Morillo dominaba Venezuela, exceptuando al Orinoco, los llanos de Apure y algunas márgenes del oriente, y estaba al frente de un ejército de 15.000 hombres. El virrey Sámano contaba con 5.000 soldados que dominaban el litoral atlántico de la Nueva Granada y en Quito el general Aymerich tenía 5.000 hombres de tropa sometiendo al Ecuador. Tan sólo allí, sin contar el sur, los colonialistas poseían 25.000 soldados.

Bolívar frente a los españoles en América

Desde que salió de Angostura, Bolívar se había desplazado a San Juan de Payara y Guasualito en los llanos, a San Cristóbal y Táriba al oeste de Venezuela, a El Socorro, Bogotá, Tunja, Pamplona y Cúcuta en la Nueva Granada. ¡Todo en sólo 3 meses! Pasó el resto de 1820 entre San Cristóbal, Cúcuta, Mérida, Carache y Trujillo. Trató de observar los movimientos de Morillo, sin abandonar la movilidad de sus tropas. Comenzó a elaborar un nuevo plan de operaciones: “*Al fin me he resuelto a permanecer a la defensiva en Venezuela y pasar al ataque en Nueva Granada*”. En ese momento su

lema fue: “*con audacia en el plan y con prudencia en la ejecución*”. Se proponía lograr numerosos y pequeños enfrentamientos con los realistas en Venezuela y liberar las provincias de Cartagena, Santa Marta y Maracaibo. Sin embargo se dio cuenta que tenía una falta de cuadros patriotas; aunque la táctica de operaciones militares cambiaba, contaba con más caudillos militares de Venezuela que de Nueva Granada. Entonces Bolívar envió proclamas a los españoles, así como a las diversas zonas donde el enemigo colonialista había logrado mayor consenso. En esas proclamas mezclaba generosas promesas de protección, con firmes amenazas si se empeñaban en persistir actuando a favor de los realistas.

Aprovechando el *impasse* (relativo) de los realistas ante la imponente expedición colonial que esperaban de Cádiz y que se frustró pues nunca partió por la sublevación liberal, Bolívar le responde a Morillo “*En cuanto a la paz y unión que tanto desea el gobierno constitucional de la monarquía, responderé: que la paz es nuestro más ardiente voto, como la unión con la España nuestro más cruel suplicio; porque sin la independencia, la guerra y aún la muerte misma nos es más dulce que la amistad con nuestros destructores*”. Finalmente, el 27/11/1820 se encuentran el máximo líder de los independentistas y el máximo caudillo militar de los colonialistas, Bolívar y Morillo. Sellan en Santa Ana un armisticio de seis meses que, objetivamente, beneficiaba a las tropas patriotas. Bolívar escribirá: “*El armisticio de seis meses que allí concluimos y que mereció tantas críticas fue para mí un simple pretexto para permitir que el mundo viese a Colombia negociando con España en un pie de igualdad..., de potencia a potencia. Fue asimismo un pretexto para el importante tratado referente a la legalización de la paz... que puso fin a la horrible carnicería, al asesinato de los vencidos...*”. Sin embargo, en el campo republicano se genera cierta desconfianza hacia Bolívar por firmar el armisticio. Con este clima de desconfianza una vez más Páez, valiente y decidido a la hora de combatir contra los españoles, pero corto de miras estratégicas, hace gala de su miopía política.

Morillo quedó impresionado con Bolívar. En su informe secreto al gobierno de Madrid escribió: “*Nada es comparable a la incansable actividad de este caudillo. Su arrojo y su talento son sus títulos para mantenerse a la cabeza de la revolución y de la guerra; pero es cierto que tiene de su noble estirpe española rasgos y cualidades que le hacen muy superior a cuantos le rodean. Él es la revolución*”. La victoria obtenida por Bolívar en la entrevista de Santa Ana establecía un hecho sin precedentes: la existencia de la República de Colombia y su reconocimiento de hecho por España. Luego de aquella entrevista Morillo se retira a su país.

Bolívar en el retrato de O’Leary

Para conocer la vida cotidiana de Bolívar en 1820 nada mejor que recurrir a las *Memorias* de Daniel Florencio O’Leary [1801-1854], militar irlandés que fue su edecán a partir de 17/9/1819. Según O’Leary, Bolívar “*el Libertador solía levantarse a las seis de la mañana y luego de atender a su escrupuloso arreglo personal, pasaba a inspeccionar el cuidado de sus caballos. Vuelto a su cuarto, leía hasta las nueve, hora en que se servía el almuerzo. Acabado éste, recibía los informes del ministro de Guerra, de su secretario privado y del jefe de Estado Mayor. Oíalos paseándose en el cuarto, o sentado en la hamaca, de la que se levantaba repentinamente cada vez que alguno de aquellos informes le causaba sorpresa o llamaba su atención*” [...] “*Sus lecturas preferidas estaban referidas a la historia y la política, si bien amaba la buena literatura en general de la que tenía una predilección muy especial por la poesía*” [...] “*Bolívar tenía la frente alta, pero no muy ancha, y surcada de arrugas desde temprana edad,*

indicio de pensador. Pobladas y bien formadas las cejas. Los ojos negros, vivos y penetrantes. La nariz larga y perfecta: tuvo en ella un pequeño lobanillo que le preocupó mucho, hasta que desapareció en 1820, dejando una señal casi imperceptible. Los pómulos salientes; las mejillas hundidas, desde que le conocí en 1818. La boca fea y los labios algo gruesos. La distancia de la nariz a la boca era notable. Los dientes blancos, uniformes y bellísimos, cuidábalos con esmero. Las orejas grandes, pero bien puestas. El pelo negro, fino y crespo; lo llevaba largo en los años de 1818 a 1821, en que empezó a encanecer, y desde entonces lo usó corto. Las patillas y los bigotes rubios; se los afeitó por primera vez en el Potosí, en 1825. Su estatura era de cinco pies, seis pulgadas inglesas. Tenía el pecho angosto; el cuerpo delgado, las piernas sobre todo. La piel morena y algo áspera. Las manos y los pies pequeños y bien formados. Su aspecto, cuando estaba de buen humor, era apacible, pero terrible, cuando irritado; el cambio era increíble”.

Continúa O’Leary: *“Bolívar tenía siempre buen apetito, pero sabía sufrir hambre como nadie. Aunque grande apreciador y conocedor de la buena cocina, comía con gusto los sencillos y primitivos manjares del llanero o del indio. Era muy sobrio; [...] ni en la época en que más vino tomaba nunca le vi beber más de cuatro copas de aquél o dos de éste” [...] “Hacia mucho ejercicio. No he conocido a nadie que soportase como él las fatigas. Después de una jornada que bastaría para rendir al hombre más robusto, le he visto trabajar cinco o seis horas, o bailar otras tantas, con aquella pasión que tenía por el baile. Dormía cinco o seis horas de las veinticuatro, en hamaca, en catre, sobre un cuero o envuelto en su capa, en el suelo y a campo raso, como pudiera hacerlo sobre blanda pluma. Su sueño era tan ligero y su despertar tan pronto, que no a otra cosa debió la salvación de la vida en el Rincón de los Toros. En el alcance de la vista y en lo fino del oído no le aventajaban ni los llaneros. Era diestro en el manejo de las armas, y diestrísimo jinete, aunque no muy apuesto a caballo. Prefería la vida del campo a la de la ciudad. Detestaba a los borrachos y a los jugadores; pero más que a éstos a los chismosos y embusteros. Era tan leal y caballeroso, que no permitía que en su presencia se hablase mal de otros. La amistad era para él palabra sagrada” [...] “Su generosidad rayaba en lo pródigo. No sólo daba cuanto tenía suyo, sino que se endeudaba para servir a los demás. Pródigo con lo propio, era casi mezquino con los caudales públicos” [...] “«Bolívar derrotado era más temible que vencedor», decían sus enemigos. Los reveses le hacían superior a sí mismo”.*

La liberación de Venezuela

A partir de 17/4/1821 no se continuará con la consigna «guerra a muerte» sino que se buscará desarmar al adversario. La delimitación política de los campos entre patriotas y colonialistas ya estaba clara y definida, no hacía falta seguir como hasta entonces. En ese año por primera vez Bolívar cuenta con un ejército más poderoso que el de los realistas. Convoca entonces al congreso de Cúcuta y nombra a Nariño vicepresidente. Reúne a Bermúdez, Mariño, Urdaneta y Páez, y les expone un detallado plan de combate que convergerá exitosamente en Carabobo, la reconquista de Caracas y la independencia de Venezuela. Desde el lado granadino funda la Gran Colombia y, en una de sus decisiones políticas más controvertidas y que más dificultades le ocasionará, deja encargado de la presidencia a Santander, para continuar la revolución en dirección sur, siguiendo los pasos de Sucre y hacia el encuentro con la corriente emancipadora que encabeza San Martín. A partir de entonces el Libertador de la Gran Colombia comienza a organizar las primeras misiones diplomáticas para unir todo el continente. Entre otras cartas, le escribe al Libertador del sur.

Mientras rige el armisticio firmado con Morillo, se produce una sublevación en Maracaibo contra los españoles. Sin acuerdo o conocimiento de Bolívar, el general Urdaneta la alentó, organizó e impulsó por cuenta propia; el máximo líder independentista no lo desautorizó, sino que lo apoyó. Ante los hechos consumados, que favorecían sin ninguna duda los intereses y perspectivas de la revolución, Bolívar no vaciló y se puso al frente de su ejército, estableciendo su cuartel en Barinas. El Libertador felicitó a Urdaneta y se congratuló por la anexión de Maracaibo. Su posesión estrechaba a Venezuela con Nueva Granada. Su estrategia apuntaba a la acción combinada sobre Caracas, a pesar de la rivalidad de los caudillos Páez, Mariño y Bermúdez —entre otros— con los que debería seguir lidiando.

Batalla de Carabobo

La estrategia del Libertador dio sus resultados. Se derrotó con firmeza a los ejércitos colonialistas. Mediante el triunfo en la batalla de Carabobo (realizada el 24/6/1821 en las sabanas del mismo nombre cerca de Valencia, en territorio hoy perteneciente a Venezuela), se confirmó y aseguró la independencia de Venezuela del dominio colonial. En esa batalla murieron 1.200 soldados realistas y 200 patriotas. A pesar de las discordias internas en el bando republicano, Simón Bolívar logra realizar sus proyectos y continuar avanzando de manera demoledora contra los colonialistas. (El 28/11/1821 las tierras de lo que hoy es Panamá se emancipan del yugo absolutista y por voluntad propia se incorporan como nueva provincia a la gran república que Bolívar estaba construyendo).

Según el libro *El ser guerrero del libertador* del general (integrante del ejército burgués de Colombia) Álvaro Valencia Tovar, a diferencia de Boyacá, donde un ejército en movimiento tropieza con otro que se ha detenido para reposar, la de Carabobo es una batalla preparada. Allí se pudo observar y medir el inmenso poder que los factores psicológicos (“*las armas morales*” las denominaba Clausewitz) ejercen dentro de un conflicto armado. Una fuerza militar de 4.000 infantes y 2.500 jinetes nunca se había visto reunida en la guerra de independencia. Los realistas son dirigidos por el Mariscal de campo Miguel de la Torre.

El derrumbamiento sin lucha de la caballería realista marca la suerte de la batalla. Dos horas después de entablada, la batalla se decide por el ejército republicano. Carabobo es una gran victoria para las fuerzas republicanas y patriotas y una derrota estrepitosa para la monarquía colonial. Como afirma Jesús Santrich, el ejército Libertador, bajo el mando de Bolívar y de combatientes de la talla de José Antonio Páez, Rafael Urdaneta o José Francisco Bermúdez, sellaron la independencia de Venezuela mediante dicha contienda, y dieron las bases y argumentos que permitieron a Bolívar entregar un parte de victoria en el que destacaba que con el triunfo quedaba establecida la fundación de Colombia. El 28/6/1821 Bolívar entra nuevamente a Caracas. Gana la guerra pero tiene serias dificultades para gobernar Venezuela (lo mismo le pasaría a San Martín en el sur, principalmente en Perú). Las complicaciones de Bolívar con los caudillos venezolanos en el pasado (y de Cajigal con Boves en el lado realista), se repite entonces entre La Torre, militar colonial de academia y Tomás Morales, el salvaje segundo de Boves, para quien el concepto de la guerra sigue siendo el de la “legión infernal”: sangre, destrucción y aniquilamiento.

Constitución de Cúcuta... ¿democracia con esclavos?

Apenas 48 días antes de la batalla de Carabobo, el 6/5/1821, había sido instalado el

Congreso de Cúcuta (actual Colombia). Asistieron a él delegados de 19 provincias. Bolívar, que había observado con escepticismo la composición del órgano que iba a deliberar sobre asuntos de tanta importancia, no podía, sin embargo, asistir a las sesiones. Su conducción del ejército republicano en vísperas de decidir la liberación de Venezuela se lo impedía. Pese a ello, no dejó de observar en repetidas ocasiones sus desacuerdos con lo que estaba sucediendo en Cúcuta. Por ejemplo le decía a Santander: *“Esos señores (del Congreso) piensan que la voluntad del pueblo es la opinión de ellos [...] ¿No le parece a usted, mi querido Santander, que esos legisladores más ignorantes que malos, y más presuntuosos que ambiciosos, nos van a conducir a la anarquía, y después a la tiranía y siempre a la ruina?”*. Luego de la victoria de Carabobo Bolívar no esconde sus desacuerdos con la línea política predominante en dicho congreso. El Libertador le escribe al congreso solicitando se promulgue la definitiva libertad de los esclavos, que eran los artífices reales de las victorias patriotas. A cambio los abogadillos y politiqueros, muy rápidos para negociar prebendas y muy lentos para apoyar la libertad, sancionan la siguiente ley 1ª. del 21/7/1821, “Sobre la libertad de los partos manumisión y abolición del tráfico de esclavos”. En sus “considerandos” sobre la suerte de los esclavos, los convencionales no tienen vergüenza en afirmar que: *“se debe realizar extinguiendo gradualmente la esclavitud; de modo que sin comprometer la tranquilidad pública, ni vulnerar los derechos que verdaderamente tengan los propietarios”*. En su Artículo segundo esa vergonzosa ley sostiene que *“Los dueños de esclavas tendrán la obligación precisa de educar, vestir y alimentar a los hijos de éstas, que nazcan desde el día de la publicación de la ley; pero ellos, en recompensa, deberán indemnizar a los amos de sus madres los gastos impedidos en su crianza con sus obras y servicios, que les prestarán hasta la edad de diez y ocho años cumplidos”*. Esas normas jurídicas, hipócritas y falsamente liberales, repletas de artilugios para dejar todo como estaba antes de la emancipación de España, constituyen una excelente síntesis de las contradicciones de los procesos de independencia, con líderes político-militares como Bolívar o San Martín, partidarios de la emancipación total y completa de los esclavos y la liberación de la servidumbre indígena, y los abogados y políticos propietarios de esclavos, dueños de plantaciones y latifundios, burgueses y terratenientes más inclinados a defender sus propiedades y el viejo statu quo colonial que a extender socialmente la revolución que se ganaba en los campos de batalla.

No resulta casual que los norteamericanos apoyen la constitución de Cúcuta, al igual que Santander (su principal gestor), mientras Bolívar reitera una y otra vez sus quejas y críticas amargas. La constitución sancionada en Cúcuta se inscribía en la perspectiva jurídica norteamericana en la cual la democracia formal convivía sin ningún problema con la esclavitud, la institución más odiosa que ha conocido la humanidad. Por eso cuando las campanas de la capital granadina fueron sacudidas para anunciar y festejar la nueva Constitución Simón Bolívar expresó: *“Doblan por la muerte de Colombia”*... En medio de esas contradicciones, tiras y aflojes y disputas políticas por el rumbo social de la independencia política, Bolívar jura en Cúcuta el 3/10/1821 como presidente de Colombia.

Las dificultades de Pasto

Finalizando el año 1821, aunque se observaba una persistencia realista en Maracaibo, Coro, Pasto y Lima, los ejércitos patriotas habían obtenido varios éxitos de importancia. Carabobo fue una victoria demoledora. El Libertador había iniciado viaje desde Cúcuta hacia Bogotá, con la intención de continuar hacia el Sur. La incorporación de Panamá, junto con Venezuela, Nueva Granada y el Ecuador que marchaba a liberar, en una sola

república (fundamento de la Gran Colombia que había soñado Miranda), era estimada por Bolívar como el bien más preciado. Pero allí, en la frontera de lo que hoy es el sur de Colombia y el norte de Ecuador, se encontraría nuevamente con una persistencia anti republicana difícil de corroer. Las fuerzas patriotas tuvieron serias dificultades para ganar a los pueblos originarios del sur de Colombia y el norte de Ecuador para la causa independentista. Pasto se había declarado independiente el 13/10/1811, pero luego vuelve a manos realistas. La razón de esa resistencia no estaba tanto del lado realista o en la innegable fortaleza de la Iglesia Católica, sino en que las comunidades indígenas defendían la propiedad comunal de sus tierras y veían a las fuerzas criollas y a los ejércitos bolivarianos como disolventes de dichas comunidades. Los realistas, en una operación política sumamente inteligente, les prometían mantener sus tradicionales comunidades bajo protección real, mientras los patriotas de Bolívar promovían jurídicamente la división de la tierra. Estas medidas sociales bolivarianas podían ser sumamente progresivas frente al latifundismo, las grandes plantaciones esclavistas, los hacendados, terratenientes y gamonales —por eso las clases dominantes y los principales propietarios de la tierra terminarían abandonando a Bolívar y dándole la espalda—, pero resultaban amenazadoras si se aplicaban sobre los territorios y comunidades indígenas (similar incertidumbre vivieron después comunidades indígenas del Perú y el Alto Perú frente a las medidas bolivarianas destinadas a combatir el latifundio y la gran propiedad territorial de la oligarquía).

Por eso el Libertador tardó tanto en avanzar sobre esos territorios y fracasó tantas veces en Pasto (Bolívar se explaya largamente sobre el problema de Pasto en carta a Santander del 7/1/1822; llega a utilizar la expresión “*Vamos a luchar contra lo imposible*”). De 22.000 reclutas quedaban del lado patriota 1.000 soldados. Con la victoria de Bolívar en la batalla de Bombona (7/4/1822), Pasto no puede seguir resistiendo y firma la capitulación el 6/6/1822. Sucre termina derrotando a los realistas pastusos, Bolívar llega incluso a fusilar a dos curas (fanáticos contrarrevolucionarios) en Pasto. El Libertador pudo ganar más fácilmente para la independencia a los indómitos llaneros del Apure que habían luchado en las filas del feroz Boves que a los pueblos originarios del sur de Colombia y norte de Ecuador. Contradiendo cualquier evaluación histórica apresurada, ni los llaneros venezolanos eran “brutos y supersticiosos” ni los habitantes de Pasto eran “amantes de la monarquía española” o “gente pasiva subordinada completamente a la Iglesia católica”. Los primeros tardaron en ingresar a las filas patriotas por sus conflictos sociales con los mantuanos (que, impregnados de racismo, los despreciaban ostensiblemente). Los segundos por su justa defensa de la propiedad comunal de la tierra. Superando ambas dificultades, Bolívar supo ganar con paciencia e inteligencia política las simpatías de todos ellos, nutriendo los ejércitos libertadores con las clases plebeyas y populares y las comunidades originarias hasta entonces sometidas y despreciadas.

Rumbo al sur

Batallas de Pichincha y Bombona, rumbo... al sur

En 1822 Simón Bolívar y Sucre operan militarmente en tierra ecuatoriana. El 24/5/1822 Sucre vence en Pichincha (entre las tropas a su mando ya hay una división de combatientes internacionalistas sureños enviados solidariamente por San Martín). La capitulación de Quito se realiza un día después, el 25/5/1822 (recordemos que Quito había pegado uno de los primeros gritos de independencia de toda América el 10/8/1809). De este modo se produjo una especie de “influencia recíproca” entre las batallas de Pichincha, a cargo de Sucre, y de Bombona, encabezada por Bolívar. Como una operación de pinzas, ambas confrontaciones triunfantes abren el juego para poder dirigir las fuerzas republicanas hacia el sur.

Luego de tomar Pasto, en una de las campañas más dramáticas de la guerra independentista, Bolívar se une a Sucre, ya victorioso en Pichincha, y posteriormente a los patriotas de Guayaquil (ciudad que por entonces se encontraba en disputa entre Colombia y Perú), completando la liberación del Ecuador y redondeando el territorio emancipado de la Gran Colombia. Luego se encaminaría al ansiado encuentro con San Martín, sobre el que tanto se ha especulado en el terreno político e historiográfico. Dos años más tarde conseguiría las victorias de Junín y Ayacucho (donde nuevamente brillaría el joven Sucre, la figura que siempre lo acompañó y que se vislumbraba como su sucesor pese a las envidias y competencias de Santander), concretando en forma irreversible la emancipación anticolonial de América del sur. Finalmente fundaría, en las alturas de los Andes, la república de Bolivia.

Manuela Sáenz, la Libertadora del Libertador

Ecuador, que tantos dolores de cabeza militares provocara en Bolívar, le brindó también inmensas alegrías. Quizás la mayor fue conocer allí a Manuela Sáenz Aizpuru [1797-1856], joven ecuatoriana que se convertiría en su gran amor, su amante más fogosa (y eso que el Libertador tuvo muchas) y la compañera más significativa de su vida. Porque con él no sólo compartió el sexo y la cama sino también algo mucho más profundo y valioso, la pasión y el amor por la revolución latinoamericana. De joven, Manuela había sido internada en un convento, de donde se escapó. Luego tuvo un matrimonio con un rico inglés, el doctor James Thorne, de quien se divorció por Bolívar. Pero ella nunca fue simplemente “*la mujer de*”, como solía suceder en la sociedad tradicional. La “*Libertadora del Libertador*”, como se la conoce en la historiografía bolivariana o “*mi amable loca*” como la llamaba Bolívar en su correspondencia amorosa, tuvo una vida desprejuiciada que se adelantó a su tiempo. Era diestra en la espada, experta jinete, política sagaz y conocedora de la alta cultura (por ejemplo de la literatura clásica), pero por sobre todo una convencida revolucionaria independentista. Como su amiga también quiteña, Rosa Campusano ([1798- ¿?], amante de San Martín), Manuela hizo en el Perú —donde vivía con el inglés— trabajos de inteligencia contra las fuerzas colonialistas antes de trabar relación personal con Bolívar. Rosa Campusano y su amiga recibieron de San Martín por estas tareas anticolonialistas la Orden del Sol del Perú. Las dos muchachas se vincularon íntimamente a los libertadores no sólo por su innegable belleza femenina, sino principalmente por compartir el proyecto revolucionario. Más tarde, en la medida en que se fue comprometiendo todavía más con la causa, Manuela fue nombrada teniente coronela por su aporte político y militar a la independencia.

Con Bolívar, además de compañera, consejera y amante, Manuela tuvo un rol de protectora política, salvándole por ejemplo su vida en 1828 ante un grupo de conjurados a los que ella enfrentó, espada en mano, sobreviviendo a su vez por la rapidez de su acción. Y no sólo tuvo valentía física en el combate. Además fue ella quien vio más temprano y con mayor nitidez política la doblez y la hipocresía de Santander, incluso antes que el mismo Bolívar se convenciera de su papel nefasto en el proceso independentista y rompiera definitivamente con él. La correspondencia íntima entre el Libertador y su Libertadora desborda amor y pasión, pero también lucidez política y una comunidad de ideales en defensa de la Patria Grande. Una vez que muere Bolívar, ella declara “*Yo amé al Libertador, muerto lo venero, y por esto estoy desterrada por Santander...*”.

Mujer, lucha armada y revolución

La revolución latinoamericana tiene rostro de mujer, pero su papel fue ocultado y silenciado por las historias oficiales. En los viejos libros aparecen nombradas como “*Amazonas de la revolución*” como si fueran algo exótico, raro, excepcional. En realidad siempre estuvieron allí, en la lucha armada y la revolución. Sólo mencionaremos algunas pero... ¡no fueron las únicas! Sigue pendiente su reivindicación.

* **La Gaitana** [¿-?]: Heroína, cacica y líder indígena del siglo 16 de Timaná, en los Andes colombianos. También conocida como Guaitipán, condujo a su pueblo en los combates contra los colonialistas españoles entre 1539 y 1540.

* **Micaela Bastidas** [1745-1781]: Líder indígena junto a Tupac Amaru II. En el Cuzco sus verdugos le cortaron la lengua, le anudaron al cuello una cuerda desde lados opuestos y le patearon el vientre y los pechos. Antes asesinaron a su hijo Hipólito.

* **Bartolina Sisa** [1753-1782]: Combatiente y líder indígena aymara, compañera y comandante junto a su esposo, Túpac Katari [1750-1781]. Fue brutalmente asesinada y descuartizada por los “valientes” y “civilizados” colonialistas europeos el 5/9/1782, en la Paz, Bolivia (el 5 de septiembre fue instituido en honor suyo *Día Internacional de la Mujer Indígena*).

* **Manuela Gandarillas** [¿?-1812] y **Manuela Rodríguez Tercero** [¿?-1812] (compañera del líder insurgente Esteban Arze): Encabezaron la resistencia en Cochabamba contra los realistas. Dirigieron la batalla de San Sebastián, el 27/5/1812, primero con cuchillo, palos, barretas y piedras, luego con fusiles, cañones y municiones (cuando derrocaron al gobernador Antezana que se había rendido a los españoles). Las mujeres fueron al cerro de la Coronilla. La resistencia quedó en manos de este ejército femenino comandado por la anciana ciega, Manuela Gandarillas y las vendedoras del mercado. Las tropas realistas saquearon todo y capturaron a Manuela Rodríguez quien los enfrentó con dignidad. Belgrano escribió: “*Todas las noches, a la hora de la lista, un oficial de cada cuerpo militar preguntaba en alta voz: «¿Están presentes las mujeres de Cochabamba?» Y otro oficial respondía: «Gloria a Dios, han muerto todas por la patria en el campo del honor»*”.

* **Manuela Beltrán** [1725- ¿?]: En Nueva Granada lideró un motín contra los impuestos del Ayuntamiento de El Socorro. El 16/3/1781 Manuela rompió un edicto con nuevos tributos notificados por el visitador-regente Gutiérrez de Piñeres. Su gesto desembocó en la revolución de los comuneros contra el régimen del gobierno colonial.

* **María Luisa Cáceres de Arismendi** [1799-1866]: Valiente heroína de la resistencia de la isla Margarita contra el general Morillo, compañera del general Juan Bautista Arismendi [1775-1841]. Estuvo muchos años como rehén, confinada, castigada, humillada y vejada por la barbarie colonialista. Fue incluso obligada a beber sangre de

patriotas asesinados entre muchas otras perversiones del enemigo español.

* **Policarpa Salaverry** [1796-1817]: Joven republicana llamada La Pola. Junto con su novio Alejo Sabaraín, luchó al lado de Nariño. Con 14 compañeros, fueron capturados y descubiertos como integrantes de la red subversiva. Condenados a la pena capital el 10/11/1817. La Pola era una mujer revolucionaria muy querida. Esta mujer patriota enrostró a sus verdugos las infamias de la opresión. Fue conducida por dos sacerdotes sin poder impedir que arengara a la multitud. Expresó de nuevo a su pueblo: “¡Miserable pueblo! Yo os compadezco: ¡algún día tendréis más dignidad!”... Los verdugos la mataron de 6 balazos por la espalda.

Juana Azurduy y la guerra de las “republicuetas”

Fueron muchísimas..., pero Manuela Sáenz tiene una igual: Juana Azurduy [1780-1862], continuadora de Tupac Amaru, jefa insurgente y teniente coronela de las guerrillas del Alto Perú. Juana nació en Chuquisaca, cuando Bartolina Sisa y Tupac Katari sitiaban La Paz. Era mestiza, de madre indígena. Hablaba castellano, quechua y aymara. Con su compañero Manuel Ascencio Padilla [1774-1816] tuvo 5 hijos (4 murieron durante la guerra). Probablemente Padilla había conocido a Mariano Moreno en Chuquisaca. Juana y Manuel lideraron la guerra de guerrillas de las “republicuetas” (ella llegó a combatir embarazada de su quinta hija, los indígenas la veían como la Pachamama [Madre Tierra]), acompañados de caciques guaraníes y caudillos insurgentes hasta que el realista Aguilera degüella a Manuel en 1816 y le corta la cabeza. La lucha heroica contra los feroces colonialistas (que aplicaron guerra de exterminio, cabezas cortadas, torturas y vejámenes) continuó hasta 1825. Cuando en 1816, en la batalla de El Villar, Juana captura la bandera realista, Belgrano le regala su sable por su gran valor y solicita que la nombren teniente coronela del Ejército argentino. Juana y Manuel fueron amigos del general Belgrano y de los guerrilleros Arenales, Güemes y Warnes (alianza de indígenas, mestizos y criollos). Pero fueron despreciados por el gobierno porteño y sus militares de academia (como José Rondeau). Habiendo perdido al esposo y a 4 de sus 5 hijos, Juana se refugia 3 años en Salta combatiendo junto a Güemes (éste muere en 1821). Luego deambula en la miseria. En 1824 describe en una carta sus penurias. Nadie la ayuda. En 1825, por el localismo de Rivadavia, sumiso con Inglaterra y despectivo con los pueblos originarios, Bolivia se independiza de las Provincias Unidas a las que había pertenecido. Sus nuevas autoridades oportunistas se acercaron a Sucre sin haber luchado contra los realistas (incluso habían peleado en filas españolas). Ahora eran “jefes”, mientras Juana, corazón y cerebro de la insurgencia independentista, padece pobreza. En 1825, Simón Bolívar, luego de visitarla y verla en la miseria, también la nombró teniente coronela del Ejército colombiano (cargo que Juana ya tenía de los ejércitos argentinos a instancias de Belgrano). Elogiándola ante su Estado Mayor, le otorga una pensión. Luego de la visita, el Libertador le comentó a Sucre: “*Este país no debería llamarse Bolivia en mi homenaje, sino Padilla o Azurduy, porque son ellos los que lo hicieron libre*”. Aunque Alfonso Rumazo dice en su biografía *Manuela Sáenz (La libertadora del Libertador)* que “*Nada hubo de singular durante el tiempo de permanencia de Manuela en Bolivia*”, lamentablemente se olvida del intercambio con Juana. Manuela le escribe “*Sra. Coronela Juana Azurduy de Padilla: El Libertador Bolívar me ha comentado la honda emoción que vivió al compartir con el General Sucre, Lanza y el Estado Mayor del Ejército Colombiano, la visita que realizaron para reconocerle sus sacrificios por la libertad y la independencia*” (Manuela Sáenz: Carta a Juana Azurduy. Chuquisaca, 8/12/1825). Juana le contesta agradecida, admirando a Bolívar, pero criticando

duramente a “*los chapetones, patriotas de última hora, contra los que guerreamos en la revolución [...] Le mentiría si no le dijera que me siento triste cuando pregunto y no los veo, por Camargo, Polanco, Guallparrimachi, Serna, Cumbay, Cueto, Zárate y todas las mujeres que a caballo, hacíamos respetar nuestra conciencia de libertad. No me anima ninguna revancha ni resentimiento, solo la tristeza de no ver a mi gente para compartir este momento, la alegría de conocer a Sucre y Bolívar, y tener el honor de leer lo que me escribe*” (Juana Azurduy: Carta a Manuela Sáenz. Cullcu, 15/12/1825). Sola y pobre, esta guerrillera indomable muere a los 81 años, el 25/5/1862. Se la enterró en fosa común, con un ataúd llevado a mano por cuatro indígenas aymaras que le brindaron su reconocimiento y cariño.

Güemes y la guerrilla de los gauchos montoneros

Tanto la guerra de las “republicuetas” de las fuerzas indígenas y mestizas de Juana Azurduy del Alto Perú como la guerra gaucha de las provincias de Jujuy y Salta liderada por Güemes impidieron con su “guerra de recursos” (operaciones insurgentes irregulares) el avance realista hacia el sur, posibilitando de este modo que San Martín pudiera organizar desde Cuyo el cruce de los Andes y la liberación de Chile. La actuación de esta resistencia guerrillera en la guerra de independencia fue crucial. Sin ella, no hubiera sido posible defender el norte del país después de tres derrotas, ni las campañas de San Martín. Las masas populares de Salta y Jujuy y sus guerrillas gauchas defendieron al resto de la Argentina sin ayuda exterior. Martín Miguel de Güemes [1785-1821] fue el líder insurgente de esos gauchos montoneros en el norte argentino. Salteño de origen, a los 14 años se enrola en un regimiento de infantería. Viaja a Buenos Aires y participa de la reconquista de la ciudad frente a las invasiones inglesas de 1806 y 1807. Luego vuelve a Salta e integra como capitán la vanguardia de la primera expedición auxiliadora al Alto Perú al mando de Castelli y Balcarce. Jinete brillante y lúcido estratega militar, con un comando gaucha de operaciones móviles cuida la frontera de ataques realistas. Participa del triunfo en la batalla de Suipacha (7/11/1810) aunque injustamente su accionar no es destacado en el parte militar. Allí Castelli le ordena perseguir jefes realistas y capturarlos. Más tarde Güemes es ascendido a teniente coronel y enviado nuevamente al norte. Fue también vanguardia del Ejército del norte de Manuel Belgrano y jefe de las fuerzas de caballería de San Martín. Güemes ejerció la gobernación de Salta durante 6 años. Él y sus gauchos montoneros actuaron durante muchos años como un “colchón” entre las fuerzas realistas del Perú y el Alto Perú y las Provincias Unidas del Río de la Plata (a las que los colonialistas invadieron seis veces —todas rechazadas— vejando a la población, robando, violando mujeres, quemando viviendas y saqueando cosechas y ganado).

La guerra gaucha montonera en el sur del continente tiene mucha similitud con la guerra de los llaneros en Venezuela. Las dos fueron el complemento de los ejércitos regulares. Sin sus aportes nunca se hubiera triunfado sobre el colonialismo. En ambos casos se trata de guerras irregulares de fuerzas plebeyas, casi sin uniforme, mal comidas, que combaten a los realistas —españoles, godos, maturrangos, chapetones— con armas precarias (lanzas, piedras boleadoras, palos, sables, machetes y algún que otro fusil), logrando frenar y en muchos casos derrotar a los ejércitos de academia formados en la guerra y técnica europea. Paradójicamente, las fuerzas militares españolas, que habían derrotado la invasión napoleónica en la península ibérica con la guerra de guerrillas, luego recibieron su propia medicina, a pesar de la soberbia y la petulancia de sus jefes que menospreciaban a los nativos, cayendo derrotadas frente a las guerrillas indígenas, mestizas, llaneras y gauchas de Nuestra América.

Bolívar en el norte y San Martín en el sur supieron combinar la guerra regular y la irregular para articular ambos tipos de formaciones y de estrategias en una operación de pinzas contra los colonialistas. Bolívar lo hizo con el “león de Apure” Páez y otros caudillos de los llaneros. San Martín envió a Arenales así como Belgrano nombró a Warnes para que actuaran de común acuerdo con los pueblos originarios insurgentes acaudillados por Juana Azurduy y Manuel Ascencio Padilla en el Alto Perú y con los gauchos montoneros de Güemes en Jujuy y Salta. De esta manera Bolívar y San Martín implementaron, cada uno en su territorio, la doctrina del *pueblo en armas* y la *guerra revolucionaria de todo el pueblo* como fundamento de su combate anticolonialista, finalmente triunfante, por la emancipación continental.

Bolívar y San Martín

Las rivalidades

José Francisco de San Martín [1778-1850] constituye, junto con Simón Bolívar, uno de los principales líderes de las revoluciones de independencia de Nuestra América. La historia oficial —al servicio, consciente o inconscientemente, de las clases dominantes— suele enfrentar a los precursores de las luchas emancipadoras apelando a relatos unilaterales y malintencionados (“*Bolívar dictador, bonapartista, ambicioso y autoritario*”, “*San Martín monárquico, militarista y aristocrático*”, etc.). Con una mirada miope y sesgada, habitualmente localista, provinciana o regionalista, se defiende a un libertador a costa de insultar y denigrar al otro.

En Argentina, el general liberal Bartolomé Mitre [1821-1906], por ejemplo, creador de fábulas y mitos históricos de la burguesía, con el pretexto de cantar loas hagiográficas a San Martín (reducido a general limitadamente argentino e ideólogo de patrias chicas y separadas), no se cansa en sus libros de insultar y ensuciar al fundador de la Gran Colombia, esforzándose por hacer rivalizar ambas figuras, inventando un Bolívar codicioso y egoísta, que privilegia su prestigio personal y su ombligo por sobre la lucha continental. (Su corriente historiográfica llegó al extremo de aceptar como “pruebas documentales” cartas falsificadas y apócrifas para impugnar a Bolívar). Aunque con matices, comparten esa perspectiva historiográfica liberal el brillante Domingo Faustino Sarmiento [1811–1888], el más mediocre Vicente Fidel López [1815-1903] y el más divulgador Ricardo Levene [1885-1959]. En Venezuela Vicente Lecuna Salboch [1870-1954] y Rufino Blanco Fombona [1874-1944], hacen algo sumamente similar... pero al revés. Reaccionan rechazando con justicia los mitos de Mitre y defendiendo a Bolívar, pero para eso se inventan a su vez un San Martín blanquito, europeo, aristocrático y oligarca (que si combate fuera de su país es... para dominar pueblos, no para liberarlos). En ambos campos se condensa una manera cristalizada y tradicional de (mal) comprender América Latina y a sus libertadores.

Mitos y leyendas

A despecho de esos mitos que los enfrentan de modo artificial dibujándolos recíprocamente como ambiciosos y codiciosos, los dos libertadores terminaron pobres, sin un centavo, habiendo combatido contra el imperio y entregado lo mejor de sus vidas por la emancipación de todo un continente. Ambos fueron traicionados y abandonados por las burguesías mezquinas, miopes y lúmpenes de sus respectivos países, incapaces —por su dependencia con los grandes imperios capitalistas de ayer y de hoy— de construir una gran, poderosa y unida nación latinoamericana. Por lo general, los relatos tradicionalistas que oponen a Bolívar contra San Martín y viceversa, suelen ser acompañados de sumisa admiración por “la gran democracia” norteamericana y sus fundadores “republicanos”... y esclavistas.

¿Cuál es la estrategia implícita en esos relatos y leyendas elaborados para contraponer y trazar falsas dicotomías entre los libertadores de Nuestra América? Dividir y fragmentar América Latina, generar y alimentar odios nacionalistas de patas cortas, celos mezquinos de parroquia y rivalidades patrioterías de pequeña aldea (que algunas veces contaminan, incluso, a escritores progresistas y de izquierda...). Entre muchas otras, la polémica que enfrentó en los años '40 al argentino Eduardo Colombes Mármol (defensor de San Martín) con el venezolano Vicente Lecuna Salboch (defensor de

Bolívar) sobre la entrevista de Guayaquil constituye una muestra de ese espíritu patriotero que una mirada latinoamericanista y contemporánea debe dejar definitivamente atrás.

El falso San Martín

El verdadero San Martín es alguien muy distinto al general blanquito y europeísta que dibujaron los liberales Mitre, Sarmiento, Levene, etc. (los únicos que leyeron Lecuna y Blanco Fombona) y, tiempo después, los escribas de las Fuerzas Armadas argentinas. Éstos últimos inventaron un San Martín militarista a imagen y semejanza de ellos mismos. Para todos ellos San Martín aparece invariablemente como un fanático “anti-bolivariano” cuando la realidad es y fue muy distinta...

En la historia real, San Martín escribió sobre Bolívar: *“Puede afirmarse que sus hechos militares le han merecido, con razón, ser considerado como el hombre más extraordinario que ha producido la América del Sur. Lo que le caracteriza sobre todo y le imprime en cierto modo su sello especial es una constancia a toda prueba, a que las dificultades dan mayor tensión, sin dejarse jamás abatir por ellas, por grandes que sean los peligros a que su alma ardiente le arrastra”*. Como bien recuerda Norberto Galasso en *Seamos libres y lo demás no importa nada. Vida de San Martín* en su vivienda el Libertador del sur tenía tres retratos de Bolívar: primero, una miniatura que le regalara personalmente el otro Libertador al terminar la entrevista de Guayaquil, segundo, un extenso óleo pintado por Mercedes, su propia hija, realizado a pedido de su padre y el tercero, una litografía cuyo dibujo fue realizado por Quesnet y litografiado por Frey. La litografía llevaba una frase que habría pronunciado Bolívar: *“¡Unión, unión y seremos invencibles!”*. San Martín colgó en su dormitorio esta litografía de Bolívar en 1824 y la mantuvo hasta la muerte, más de un cuarto de siglo después... ¿Por qué guardar imágenes y cuadros de Bolívar (durante más de 25 años) en su propia casa si eran “enemigos”?

A su vez, Bolívar escribió sobre San Martín: *“El genio de San Martín nos hace falta y sólo ahora comprendo el porque cedió el paso para no entorpecer la libertad que con tanto sacrificio había conseguido para tres pueblos”* (Carta de Simón Bolívar a Sucre, 7/11/1824).

¿Quién era San Martín?

¿Quién era realmente José Francisco de San Martín? Aunque la historia oficial pretende lo contrario, su origen es plebeyo y popular. Como ha sugerido (y en gran medida demostrado) Hugo Chumbita, en su libro *El secreto de Yapeyú. El origen mestizo de San Martín*, éste nace cerca de Paraguay, en Yapeyú, ex misión jesuítica donde los indígenas guaraníes apoyaron a Artigas contra los portugueses. Niño de piel oscura y mestiza, su madre real fue Rosa Guarú, indígena guaraní que lo engendra, amamanta y educa hasta los 3 años, trabajando como criada, nodriza y sirvienta de Gregoria Matorras y Juan de San Martín (españoles blancos, que luego adoptan y anotan al pequeño como hijo propio y lo llevan a España). Su padre real fue el marino español Diego de Alvear y Ponce de León, de quien es hijo “ilegítimo”, extramatrimonial, pues Rosa —que lo engendra a los 17 y llega a vivir 112 años—, la mamá indígena del pequeño José, no era su esposa legal. San Martín es hijo mestizo de esa doble tradición. Su padre Diego de Alvear paga su carrera militar en Málaga junto con la de Carlos de Alvear (su hijo legal). Ya adulto, José Francisco regresa a su pueblo y se dedica a luchar por la independencia de América contra el mundo cultural al que pertenecía su padre

(algo que también le sucedió a Bolívar). Los dos libertadores tuvieron como madres y educadoras a mujeres del pueblo. Al pequeño José Francisco lo crió Rosa, su mamá indígena guaraní, al joven Simón lo amamantó y cuidó Hipólita, una mujer negra afrodescendiente.

Ese origen plebeyo y su rostro mestizo lo marcan a fuego. En Chile, la aristocracia blanca lo llama despectivamente “*el mulato San Martín*” y “*el paraguayo*”, según recuerda Benjamín Vicuña Mackenna. En Perú, las familias patricias lo desprecian llamándolo “*el cholo de Misiones*”. Según apunta Pastor Obligado, los españoles lo llamaban con desprecio “*el indio misionero*”. El general francés Miguel Brayer, que estuvo bajo sus órdenes y luego fue destituido, lo tachó de “*el tape [indígena cristianizado] de Yapeyú*”.

A los 5 años, los padres adoptivos de José Francisco lo llevan a España, lo anotan como propio y le dan su apellido. Su padre biológico no lo reconoció, pero aportó a cambio la ayuda económica para su carrera militar en Málaga. Allí José Francisco lucha en varias batallas (norte de África y España) y enfrenta las invasiones napoleónicas. De formación militar en la guerra de guerrillas europea pero de identidad mestiza e indoamericana, regresa a su patria en marzo de 1812 en plena efervescencia independentista, cuando la lucha democrática se trasladaba de las metrópolis a las colonias. Llega en el mismo barco que Carlos de Alvear, con quien comparte la Logia Lautaro (fundada por Miranda como logia político-operativa, no sólo simbólica), pero con quien entrará en contradicción al poco tiempo, a tal punto que Alvear intentó separarlo del Ejército y destituirlo cuando San Martín estaba en Cuyo preparando el cruce de los Andes (San Martín se resiste y finalmente le gana la disputa a Alvear). En 1812 San Martín aún no era “el líder” sino un joven provinciano recién llegado cuando los jacobinos de Mariano Moreno habían sido transitoriamente derrotados. Para formar su Regimiento de Granaderos a Caballo San Martín solicita 300 muchachos guaraníes de las Misiones, a quienes arengó en guaraní antes de la batalla de San Lorenzo (1813), clave de la independencia argentina. En 1814 asume el mando patriota del Ejército del Norte —donde habían luchado Castelli y Belgrano— de las Provincias Unidas.

Estando en Tucumán al frente del ejército del norte advierte que para liberar su país hay que encarar la emancipación continental y atacar el Perú, corazón de la contrarrevolución. Eso sólo sería posible a través de Chile, pues desde Salta “*la patria no hará camino por este lado que no sea una guerra defensiva y nada más, para eso bastan los valientes gauchos de Salta con dos escuadrones de buenos veteranos [...] Ya le he dicho a usted mi secreto, un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza para pasar a Chile y acabar allí con los godos [...] Aliando las fuerzas pasaremos por el mar a tomar Lima: ése es el camino y no éste*” (San Martín: Carta a Rodríguez Peña, 23/4/1814). Si San Martín simplemente estaba ejecutando un plan preestablecido en 1800 por el militar escocés Sir Thomas Maitland (como sostiene Rodolfo Terragno en *Maitland & San Martín*), ¿para qué se tomó el trabajo de ir al norte a reorganizar el Ejército en Tucumán? No fue respondiendo planes británicos que San Martín concibió —como Bolívar— la lucha continental. La historiografía eurocéntrica no puede aceptar que los latinoamericanos puedan elaborar sus propias estrategias. “*Bolívar gana la guerra... por la ayuda británica. San Martín triunfa... siguiendo planes británicos*”. En última instancia, si ambos logran triunfar, habría sido porque Europa se los permitió. Simples peones sumisos y obedientes. Por su cuenta serían incapaces. Una mentalidad típicamente colonial, domesticada y cipaya. Notorio complejo de inferioridad que perdura hasta hoy. En realidad, San Martín tenía en mente marchar fuera del Virreinato del Río de la Plata para liberar el continente porque el colonialismo era continental. Para lograrlo, desde Tucumán pide el traslado a Cuyo (llega a Mendoza en septiembre de

1814, 5 meses después de aquella carta), donde aplica las doctrinas económicas no de la inteligencia británica sino... del *Plan revolucionario de operaciones* de Moreno (propiedad estatal de las riquezas naturales, *concepción de la guerra como pueblo en armas*, impulso a la industria local y proteccionismo económico). Cruza la cordillera de los Andes en 1817 con un ejército de 5.423 combatientes de varias naciones. Libera Chile (venciendo en Chacabuco el 12/2/1817, declarando la independencia de Chile el 18/9/1818 y triunfando en Maipú el 5/4/1818) y alcanza por mar el Perú, la reserva estratégica del enemigo.

El Che Guevara y la estrategia de San Martín

Refiriéndose a la primera emancipación del sur de Nuestra América y a la estrategia desarrollada por los ejércitos libertadores de San Martín, el Che Guevara sostuvo: *“Perdónenme compañeros mi insistencia castrense en las armas. Sucede que estamos evocando un día en el cual el pueblo argentino manifestó su decisión de tomar la independencia contra el poder español y después de hacer el Cabildo Abierto, y después de aquellas discusiones de las cuales año tras año recordábamos en actos como estos, después de escuchar las manifestaciones de los obispos españoles que se negaban a la independencia y manifestaban la superioridad racial de España, después de todo eso, hubo que instrumentar aquel triunfo político de un momento. Y entonces el pueblo argentino tuvo que tomar las armas y expulsar de todas las fronteras al invasor español, había que asegurar la independencia de la Argentina, asegurando también la independencia de las hermanas naciones de América”* (Ernesto Che Guevara: *Discurso* del 25/5/1962 en La Habana, Cuba).

En ese mismo balance, proseguía afirmando el Che: *“Y los ejércitos argentinos cruzaron los Andes para ayudar a la liberación de otros pueblos. Y cuando se recuerda las gestas libertadoras, siempre nuestro orgullo más que el haber obtenido la libertad de nuestro territorio, y haber sabido defenderlo de la intrusión de la fuerza realista, es el haber cooperado a la liberación de Chile y a la liberación del Perú con nuestras fuerzas, con nuestros ejércitos. Aquello era más que un altruismo de las fuerzas revolucionarias, era una necesidad imperiosa, era el dictado de la estrategia militar para obtener una victoria de alcances continentales, donde no podía haber victorias parciales, donde no podía haber otro resultado que el triunfo total o la derrota total de las ideas revolucionarias”* (Ernesto Che Guevara: *Discurso* del 25/5/1962 en La Habana, Cuba).

Liberación del Perú

San Martín comanda la confrontación regular viajando por mar y desembarcando en el Perú (desde donde dirige la guerra de inteligencia) mientras el Ejército del Norte avanzaba desde Tucumán, pasando por la actual Bolivia (el Alto Perú) hacia las espaldas de las fuerzas españolas. La estrategia de San Martín combinaba formas distintas de lucha contra el imperio, las operaciones del ejército regular con divisoria del trabajo militar y la guerrilla de la montonera gaucha a caballo, la lucha de confrontación directa y la aproximación indirecta al enemigo español, la batalla abierta y la guerra de zapa (guerra de inteligencia en la cual se recogen datos y se desinforma al enemigo). Concebía la guerra a partir de la doctrina de *pueblo en armas* (que en España había experimentado en la resistencia guerrillera contra las tropas napoleónicas y que en el sur había teorizado Mariano Moreno). Esa estrategia puede corroborarse en sus Instrucciones para Álvarez de Arenales, donde se explaya con lujo de detalles sobre la

guerra de guerrillas y su combinación con la lucha de los ejércitos regulares (José de San Martín: Instrucciones para Juan Antonio Álvarez de Arenales. Cuartel General de Pisco, 4/10/1820).

Ya en Perú, luchando con 4.000 patriotas contra 20.000 realistas, proclama la independencia en 1821. Con sentido latinoamericanista deja sentado en la Constitución que serán considerados ciudadanos del Perú todos los nacidos en América. Mientras en el Perú lo nombran «Protector», el gobierno elitista y comercial de Buenos Aires siempre le da la espalda, le retacea recursos y lo deja abandonado. La oligarquía porteña se limitaba a hacer buenos negocios con Inglaterra sin romper del todo con España. San Martín en cambio, como José Gervasio Artigas y Mariano Moreno, propugnaba confrontar y finalmente declarar la independencia definitiva.

¿Liberación o represión interna?

A contramano de la estrategia de San Martín, el Directorio elitista de Buenos Aires (bajo mandato de José Rondeau) intentó utilizar los Ejércitos del Norte y de los Andes para la represión interna en las guerras civiles contra los gauchos montoneros de Artigas (Carta de José Rondeau a San Martín, 18/12/1819). San Martín se niega y desobedece. Se lleva el Ejército y, desoyendo las órdenes de Buenos Aires, cruza en enero de 1820 nuevamente la Cordillera de los Andes y vuelve a Chile para marchar a Perú. Su espada sólo lucharía contra el colonialismo europeo, no en una guerra interna. Por eso, poco antes le escribe a Artigas: *“No puedo ni debo analizar las causas de esta **guerra entre hermanos**; lo más sensible es que siendo todos de iguales opiniones en sus principios, es decir, en la emancipación e independencia absoluta de la España, pero sean cuales fueren las causas, creo que debemos cortar toda diferencia y dedicarnos a la destrucción de nuestros crueles enemigos, los españoles [...]. Cada gota de sangre americana que se vierta por nuestros disgustos me llega al corazón. Paisano mío, hagamos un esfuerzo, transemos en todo y **dediquémonos únicamente a la destrucción de los enemigos que quieren atacar nuestra libertad**. Unámonos contra los murrangos [los españoles] bajo las bases que Ud. crea y que el Gobierno de Buenos Aires vea más conveniente y después que no tengamos enemigos exteriores sigamos la contienda con las armas en la mano, en los términos que cada uno cree por conveniente; **mi sable jamás se sacará de su vaina por opiniones políticas, como estas no sean contra los españoles y su dependencia**”* (José de San Martín: Carta al Protector de los Pueblos Libres, Señor Don José Gervasio Artigas, 13/3/1819). Es el mismo pensamiento de Bolívar, quien se oponía en la Gran Colombia a la “guerra de colores” entre distintas partes del pueblo. El enemigo era el imperio español.

En su “Orden general” de Mendoza, del 27/7/1819, San Martín había sentenciado: *“Compañeros del ejército de los Andes: La guerra se la tenemos de hacer del modo que podamos: sino tenemos dinero, carne y un pedazo de tabaco no nos tiene de faltar: cuando se acaben los vestuarios, nos vestiremos con la bayetilla que nos trabajen nuestras mujeres, y sino andaremos en pelota como nuestros paisanos los indios: **seamos libres, y lo demás no importa nada...** Compañeros, juremos no dejar las armas de la mano, hasta ver el país enteramente libre, o morir con ellas como hombres de coraje”*. Frente a las agresiones de 1838 y 1845 de Francia e Inglaterra contra la Confederación argentina, San Martín escribió desde el exilio polemizando contra la complicidad de intelectuales y políticos criollos que las apoyaban: *“Lo que no puedo concebir es que haya americanos que por un indigno espíritu de partido se unan al extranjero para humillar a su patria”*. En su testamento, San Martín le regala su sable de combate al polémico caudillo argentino Juan Manuel de Rosas por haber resistido la

invasión europea de Inglaterra y Francia (a su vez Rosas, el 17/2/1869, decide dejárselo como legado simbólico al Mariscal Francisco Solano Lopez, presidente de Paraguay). Frente a esos ataques de los “civilizados” europeos, San Martín escribe: “*usted sabe que yo no pertenezco a ningún partido; me equivoco, yo soy de Partido Americano, así que no puedo mirar sin el mayor sentimiento los insultos que se hacen a la América. Ahora más que nunca siento que el estado deplorable de mi salud no me permita ir a tomar parte activa en defensa de los derechos sagrados de nuestra Patria, derechos que los demás estados Americanos se arrepentirán de no haber defendido por lo menos protestado contra toda intervención de Estados Europeos...*”(San Martín: Carta a Tomás Guido, 20/10/1845).

La entrevista de Guayaquil

Bolívar (descendiendo desde el norte) y San Martín (ascendiendo desde el sur) confluyen en Guayaquil el 26/7/1822. Están juntos aproximadamente 40 horas. Los dos se admiran recíprocamente. No se conocen previamente en persona, aunque Bolívar tiene informes previos sobre la personalidad, el carácter y la psicología de San Martín brindados por Manuela, quien lo conocía bien del Perú por ser amiga íntima de su amante Rosa Campusano y por haber sido condecorada con la Orden del Sol por el Libertador del sur (Manuela Saenz reconstruye esos informes sobre San Martín brindados a Bolívar en su *Diario de Paita*).

Los dos libertadores conversan, discuten y debaten sobre cuatro temas, algunos más urgentes, otros menos: (a) Los liderazgos de la lucha todavía pendiente contra el imperio español (b) La ayuda militar de Bolívar a San Martín para acabar definitivamente con los españoles en la sierra peruana, (c) La situación de Guayaquil que reclamaban tanto Colombia como Perú, y (d) la forma futura de gobierno de las nuevas naciones latinoamericanas tras la independencia. Como desenlace de esa entrevista, San Martín finalmente cede a Bolívar la dirección político-militar de la lucha continental y se retira sin quejas, convencido que ha cumplido su misión.

De los temas más urgentes que ambos debatieron, mucho se ha discutido sobre los auxilios militares que San Martín necesitaba de Bolívar, clave del asunto. Lo que nadie se pregunta es... ¿por qué los necesitaba? San Martín no pudo terminar su obra latinoamericana porque la oligarquía de Buenos Aires y sus cuadros políticos le dieron la espalda, lo abandonaron y le escamotearon recursos económicos y combatientes a cambio de negociaciones deshonorosas con los europeos. La oligarquía de Buenos Aires odiaba a Bolívar, tanto como despreciaba a San Martín (llegando al extremo de intentar destituirlo y separarlo del Ejército de los Andes en varias ocasiones hasta que finalmente lo dejaron solo y abandonado en sus campañas de liberación). Ese es en realidad “el gran secreto” —nunca mencionado ni analizado— de las discusiones entre los dos libertadores en la entrevista de Guayaquil, como anota en sus apuntes biográficos sobre San Martín el escritor Rodolfo Walsh (ver apéndice en este libro). San Martín, con elegancia y sutileza pero sin callarse, se lo había remarcado tempranamente al jefe del gobierno porteño, el Director Supremo Pueyrredón, cuando le escribió “*Un justo homenaje al virtuoso patriotismo de los habitantes de esta provincia [...] Admira en efecto que un país de mediana población sin erario público, sin comercio ni grandes capitalistas [...] haya podido elevar de su mismo seno un ejército de 3.000 hombres, despojándose hasta de los esclavos, únicos brazos para su agricultura [...] en fin, para decirlo de una vez dar cuantos auxilios son imaginables y que no han venido de esa capital, para la creación, progreso y sostén del Ejército de los Andes*” (José de San Martín: Carta al Director Supremo Pueyrredón. Mendoza, 21/10/1816). Sin

ambigüedades ni eufemismos, el Libertador del sur le deja en claro en esta carta a la máxima autoridad política del Río de la Plata que Buenos Aires le negó auxilios y colaboración para formar y consolidar el Ejército de los Andes con el que poco tiempo después liberaría Chile y Perú, enfrentando a las tropas colonialistas. Esa inicial falta de auxilio se profundizaría con los años hasta convertirse prácticamente en hostilidad. Sin ese dato central, nada se entiende del encuentro de Guayaquil, de su desenlace ni de la decisión adoptada por San Martín.

Sujeto político y alianzas de clase

Ambos libertadores desbordan el objetivo limitado y los programas mezquinos de las burguesías criollas en los que en un comienzo se apoyaron. Superando esas limitaciones iniciales, tejen sueños de hermandad, igualdad y justicia. En un proceso complejo pero ininterrumpido van haciendo suyas las demandas de las grandes mayorías populares al comprender que el principal protagonista de la guerra de independencia es *el pueblo en armas* (integrado por mujeres y hombres mestizos, mulatos, negros, zambos, pardos, indígenas y blancos rebeldes, urbanos, llaneros y gauchos rurales) en la medida en que las traiciones políticas de los poderosos les muestran las vacilaciones de los de arriba y la abnegación heroica y sacrificada de los de abajo.

Bolívar se fue despojando de su origen mantuano hasta conquistar a las mayorías populares de llaneros, mulatos, mestizos, pardos, zambos, indígenas y negros que al comienzo le dieron la espalda (peleando del lado de Boves) y terminaron combatiendo en sus propias filas. Nacido mantuano (patricio de cuna criolla aristocrática), terminó defendiendo a los llaneros venezolanos y a los negros insurrectos de Haití.

San Martín no sólo adoptó como su mano derecha a un mulato (Bernardo Monteagudo, despreciado por la oligarquía de Lima que lo termina asesinando). Además apeló a la *guerra gaucha* y las montoneras de gauchos a caballo y con lanza encabezadas por Martín Miguel de Güemes, así como a la *guerra de las republiquetas* y las guerrillas de Juana Azurduy y Manuel Ascencio Padilla en los territorios indígenas del Alto Perú. Tejió alianzas con los indígenas pehuenches para cruzar la Cordillera de los Andes y dirigió proclamas en idioma quechua y aymará en Perú. Sin los pueblos originarios, mestizos, gauchos, llaneros, negritudes y todo el mundo de los pobres como sujeto político de Nuestra América nunca se hubiera ganado la guerra de independencia. Sabiendo esto y cargado de odio contra la esclavitud, ni bien llegó al Perú escribió “*Todo esclavo que desde esta fecha llegase al territorio independiente del Perú quedará libre del dominio de su amo, por el solo hecho de pisarlo*” (José de San Martín: Decreto aboliendo la esclavitud. Lima, 24/11/1821). Este decreto sanmartiniano se adelanta casi medio siglo a la famosa enmienda abolicionista de Abraham Lincoln en EEUU, sin que por ello Hollywood haga películas al respecto... De este modo la lucha nacional y anticolonial adquiriría un contenido social. Con ese decreto San Martín golpeaba doblemente, al imperio español esclavista y a la aristocracia igualmente esclavista de Lima.

La cuestión popular indígena

Tomando en cuenta esa concepción social plebeya, democrática y popular compartida con Bolívar, no es raro que preparando el cruce de los Andes, a fines de 1816, San Martín se haya reunido con caciques indígenas pehuenches en el campamento de El Plumerillo. Según Manuel de Olazábal, testigo presencial, allí San Martín les dijo a los caciques indígenas: “*Los he convocado para hacerles saber que los españoles van a*

*pasar del Chile con su ejército para matar a todos los indios, y robarles sus mujeres e hijos. En vista de ello y como yo también soy indio voy a acabar con los godos que les han robado a ustedes las tierras de sus antepasados, y para ello pasaré los Andes con mi ejército y con estos cañones... Debemos pasar por los Andes por el Sur, pero necesito para ello licencia de **ustedes que son los dueños del país**".* Esta última es exactamente la misma expresión de Bolívar en su *Carta de Jamaica* de 1815 quien se refiere a los indígenas como los "*legítimos propietarios del país*". San Martín continuaba de esta manera la tradición de Moreno, Castelli, Belgrano y Artigas quienes también concebían a los pueblos originarios y las masas populares y plebeyas como sujetos políticos centrales en la lucha de independencia. En 1819 escribe un oficio dirigido al Señor Cacique Panichines donde le dice "*Esté vuestra merced cierto con todos los de su parcialidad que nuestra amistad y buena correspondencia será eterna: que nosotros y los nuestros jamás la quebrantarán, y antes al contrario, si alguna vez se viesen en peligro o amenazados, los hemos de defender hasta derramar nuestra sangre*" (José de San Martín al Señor Cacique Panichines. Mendoza, 13/11/1819).

Luego, al llegar al Perú, San Martín lanza una proclama en quechua, aymará y castellano aboliendo el tributo indígena: "*A los indios naturales del Perú: **Compatriotas, amigos descendientes todos de los Incas.** Ya llegó para vosotros la época venturosa de recobrar los derechos que son comunes a todos los individuos de la especie humana, y de salir del estado de miseria y de abatimiento a que le habían condenado los opresores de nuestro suelo [...]. Nuestros sentimientos no son otros, ni otras nuestras aspiraciones, que establecer el reinado de la razón, de la equidad y de la paz sobre las ruinas del despotismo, de la crueldad y de la discordia [...] Me lisonjeo de que os manifestareis dignos compatriotas y descendientes de Manco Capac, de Guayna Capac, de Tupac Yupanqui, de Paullo Tupac, parientes de Tupac Amaru, de Tembo Guacso, de Pampa Cagua. Feligreses del Dr. Muñecas y que cooperareis con todas las fuerzas al triunfo de la expedición libertadora, en el cual están envueltos vuestra libertad, vuestra fortuna, y vuestro apacible reposo, así como el bien perpetuo de todos vuestros hijos. Tened toda confianza en la protección de vuestro **amigo y paisano el general San Martín**".* Allí San Martín apelaba a la memoria de los antiguos líderes insurgentes indígenas y a la de los recientes guerrilleros de las republiquetas como el cura Ildefonso Escolástico de las Muñecas. La rancia aristocracia de Lima no le perdonará jamás las ofensas cuando dijo "*Una porción numerosa de nuestra especie ha sido hasta hoy mirada como un efecto permutable, y sujeto a los cálculos de un tráfico criminal, **los hombres han comprado a los hombres**, y no se han avergonzado de degradar la familia a que pertenecen, vendiéndose unos a otros*" (San Martín: Decretos aboliendo el tributo, la mita, el pongo, la encomienda y el yanaconazgo. Lima, 12/8/1821, 27 y 28/8/1821) Lo odiarán tanto como a Monteagudo, a Sucre y a Bolívar. Es muy probable que una de las fuentes principales de la admiración de San Martín por el mundo popular indígena se haya nutrido de la obra del inca Garcilaso de la Vega (prohibido luego de la rebelión de Túpac Amaru), escritor que San Martín leía asiduamente y que incluso propuso reeditar en Córdoba (Argentina).

El proyecto en común

Un análisis serio y riguroso del vínculo complejo de Simón Bolívar y San Martín no deja lugar a dudas si se lo enfoca desde el siglo 21. Aunque ambos libertadores tengan diversos orígenes familiares y de clase, perfiles psicológicos, estilos personales y provengan de culturas nacionales distintas, los dos forman parte de un mismo proyecto de independencia y revolución continental. Bolívar pudo haber pensado en alguna

instancia de su vida en un poder ejecutivo vitalicio (al estilo de Pétiou en Haití) y en un senado hereditario. Esa visión está condensada en su proyecto de constitución para Bolivia. A su vez San Martín pudo haber imaginado en algún momento, junto con Manuel Belgrano, que una monarquía incaica constitucional (que reinstalara el reino de los incas aplastado por la conquista española) podría llegar a ser posible o deseable. Ya desde el exilio, San Martín confiesa “*por inclinación y por principio amo el gobierno republicano y nadie, nadie lo es más que yo*”, pero a continuación aclara que todavía no visualiza como posible ese tipo de gobierno en América debido a sus luchas intestinas (San Martín: Carta a Tomás Guido. Bruselas, 6/1/1827). No obstante, esos dos diagnósticos políticos y esas dos elucubraciones institucionales completamente coyunturales (ante la fragilidad de lo que Bolívar y San Martín consideraban aún como la “infancia republicana”) resultan realmente secundarias si se las analiza desde un ángulo macro y global. Algo análogo sucede con las controvertidas y polémicas muertes de Piar en Venezuela y de Manuel Rodríguez en Chile. Episodios, ambos, poco felices que no opacan lo más importante del legado y la obra de los dos grandes libertadores. Lo que de fondo une a los dos libertadores (más allá de anécdotas puntuales y a nivel estratégico y no sólo coyuntural), lo que tienen en común y lo que dejan como legado histórico es la confrontación a muerte contra el colonialismo europeo y el proyecto de unidad latinoamericana, el proyecto del *pueblo en armas* y la *guerra revolucionaria a nivel continental*, la liberación de los esclavos negros, la abolición de la servidumbre indígena, el fin de la humillación de los pueblos originarios y las masas plebeyas. Es por ello que tanto Simón Bolívar como San Martín siguen presentes en la lucha de nuestros días alimentando el fuego de la rebelión por la segunda y definitiva independencia de Nuestra América.

El internacionalismo

Bolívar en el Perú

Retirado el Libertador del sur, el Libertador del norte entra en Lima el 1/9/1823. Según el testimonio de las *Memorias* de su edecán O’Leary, en el Perú Bolívar “*Persuadió a las autoridades eclesiásticas a que diesen la plata labrada del culto; adjudicó al Estado el producto de las propiedades de los que, por haber desertado para servir al enemigo, habían perdido el derecho a la protección del gobierno, estableció impuestos y los hizo cobrar*”. Todas medidas absolutamente coincidentes con el *Plan revolucionario de operaciones* de Mariano Moreno. Un mismo pensamiento emancipador recorría Nuestra América.

En ese momento la situación interna del Perú era más que delicada, con una marcada rivalidad entre los políticos Riva Agüero y Torre Tagle. De hecho en el Perú, había dos países, uno asentado en Lima y el otro, en manos españolas, en los Andes. Perú había sido durante todo el período de las guerras de independencia el país más conservador en el cual la oligarquía criolla se sentía estrechamente unida a los colonialistas españoles. La razón de ese cristalizado conservadurismo social probablemente resida en el pánico y el temor con que los gamonales (terratenientes) blancos y criollos todavía recordaban la insurrección encabezada por Tupac Amaru II (aquella misma que tanta admiración había generado en Miranda, Belgrano y San Martín al punto en que los tres llegaron a imaginar la reconstrucción del Tahuantisuyo con un indígena en el trono). El carácter rebelde de los sectores plebeyos, principalmente pertenecientes al mundo indígena, crispaba aún más el racismo, el aristocratismo impostado y el colonialismo cipayo de las clases dominantes del Perú que querían ser, a toda costa, “blancas y puras”. Por eso fueron hasta el final bastión colonialista y sede del racismo más extremo. No casualmente Bolívar expresó: “*En el Perú no nos quieren porque somos demasiado liberales, y ellos no quieren la igualdad*”. Tampoco resulta caprichoso que toda la legislación de San Martín y Bolívar a favor de los indígenas y en contra de la servidumbre fuera considerada como letra muerta por la oligarquía limeña.

En el Perú, en 1821, el ejército colonial tenía 6481 indígenas y castas; 3461 europeos y 813 blancos criollos. En 1825 contaba con 500 ó 600 peninsulares de sus 5000 ó 6000 hombres. No obstante, los colonialistas se dividen. El virrey La Serna simpatiza con los “liberales” españoles mientras que el general Olañeta apoya el absolutismo de Fernando Séptimo. En ese clima Riva Agüero (profundamente despreciado por San Martín en su correspondencia) traiciona y se une al virrey La Serna. Bolívar detecta la traición interceptando cartas entre Riva Agüero y el virrey, donde ambos acordaban unir sus ejércitos para expulsar a Bolívar y los libertadores. También Torre Tagle había traicionado y acordado capturar a Bolívar junto con los españoles. Según recuerda años más tarde su ministro José Joaquín Mosquera, en ese clima difícil, cuando el traidor Riva Agüero amenazaba con la guerra civil, Bolívar se refiere a Sucre con una frase que pasaría a la historia: “*Usted es el hombre de la guerra y yo soy el hombre de las dificultades*”. A contramano de la historiografía oficial, eurocéntrica y euroccidentalista, que por un lado enaltece cualquier nimiedad ocurrida en Europa o EEUU apelando a la épica (a esos relatos Hollywood agrega siempre violines para emocionar al público), pero desconoce o minimiza sistemáticamente las luchas de Nuestra América, la guerra de independencia no fue un picnic ni un paseo de vacaciones. Por eso Bolívar se autodefine “*el hombre de las dificultades*”. Estando en Pasco (Perú), Bolívar pasa revista a una fuerza militar de 6.000 colombianos, 3.000 peruanos y un importante número de combatientes de San Martín que ahora luchan bajo

su mando. Desde allí Bolívar renuncia a la presidencia de Colombia (no le es aceptada).

Batalla de Junín

Afrontando la división colonialista interna, el virrey La Serna tuvo que destinar una parte de sus fuerzas ordenando a su general Valdez para que marchara al encuentro del indisciplinado general Olañeta, a quien derrotó empujándolo hacia el este de La Paz. Por su parte Sucre, quien ya había expuesto sus puntos de vista diferentes de Bolívar cuya táctica había sido esperar el momento más propicio para atacar a los realistas (como en su momento también había hecho San Martín, ambos grandes estrategias militares) comprendió entonces la lógica de esa táctica. Bolívar, como San Martín, lo sabían muy bien: había que golpear en el momento justo, ni antes ni después. Entonces Sucre recibe la orden de buscar el choque con el enemigo que, bajo la dirección de Canterac, dominaba los territorios de Jauja y sus alrededores, al este de donde comienza a nutrirse el Amazonas de los manantiales serranos. Bolívar forzó el combate con Canterac en el sitio de Junín, la tarde del 6/8/1824.

Ubicándose al sur del lago Chinchaycocho, Bolívar y su vanguardia de caballería habían detectado la caballería enemiga. El choque fue rápido y muy violento. Duró sólo una hora, sin dar tiempo a que se hiciera un solo disparo, los Libertadores empujaron a lanzazos a los españoles hacia los pantanos de la ciénaga, sin dejarles mayor espacio para maniobrar. Una vez más los llaneros (que años atrás habían seguido a Boves pero que ahora habían sido ganados definitivamente para la causa patriota), brillaron por su impetuosidad y valor de combate. El argentino internacionalista Necochea se cubrió de gloria en aquel campo, donde fue herido siete veces, capturado por los españoles y liberado nuevamente por los patriotas. Bolívar, maestro del entusiasmo, logró reactivar el espíritu de sus combatientes. Eran las batallas finales de la lucha anticolonial. El imperio español, que había humillado, vejado, violado y masacrado millones de indígenas, negros y mestizos, estaba ya herido de muerte. El saldo de Junín fue: 400 realistas y 120 republicanos muertos. El “temible” general Canterac se vio obligado a huir desesperadamente de Junín; intentando reunirse con las fuerzas del Virrey en el Cuzco y prepararse para la última batalla donde también sería derrotado.

Desde el sitio de Chancay el Libertador escribió a Santander: *“Los enemigos se han reunido en el Cuzco, tras del Apurímac que tiene soberbias posiciones... Hemos libertado más de veinte provincias sin tirar un solo fusilazo, la mitad del Cuzco está por nosotros”*. Santander recibe la noticia en un cómodo sillón. En lugar de congratularse por esta nueva victoria emancipadora, el Congreso colombiano suspende las facultades de Bolívar y lo destituye. ¡Exactamente la misma actitud que había tenido el Congreso de Buenos Aires frente a la campaña militar y los triunfos de San Martín! Defendiendo a Bolívar, Sucre amenaza entonces con una sublevación. Elevándose por sobre ese tipo de maniobras mezquinas, miserables y carentes de una estrategia continental, Bolívar estaba preparando en paralelo la convocatoria y las orientaciones para el Congreso Anfictiónico de Panamá. Dos miradas del mundo, no sólo distintas, sino opuestas y antagónicas. Santander mirando sus pies y su ombligo, privilegiando rivalidades de parroquia e intereses privados, Bolívar pensando en colectivo cómo unir nuestro continente para enfrentar a los grandes imperios europeos y norteamericanos. Los dos harían escuela, ambos tendrían descendientes...

Batalla de Ayacucho, un combate internacionalista

A finales de 1824 en la pampa de Quinua se llega al momento cumbre de la

confrontación bélica entre las tropas colonialistas y los ejércitos libertadores. La batalla de Ayacucho tiene lugar el 9/12/1824. Allí, bajo las orientaciones del Libertador y con un ejército internacionalista repleto de combatientes provenientes de varios rincones de Nuestra América, el Mariscal Antonio José de Sucre venció a las tropas realistas del virrey José de la Serna. Esa victoria termina de realizar la liberación anticolonial de casi la totalidad del territorio sudamericano. En la batalla de Ayacucho quedan 1.800 realistas muertos en el campo de combate y 700 heridos. Del lado patriota, son 310 los muertos y 600 heridos. Sucre tenía entonces 30 años, Córdoba 25 años. La principal y última batalla por la libertad de nuestro continente la dirigieron jóvenes revolucionarios que entendieron perfectamente que la juventud debe ser vanguardia en las luchas de liberación. Según el parte militar de Sucre, recordado en las *Memorias* de O'Leary, "*las fuerzas patriotas sumaban 5.780 hombres y los realistas del virrey La Serna 9.310 soldados. La victoria americana fue completa. Cayeron prisioneros el virrey La Serna con todos sus generales, empezando por Canterac y Valdés, con más de 600 oficiales y más de 2.000 hombres de tropas*". Manuela Saenz, la libertadora del libertador, combatió en la batalla, lanza en mano, vestida como capitana de caballería con casaca escarlata. Los cinco mil jóvenes que condujo Sucre, también joven, liquidaron el poder del "invencible" imperio español en nuestro continente.

Bolívar, repleto de júbilo, festejó como un niño contento el triunfo de Ayacucho. Estaba en Lima, junto con sus oficiales. Al recibir la noticia, comenzó a gritar "*¡Victoria! ¡Victoria! ¡Victoria!*", empezó a saltar y se puso a bailar solo. Entonces le escribió a Santander: "*¡Qué satisfacción tendrán en Colombia por la gloria de sus bravos hijos! Sucre ha ganado la más brillante victoria de la guerra americana*". En su pensamiento, el triunfo de Ayacucho estaba en el centro, no de los futuros negocios, del dinero o las empresas sino... ¡de la causa de los derechos del hombre! (El mismo pensamiento de Mariano Moreno...). Así lo expresó en una proclama militar: "*Soldados: Habéis dado la libertad a la América Meridional, y una cuarta parte del mundo es el monumento de vuestra gloria: ¿dónde no habéis vencido? La América del Sur está cubierta de los trofeos de vuestro valor; pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todos. Soldados: Colombia os debe la gloria que nuevamente le dais; el Perú, vida, libertad y paz. La Plata y Chile también os son deudores de inmensas ventajas. La buena causa: la causa de los derechos del hombre ha ganado con vuestras armas su terrible contienda contra los opresores; contemplad pues, el bien que habéis hecho a la humanidad con vuestros heroicos sacrificios. Soldados: recibid la ilimitada gratitud que os tributo a nombre del Perú. Yo os ofrezco igualmente que seréis recompensados, como merecéis, antes de volveros a vuestra hermosa patria. Mas, no... Jamás seréis recompensados dignamente: vuestros servicios no tienen precio. Soldados peruanos: vuestra patria os contará siempre entre los primeros salvadores del Perú. Soldados Colombianos: Centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo... Bolívar*" (Simón Bolívar: *Proclama a los soldados del ejército vencedor en Ayacucho*, Lima, 25/12/1824).

Leyes sobre la tierra y el mundo de los pueblos originarios

Los triunfos militares de Bolívar iban siempre acompañados de proyectos de transformaciones sociales. No se trataba de reemplazar la burocracia virreinal por una nueva burocracia criolla ni la clase dominante española por una nueva clase dominante local, dejando intacto el antiguo ordenamiento económico-social. ¡Había que cambiar el orden social de la colonia! (La rancia oligarquía lo advirtió rápidamente, por eso combatió a Bolívar, a San Martín y a muchos otros libertadores, intentando dejar todo

igual). Para modificar ese antiguo régimen económico-social, Bolívar promovió (por lo menos desde 1816 a su regreso de Haití cuando comprendió que la independencia sólo sería factible bajo la doctrina del *pueblo en armas y guerra de todo el pueblo*), en todos los territorios donde triunfó militarmente, la liberación de los esclavos, el fin de la servidumbre indígena y el reparto de las tierras, núcleo central durante la colonia del poder de los hacendados y plantadores esclavistas que se habían enriquecido por siglos con el trabajo y el sudor ajeno. Pero su legislación chocó con dos obstáculos. El principal fue el esperado, la férrea resistencia de las viejas clases dominantes a abandonar la base de su dominio social, la propiedad latifundiaria de la tierra. En segundo lugar, sus medidas de reparto y división agraria fueron vivenciadas de modo contradictorio por las antiguas comunidades indígenas que festejaban el fin de la servidumbre pero defendían sus tierras comunales trabajadas colectivamente y veían como una amenaza la división de la tierra (por motivos opuestos a los de la oligarquía). Según recuerda Eduardo Galeano “*En 1824, Simón Bolívar dictó el decreto de Trujillo para proteger a los indios de Perú y reordenar allí el sistema de la propiedad agraria: sus disposiciones legales no hirieron en absoluto los privilegios de la oligarquía peruana, que permanecieron intactos, pese a los buenos propósitos del Libertador, y los indios continuaron tan explotados como siempre*” (Eduardo Galeano: *Las venas abiertas de América Latina*). Esos decretos sobre la propiedad de la tierra de Trujillo, Perú, fueron sancionados el 8/4/1824 y el 4/7/1825. Bolívar establece que “*Cada individuo, de cualquier sexo o edad que sea, recibirá una fanegada de tierra en los lugares pingües y regados, y en los lugares privados de riego y estériles recibirá dos [...] los terrenos destinados a paecer los ganados serán comunes a todos los individuos*”. Por primera vez las mujeres indígenas eran incluidas como iguales. Poco después, el 22/12/1825, Bolívar promueve la abolición del tristemente célebre “tributo real”: “*los indios constituyen la clase más pobre de la sociedad, y deben quedar exentos de aquella carga*”. Sus decretos prohibían el trabajo forzado en minas, obrajes y haciendas (promovían que todo trabajador indígena debe recibir, sí o sí, un salario en dinero, previo contrato de trabajo voluntario, suprimiendo la mita, el yanacozgo, el pongueaje —servicio personal gratuito— y toda las formas de sujeción “extraecómicas” habituales en la dominación blanca y criolla sobre los pueblos originarios). Esas medidas dictadas en el Perú complementaban y profundizaban las que ya había decretado en otros territorios el 5/7/1820, cuando había prohibido la servidumbre en todas sus formas, disponiendo que se pagara íntegramente en dinero el salario de los trabajadores. Su objetivo era liquidar la dominación de la rancia y conservadora aristocracia limeña (la más colonialista de todo el continente desde los levantamientos de Tupac Amaru II) devolviendo la tierra a “*los indígenas, sus legítimos dueños*” (expresión ya utilizada en la *Carta de Jamaica* de 1815).

Pactos de fraternidad entre Colombia, Perú y México

Intentando dar pasos concretos para ir afianzando la unidad continental, el 6/7/1822 se realiza un pacto entre Colombia y Perú (del lado colombiano lo firma Joaquín Mosquera, del peruano Bernardo de Monteagudo). El 3/10/1823 Colombia firma uno similar con México. Bolívar envía a Mosquera a Chile y al Río de la Plata para intentar sumar fuerzas sentando las bases de una futura Confederación continental. Comentando la conducta deshonrosa de Bernardino Rivadavia ([1780-1845], Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores de Buenos Aires desde el 19/7/1821) y su completo rechazo a este tipo de iniciativas dirigidas a preparar las condiciones del futuro Congreso de Panamá, Bolívar le responde a Bernardo de Monteagudo (jacobino morenista, antiguo

colaborador de Castelli y mano derecha de San Martín, quien le había escrito el 14/7/1823), diciéndole: *“Mi querido amigo: Es un gran pensamiento el de usted y muy propio para alejar el fastidio de crear una cruel inacción, el de emplear su precioso tiempo en convidar a los pueblos de América a reunir su Congreso federal. El talento de usted servirá mucho en esta parte a la causa de la libertad y yo doy a usted las gracias, con anticipación, por el bien que hará a Colombia, pero debe usted saber que el gobierno de su patria de usted [el de Buenos Aires. N.K.] ha rehusado entrar en federación con pretexto de debilidad con respecto al Poder Federal [...] que por qué no se ha convidado a la América del norte [...] Últimamente nos ha dicho el señor Rivadavia, con un tono de superioridad muy propio de su alto saber, que no debemos confirmar a la Europa de nuestra ineptitud”*. Bolívar continúa enumerando los pretextos pueriles de Rivadavia y su contrapropuesta —elaborada por los ingleses y traída desde Lisboa— de hacer un congreso en Washington, invitando a Estados Unidos e Inglaterra. Continúa entonces diciendo *“De suerte como las uvas están altas, están agrias; y nosotros somos ineptos porque ellos [en el Río de la Plata, en plena guerra civil de Buenos Aires con las provincias del interior. N.K.] están anárquicos; esta lógica es admirable y más admirable aún el viento pampero que ocupa el cerebro de aquel ministro [...] Luego que Inglaterra se ponga a la cabeza de esta Liga seremos sus humildes servidores, porque, formado una vez el pacto con el fuerte, ya es eterna la obligación del débil [...] Yo creo que Portugal no es más que el instrumento de la Inglaterra, la cual no suena en nada, para no hacer temblar con su nombre a los cofrades, convidan a los Estados Unidos por aparentar desprendimiento y animar a los convidados a que asistan al banquete; después que estemos reunidos será la fiesta de los Lapitas, y ahí entrará el León a comerse a los convivios”*. (Carta de Simón Bolívar a Bernardo de Monteagudo. Guayaquil, 5/8/1823).

Aunque desde su juventud Bolívar había intentando tejer alianzas tácticas con Inglaterra (como Miranda, Mariano Moreno, San Martín y tantos otros independentistas de Nuestra América) para enfrentar al poderoso imperio español, nunca se confundió sobre los verdaderos móviles del León Británico que jamás hacía nada “gratis”. Por eso le advierte a Sucre que simplemente reemplazar a España por Inglaterra sería más de lo mismo: *“Cada día recibo nuevos refuerzos a mis opiniones políticas:... Inglaterra es la primera interesada en esta transacción, porque ella desea formar una liga con todos los pueblos libres de América y de Europa contra la Santa Alianza, para ponerse a la cabeza de estos pueblos y mandar el mundo”* (Simón Bolívar: Carta a Sucre, 24/5/1823).

Oposición de Bernardino Rivadavia a la Unidad latinoamericana

Mientras Bolívar tiene en claro que cualquier negociación con Inglaterra no puede perder de vista la voracidad del Imperio Británico, el ministro argentino Rivadavia expresa todo lo contrario. El 21/1/1823 Mosquera (ministro de relaciones exteriores de Bolívar) llega al Río de la Plata, enviado por el Libertador. Pretende convencer a Buenos Aires de que se sume a una confederación continental. Entrega la carta de invitación al Congreso de Panamá. Rivadavia lo recibe fríamente. Mosquera nombra entonces al Dean Gregorio Funes, de Córdoba, agente diplomático de Colombia en Buenos Aires. Poco después, en un intercambio de cartas entre las fuerzas opositoras a Rivadavia y partidarios de Bolívar, el Dean Funes le escribe a Mosquera: *“En una de las conferencias que he tenido con el ministro [me ha dicho] que la causa de nuestra independencia ha de venir terminada de la Europa. Esta expresión me hizo estremecer [...] La opinión más general es que se trata de coronar aquí al infante D. Francisco de*

Paula. No estoy ajeno de creerlo, pero me inclino más a que nuestra causa se ha puesto en manos del gabinete inglés. Hacen pocos días que partió para aquella Corte el coronel Alvear en calidad de Plenipotenciario. Amigo, yo veo esto de muy mala data y no encuentro donde fijar el pie, si no es en el consuelo de nuestro Libertador. Nada me fío de los ingleses". O'Leary, edecán de Bolívar, le responde al Dean Funes: "Convengo con usted que las repúblicas nuevas deben desconfiar enteramente de la mezquina y siniestra política de los gabinetes europeos. Éstos no consultan sino sus propios intereses".

Luego, Rivadavia se entrevista con Mister Forbes, Ministro de EEUU en Buenos Aires. Le expresa su preocupación por el Congreso bolivariano. Mr Forbes lo tranquiliza, le dice que EEUU no concurrirá. Según los informes de Forbes a su gobierno, Rivadavia *"expresó satisfacción por la decisión del Presidente de los EEUU, agregando que él no enviaría Ministro alguno al contemplado Congreso porque, dijo, «he decidido no apartarme un ápice de la senda de los EEUU quienes, por la sabiduría y experiencia de su Gabinete, como por la gran fuerza y carácter nacional, deberían tomar la dirección de la política americana»".* Apenas un mes después, Rivadavia recibe a Mister Parish, representante de la Corona británica. Le comunica que, aunque Inglaterra no controla ese Congreso, sí asistirá como observador a Panamá. Entonces Rivadavia, presuroso, cambia de decisión. Mr. Parish informa a Canning en Londres que su interlocutor argentino le había dicho que *"La presencia de un agente británico sería la mejor garantía para todos los nuevos Estados que concurrieran al mismo".* Como hasta ese momento Rivadavia había decidido no participar, le explica a su amo británico, siempre según Parish en su correspondencia con Canning, que *"la decisión de Gran Bretaña y de los Estados Unidos alteraba materialmente las miras y sentimientos de este Gobierno ante esa Asamblea".* Para eso designa a J.M.Díaz Velez, residente en el Alto Perú, quien finalmente no concurre a Panamá. Celebrando la siniestra y sumisa posición de Rivadavia, el general Mitre escribió años después *"Fue entonces que Rivadavia, poniéndose al frente del gobierno supremo de las Provincias Unidas, aceptó el reto y dijo con resolución «¡Ha llegado el momento de oponer los principios a la espada!» [...] El gobierno argentino, fuerte en sus principios, reaccionó contra el plan absorbente del Congreso de Panamá [...] Hasta Colombia, base militar de su gloriosa hegemonía protestó contra sus planes de engrandecimiento personal, con su congreso civilmente acaudillado por el vicepresidente Santander, segundo de Bolívar, que era y fue hasta sus últimos días un admirador de Rivadavia".* (Bartolomé Mitre: "Centenario de Rivadavia", Discurso del 20/5/1880 en Plaza de la Victoria, incluido en Bartolomé Mitre: *Arengas*).

Bolívar rumbo a Bolivia, abrazando al sur

Mientras tanto, luego de conocida la noticia de que en el Combate de Tumusla muere el general Pedro Antonio Olañeta (absolutista, ultracatólico, adversario del "liberal" La Serna y tío de uno de los asesinos de Martín Miguel de Güemes, líder de la guerra de guerrillas de los gauchos montoneros de Salta), Sucre avanza imparable hasta ocupar todo el Alto Perú. El joven Mariscal de Ayacucho se aposenta en Potosí, antigua capital de la expoliación colonial de los minerales y riquezas indígenas. Siguiendo sus pasos, Bolívar se traslada a La Paz, de allí sigue a Oruro y finalmente también alcanza Potosí. (Más tarde se desplazará hasta Chuquisaca, donde se había producido el primer asomo de independencia el 25/5/1809 con participación de Monteagudo. En Chuquisaca Bolívar visita con todo su estado mayor la casa de Juana Azurduy, máxima valuarte de la guerrilla anticolonialista).

Pero antes de pasar a Chuquisaca, en Potosí, Bolívar recibe una visita inesperada. Se trata de dos delegados de las Provincias Unidas del Río de la Plata que llegan a esa ciudad el 7/10/1825. Van a felicitarlo por libertar Colombia y Perú pero además a pedirle ayuda, ofreciéndole el liderazgo de la unidad entre Buenos Aires, Chile y Bolivia. Uno de los delegados es el general Carlos María de Alvear [1789-1852] (quien —en la hipótesis de Hugo Chumbita— probablemente haya sido hermano real de San Martín, quien era hijo bastardo del mismo padre y de madre indígena, lo que no impidió que más tarde Alvear y San Martín se enfrenten políticamente). El otro enviado es el doctor José Miguel Díaz Velez. Los delegados argentinos le solicitan su intervención frente al avance expansionista del Imperio del Brasil (que ocupaba militarmente la Banda Oriental, la zona de las misiones guaraníes y la provincia de Chiquitos), punta de lanza del imperio portugués que a su vez operaba internacionalmente como base de maniobra de los británicos. La propuesta política entregada a Bolívar por los delegados argentinos —disidentes en alguna medida de las posiciones oficiales de Rivadavia, enemigo de Bolívar y afín a Brasil-Portugal-Gran Bretaña— era atractiva y él la recibió contento, aun cuando estos delegados no habían descollado previamente como “grandes latinoamericanistas”. Concretamente Alvear chocó políticamente con San Martín, con quien había compartido la Logia Lautaro, pero al que había intentado infructuosamente remover de su liderazgo al frente del Ejército de los Andes, tratando de obstaculizar el cruce de la Cordillera. Además, siendo Director Supremo, Alvear le había escrito al embajador inglés la propuesta más servil que se pudiera imaginar: *“Este país no está en edad ni estado de gobernarse por sí mismo, y que necesita una mano exterior que lo dirija y contenga en la esfera del orden antes que se precipite en los horrores de la anarquía [...] En estas circunstancias solamente la generosa Nación Británica puede poner un remedio eficaz a tantos males, acogiendo en sus brazos a estas Provincias que obedecerán su Gobierno, y recibirán sus leyes con el mayor placer [...] Estas provincias desean pertenecer a Gran Bretaña, recibir sus leyes, obedecer su gobierno y vivir bajo su influjo poderoso. Es necesario se aprovechen los momentos; que vengan tropas que impongan a los genios díscolos y un jefe plenamente autorizado para que empiece a dar al país las formas que sean de su beneplácito, del rey y de la nación”* (Carta de Carlos María de Alvear a Lord Strangford [embajador inglés en Río de Janeiro], Buenos Aires, 25/1/1815). ¡Una oferta política monstruosa, servil y miserable! Aunque en esa coyuntura de 1825 simpatizó con Bolívar en sus disputas con Rivadavia, Alvear fue en su vida un oportunista, repleto de vaivenes, volteretas e infinitos zig zag.

Bolívar y Argentina, desde Bolivia

Bolívar responde con gratitud y grandes elogios para el pueblo argentino: *“aquel pueblo que empezó simultáneamente con nosotros la hermosa carrera de libertad que hemos terminado”* (Simón Bolívar: Arenga a los enviados del Río de la Plata Gral. Carlos de Alvear y Dr. J.M. Díaz Vélez, Potosí, 16/10/1825). Esa respuesta afectuosa y cálida, en la cual se lo lee nítidamente complacido por el ofrecimiento argentino, prolonga el abrazo que el Libertador había extendido años atrás a sus hermanos y hermanas del sur, cuando les (nos) escribió: *“Habitantes del Río de la Plata: Vuestros hermanos de Venezuela han seguido con vosotros la gloriosa carrera que desde el 19/4/1810 ha hecho recobrar a la América la existencia política que le habían privado los tiranos de España [...] Ocho años de combate, de sacrificios y de ruinas han dado a nuestra Patria el derecho de igualarse a la vuestra, aunque infinitamente más espléndida y dichosa [...] La República de Venezuela, aunque cubierta de luto, os ofrece su hermandad Y cuando cubierta de laureles, haya extinguido los últimos tiranos que*

profanan su suelo, entonces os convidará a una sola sociedad, para que nuestra divisa sea unidad en la América meridional” (Simón Bolívar: Mensaje a los habitantes del Río de la Plata. Cuartel Gral. de La Angostura, 12/6/1818).

Comentándole a Santander la entrevista con los argentinos, Bolívar dice: *“Los delegados de Buenos Aires están tan satisfechos del recibimiento que les he hecho, que no piensan más que en lisonjearme hasta el extremo de lisonja más exagerado. El gral. Alvear, que según todas las noticias es el militar de más crédito, y que realmente tiene mérito, se vuelve inmediatamente para Buenos Aires con grandes miras; él desea ponerse de acuerdo conmigo en todo, y por todo: ha llegado a proponerme (como pensamiento secreto) la reunión de la República Argentina y Boliviana, llevando toda ella mi nombre, él no abandona este proyecto por nada, y menos de llamarme a fijar los destinos del Río de la Plata; él dice que sin mí su patria vacilará largo tiempo, y que exceptuando cuatro individuos del gobierno, todo el pueblo me desea como un ángel de protección. Chile y Buenos Aires están en un caso igual y ambos me desean ardientemente [...] Ud. debe hacer los mayores esfuerzos para que la gloria de Colombia no quede incompleta, y se me permita ser el regulador de toda la América meridional [...] pida Ud. al congreso un permiso para quedarme un par de años en los pueblos al Sur del Perú [...] si me quiero ir por Buenos Aires estoy en la Guaira en 30 días [...] yo en Bolivia amenazo a todos los conspiradores de la América y salvo, por consiguiente, a todas las repúblicas. Si yo pierdo mis posiciones del Sur de nada sirve el congreso de Panamá y el emperador del Brasil se come el Río de la Plata y Bolivia”* (Simón Bolívar: Carta a Santander, Chuquisaca, 11/11/1825). Pero el entusiasmo internacionalista de Bolívar dispuesto a combatir en defensa de Argentina como si fuera su propia patria (¡era y es su patria... parte de la Patria Grande!), se chocó una vez más con las mezquindades y anteojeras provincianas, leguleyas, patrioteras y localistas de Santander, quien desde Colombia no le autoriza a trasladarse más al sur con el Ejército Libertador para concretar la libertad de todo el continente y auxiliar a sus hermanos del Río de la Plata que también le pedían ayuda a través de Manuel Dorrego, Tomás Guido (seguidor de Mariano Moreno y eternamente leal a San Martín, quien llamó a Bolívar “*el único Tutelar de América*”) y Deán Funes.

Bolivia, nueva pedagogía y Constitución

Bolívar no sólo liberó países. Además llegó a gobernar en una amplia región continental, tratando de imaginar una arquitectura institucional para las nacientes repúblicas recién salidas del colonialismo. Redactó leyes, elaboró decretos y promovió incluso constituciones. No solamente fue un revolucionario y un combatiente práctico. También se esforzó por reflexionar en el campo de la filosofía política y, bajando a tierra esas reflexiones de largo alcance, trabajó para ser legislador y gobernante. Por ejemplo, elaboró un proyecto para la Constitución de Bolivia, país bautizado de ese modo en su homenaje al que caracteriza como una *“república que ha nacido coronada por los laureles de Ayacucho”* y las armas republicanas triunfantes sobre el colonialismo europeo. El Libertador concibió esa Constitución, con todas sus limitaciones, tratando de superar los dos grandes fantasmas que quitaron el sueño a la filosofía política moderna, tanto europea como americana (desde Rousseau, Montesquieu, Locke y Kant hasta Mariano Moreno y Simón Rodríguez): la tiranía y la guerra civil o “anarquía” en el lenguaje de la época. El despotismo de las monarquías absolutas del colonialismo europeo así como también la guerra intestina y la ausencia completa de orden, autoridad y normas que desangró durante varios años a su Venezuela natal y a muchas repúblicas de Nuestra América.

Esa mirada de la filosofía política desde la cual redacta el proyecto de Constitución de Bolivia bebe sus fuentes en las enseñanzas de su maestro, don Simón Rodríguez, con quien aprendió a leer y estudiar a Rousseau y a desconfiar del liberalismo. No resulta casual que en su pasaje por Bolivia, el Libertador haya llevado a su antiguo maestro, otorgándole la dirección general de la enseñanza primaria (bajo el cargo de “Director de la educación Pública, Ciencias, Artes Físicas y Matemáticas”) y permitiéndole fundar escuelas mixtas basadas en la combinación del juego con el trabajo manual, así como también innovar en el terreno pedagógico (provocando, justo es reconocerlo, no pocos escándalos en la rancia oligarquía criolla que se horrorizaba de que sus hijos e hijas ya no leyeran textos religiosos y encima se volvieran “*vulgares artesanos*” al trabajar con las manos... bajo las exóticas enseñanzas de “*ese carpintero francés, materialista y satánico, corruptor de menores*” que además, sumamente excéntrico, se paseaba desnudo para que los jóvenes pudieran estudiar el cuerpo humano). Sucre, que defendía a don Simón frente a la oligarquía y la Iglesia, de todas formas le escribió a Bolívar diciéndole que su antiguo maestro “estaba causando más problemas que un ejército español”.

Junto con las enseñanzas roussonianas de su maestro, en su texto constitucional para Bolivia el Libertador apeló al ejemplo de Haití, que había sancionado dos constituciones, en 1806 y 1816. Adoptó ese modelo privilegiando la (relativa) estabilidad política que la isla rebelde había alcanzado, por contraposición con la zozobra de las nuevas repúblicas latinoamericanas atravesadas por los conflictos intestinos y la recurrente guerra civil, como le sucedió por ejemplo a Venezuela a partir de 1812 y a las Provincias Unidas del Río de la Plata a partir de 1820.

El pensamiento político en la Constitución de Bolivia

En el proyecto de Constitución boliviana, Bolívar elabora una arquitectura institucional sustentada en la democracia representativa indirecta, concibiendo diferentes poderes políticos: el ejecutivo (con presidente vitalicio y vicepresidente hereditario), el legislativo (compuesto de tres cámaras electas: el Parlamento de los tribunos, el Senado de los senadores y el Poder Moral de los fiscales), el judicial y el electoral.

El modelo principal que tiene en mente al pensar en un presidente vitalicio que mediante un ejecutivo fuerte garantice la paz frente a las recurrentes guerras civiles es el gobierno de Alexander Petión de la isla de Haití que describe como “*la república más democrática del mundo*” (Simón Bolívar: Discurso del Libertador al Congreso Constituyente de Bolivia, Lima, 25/5/1826).

Oponiéndose a una visión elitista de la política, en la cual gobiernan los que tienen riquezas, bienes y propiedades, Bolívar afirma “*Saber y honradez, no dinero, es lo que requiere el ejercicio del Poder Público*” (Simón Bolívar: Discurso del Libertador al Congreso Constituyente de Bolivia, Lima, 25/5/1826). Retomando aquellas lecturas juveniles de Rousseau, su proyecto establece que “*la soberanía emana del pueblo y su ejercicio reside en los poderes que establece esta Constitución*”. No es casual que Bolívar haya expresado, con sinceridad: “*Tengo mil veces más fe en el pueblo que en sus diputados*” (Simón Bolívar: Carta a Santander, 14/10/1826).

En ese proyecto de Constitución, Bolívar describe Nuestra América como “*un suelo incendiado de las brillantes llamas de la libertad*”. En ese sentido agrega que “*La naturaleza salvaje de este continente*” nos convida a la libertad y expelle el orden monárquico. Rechazando con dos siglos de anticipación la tristemente célebre “Doctrina de Seguridad Nacional” estadounidense (que regó el continente de desaparecidos y cientos de miles de tumbas NN), Bolívar condena la tortura, mientras sostiene explícitamente que la misión de los ejércitos consiste en guarnecer las fronteras: “*¡Dios nos preserve de que vuelvan sus armas contra los ciudadanos!*”. En ese texto constitucional, Bolívar rechaza con toda vehemencia “*la infame esclavitud*” que, conviene recordar, por aquellos años seguía imperando alegremente en los Estados Unidos de Norteamérica, paradigma republicano del pensamiento liberal. Bolívar escribe entonces indignado: “*¡Un hombre poseído por otro! ¡Un hombre propiedad*”, calificando la institución de la esclavitud como el “*ultraje más chocante*” desde el ángulo del “*santo dogma de la igualdad*”. En el mismo género de consideraciones modernas, Bolívar diferencia claramente la esfera privada de la moral y la religión del ámbito público correspondiente a la república de las leyes y Estado. Su proyecto culmina invocando “*la gran bendición del Cielo —la Soberanía del Pueblo— única autoridad legítima de las Naciones*”. (Simón Bolívar: Discurso del Libertador al Congreso Constituyente de Bolivia, Lima, 25/5/1826).

El águila, el león y sus ayudantes locales

La Unión Latinoamericana contra el panamericanismo

En medio de innumerables batallas militares y diplomáticas, alternando entre debates constitucionales y disputas por mezquindades localistas de las distintas patrias chicas, Bolívar no abandonó ni por un momento el viejo anhelo aprendido de Miranda: la Unión Latinoamericana y la creación de la Patria Grande. La unidad continental de todas las repúblicas recién nacidas, único remedio para enfrentar la voracidad de los grandes imperios y alcanzar un equilibrio internacional que sirviera de contrapeso frente al poder de las principales potencias europeas y norteamericana. Un sueño que lo persiguió desde joven y que lo acompañó a lo largo de sus interminables viajes a lomo de mula y caballo por incontables países. En sus charlas cotidianas, cartas, proclamas y declaraciones el Libertador nunca se cansó de hablar de “estrechar relaciones”, del “pacto americano”, de la “América unida”, de la “unidad de la América meridional”, entre muchas otras expresiones que se conocieron, por ejemplo, en su *Carta de Jamaica* o en su correspondencia con diversos líderes y políticos de Nuestra América (incluyendo, entre muchas otras, sus varias cartas fraternales dirigidas a San Martín). De este modo, sentando las bases del latinoamericanismo y el antimperialismo, Bolívar se oponía a la Doctrina Monroe, sintetizada en la cínica, hipócrita y brutal frase «América para los americanos» (que, en clave panamericanista siempre quiso significar: «América para los norteamericanos»), elaborada por John Quincy Adams y James Monroe, quien la convirtió en “doctrina” geopolítica a partir del año 1823.

Al llegar a Lima, Bolívar elaboró la circular que llamaba a reunión a los plenipotenciarios para organizar la Confederación. Allí decía “*Parece que si el mundo hubiese de elegir su capital, el Istmo de Panamá sería señalado para este augusto destino, colocado, como está, en el centro del globo [...] Cuando, después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro derecho público y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrará con respeto los protocolos del Istmo. En él encontrará el plan de las primeras alianzas, que trazará la marcha de nuestras relaciones con el universo. ¿Qué será entonces el Istmo de Corinto comparado con el de Panamá?*” (Simón Bolívar: Invitación a los gobiernos de Colombia, México, Río de la Plata, Chile y Guatemala a formar el Congreso de Panamá. Lima, 7/12/1824). Pedro Gual como Secretario de Estado de Relaciones Exteriores, instruía —orientado por el Libertador— a los plenipotenciarios Miguel Santamaría y Joaquín Mosquera, nombrados para México, Perú, Buenos Aires y Chile, para hacer tratativas y conformar una “liga verdaderamente americana”, una “confederación”, una “alianza”, pero no “ordinaria para la ofensa y defensa” sino como una “sociedad de naciones hermanas [...] unidas, fuertes y poderosas para sostenerse contra las agresiones del poder extranjero”. Dicha directiva dispone establecer “los cimientos de un cuerpo anfictiónico o asamblea de plenipotenciarios con los gobiernos del Perú, Chile y Buenos Aires” previendo la posibilidad de incorporarse “en un solo Estado, dos o más capitanías generales o virreinos”. Joaquín Mosquera llegó a acordar con el Perú aquel tratado que “obligaba a interponer sus buenos oficios con los gobiernos de los demás Estados de la América antes española, para entrar en este pacto de unión, liga y confederación perpetua”. Con los mismos términos se acordó un tratado con Chile y otro con México a través de Santamaría (Rivadavia decidió no participar y boicotear, aunque terminó vacilando siguiendo sumisamente los vaivenes de EEUU y las oscilaciones de Inglaterra). Mosquera y Santamaría, según orientaciones de Bolívar, promovieron el Congreso de Panamá o Asamblea de Plenipotenciarios de los Estados

Americanos. Nuestra América contra el imperialismo. David contra Goliat.

El Congreso Anfictiónico

Uno de los primeros antecedentes históricos del proyecto anfictiónico pertenece a Miranda. El 22/12/1797, varios años antes de iniciada la independencia, Miranda firma junto con el venezolano José del Pozo y Sucre y el chileno Manuel José de Salas, todos ellos «comisarios de la Junta de diputados de las provincias de la América Meridional» el “Convenio de París”. Como recuerda Ricaurte Soler en su libro *Clase y nación. Problemática latinoamericana*, en él Miranda proyectaba la formación de un “*Cuerpo representativo continental*”, evidente antecedente del Congreso Anfictiónico, para establecer relaciones en pie de igualdad con las grandes potencias.

Bolívar discute ácidamente con Santander sobre a quien invitar al congreso de Panamá. Mientras éste último hizo extensiva la invitación a los EEUU, abriendo la posibilidad de intervención de ese norte revuelto y brutal que nos desprecia, Bolívar se opone terminantemente a otorgarle al Congreso de Panamá un carácter Panamericano, según la naciente Doctrina Monroe. Dice Bolívar de EEUU en 1825: “*Aborrezco a esa canalla de tal modo que no quisiera que se dijera que un colombiano hacía nada con ellos*” (Simón Bolívar: Carta a Santander. Potosí, 21/10/1825). Cuatro años después volverá a afirmar: “*Los Estados Unidos son los peores y son los más fuertes al mismo tiempo*” (Simón Bolívar: Carta a Estanislao Vergara. Guayaquil, 20/9/1829) y también “*En mi concepto el mayor peligro es mezclar a una nación tan fuerte con otras tan débiles*” (Simón Bolívar: Carta a Patricio Campbell. Guayaquil, 5/8/1829). A pesar de su habitual rigurosidad y seriedad historiográfica, se equivoca notablemente el historiador Eric Hobsbawm al caracterizar el ideal de Bolívar como “panamericano” en su obra *La era de la revolución 1789-1848*. Derrotado ya el imperio español, Bolívar identifica —aunque con algunos matices y contradicciones— como primer enemigo a los anglosajones por su voracidad expansionista, marítima y comercial.

El Congreso sesionó del 22/6/1826 al 15/7/1826. Se inauguró en el Convento de San Francisco de la ciudad de Panamá. Asistieron dos delegados de Perú, dos de la Gran Colombia, dos de Centroamérica, dos de México, un observador de Inglaterra y otro de Holanda (hoy en día sus delegados corresponderían a 12 repúblicas). El cubano José Agustín Arango hizo de secretario. Los dos delegados designados por Chile finalmente no viajaron. Brasil aceptó la invitación pero se abstuvo de concurrir al congreso. El delegado argentino Díaz Velez nunca llegó. Los norteamericanos tampoco. El Congreso acordó continuar sus sesiones en Tacubaya (México), un año y medio después, reunión que fracasó por la escasa concurrencia de delegados. El fracaso del Congreso no pudo menos que entristecer profundamente al Libertador (algo similar a lo que le sucedió al no haber podido concretar la liberación de Cuba y Puerto Rico. Desde 1824 se había pactado con el representante de México en Bogotá, una acción combinada sobre Cuba y Puerto Rico, obstaculizada por los gobiernos de Washington y Londres que ya anidaban sus intenciones imperiales sobre esas colonias). En una carta del 4/8/1826 Bolívar se queja del fracaso del Congreso de Panamá. En varias ocasiones llamó despectivamente “republicuetas” a las naciones pequeñas, patrias chicas, fragmentos deshilachados —por la astuta diplomacia de Inglaterra, EEUU y la miopía de las oligarquías y burguesías criollas— de la Patria Grande.

¿En qué consiste el proyecto de la Patria Grande?

¿Qué lugar ocupa el problema de la nación en la independencia de Nuestra América?

¿Construir una gran nación independiente —confederación unida, integrada y soberana— constituye “una bandera burguesa”, despreciable para los trabajadores, sin importancia para el campo popular contemporáneo o, por el contrario, se trata de un desafío económico, político y cultural aún irresuelto? ¿Es la construcción de la nación latinoamericana una “cortina de humo” y una manipulación de la burguesía para engañar y distraer al pueblo o constituye una de las grandes incógnitas que marcaron a fuego las luchas del siglo 19 y que sigue pendiente en el siglo 21? ¿Las tradiciones de lucha independentista contra el colonialismo europeo carecen de importancia política para nuestro siglo 21 “porque no fueron revoluciones proletarias” ni lograron crear la Patria Grande o son antecedentes, tradiciones y marcas de identidad colectiva ineludibles para la revolución socialista continental? Reflexionar sobre el pensamiento bolivariano hoy presupone también formularse esos interrogantes para Nuestra América. Cabe aclarar que la expresión “Nuestra América” —corazón de la Patria Grande—, tan cara a José Martí en su obra homónima de 1891, resulta preferible a la de “América Latina” pues permite reunir toda la diversidad indo-afro-americana, incluyendo desde las comunidades de lengua castellana o portuguesa hasta las de lengua indígena, el Caribe anglófono o francófono y los haitianos que hablan créole. Como recuerda Ricaurte Soler, si bien luego fue teorizada y pulida por Martí, “Con la revolución de independencia nació la conciencia, la noción y la expresión de «Nuestra América»” (Ricaurte Soler: *Clase y nación. Problemática latinoamericana*). El proyecto de Bolívar apuntaba a la integración de las diversas patrias chicas de Nuestra América en la Patria Grande. Sus principales antecedentes fueron Miranda, Picornell, Manuel Gual y José María España. Para Miranda, “Colombia” significaba el resurgimiento del Tahuantisuyu incaico. En los escritos y discursos de Bolívar, el proyecto estratégico de la Patria Grande osciló entre: (a) considerar a todo el continente como “una sola gran nación” (por ejemplo en la *Carta de Jamaica* de 1815) y (b) pensarlo como una gran confederación de repúblicas en la cual la unidad continental no disuelve los estados nacionales (por ejemplo en escritos y proclamas entre 1822 y 1826, incluyendo el proyecto del Congreso Anfictiónico, donde la integración de los estados independientes no anularía la autodeterminación de las naciones). En cualquiera de las dos opciones el problema nacional latinoamericano —inconcluso— juega un lugar central.

Algunos historiadores han destacado la primera mirada de Bolívar (por ejemplo Jorge Abelardo Ramos en sus libros *América Latina, un país* y también en *Historia de la Nación Latinoamericana*). Otros han elegido privilegiar la segunda dimensión del pensamiento bolivariano (por ejemplo Luis Vitale en su obra *De Bolívar al Che. La larga marcha por la unidad y la identidad latinoamericana*). En realidad el original proyecto bolivariano integra ambas dimensiones, la más “utópica” —una sola gran nación— y la más “pragmática” —unidad en confederación de estado-naciones con derecho a la autodeterminación—. En ambos casos se trata de la unificación de Nuestra América no sólo política sino también cultural, económica y social. No hay una nación ya constituida, hay que crearla. Contra ambas interpretaciones, el general Bartolomé Mitre (admirador de Rivadavia y Santander, enemigo de Bolívar y fundador de una escuela historiográfica liberal antibolivariana) estigmatizó al Congreso Anfictiónico afirmando de manera completamente infundada que “Bolívar lo inventó para dominar a la América”.

Los yanquis sobre el Congreso de Panamá

Los EEUU (los mayores esclavistas del mundo, disfrazados de “liberales”, que abandonaron la esclavitud recién medio siglo después que Argentina o Colombia)

tampoco alcanzaron a participar del Congreso, aún habiendo aceptado la invitación de Santander. Bolívar invitó en calidad de observadores a Holanda y Gran Bretaña, únicas potencias europeas que no formaban parte de la Santa Alianza. Según nos recuerda Juvenal Herrera en su obra *Simón Bolívar: Vigencia histórica y política*, los EEUU ejercieron su oposición por todos los medios. John Prevost, agente del águila imperial en Chile, Perú y Buenos Aires, informó el 15/11/1822 a su gobierno de Washington: “*Se tiene la intención de invitar a la representación de los Estados Unidos tan pronto como los tratados sean ratificados para que presida una reunión que tratará de asimilar la política del Sur a la del Norte*”. Sin ser invitados todavía (después lo hizo el sumiso Santander), EEUU ya hablaba de su rebaño latinoamericano y su patio trasero atribuyéndose una *presidencia* que nadie había propuesto. A ese mismo prisma político pertenecen las instrucciones que el 27/5/1823 impartieron a Richard C. Anderson, Ministro de EEUU en Bogotá: “*Durante algún tiempo han fermentado en la imaginación de muchos estadistas teóricos los propósitos flotantes e indigestos de esa Gran Confederación Americana...*”. Toda la campaña contra Bolívar difundida por EEUU e Inglaterra, a través de sus agentes diplomáticos o consulares acreditados en las repúblicas recién nacidas, se incrementa cuando se conocen los primeros intentos de organización del Congreso de Panamá, aumentan su volumen cuando éste fracasa y llegan al clímax proponiendo la desintegración de la Gran Colombia y la desaparición física (y política) de la persona del Libertador. Por ejemplo, Heman Allen, Agente de EEUU ante el gobierno chileno, evalúa el 20/3/1826 que los ministros del gobierno de Buenos Aires (probablemente se refiera al obediente Rivadavia), se han apartado del proyectado Congreso de Panamá, porque “*de concurrir se sujetarían a los términos que Bolívar imponga a México, Guatemala, Colombia y el Perú*”, y agrega que “*uniformemente he sostenido que semejante asamblea sería prematura y no produciría ningún bien: que las armas de España no pondrían por más tiempo en peligro la independencia de los nuevos Estados; que no existía peligro de intervención en sus asuntos de ninguna potencia extranjera y que bajo tales circunstancias podrían dirigir mejor sus energías a mejorar sus cuestiones internas antes que a gastar parte de las mismas en alientos inútiles y quizás perjudiciales*”. Era la mirada soberbia del padre imperial que hablaba de sus niños díscolos.

William Tudor, cónsul de EEUU en Perú, escribió a Henry Clay, secretario de Estado, el 15/6/1826: “*De los resultados de la primera sesión del Congreso de Panamá, necesito decir poco... Algunas de las medidas del Congreso han producido gran enojo y desilusión aquí [Lima], habiendo existido la intención de trasladar sus sesiones a esta ciudad. La traslación a México demuestra el celo sentido por esa República y por Guatemala por los planes de Bolívar: Chile y Buenos Aires enviarán ahora sus delegados al mismo y todos esos estados se unirán para oponerse a la influencia del dictador [referencia de los yanquis a Bolívar]*”. Tudor insiste diciéndole que el Congreso Anfictiónico se había reunido “*para satisfacer el capricho y las ambiciones privadas de Bolívar... habiendo la sospecha de que Bolívar les impidió a Chile y a Buenos Aires concurrir*”. Poinsett, representante del gobierno de EEUU en México, había dicho escuetamente, el 27/9/1825, que “*sería absurdo suponer que el Presidente de los Estados Unidos llegara a firmar un tratado por el cual ese país quedaría excluido de una federación de la cual él debería ser el jefe...*”.

Nuestra América en la mirada imperial de Inglaterra y EEUU

En su investigación Juvenal Herrera aporta otros datos. El Primer Ministro británico, George Canning, pensando en contener a Francia, escribió el 20/8/1823 una carta

confidencial a mister Richard Rush, Ministro de EEUU en Londres: “*Antes de salir de esta ciudad, quiero dejar a usted de un modo el más preciso, aunque siempre en forma extraoficial y confidencial, mis ideas sobre la cuestión que discutimos brevemente en la última ocasión que tuve el gusto de verle. ¿No habrá llegado el momento de que nuestros gobiernos concluyan un acuerdo sobre las colonias hispanoamericanas? [...] Y si podemos ultimar ese arreglo, ¿no sería conveniente para nosotros y benéfico para el mundo entero que los principios en que se basara nuestro pacto quedasen claramente definidos y que los confesásemos sin embozo? Por lo que a nosotros respecta, nada hay oculto. 1. Consideramos imposible la reconquista de las colonias por España. 2. Consideramos la cuestión de su reconocimiento como Estados independientes, sujeta al tiempo y a las circunstancias. 3. No estamos, sin embargo, dispuestos a oponer obstáculos para un arreglo entre ellas y la madre patria, por medio de negociaciones amistosas. 4. No pretendemos apropiarnos ninguna porción de éstas colonias. 5. **No veríamos con indiferencia que una porción de ellas pasase al dominio de otra potencia.** Si estas opiniones y sentimientos son comunes al gobierno de usted y al nuestro, como lo creo firmemente, ¿por qué vacilaríamos en confiárnoslas mutuamente y en hacer declaraciones a la faz de la tierra? Si hubiera una potencia europea que acariciara otros proyectos o que quisiera apoderarse de las colonias por la fuerza, con el fin de subyugarlas para España o en nombre de España, o que meditara la adquisición de una parte de ellas para sí misma, por cesión o conquista, la referida declaración del gobierno de usted y del nuestro sería el medio más eficaz y a la vez el menos violento para intimar nuestra desaprobación común de tales proyectos... ¿querría usted cambiar algunas notas oficiales conmigo?”*. Mucho antes de la aparición del imperialismo contemporáneo —analizado por Lenin— los imperios y grandes potencias ya se repartían el mundo y Nuestra América, como si estuvieran jugando al ajedrez y se dividieran los peones. Era la pretenciosa “*carga del hombre blanco*” que debía colonizar y llevar la (supuesta) civilización a las colonias.

Rush hizo llegar urgentemente la proposición de Canning al presidente James Monroe, lo que produjo un fuerte impacto en Washington. Dada la importancia del asunto, Monroe decidió consultar a los ex presidentes Jefferson y Madison y a los principales funcionarios del gobierno, y todos ellos, con excepción de Adams, manifestaron su entusiasta acogida a la propuesta de Canning. La alianza de Estados Unidos (el águila maldita) con la poderosa Inglaterra (el león sanguinario) era algo trascendental, ¿quién podría resistirla? Sólo “el loco de Colombia”, como lo llamó Mister William Tudor del Departamento de Estado de EEUU, se animaría a desafiar a esos gigantes. Quizás hoy haya llegado la hora de recuperar y actualizar esa “locura”.

El monroísmo (de ayer y de hoy)

Como parte de ese reparto colonial del mundo, donde el sangriento león británico llevaba la delantera a comienzos del siglo 19 pero ya debía cuidarse de las ansias imperiales de la feroz águila norteamericana (que finalmente le ganará la partida durante los siglos 20 y 21) emerge el monroísmo. Tanto en la mirada colonial del británico Canning como en la estadounidense de Monroe, la tarea principal consistía en fragmentar el continente. Unir al norte, fragmentando al sur, fomentando en Nuestra América el regionalismo, el nacionalismo miope, provincial, aldeano, parroquial, de mirada corta y estrechamente patrioter. En lugar de una poderosa y gran Confederación de repúblicas unidas como soñaba Bolívar... más de 20 republiquetas, enemistadas absurdamente por el fútbol, el béisbol, el básquet, disputando de manera patética quien hace el carnaval más florido, quien tiene la bebida alcohólica más poderosa o quien

posee la playa más bonita.

Bolívar supo ver tempranamente lo que bastante más tarde desarrollará José Martí, gran conocedor de las patrañas de guerra psicológica y embustes propagandísticos del “monstruo”, como llamó a Estados Unidos, país que conoció de cerca por haber vivido allí. Bolívar no se dejaba engañar por la propaganda yanqui. Las célebres apologías de las supuestas virtudes republicanas y constitucionales no podían esconder, para quien supiera verlo, la naturaleza esclavista de esa curiosa “democracia” que mantenía millones de negros con las espaldas dobladas trabajando como bestias en el algodón — siempre en nombre de “la libertad”— para enriquecer a una burguesía que vendía esos productos blancos manchados de sangre a la industria textil británica, siempre ávida de sangre humana (pues también recibía materias primas ensangrentadas de la India). A diferencia de los serviles y genuflexos Santander y Rivadavia, el Libertador supo visualizar tempranamente que la supuesta “*nación más favorecida del genio de la libertad*” escondía un temible enemigo estratégico para nuestros pueblos. Por eso el bolivarianismo nace, ya en el siglo 19, como enemigo a muerte del monroísmo, disputa estratégica que se prolonga hasta nuestros días como cínicamente lo han reconocido con nombre y apellido los intelectuales del Pentágono en sus tristemente célebres *Documentos de Santa Fe IV*.

Estados Unidos tardó 63 años en concretar un Congreso a su medida, es decir Panamericano, opuesto a los ideales bolivarianos. Durante décadas fueron llevando al “rebaño” del patio trasero al redil de Washington, hasta que en 1889 pudieron celebrar la Primera Conferencia Americana, haciendo creer que, entre las repúblicas nuestroamericanas y los EEUU, podía existir una comunidad de hermanos. En ese tiempo, Cuba seguía intentando separarse de España: “*Si algún oficio tiene — sentenciaba José Martí— la familia de repúblicas de América, no es el de ir de arria de una de ellas contra las repúblicas futuras*”. Y, en cuanto a que los Estados Unidos sean considerados miembros de una misma familia con las repúblicas de Nuestra América, Martí fue muy claro: “*si dos naciones no tienen intereses comunes, no pueden juntarse, si se juntan, chocan*” (José Martí: “La Conferencia Monetaria de las repúblicas de América”. En *La Revista Ilustrada*. Nueva York, mayo de 1891).

Regionalismo y confusión política

Habiendo terminado de liberar todo el continente, Bolívar se ve nuevamente arrastrado a los conflictos regionales. La marca de los regionalismos, enfrentamientos y nacionalismos provincianos será muy difícil de borrar. Renace entonces el conflicto de los granadinos con el caudillo Páez y resurge de sus cenizas la rivalidad colombo-venezolana. En esa oportunidad el Libertador le escribe al León de Apure: “*Mi querido general: casi un tiempo he sabido que Morales se halla en La Habana pronto a expedicionar a la costa firme con 14.000 hombres y que en estas circunstancias, ha sido usted llamado a la capital para ser juzgado. En este estado de cosas hay que temerlo todo: anarquía y guerra, guerra y anarquía. Mucho me inquieta el partido que usted haya de tomar en un caso tan singular. Si usted viene, Morales se anima a expedicionar y se le convida por este medio a desolar nuestra patria. Si usted no cumple con la orden del Congreso, se introduce la anarquía que es peor que la guerra. Los legisladores al llamarlo a usted han dicho: perezca la república antes que los principios; sin ver que los principios se sepultan con la república*” (Simón Bolívar: Carta a José Antonio Páez. Magdalena, 6/5/1826).

Los cínicos abogados, soldados de pluma y leguleyos de Bogotá encontraron un nuevo pretexto para intentar sacarse de encima la sombra omnipresente de Bolívar, cuando se

enteraron de que Páez había enviado a Antonio Leocadio Guzmán ante el Libertador, para proponerle: “¡Vuelva al país! ¡Sea rey en Caracas! ¡Integre Venezuela y desde ese firme corazón de su propio país abarque con su visión Bogotá, Lima, Buenos Aires, La Habana!”. Bolívar recibió la propuesta secreta de Páez y le respondió en forma inmediata, sin lugar a ambigüedades: “a la sombra del misterio no trabaja sino el crimen”. Y dijo: “Ni Colombia es Francia, ni yo Napoleón... Yo no soy Napoleón ni quiero serlo; tampoco quiero imitar a César; aun menos a Iturbide. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. **El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano.** Por tanto, es imposible degradarlo... Diré a Usted con toda franqueza que este proyecto no conviene ni a usted ni a mí ni al país...” (Simón Bolívar: Carta a Páez, Magdalena, 6/3/1826). Al día siguiente le aclara a Santander: “Remito a usted la respuesta que doy a Páez, sobre la proposición que me ha hecho por medio del señor Guzmán. Esta respuesta va un poco fulminante aunque modificada con algunas cosas agradables a Páez... Supongo que mi respuesta no le gustará al general Páez, porque no convengo con sus ideas, pero yo creo que he debido hablarle con firmeza para que no precipite la república” (Simón Bolívar: Carta a Santander, Magdalena, 7/3/1826).

¿Bolívar emperador?

Antonia, la hermana del Libertador, fue muy clara con él cuando le afirmó: “Celebro infinito que vengas aquí con tropas como me dices. Esto está muy necesitado de tu presencia: hay mil picardías y partidos, pero en el momento que te presentes desaparece todo. Mandan ahora un comisionado a proponerte la corona. Recíbelo como merece la propuesta, que es infame, y parte de las potencias de Europa, a ver si concluyen con nuestra existencia miserable a manos de los partidos; pero di siempre lo que dijiste en Cumaná el año de 14: que serías siempre **Libertador o muerto. Ese es tu verdadero título**, el que te ha elevado sobre los grandes hombres y el que te conservará las glorias que has adquirido a costa de grandes sacrificios. Detesta a todo el que te proponga corona porque ese procura tu ruina. Acuérdate de Bonaparte e Iturbide y de otros muchos que no ignoras, estoy bien satisfecha de tu modo de pensar, y te creo incapaz de permitir semejante cosa, pero no puedo menos que declararte los sentimientos de mi corazón por el interés que tengo en tu felicidad”.

Rápidamente él se lo aclara a Santander: “Mi hermana me dice que en Caracas hay tres partidos monárquicos, democráticos y pandócratas, que sea yo **Libertador o muerto** [subraya Bolívar] es su consejo. Este será el que yo seguiré, aún cuando supiera que por seguirlo, pereciera todo el género humano. Yo enviaré al general Páez mi proyecto de Constitución para Bolivia por toda respuesta, a fin de que considere mis ideas sobre la estabilidad unida a la libertad y conservación de los principios que hemos adoptado... Esto y mucho más diré para borrarles del pensamiento un plan fatal, tan absurdo y tan poco glorioso: plan que me deshonoraría delante del mundo y de la historia... que me horroriza por principios, por prudencia y por enemigos, pues el me supone de una ambición vulgar y de un alma infame capaz de igualarme a la Iturbide y de esos otros miserables usurpadores. Según esos señores, nadie puede ser grande, sino a la manera de Alejandro, Cesar y Napoleón. Yo quiero superarlos a todos en desprendimiento... mi ejemplo puede servir de algo a mi patria misma pues la moderación del primer jefe cundirá entre los últimos y mi vida será su regla...” (Simón Bolívar: Carta a Santander. Magdalena, 21/2/1826).

¿Bolívar rey?

En sus últimos años de vida, sus enemigos acusan a Bolívar por supuestas ambiciones de ser rey. Pero en su correspondencia existen numerosos ejemplos, a lo largo de años, de su tajante oposición a la monarquía: *“Iturbide con su coronación ha decidido el negocio de la independencia absoluta de Méjico, pero a costa de la tranquilidad y aun dicha del país. Es muy probable que el clero esté muy descontento, porque le piden dinero, y más descontento aún el pueblo con el nuevo emperador, que más pensará en sostenerse contra los patriotas que en destruir a los realistas”* (Simón Bolívar: Carta a Santander. Cuenca, 13/9/1822). En ese mismo mes reitera: *“¡Qué locura la de estos señores, que quieren coronas contra la opinión del día, sin mérito, sin talentos, sin virtudes! Que quieren corona para justificar a nuestros enemigos, y para dejarlos respirar mientras que se ocupan en levantar tablas para entronizar la incapacidad y el vicio; y para distraer el verdadero patriotismo y el odio a los españoles”* (Simón Bolívar: Carta a Santander. Cuenca, 23/9/1822).

Un año después insiste: *“Este es el caso de decir: pecó contra los principios liberales y así ha sucumbido, como decía Bonaparte de sí mismo. ¡Qué lección, amigo, a los que mandan en el día! El que no está con la libertad puede contar con las cadenas del infortunio y la desaprobación universal. El abate De Pradt dice muy bien, que antes era muy cómodo mandar y que ahora no hay mejor empleo que el de ciudadano, que los oficios de reyes, ministros, sacerdotes, etc. son unos oficios que no valen nada, porque ahora se sigue a la inflexible razón”* (Simón Bolívar: Carta a Santander. Guayaquil, 29/4/1823). Durante ese mismo año, le reitera al que se convertiría en su principal adversario: *“¿Qué harán la España y Portugal con sus príncipes? ¿y cómo podrá la Inglaterra impedir a estos monarcas su traslación a las colonias que le queden fieles? ¿y estando en ellas no causarán trastornos entre nosotros?”* (Simón Bolívar: Carta a Santander. Lima, 16/9/1823). Un año más tarde, como si hiciera falta, vuelve a aclarar: *“Todo el mundo me está quemando con que soy ambicioso; que me quiero coronar; lo dicen los franceses; lo dicen en Chile, en Buenos Aires; lo dicen aquí sin mencionar el anónimo de Caracas. Con irme respondo a todo. No quiero más glorias; no quiero más poder; no quiero más fortuna, y sí quiero mucho, mucho mi reposo. No se me podrá tachar de egoísta, pues bastante he servido durante la revolución. Me queda un tercio de vida, y quiero vivir”*. (Simón Bolívar: Carta a Santander. Lima, 20/12/1824). *“A propósito de trampas: incluyo a usted una carta de Londres de un francés Velaly, agente del gobierno francés que está en grande intimidación, según parece, con el señor Hurtado... me aconseja que me haga proclamar soberano constitucional (este soberano no tiene un cuarto y vive de trampas). Si él fuera patriota no me aconsejaría tal cosa. Antes me escribió otra carta diciéndome que siguiera la conducta de Napoleón y que no esperase nada de la Inglaterra. El fin esta claro: sembrar la desconfianza y aumentar las divisiones. Yo suplico a usted que presente esta carta original al Senado, de mi parte, para que sepan esos señores, las condiciones del señor Hurtado, las miras de la Santa Alianza y lo más que se deduce de esta presentación. No quiero que mañana digan que yo tengo correspondencia secreta con los agentes de la tiranía. Yo quiero vivir libre y morir ciudadano”* (Simón Bolívar: Carta a Santander. Lima, 20/12/1824). Haciendo un balance final sostiene: *“Yo he sacrificado todo por la patria y por la libertad de ella; pero no puedo sacrificar el carácter noble de hombre libre y el sublime título de Libertador”* (Simón Bolívar: Carta a Santander. Magdalena, 7/6/1826).

Ruptura entre Bolívar y la burguesía liberal

Dentro del partido americano (como lo denominaba San Martín), el partido de la

Independencia que promueve una ruptura continental con el colonialismo español, convivían distintos segmentos sociales y tendencias políticas, a veces en alianzas y bloques de fuerzas, otras veces en tensión, algunas otras en enfrentamientos o incluso en guerras sociales. Las fracciones vinculadas a la oligarquía criolla americana, en cuyo seno se encontraban los mantuanos, los hacendados, los propietarios de minas, los estancieros y los plantadores; la burguesía comercial, generalmente portuaria, también criolla (por lo tanto enfrentada a la burguesía comercial monopolista pro-España); las capas de intelectuales urbanos, abogados y funcionarios y las grandes masas populares constituídas por las mayorías excluidas y subalternas, donde se encontraban los llaneros, los gauchos, los pueblos originarios y sus comunidades indígenas, los esclavos negros liberados y el pobrero urbano y rural. Estas grandes masas populares constituyeron la base de sustentación de las milicias patriotas de Nuestra América, los montoneros alzados, las partidas móviles y los ejércitos libertadores, todos ellos —en el conjunto de su abanico, incluyendo fuerzas regulares e irregulares— punta de lanza de la que nacieron las repúblicas recién conformadas.

Simón Bolívar, inicialmente de origen mantuano, a partir de la caída de la primera república venezolana, de la guerra social de 1812-1814 y de sus experiencias en la república de Haití con los esclavos emancipados, se distancia notablemente del estrecho mundo político de los “grandes cacahos”, modifica su visión social de la guerra de emancipación americana e incorpora como sujeto principal de la lucha a las grandes masas populares. No obstante, hasta 1825 mantiene todavía alianzas políticas con las fracciones más “liberales” de la burguesía criolla de la Gran Colombia. A partir de ese año, esos nexos, acuerdos y alianzas comienzan a debilitarse hasta romperse. Por eso la burguesía liberal sólo acepta al Libertador hasta 1825. Desde 1826 en adelante, esta fracción social y política comienza a nombrar y denigrar a Bolívar como “*el dictador*”, “*el tirano*” y “*el déspota*”. En privado lo insultaban llamándolo “*longanizo*” o el “*zambo*” (insultos muy similares a los que la aristocracia peruana dirigió a San Martín). Esa misma burguesía sostiene que Bolívar se hizo “*conservador*” entre 1826 y 1830. En realidad en ese período sucedieron dos cosas. En primer lugar, Bolívar profundiza a partir de allí, todavía más, la transformación iniciada en 1816 (cuando liberta a los esclavos y cambia radicalmente el carácter de la guerra revolucionaria, concibiéndola definitivamente como *pueblo en armas*). En segundo lugar, se tensa su vínculo político con Santander, figura leguleya y representante político de las fracciones de burguesía criolla al interior de los neogranadinos y la Gran Colombia, hasta el límite extremo de la posterior y previsible ruptura.

Santander contra Bolívar

Durante el período de tensión y disputas con Bolívar, Santander contaba con una considerable ventaja. Al no participar activamente en las campañas político-militares libertadoras, y al quedarse cómodamente en sus despachos de la capital bogotana, había podido tejer toda una urdimbre de medios adictos. Poseía el monopolio de la prensa a través de sus partidarios. Mediante los principales diarios comenzó a disparar ideológicamente munición pesada contra la figura y el prestigio político de Simón Bolívar, acusándolo de que pretendía coronarse. Algunos abogados llegaron incluso a promover “*el tiranicidio*”. Los medios de prensa que arremetieron contra el Libertador fueron principalmente *La Bandera Tricolor* (dirigido por Rufino Cuervo) y *El Conductor* (orientado por Vicente Azuero) y *La Gaceta de Colombia* (donde escribía Santander).

En estos periódicos-pasquines los articulistas alertaban al pueblo de Bogotá contra el

supuesto “César que volvía del Perú a oprimir a la nación”. Muchos de esos artículos literarios y panfletos difamatorios orientados a deslegitimar en la opinión pública a un Bolívar triunfante que volvía del sur habiendo terminado de aniquilar el poder colonialista español, fueron lanzados al gran público, orquestados en gran medida por Santander y financiados... con fondos oficiales. Para calumniar al Libertador, José María Obando, uno más de los tantos caudillos provincianos que florecieron en aquel período fundacional, escribía: “*La conducta manifiestamente sediciosa del Libertador, que en su simple carácter de general transeúnte había venido desde Guayaquil sacando de los presidios reos rematados, cortando causas criminales como la del coronel León Cordero, premiando con ascensos a los perjuros que habían trastornado el orden y ganando prosélitos a toda costa, había alarmado a todos los republicanos, y principalmente en la capital, en donde el jefe civil republicano, el ilustrado señor Azuero, guiaba la opinión pública por medio de los periódicos «Conductor» y «Bandera Tricolor» que advertían denodadamente a la nación el riesgo que iban corriendo sus libertades; sus escritos, los del general Santander, los del elocuente Soto, los del intrépido e ilustrado joven Florentino González, y los de los otros muchos recomendables patriotas, habían hecho de Bogotá otra Roma antigua. Se señalaban por su exaltación los coroneles Francisco de P. Vélez y José María Ortega, llegando hasta el caso de hacer testamento el primero, porque estaba resuelto a hacer también de bruto tan pronto como se presentase César en el capitolio*”. Este pretendido “César” era Bolívar, obviamente. Una personalidad difícil de tragar e imposible de digerir para el regionalismo localista y caudillesco disfrazado de “constitucionalista”, expresión política de las diferentes burguesías exportadoras, socialmente carentes de un proyecto político serio (incluso burgués) que integrara la gran nación latinoamericana sin depender en lo económico de las metrópolis coloniales y neocoloniales. Las cortas miras de estas burguesías cafetaleras y propietarias de esclavos, convertidas en enemigas declaradas del Libertador a partir de 1826, contribuyeron a dividir, escindir y finalmente fragmentar la Gran Colombia, el sueño de Miranda y de Bolívar.

Ruptura definitiva Santander-Bolívar

Desde Popayán Bolívar se enteró de la campaña en su contra de Santander. Bolívar eleva la apuesta y lo desafía: “*El 1 de enero le entrego al pueblo el mando, si el Congreso no se reúne para el 2 y después marcharé a Venezuela a dar allí mi última prueba de consagración al país nativo. [...] Consulte usted bien esta materia con esos señores, para que el día de mi entrada a Bogotá sepamos quién se encarga del destino de la república, si ustedes o yo*”. Santander recibe el impacto y retrocede: “*No cuente usted, mi general, con la constante fidelidad del partido disidente de Venezuela, ni con los veleidosos del Sur; el día menos pensado le faltan a usted y si (lo que no permita Dios que suceda) usted sufre alguna desgracia, esos señores lo abandonan y le hacen actas en sentido contrario a las pasadas, cuente usted solo con los pueblos de Nueva Granada, con nosotros solamente; nosotros jamás lo abandonaremos, en nosotros encontrará usted siempre amor, respeto, gratitud y obediencia; pero es menester que usted no nos abandone, que no nos sacrifique a los insensatos deseos de cuatro ambiciosos de Venezuela y de cuatro calaveras del sur, que oiga la opinión de estos pueblos, para que los lisonjee por todos los medios decentes y legítimos, que no nos posponga a los hijos de Venezuela*”. Nuevamente simula, hipócritamente, lealtad.

Cuando Bolívar se acerca a la capital, Santander sale con una comitiva a recibirlo, mientras adorna Bogotá con arcos triunfales y el lema en los balcones ¡“Viva la Constitución”! Tras la tensión inicial, Bolívar y Santander se encuentran en la Alcaldía

de Tocaima. Momentáneamente llegan a un acuerdo, postergando el previsible enfrentamiento. Santander disfraza su permanencia en el gobierno como si fuera subordinación a Bolívar. Detrás de su fetichismo leguleyo disputaba con Sucre la sucesión del Libertador. Su obsesión era el poder formal. Su apego jurídico era una puesta en escena y una pose (algo habitual en la política burguesa) pues cuando le convino apoyó con entusiasmo —mientras Sucre protestaba— insubordinaciones anticonstitucionales, como el levantamiento golpista contra Bolívar y la Gran Colombia del Ejército y la aristocracia del Perú que apostaba a la desintegración. Detrás del formalismo de la ley, Santander desnudó su pensamiento íntimo cuando declaró: *“Bolívar quiere provocar una guerra interior en que ganen los que nada tienen, que siempre son muchos, y que perdamos los que tenemos, que somos pocos”*. Ya en Venezuela Bolívar le escribe a Santander: *“Me escriben de Bogotá que no tengo dos amigos en esa capital. Prueba infalible de que, por lo menos, se trabaja contra mí”* (Simón Bolívar: Carta a Santander. Caracas, 6/2/1827). Santander responde: *“No puede usted imaginar la tristeza que me ha causado su importante carta del 6 de febrero. Cada día le encuentro en una posición más penosa, y mi leal afecto por usted me inspira las siguientes emociones. Quienquiera que le haya dicho que carece usted de amigos en Bogotá, le ha mentado...; pero el general Bolívar donde quiera que haya patriotas que aprecien sus dieciséis años de consagración al bien público...”*. Frente a tanta falsedad, hipocresía y doble moral, Bolívar acusó directamente a su enemigo de estar asesinando a la república y le hizo saber que la comedia de amistad entre ambos había llegado a su fin. Era una ruptura inevitable: *“Santander es un pérfido, no tengo confianza ni en su corazón”*. Y entonces le escribe al general Soubllette: *“Ya no pudiendo soportar más la pérfida ingratitud de Santander, le he escrito hoy que no me escriba más porque no quiero responderle ni darle el título de amigo. Sepa Vd. esto para que lo diga a quien corresponda. Los impresos de Bogotá tiran contra mí, mientras yo mando a callar los que tiran contra Santander. ¡Ingrato mil veces!!!”* (Simón Bolívar: Carta a Carlos Soubllette. Caracas, 16/3/1827).

Un loco y su ejército de negros

EEUU contra “*un loco y su ejército de negros*”

Después del Congreso Anfictiónico, las grandes potencias seguían preocupadas. William Tudor, representante de EEUU en Lima, envía el 3/2/1827 un informe sobre Bolívar al Departamento de Estado. Aún con comillas, no duda en caracterizar al Libertador, sin eufemismos ni medias tintas, como “*el loco de Colombia*”. ¡Toda una declaración política! En ese informe, Tudor escribe “*se ha publicado una proclama para la reunión de un Congreso el primero de mayo. El doctor Luna Pizarro ha sido llamado y hoy le envié los decretos y cartas para su retorno. Yo he sugerido su inmediato regreso: él es el más ilustrado, el más liberal y el más puro de los patriotas peruanos y el más versado en todas las cuestiones constitucionales. También La Mar con quien sostiene la más estrecha amistad, será, sin duda, elegido para la presidencia; bajo la dirección de esos dos hombres el Perú puede esperar la prosperidad y la felicidad...*”. El sacerdote y abogado Francisco Xavier de Luna Pizarro, allí tan alabado, había combatido a San Martín, desterrado a Monteagudo y había sido socio de los traidores Riva Agüero y Torre Tagle. El informe de Tudor contra Bolívar indica que el representante de EEUU en Lima dirigía en la práctica la política del Perú: envía decretos, ordena regresos, selecciona presidentes, adelanta escrutinios electorales, califica méritos, etc. Ni más ni menos que lo que hacen las embajadas de EEUU en la actualidad. “*La esperanza de que los proyectos de Bolívar —continúa Tudor— están ahora efectivamente destruidos, es una de las más consoladoras. Esto es no solo motivo de felicitación en lo relativo a la América del Sur, liberada de un despotismo militar y de proyectos de insaciable ambición que habrían consumido todos sus recursos, sino que también los Estados Unidos se ven aliviados de un enemigo peligroso en el futuro... si hubiera triunfado [Bolívar] estoy persuadido de que habríamos sufrido su animosidad*”. El Libertador había desaprobado las concesiones a los norteamericanos que querían imponerse en los ríos Magdalena y Orinoco; decretó que toda embarcación sujeta a disposición de otras potencias, como era el caso de EEUU e Inglaterra, sería “*desnacionalizada*”, arriado su pabellón y convertida en propiedad de los patriotas. Tudor prosigue en su informe y desnuda el corazón de la “gran democracia” norteamericana: “*... su fe principal [la de Bolívar] para redimirse ante el partido liberal del mundo la tiene depositada en el odio a la esclavitud y el deseo de abolirlos. Leed su incendiaria diatriba contra ella en la introducción a su indescriptible Constitución; tómense en consideración las pérdidas y destrucción consiguientes a la emancipación y que el régimen no podrá ser jamás restablecido en estos países; **téngase presente que sus soldados y muchos de sus oficiales son de mezcla africana** y que ellos y otros de esa clase tendrán después un natural resentimiento contra todo el que tome eso de argumento para su degradación; contémplese al Haití de hoy y a Cuba poco después y al infalible éxito de los abolicionistas ingleses; **calculase el censo de nuestros esclavos...**; y luego, sin aducir motivos ulteriores, júzguese y dígase si el «**loco**» de **Colombia** podría habernos molestado. ¡Ah, señor, este es un asunto cuyos peligros no se limitan a temerle a él...!*”. En idéntico tenor, Alexander H. Everett, Ministro yanqui en España, había descrito a Bolívar en 1827 como: “*Un déspota militar de talento y experiencia al frente de un ejército de negros no es ciertamente la clase de vecino que naturalmente quisiéramos tener*”. Esos exabruptos racistas no eran deslices ni errores. Constituían una nítida ideología que la máscara del “liberalismo” y la “pluralidad” — hoy todavía presente en la propaganda yanqui— no podía disimular ni esconder. ¡Estos fantásticos republicanos esclavistas acusaban de “dictador” a Bolívar por... querer

abolir la esclavitud!

EEUU e Inglaterra en la fragmentación de Nuestra América

John Prevost, agente especial de EEUU en el Perú, Chile y Buenos Aires, había escrito a John Quincy Adams, secretario de Estado, desde Trujillo, el 13/3/1824, sobre los objetivos de su rival Francia en Nuestra América: “*según copia que he visto de las instrucciones, los jefes principales deben, en primer término, frustrar el proyecto de unión de los diferentes estados meditado por Colombia...*”. Los ingleses —en competencia con EEUU— también trabajaban por dividir y fragmentar Nuestra América. Proponían alianzas regionales con el único fin, en palabras de Bolívar, de “*asegurar su preponderancia marítima*” y hacer buenos negocios, mientras se proponían obstaculizar cualquier posibilidad de construir una gran nación latinoamericana. No obstante rivalizar entre sí por el botín, todas las grandes potencias se unían a la hora de fragmentarnos y dividirnos.

El plan de la conspiración contra Bolívar y su programa de unidad continental —su proyecto de gran nación de repúblicas— estaba en marcha. Lo dirigía desde Washington el Secretario de Estado Henry Clay. Bajo su mando operaban sus representantes Tudor y Harrison en Lima y Bogotá. El resto eran los sumisos socios locales de la traición: Santander y Obando en Nueva Granada; La Mar y Luna Pizarro en el Perú; Rivadavia en Argentina. El ejército del Perú azuzado por míster Tudor se lanza desde el sur a la invasión de Colombia, tomando a Guayaquil. En su delirio contra el Libertador, Tudor le aseguraba a Clay que “*La Mar es indudablemente el primer general de América del Sur, Bolívar que fue inicialmente un capitán de milicias, es inferior a él... si llegan a chocar, estoy plenamente seguro que Bolívar será derrotado*”. Los correos de la conspiración iban y venían de Lima a Bogotá y de allí a Washington. La correspondencia de Bolívar era interceptada por la red de espionaje que habían montado Tudor y Santander. Mientras tanto el joven general José María Córdoba, héroe en Pichincha y Ayacucho, se había convertido en un triste instrumento utilizado por Harrison, Henderson y Santander para desmembrar la Gran Colombia. En los cuarteles de Popayán, Cali y Rio Negro instaba al ejército a la insubordinación frente a Bolívar. Había sido manipulado a través de la hija del embajador Henderson, en medio del té saboreado con la bella dama en la sede de la legación inglesa. Siguiendo instrucciones, comenzó a repetir que “*Bolívar quería coronarse rey*”, afirmando que él, gran combatiente de Ayacucho, se convertiría ahora en “*terror de los tiranos*”. Por una bella muchacha, mezclando quizás sus ambiciones personales, terminó manipulado al servicio de los gobiernos de EEUU y de Inglaterra, a los que pasaba informes sobre secretos de Estado, croquis de los campamentos de Bolívar y planes del ejército. (Cuando muere, Ovando acusa a Bolívar por el asesinato de Córdoba). La operación del imperio consistía, a través del omnipresente Tudor, en apoyar a Santander (en Nueva Granada) y a la Mar (enemigo de Bolívar y de Sucre en el Perú) junto con Luna Pizarro. Adelantándose más de cien años a lo que sería práctica habitual en el último siglo de terrorismo de Estado y contrainsurgencia, el embajador yanqui Tudor recomienda oficiales militares latinoamericanos para instruirlos en EEUU.

Los caudillos regionalistas contra Bolívar

En Venezuela, por enésima vez, vuelven a florecer las amenazas separatistas y las tentativas de disgregar la Gran Colombia. Desconociendo la autoridad, los caudillos regionalistas Páez, Mariño y Arismendi amagaban con regresar a los tiempos de Boves,

aunque ya para esa época era imposible. Bolívar trata de congeniar con ellos sin abandonar su autoridad política. Entonces dirige una larguísima interpelación a Páez: *“La proclama de usted dice que vengo como un ciudadano: ¿qué podré yo hacer como un ciudadano? ¿Cómo podré yo apartarme de los deberes de magistrado? ¿Quién ha disuelto a Colombia con respecto a mí y con respecto a las leyes? [...] El voto nacional ha sido uno solo: reformas y Bolívar. Nadie me ha recusado, nadie me ha degradado. ¿Quién, pues, me arrancará las riendas del mando? ¿Los amigos de usted, y usted mismo?!! La infamia sería mil veces más grande por la ingratitud que por la traición. No lo puedo creer. Jamás concebiré que usted lleve hasta este punto la ambición de sus amigos y la ignominia de su nombre. No es posible, general; que usted me quiera ver humillado por causa de una banda de tráfugas que nunca hemos visto en los combates. No pretenda usted deshonorar a Caracas haciéndola aparecer como el padrón de la infamia y el ludibrio de la ingratitud misma [...] Yo **he venido desde el Perú por evitar a usted el delito de una guerra civil**: he venido porque Caracas y Venezuela no volvieran a mancharse con la sangre más preciosa. ¡Y ahora me quiere usted como un simple ciudadano! ¡Sin autoridad legal! No puede ser. Este título me honraría millones de veces recibéndolo por fruto de mi desprendimiento. [...] ¿Será esta la sexta guerra civil que he tenido que apagar?”* (Simón Bolívar: Carta a Páez. Coro, 23/12/1826).

Bolívar sugirió y empujó a Páez a una entrevista. Los consejeros del caudillo local se opusieron a ello, recordando el final de Piar. El Libertador le escribió diciéndole con firmeza que si no salía a su encuentro, él iría a buscarlo. Páez accedió finalmente y salió con un fuerte destacamento de tropa. Bolívar lo esperaba sin más guardia que dos acompañantes. Los dos venezolanos —según las crónicas de la época— se abrazaron; Páez lloraba... Por el momento, al menos, se había dominado la amenaza de una guerra civil. Pero de todas formas Páez, heroico junto con sus llaneros a punta de lanza en la lucha anticolonialista aunque sin grandes miras estratégicas, tenía como consejero político a Sir C. E. Fleming, Vicealmirante británico, quien —como todos los agentes británicos y norteamericanos que pululaban en el continente— trabajaba con la paciencia de una hormiga y la obsesión de un fanático en la destrucción de la Gran Colombia. Fortalecer al Norte, fragmentar y disgregar al Sur, esa era la consigna de las grandes potencias. Para ello se valieron de la miopía política y las ambiciones personales y microscópicas de muchos caudillos, genuinos y abnegados en la lucha y la acción directa, pero sin el gran angular político que tenía el Libertador al imaginar la Patria Grande emancipada.

La aristocracia peruana contra Bolívar

En el Perú el general Gamarra invade Bolivia e impone un tratado para expulsar a los colombianos. El Mariscal de Ayacucho debe entonces abandonar Bolivia. Sucre marcha hacia Quito. En ese contexto se produce la ruptura Colombia-Perú y este último país invade Colombia. La invasión es dirigida por el general La Mar, hombre que defiende a la rancia aristocracia peruana (enemiga de San Martín y de Bolívar), apoyado por Santander pero sobre todo por Mister Tudor, agente norteamericano que maneja los hilos de la tragedia fratricida detrás de escena. Tudor (yanqui), La Mar (peruano), Obando y López (granadinos) hablan el mismo lenguaje y tienen la misma consigna antibolivariana: ¡*Guerra al tirano!* Tratan de ejecutar una operación de pinzas contra la Gran Colombia del Libertador.

Aunque Bolívar intentó ganarse el consenso de los caudillos Ovando y López, el regionalismo estaba a flor de piel. A José María Obando le habían hecho llegar armas para que impidiera en Pasto cualquier posible refuerzo de Bolívar a Sucre que se encontraba en Quito después de dejar la presidencia de Bolivia.

Entre tanto, Sucre había tratado en vano de conseguir una solución pacífica con La Mar. Pasó entonces a Cuenca y asumió la jefatura civil y militar del Ecuador, la misma que Bolívar le confirió, y lanzó a sus tropas una vigorosa proclama el 28/1/1829, llamándolas a la lucha: “...cuando enemigos extranjeros ingratos a nuestros beneficios y a la libertad que nos deben han hollado las fronteras de la República. ¡Colombianos!, una paz honrosa o una victoria espléndida son necesarias a la dignidad nacional y al reposo de los pueblos del Sur. La paz la hemos ofrecido al enemigo: la victoria está en vuestras lanzas y bayonetas”. El joven Mariscal de Ayacucho le infligió a La Mar y al general Plaza, juntos, que lo duplicaban en número, la más vergonzosa paliza y derrota en el Portete de Tarqui. En el campo de batalla deja aproximadamente 2.500 bajas, entre muertos y heridos. El propio pueblo del Perú, que vio con suma antipatía esa guerra absurda, fratricida e injusta alentada y organizada —como siempre— por los agentes de Estados Unidos, destronó al patrioter general La Mar castigándolo con el destierro. El derrocamiento fue encabezado por el general Antonio Gutiérrez de La Fuente.

Más tarde Santa Cruz, que sería presidente de Bolivia y de la Confederación peruano-boliviana, anularía todas las disposiciones legales impuestas por Bolívar en el Alto Perú sobre liberación de los indígenas y volvería al régimen jurídico que legalizaba la mita, la opresión salvaje de los pueblos originarios y el “pongo” (servidumbre personal). Guerras intestinas, feroces conflictos regionales, retrocesos jurídicos, revanchismo social de las viejas clases dominantes. El sueño libertario y continental de Bolívar se iba deshilachando y despedazando paso a paso.

La Convención de Ocaña

Como recuerda Juvenal Herrera Torres en su investigación *Simón Bolívar. Vigencia histórica y política* quedaba todavía una esperanza para conservar la integridad de la Gran Colombia: la Convención de Ocaña, donde Bolívar y Santander iban a medir sus fuerzas. No obstante, Bolívar confiaba en su olfato político y pudo comprender con anticipación que esa histórica confrontación jurídico-social le iba a ser adversa. Al fin y al cabo, mientras él, desde 1819, partió de Bogotá hacia Venezuela, Quito, Guayaquil, Lima, La Paz y Potosí (con posibilidades de llegar al Río de la Plata), para desandar al final miles y miles de kilómetros para apagar la sublevación de Páez en Venezuela, habían transcurrido nueve años, más que suficiente para que Santander, quien no se movió de sus despachos de Bogotá, organizara su maquinaria electoral y política. En la

Convención de Ocaña, desarrollada de abril a junio de 1828, predominarían finalmente los abogados y funcionarios santanderistas, expresión política de las burguesías comerciales, cafetaleras y propietarias de esclavos, por sobre las fuerzas democráticas político-militares que habían conquistado la liberación anticolonial y fundado la República. Las triquiñuelas, las negociaciones de pasillo, la politiquería menor, las alianzas espúreas y el fetichismo jurídico (eterna máscara de la ferocidad burguesa y la dominación oligárquica) se impondrían sobre el sueño libertario y democrático. Nueve años durante los cuales Santander, como lo confiesa a su íntimo amigo, el doctor Azuero, estaba emboscado dentro del gobierno, con sus aparatos de propaganda y como jefe supremo de una nutrida *clientela* de politiqueros. Bolívar, ciertamente, tenía de su parte su prestigio continental, las simpatías de la mayoría del pueblo, e incluso, a la mayoría de los delegados. Pero Santander disponía de la *máquina*, y... ganaría. El escepticismo de Bolívar fue tal que decidió no asistir a la Convención. Se limitó a recibir noticias de ella en Bucaramanga.

El proyecto de Santander y Azuero —ambos acusaban a Bolívar de ser Bonaparte— era tan estrecho que ponía su énfasis en reducir el déficit de Colombia terminando de liquidar el proyecto de emancipación continentalista. Nada distinto a lo que había promovido su colega Bernardino Rivadavia, quien en el Río de la Plata había levantado exactamente las mismas banderas contra San Martín. Bolívar envía a la Convención un mensaje ácido, amargo, pesimista. Allí dice “*Os bastará recorrer nuestra historia para descubrir las causas de nuestra decadencia. Colombia, que supo darse vida, se halla exánime. Identificada antes con la causa pública, no estima ahora su deber como la única regla de salud [...] Colombia, que frente a las huestes opresoras respiraba sólo pundonor y virtud, padece, como insensible, el descrédito nacional, Colombia, que no pensaba sino en sacrificios dolorosos, en servicios eminentes, se ocupa de sus derechos y no de sus deberes...*” (Simón Bolívar: Mensaje a la Convención de Ocaña. *Gaceta de Colombia* N° 342, 1/5/1828). Con la derrota y el retiro de la fracción bolivariana de la Convención de Ocaña (que la deja sin quórum), ésta se suspende dejando un vacío jurídico imponente. La Constitución de Cúcuta quedaba virtualmente abolida pero no se había adoptado otra en su lugar. Y, desde este punto de vista, la República de la Gran Colombia, solemnemente proclamada por el Libertador, jurídicamente establecida después de los triunfos patriotas de Boyacá y Carabobo y consolidada con el fuego de Pichincha, quedaba escindida. Lo que sigue de allí hacia adelante, no es más que la confirmación trágica de aquellas palabras de Bolívar: “*La independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás*”. Un balance amargo de quien invirtió veinte años combatiendo a caballo.

Un fantasma recorre Nuestra América

Matar a Bolívar

En el marco de la Convención de Ocaña, los enemigos de Bolívar irritados porque no podían cerrar las cuentas financieras anulando la lucha emancipadora ni desparramar y fragmentar, en nombre del “federalismo”, la unidad continental y la existencia del viejo sueño de Miranda, elaboraron un nuevo plan para asesinarlo (en esa ocasión el Libertador fue advertido por los generales Pedro Briceño y O’Leary). Los ejecutores no pudieron concretarlo porque hubieran quedado en evidencia Santander y sus cómplices. Luego quisieron matarlo en un baile de máscaras, salvado sólo por la resolución de Manuelita que lo obligó a abandonar el escenario escogido para el crimen. Pero el más serio intento de asesinato se desencadenó la noche del 25/9/1828. Como en otras ocasiones, Santander y sus colegas de la Sociedad Filológica de Bogotá (junta revolucionaria secreta para asesinar a Bolívar) fueron los cerebros del crimen. Mientras Santander como parte de su coartada con testigos se fue a dormir a casa de su hermana, los conjurados de la brigada de artillería irrumpían en la casa presidencial dando muerte a los centinelas, a Fergusson e hiriendo al edecán Ibarra. De nuevo Bolívar, bajo el apremio de Manuelita que hace gala de una valentía sin límites y un amor totalmente desprendido, salta la ventana armado de pistola y sable y busca refugio en un lugar seguro. Desde allí mandó a averiguar la situación de los cuarteles y se entera que el Batallón Vargas —donde se refugia— había derrotado la conspiración (que era sólo la punta del iceberg de toda una conjura política antibolivariana). Manuela Sáenz, su audaz compañera, recordó el episodio de la siguiente manera: *“Por no ver curar a Ibarra me fui hasta la plaza, y allí encontré al Libertador a caballo, entre mucha tropa que daba vivas al Libertador. Cuando regresó a la casa me dijo: Tú eres la Libertadora del Libertador... El Libertador se cambió de ropa y quiso dormir algo, pero no pudo porque a cada rato me preguntaba algo sobre lo ocurrido y me decía: No me digas más. Yo callaba y él volvía a preguntar y en esta alternativa amaneció. Yo tenía una gran fiebre”*.

Catorce de los conspiradores fueron condenados a la pena capital, entre ellos Horment, Tuláibar, Galindo, Guerra y Pedro, Celestino Azuero. Igual condena se impuso a Padilla y Santander. Bolívar, sin embargo, conmutó la sentencia a Santander por la del destierro. Frustrado el magnicidio, Bolívar destituyó a Santander, suprimió su cargo, y contestando políticamente el manotazo de sus enemigos dictó nuevas medidas sociales como estatizar el subsuelo, reducir las alcabalas, afectar el diezmo, suprimir los mayorazgos, y aumentar los aranceles de aduanas a los productos rivales de la industria local mientras rebajaba los impuestos pagados por las exportaciones. No fue la primera vez que los elementos más retardatarios de las clases dominantes criollas, estrechamente aliados a los representantes de las grandes potencias, habían organizado atentados contra el Libertador. Dos años antes, durante su periplo peruano, más precisamente el 28/7/1826, había sido descubierta en Lima una conspiración para asesinar a Bolívar, dirigida por integrantes de la oligarquía limeña (los que asesinaron a Monteagudo), tras de los cuales estaban los hilos y redes del embajador de EEUU, William Tudor. Dos años después, la mano perversa que se propuso asesinar al padre de la Gran Colombia, había vuelto a la carga. No se detendría hasta lograrlo, con él y con Sucre.

La campaña de desprestigio

Hasta el intento septembrino de asesinato del Libertador y su consecuente destitución

política, Santander era “amo y señor” de Colombia. Lo controlaba prácticamente todo, el poder judicial, las negociaciones del legislativo, los laberintos pegajosos de la telaraña jurídica... Por si ello no alcanzara, con dineros del Estado manipulaba a gusto y placer la prensa de Bogotá. Desde esta trinchera ideológica, dio la orden de sostener sistemáticamente una campaña de desprestigio contra Bolívar en los papeles públicos, luego del atentado de septiembre, que hizo estallar de alegría a sus enemigos en Venezuela. Las páginas de los periódicos intentaron ensuciar y sepultar el prestigio y la gloria del Libertador con miles de insultos, calumnias y falsas acusaciones. Mientras tanto y en paralelo, el Congreso de Venezuela reunido por Páez lo había proscrito. Sucre también estaba proscrito. Los dos principales libertadores considerados como polizones clandestinos en su propio país.

Después de perder su cargo por conspirar contra la vida de Bolívar, Santander viajó a Europa y Estados Unidos. Frecuentó los salones políticos y literarios de París. Según cuenta orgulloso, conoció a Benjamin Constant, Sismondi, Lafayette, Chateaubriand y al ilustre... Bernardino Rivadavia. Tomando abiertamente partido a favor de este último contra Bolívar, escribe Santander “*Lo que podemos asegurar es que Bolívar mantenía correspondencia con los jefes disidentes del Río de la Plata; que pagaba con sus fondos la redacción de «El Tribuno», de Manuel Dorrego [1787-1828] dirigido a atacar la administración del ilustrado Rivadavia; que escribía y hacía escribir en Lima contra el régimen político del Río de la Plata y Chile y que mantuvo en la capital de esta última República a su edecán O’Leary, inglés muy versado en las artes de la intriga y la corrupción*” (Francisco de Paula Santander: *Diario del General Francisco de Paula Santander en Europa y los EE.UU 1829 –1832*). En las grandes metrópolis de Europa y Estados Unidos Santander invirtió toda la energía física y espiritual que nunca había puesto en juego en la lucha anticolonial, obsesivamente empeñado en tirar todo el lodo imaginable contra Bolívar y su proyecto de Patria Grande.

El adiós

El Libertador ya había dejado el poder desde la instalación del Congreso el 20/1/1830. Sucre (a quien Bolívar sugirió, infructuosamente, como presidente de Colombia) fue comisionado para entrevistarse con Páez, insistiendo con la reincorporación de Venezuela a la Gran Colombia. Fue inútil. Páez no recibió a Sucre y se limitó a enviarle una comisión que le transmite que Venezuela no quería ningún acuerdo con Colombia, a menos que ésta reconociera su independencia absoluta. En Valencia el viejo León de Apure, militarmente valiente pero políticamente torpe y miope, organiza un Congreso segregacionista exclusivamente venezolano. En una de las sesiones se manda leer una petición abiertamente antibolivariana, que luego se publicará en *El Venezolano*. Aquel triste texto decía: “*Que siendo el general Bolívar un traidor a la patria, un ambicioso que ha tratado de destruir la libertad, el Congreso lo declare PROSCRIPTO EN VENEZUELA*”. José Luis Cabrera, diputado por Caracas, propone en la sesión del 10 de mayo “*que el pacto con Nueva Granada no puede tener efecto mientras exista en el territorio de Colombia el general Bolívar*”. Ingratitud total. Amargura total. Sus enemigos lo denigraban apodándolo “*Longanizo*”, nombre de un loco callejero de Bogotá, quien solía vagabundear disfrazado de militar.

La separación de Venezuela contagió a otros caudillos regionalistas que comenzaron a plantear la escisión del Ecuador. Pasto quedó en medio de la discordia de las nuevas fronteras. El sueño libertario e integrador de repúblicas hecho añicos. La Patria Grande herida y lastimada.

El 16/5/1830, cinco meses después de abandonar el poder, Bolívar deja la capital y toma

la vía de Honda. Cuando Sucre regresó a Bogotá, el Libertador estaba embarcado en el río Magdalena... Dolido y angustiado, prefirió irse solo... Manuela, su “amable loca”, quedó defendiendo el prestigio de su compañero frente a tanta mezquindad y carroña política. Sin disimular su tristeza, el joven y heroico Antonio José de Sucre le escribió al Libertador: *“Mi General: Cuando he ido a la casa de usted para acompañarlo, ya se había marchado. Acaso es esto un bien, pues me he evitado el dolor de la más penosa despedida. Ahora mismo, comprimido mi corazón, no sé qué decir a usted. Mas, no son las palabras las que pueden fácilmente explicar los sentimientos de mi alma respecto a usted; usted los conoce pues me conoce mucho tiempo y sabe que no es su poder, si, no su amistad, la que me ha inspirado el más tierno afecto a su persona. Lo conservaré cualquiera que sea la suerte que nos quepa, y me lisonjeo que usted me conservara el aprecio que me ha dispensado. Sabré en todas las circunstancias merecerlo. Adiós, mi general; reciba usted por gaje de mi amistad las lágrimas que en este momento me hace verter la ausencia de usted. Sea usted feliz y en todas partes cuente con los servicios y la gratitud de su más fiel amigo, Antonio José de Sucre”*. Quien combatió a su lado liberando países e hiriendo de muerte al colonialismo español le dio hasta el final su afecto, su respeto y su cariño. Quienes sólo especularon con la independencia para sacar provecho personal y miserables beneficios de clase, terminaron insultándolo y denigrándolo. Dos visiones del mundo contrapuestas. Dos éticas antagónicas.

El asesinato de Sucre

Deseando encontrarse con su padre político y su amigo de combate, Sucre había llegado a Bogotá procedente de Quito, pero para entonces Bolívar ya iba navegando por el río Magdalena. Luego de aquella tierna despedida por carta, el Mariscal de Ayacucho decide volver a Quito para compartir con su esposa, pues de 6 años de matrimonio sólo había convivido con ella 6 meses. La prensa regionalista y adicta al santanderismo decía que *“el bandido Sucre”* llevaba un ejército para asaltar a Pasto, pero que el valeroso general José María Obando corría igualmente al encuentro del bandido. *“Pueda ser que Obando haga con Sucre lo que no hicimos con Bolívar”*, repetía la prensa de Bogotá. El joven y valiente Sucre, aunque le habían advertido que su vida corría peligro, decide ir por tierra y no por mar. Además no llevaba escolta. El 4/6/1830, a su paso por Berruecos y en dirección hacia de Pasto, es emboscado y asesinado a tiros por tres sujetos, el comandante Apolinar Morillo, el comandante Juan Gregorio Sarría y José Gregorio Erazo, todos hombres vinculados al general José María Obando, quien habría enviado instrucciones en un pliego cerrado. Junto a ellos, los otros autores intelectuales y materiales fueron José Hilario López y Antonio Mariano Álvarez. El cadáver de Sucre fue sepultado en el barro, sin ceremonia alguna y en un lugar oculto. Nada diferente a lo que hicieron los militares bolivianos y la CIA con el cadáver del Che Guevara un siglo después. Aunque existen numerosas polémicas historiográficas entre las Academias de Historia de Colombia y Venezuela, e infinidad de cartas, artículos, tesis y contra tesis sobre este asesinato de Sucre, lo que no se puede desconocer es que estos ejecutores estaban vinculados al mundo político de Santander y eran enemigos de Simón Bolívar. La historia de Nuestra América está repleta de crímenes políticos que nunca se resuelven y de “muertes accidentales” que todo el mundo sabe que son asesinatos. No sólo el colonialismo europeo ejecutó salvajemente a los rebeldes Lautaro, Tupac Amaru, Tupac Katari, Zumbi y tantos otros. Luego de la Independencia, otras muertes—algunos liquidados a cielo abierto, otros en las sombras y sin dejar huella—acompañarán a aquellos precursores: Mariano Moreno, Bernardo de Monteagudo, Antonio José de Sucre y el mismo Simón Bolívar. Los verdugos de la burguesía y la

oligarquía criollas serán fieles continuadores del antiguo colonialismo. Este asesinato fue un crimen político, parte de una conjura contra Bolívar y el Mariscal de Ayacucho. Santander pretendió, una vez más, eludir responsabilidades. En eso era un maestro de la intriga. No obstante, en 1836 escribió una carta refiriéndose a Obando en la cual dice “*Si Obando no hubiera sido nombrado vicepresidente, encargado del Poder Ejecutivo por los eminentes patriotas de la Convención Granadina, quizá no estaría por él; pero ya ha gobernado por mas de seis meses, no obstante que había servido con los españoles, **que había muerto Sucre**, y que tenga los defectos que se le imputan*”. Su misiva deja la ambigüedad de si “*había muerto Sucre*” o “*había muerto a Sucre*”. Más allá de cualquier especulación de novela policial, ese asesinato adquiere sentido como parte de la campaña que el sector santanderista venía desatando contra el posible sucesor de Bolívar y contra el mismo Libertador. Éste último escribió “*La muerte de Sucre es la mancha más negra y más indeleble de la historia del Nuevo Mundo*”. También expresó ante semejante crimen: “*La bala cruel que te hirió en el corazón, mató a Colombia y me quitó la vida*”.

Conjura contra Bolívar y Sucre, plan contrarrevolucionario

La conjura contra Bolívar y Sucre (donde se inserta el asesinato) se llevó a la práctica de manera continuada y sistemática. No respondía únicamente, como pudiera sospechar una mirada ingenua, superficial y provinciana, a las envidias, ambiciones personales o competencias políticas de un individuo local (Santander). Las biografías se insertan en un contexto social. En realidad, el complot político era parte de algo mucho más complejo y amplio, un proceso de contrarrevolución social, posterior a la Independencia, que se desarrolló a escala continental. Si el proyecto de la revolución de Independencia se gestó y se conformó desde su inicio a partir de un carácter continental, la contrarrevolución también lo tuvo. El programa anticolonialista e integrador de Bolívar y San Martín no terminó fragmentado y hecho añicos por arte de magia. Hubo fuerzas sociales internas estrechamente asociadas a potencias capitalistas extranjeras trabajando a largo plazo en la fragmentación de Nuestra América. Desde lo económico, lo político y lo militar. Una vez ejecutado Robespierre y derrotado Napoleón, habiendo perdido ya su colonia de Haití, Francia operó políticamente para mantener sus dominios coloniales a través de sus simpatizantes “*monarquistas*”. Tudor, Harrison y otros agentes diplomáticos de Estados Unidos hicieron su trabajo de inteligencia en Lima y Bogotá, siempre bajo la bandera tramposa del “*liberalismo*”. Desde Washington el Secretario de Estado Henry Clay, golpeándose el pecho y alertando contra el “*despotismo*” de Bolívar, ese “*loco de Colombia*”, ese “*general al frente de un ejército de negros*” (como lo llamaban despectivamente sus agentes de inteligencia), dirigía la orquesta. Páez y Córdoba fueron trabajados y orientados en el segregacionismo de la Gran Colombia por agentes ingleses, lo mismo que Alvear y Rivadavia en el Río de la Plata. Aún disputando por el botín de las colonias, Francia, Inglaterra y EEUU operaron para impedir la integración de la Patria Grande y apoderarse, por separado, de las nacientes repúblicas y mercados que España y Portugal no podían seguir sometiendo. Cuando no lo lograron, dividieron territorios y crearon estados “*tapones*” (Panamá o Uruguay) para garantizar su control neocolonial.

Si después de los primeros gritos de Independencia los conservadores criollos defendían políticamente a la vieja Iglesia colonial, entusiasta partidaria de la monarquía española junto con los plantadores y esclavistas, los liberales vernáculos eran la punta de lanza con que las empresas norteamericanas, británicas y francesas se apoderaron de las colonias recién emancipadas. Hubo una conjunción de grandes potencias neocoloniales y clases dominantes locales (burguesías exportadoras y propietarios de haciendas y plantaciones), estrechamente unidas en el cordón umbilical de la dependencia estructural dentro del sistema mundial. Liberales y conservadores, más allá de sus distintas “*sensibilidades*” políticas y culturales (unos más religiosos, otros más afines a los masones), trabajaron en común para destruir el sueño bolivariano integrador y libertario de la Patria Grande, basado en la doctrina revolucionaria del *pueblo en armas*, la abolición de la esclavitud de los negros y de la servidumbre indígena, la propiedad estatal de los principales recursos naturales, la defensa de la industria propia, la diversificación del comercio exterior y la participación popular en una república democrática. Los ideales que supiera sistematizar Mariano Moreno y que Simón Bolívar logró extender por todo el continente emancipado al frente de sus ejércitos y guerrillas de negros, indígenas y llaneros.

Bolívar: ¿Hacer política para enriquecerse?

A diferencia de la niñez de San Martín, hijo ilegítimo criado por su mamá, una sirvienta

indígena guaraní hasta que lo adoptan y le dan su apellido un matrimonio de españoles blancos y “respetables” que se lo llevan a Europa, Bolívar era, antes de enrolarse en la lucha revolucionaria, uno de los hombres más ricos de América del Sur. Pero al final de su agitada vida no le quedaba nada de su enorme riqueza. Se dedicó íntegramente a la revolución latinoamericana. Casi nunca cobró el sueldo de presidente de la Gran Colombia y constantemente ordenaba giros en su contra, de cuenta de su bolsillo, para ayudar a sus amigos. Cuando asumió el poder en el Perú se le fijó un sueldo que jamás cobró y rechazó 1.000.000 de pesos oro con que el Congreso de Lima quiso testimoniar su gratitud al Libertador. Rechazó cuantiosas ofertas de dinero en Quito y Bolivia. No obstante, sus enemigos le decían... “codicioso”. De sus propiedades en Venezuela había cedido una parte a sus hermanas, y había ordenado que no le faltara nada a su mamá negra doña Hipólita (quien lo había cuidado y criado a muy corta edad cuando fallecen sus padres biológicos). Él creía que de viejo, al retirarse, le quedarían todavía algunos bienes de su herencia para poder vivir sus últimos días. No fue así. Por eso le escribe al general Urdaneta “*Estoy bastante molesto con otra ocurrencia doméstica de Venezuela. Me dicen que mis propiedades no son legítimas que no hay ley para un hombre como yo. Esto quiere decir que soy un canalla. Se me despoja de la herencia de mis abuelos y se me deshonorra. Diga usted si tengo motivos para desear salir de esta infame vida política. Ya esto es demasiado, no quiero más estar empleado ni aun vivir en Colombia*”. Poco tiempo después le escribe a su apoderado, el doctor José Angel del Alamo: “*Recibo con mucho gusto la apreciable carta de usted sobre las minas. Siento que usted y otros amigos se maten en agenciarme ese negocio; y siento más que haya quien tema hacer justicia conmigo. Esta es una conjuración cruel contra mi honor. Abandone usted, pues, mi defensa que se apoderen de mi propiedad, el enemigo y el juez. Yo los conozco. Infame godó. No haga usted más en el asunto. **YO MORIRE COMO NACI: DESNUDO...***”.

Poco antes de morir, el 6/3/1830, le escribe a José Fernández Madrid: “*Mi situación se está haciendo cada día más crítica, sin tener esperanzas siquiera de poder vivir fuera de mi país de otro modo que de mendigo*”. Dos días más tarde le dice a Joaquín Mosquera: “*Yo estoy resuelto a irme de Colombia, a morir de tristeza y de miseria en los países extranjeros. ¡Ay mi amigo, mi aflicción no tiene medida*” y luego, el 2/9/1830 le expresa a Gabriel Camacho: “*no veo delante de mí más que miseria, vejez y mendicidad cuando nunca he estado acostumbrado a semejantes calamidades. Rico de nacimiento y lleno de comodidades, en el día no poseo otra cosa más que una salud quebrantada*”. En lugar de hacer política para llenarse de dinero, Simón Bolívar siguió un camino exactamente opuesto. Tenía mucho dinero y lo perdió todo jugándose la vida y su comodidad por una revolución y un proyecto en el que creía. Despreciado por los imperios coloniales, combatido por la burguesía liberal y conservadora, Bolívar llega a su momento final sin un centavo, pobre y desnudo, pero... admirado y querido por los pueblos, lo más importante. Al morir tenía una sola camisa. Estaba rota. Como dijo Juvenal Herrera “*Murió pobre y dejó una familia de pueblos*”.

El final: crónica de una muerte anunciada

Bolívar recorrió en soledad las últimas estaciones de su vida. Se sintió abandonado, calumniado e insultado. Andaba itinerante sin rumbo fijo y sin un peso en el bolsillo como un mendigo en la república que él mismo creó. Esa odisea ha capturado la atención de escritores y cineastas. No sólo investigaciones históricas, sino también películas, cuentos y novelas —desde “El último rostro” de Álvaro Mutis hasta *El general en su laberinto* de García Márquez— han intentado recrear esa atmósfera de

tristeza, desolación y agonía que amargamente envolvió al Libertador en sus últimos alientos. En el plano físico, pero sobre todo políticamente era una muerte anunciada, precedida de numerosos atentados (hasta ese momento fallidos), conspiraciones, intrigas y complots contra su vida que la prensa enemiga celebraba con euforia. Lo cierto es que, más allá de la historiografía, la literatura, el cine y la política, para una mirada desprejuiciada de los hechos históricos no queda claro cómo fue la muerte del Libertador. Los relatos van y vienen, muchas veces contradictorios, no siempre despegados de la historia oficial y de la razón de Estado, fuentes poco confiables si se trata de conocer con rigurosidad la verdad de lo que aconteció.

Al parecer, en su recorrido de Honda hasta Turbaco, los pueblos ribereños saludaron el paso del Libertador. Era un homenaje sincero de la gente humilde por la que él luchó. Estuvo en Cartagena, adonde había acudido tantas veces en su lucha anticolonial. Allí pasó algunos días sufriendo mucha fiebre. Entonces partió muy lentamente hacia Barranquilla. En el trayecto por mar el navío de guerra *Grampus*, del gobierno norteamericano (el que lo llamaba “*loco de Colombia*” y “*general al frente de un ejército de negros*”), interceptó y abordó la goleta donde viajaba enfermo Bolívar. Así figura en su diario de bitácora. ¿Para qué? ¿Con qué intenciones? ¿Qué sucedió a partir de allí? Nadie lo sabe.

Bolívar habría llegado a Santa Marta el 1/12/1830. Según parece lo fueron a ver varios oficiales y patriotas de Venezuela, seguidores del Libertador y partidarios de la unión de Venezuela con Colombia. Entre ellos Leandro, el hijo de Francisco Miranda.

Un español apellidado Mier, lo alojó en su quinta. Mier había sido un hombre pacífico, aunque partidario de los ejércitos realistas, por lo tanto del campo enemigo de Bolívar. Ya convaleciente, según los relatos oficiales, Bolívar habría dictado desde la quinta de San Pedro Alejandrino, en Santa Marta, propiedad de ese enemigo político, una rarísima “Alocución a los colombianos” donde, sin mencionar a los suyos, ni a Sucre (su virtual sucesor recientemente asesinado) ni a Manuela (su compañera del corazón y defensora de su pensamiento político), de forma muy poco creíble dice que perdona a sus perseguidores santanderistas y muy extrañamente reclama obediencia al actual gobierno de Colombia..., el mismo que lo calumnió, enfrentó y proscribió. Como festejando su propia muerte en un tono curiosamente suicida, esa extraña “Alocución” afirma: “*Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro*”. ¿Redactó realmente el Libertador esa exótica “Alocución”? ¿Quién sabe?

Lo que sí es completamente seguro y está fuera de toda duda es que Santander escribió una carta-balance-epitafio donde desnuda sus intenciones políticas y proporciona pistas históricas para imaginar lo que realmente sucedió: “*Conqué ¿al fin murió don Simón? El tiempo nos dirá si su muerte ha sido o no útil a la paz y a la libertad. Para mí tengo que ha sido no sólo útil sino necesaria*” (Francisco de Paula Santander: *Cartas y mensajes de Santander*. Bogotá, Academia Colombiana de la Historia, 1955. Tomo 8, p.116, citado en Abelardo Ramos: *Historia de la Nación Latinoamericana*).

¿Muerte natural o asesinato del Libertador?

La historia oficial, custodiada entre otros por las Academias de la Historia de Venezuela y de Colombia, toma como fidedigna esta autopsia: “*Según este exámen es fácil reconocer que la enfermedad de la que ha muerto S.E. el Libertador era en su principio un catarro pulmonar, que habiendo sido descuidado pasó al estado crónico y consecutivamente degeneró en tisis tuberculosa. Fue pues esta afección morbídica la que condujo al sepulcro al General Bolívar*”. Este informe está firmado el 17/12/1830

por Alejandro Próspero Réverend en presencia de los generales Mariano Montilla y Laurencio Silva. Réverend habría atendido a Bolívar desde el primer día de diciembre y elaboró 33 boletines. Hoy en día está en discusión si el francés Réverend era o no médico.

En su obra *El asesinato del Libertador y la lectura bolivariana de la historia* Iván Márquez y Jesús Santrich sugieren que “*Es necesario analizar si el ofrecimiento de la gobernación de Santa Marta a Joaquín de Mier, por parte de Montilla, gobernador de Cartagena en enero del año 31, tenía que ver con «sus servicios» en la muerte de Bolívar, como lo planteó Chávez*”.

En Maracaibo el gobernador Juan Antonio Gómez, comunicó al gobierno de Caracas la muerte del Libertador, diciendo que “*¡Bolívar, el genio del mal, la tea de la discordia, o mejor diré, el opresor de su patria, ya dejó de existir! Su muerte, que en otras circunstancias y en tiempo del engaño pudo causar el luto y la pesadumbre de los colombianos, será hoy sin duda el más poderoso motivo de sus regocijos*”. Como complemento la aristocracia venezolana propuso un decreto que incitaba a quitarle los títulos de honor, quemar todos los monumentos de gloria “*concedidos a un hijo espurio*”, tener “*por aciago en la República el 17 de diciembre de 1830 en que murió naturalmente Bolívar, cuando debió morir de una manera ejemplar*”.

En *El asesinato del Libertador y la lectura bolivariana de la historia* se afirma que “*las últimas investigaciones históricas están indicando que su muerte fue el producto de una conspiración tramada por el Presidente Andrew Jackson (período 1829-1837) y ejecutada con la participación del navío de guerra Grampus [barco norteamericano], cuya tripulación secuestró al Libertador en alta mar y luego lo entregó a los traidores que, acabaron con su vida cerca a Santa Marta*”.

Poniendo en discusión los relatos oficiales de la Academia de la Historia de Venezuela, el presidente Hugo Chavez anunció el 17/12/2007 una investigación y en junio de 2010 ordenó exhumar el cadáver del Libertador para someterlo a un estudio científico de ADN comparándolo con el de sus hermanas María Antonia y Juana. El resultado fue dado a conocer por el equipo científico internacional de médicos forenses y antropólogos en julio de 2011: El cadáver (enterrado en el Panteón Nacional desde 1876), ahora exhumado, era el de Bolívar pero no puede afirmarse que la causa de su muerte haya sido... la tuberculosis. El mismo misterio que rodea las muertes de Mariano Moreno, Sucre, Monteagudo... y varios otros revolucionarios de las guerras de Independencia.

Manuela en defensa de Bolívar

Alfonso Rumazo González recuerda en su biografía *Manuela Sáenz. La libertadora del Libertador* que Perú De Lacroix —uno de los pocos extranjeros que logró el rango de general de brigada en Colombia— le escribe el 18/12/1830 a Manuela describiéndole la muerte inminente del Libertador (pues él se habría despedido de Bolívar un día antes del fallecimiento). Según esa carta en su lecho de muerte estaban los generales Montilla, Silva Portocarrero, Carreño, Infante y él mismo. Manuela la recibió y se derrumbó. Como una heroína romántica, decidió suicidarse con una mordida de víbora. Con el brazo hinchado, sobrevivió. Desgarrada, quedó en Bogotá defendiendo su memoria. En las fiestas del Corpus iban a prender fuego dos figuras dedicadas a Bolívar: *el despotismo y la tiranía*. Manuela irrumpió en la plaza a caballo. Rechazada por la guardia, trató de sublevar un batallón. El periódico liberal *La Aurora* reclamó: “*Una mujer descocada, que ha seguido siempre los pasos del General Bolívar, es la que se presenta todos los días en el traje que no corresponde a su sexo, y del propio modo*

hace salir a sus criadas, insultando el decoro, y haciendo alarde de despreciar las leyes y la moral [...] Su delito exigía que hubiese sido conducida en el acto a una prisión, juzgada y castigada conforme a las leyes". Vuelto al poder el santanderismo, desterró a Manuela Sáenz, apresándola con un pelotón de soldados y presidiarios con bayonetas, que la llevó a la cárcel de mujeres de Bogotá.

Desterrada, comenzó un larguísimo peregrinaje que la llevó de Bogotá a Cartagena, de allí a Jamaica (no pudo ir a Ecuador porque el puerto estaba bloqueado por una guerra civil). En Jamaica escribe "*Yo amé al Libertador; muerto lo venero, y por esto estoy desterrada por Santander [...] Ahora que se tenga duro: existe en mi poder su correspondencia particular al Libertador, y yo estoy haciendo buen uso de ella. Mucho trabajo me costó salvar todos los papeles del año de 30, y esto es una propiedad mía, mía...!!!*" (Carta de Manuela Senz al general Juan José Flores. Kingston, 6/5/1834). Luego de Jamaica, en septiembre de 1835 viaja hacia Guayaquil; de allí quería pasar a Quito. Pero el general Vicente Rocafuerte, quien se turnaba en el poder con Flores para oprimir al Ecuador, tildó a Manuela de "*chihuahua*" o revolucionaria. La expulsan del Ecuador (probablemente por iniciativa de Flores). La arrojaron de su patria como a Bolívar. No le queda más remedio que continuar al sur. Llega a Paita, pueblito costero de pescadores y prostitutas donde paraban los marineros. Allí, anciana, vegeta durante años, en una pobreza absoluta, fabricando y vendiendo objetos domésticos para vivir. Tiene varios perros y le pone nombres de generales para divertirse: Paéz, Santana, Córdoba, La Mar, Santa Cruz, Cedeño y... Santander. Un día, en su humilde vivienda, Manuela supo que su esposo inglés había sido asesinado, dejándole fuerte herencia. Manuela jamás tocó un centavo de ella. Nunca más volvió a vestirse capitana, usar pistolas ni montar a caballo. Inválida y en silla de ruedas, fue visitada por Garibaldi, el líder italiano, por Ricardo Palma y por don Simón Rodríguez. Manuela muere de difteria el 23/11/1856. La correspondencia de Bolívar con Santander, tan comprometida para el ingrato traidor, fue quemada... por la difteria. Mientras las burguesías y otras fracciones de las clases dominantes criollas se aprovecharon de la Independencia para hacer buenos negocios tratando de dejar intacto el orden social anterior, Manuela, de origen aristocrático, murió exactamente igual que su amor, el Libertador, sin un centavo en el bolsillo. Sus huesos terminaron en una fosa común. Los dos sufrieron la proscripción, las ingratitudes, el olvido, la pobreza. Pero ambos quedaron en la historia mayúscula de la Patria Grande, mientras sus enemigos, ayer poderosos y soberbios, hoy son despreciados por su mediocridad.

Simón Rodríguez sobre Bolívar

Simón Rodríguez estaba en Arequipa cuando se enteró de la muerte de su principal discípulo a quien había educado de joven, a quien había acompañado en los tiempos de Europa (después que se le murió su esposa) y finalmente a quien había reencontrado en la madurez, ya triunfante como Libertador. De Arequipa había pasado a Santiago de Chile donde estableció una fábrica de velas, cuyo local le servía para ensayar sus proyectos educativos con los niños. En el portón del antiguo local había un cartel: "*Luces y Virtudes Americanas. Esto es, velas de sebo, paciencia, jabón, resignación, cola fuerte, amor al trabajo*". Su pobreza lo hizo emigrar hacia Quito, donde armó un establecimiento similar. También continuó intentando formar escuelas y establecimientos de educación popular en Quito, Ibarra y Lacatunga, para regresar nuevamente al Perú. Este maestro itinerante andaba siempre con sus manuscritos bajo el brazo: *Sociedades americanas*, sobre el tema de la pedagogía, y *el Libertador de SurAmérica y sus compañeros de armas, defendidos por un amigo de la causa social*.

No encontró editor. Su pobreza le impedía imprimirlos por cuenta propia. Según el testimonio de un viajero francés que lo conoció en ese tiempo, don Simón declaraba sin angustiarse por esa situación: “Yo, deseando hacer de la tierra un paraíso para todos, la convierto en un infierno para mí. Pero ¿qué quiere usted? **La libertad me es más querida que el bienestar.** He encontrado entre tanto el medio de recobrar mi independencia y de continuar alumbrando América. Voy a fabricar velas. En el siglo de las luces ¿qué ocupación puede haber más honrosa que la de fabricarlas y venderlas?”. Se tomaba con ironía su pobreza económica porque su proyecto de vida iba muchísimo más allá de la inmediatez de la vida material, obsesión de todo mediocre. Precisamente en esos valores y en esa ética donde los ideales son más importantes que el dinero o la mezquindad del beneficio personal educó a Simón Bolívar.

A pesar de la pobreza y sin desfallecer seguía escribiendo. Su nuevo libro se titulaba *La tierra y sus habitantes...* Ante la hostilidad e indiferencia de los editores, don Simón Rodríguez pensó en regresar a Europa o Estados Unidos. No obstante, reconoció que “cuando pienso en abandonar América, me ocurre lo del enamorado que ha peleado con su amante. Se aleja con una falsa sonrisa, jurando que ya nada quiere saber con ella... Se aleja con pies de plomo, esperando que ella le llame, seguro de que a cada paso lo llamará...”. Simón Rodríguez, precursor de la pedagogía crítica (mucho antes que Deodoro Roca y la Reforma Universitaria de Córdoba de 1918) y de la educación popular (un siglo antes que Paulo Freire), no tenía quien le publicara. Luego de su extenso itinerar, y después de que sus escritos fueron devorados por un incendio, don Simón se instala en un pueblito perdido llamado Amotaje, muy cercano a Paita (ambos en Perú), desde donde pasaba a visitar a Manuela. Ya muy anciano fue el único amigo auténtico de la libertadora del Libertador. Cuando el viejo maestro murió en Amotaje, en 1854, Manuela se hizo llevar en su silla de ruedas al funeral de su amigo y compañero de ideales. Ellos dos defendieron hasta el último de sus días la memoria, el proyecto y las ideas políticas de la persona que tanto quisieron y que los unió.

El desprecio de las burguesías contra Bolívar

No sólo los imperios (de ayer y de hoy) festejaron la muerte de Bolívar y continuaron escupiendo sobre su memoria hasta nuestro tiempo. Las clases dominantes locales, las burguesías y oligarquías vernáculas, socias menores y beneficiarias directas de la dependencia, raquíticas, impotentes y carentes de un proyecto de integración continental, católicas o masónicas, conservadoras o liberales, toda ellas sumisas continuadoras del viejo colonialismo herido de muerte en Ayacucho, también celebraron el fin de “ese general al frente de un ejército de negros”. Sus proyectos les quedaba grande, tenían ambiciones (e intereses económicos) demasiado estrechos y mezquinos.

Por ejemplo, al enterarse de su muerte expresaron: “No causó impresión ninguna de dolor en el pueblo la muerte de Bolívar, ni lamentaron su pérdida sino aquellos que favorecían sus miras liberticidas”, según Florentino González, exteriorizando en realidad sus sentimientos más íntimos; los mismos que le inspiraban a lapidar a los partidarios de Bolívar: “No haya compasión con nuestros enemigos: es necesario que mueran ellos o que muramos nosotros... la ley los condena a todos; todos deben desaparecer del número de los vivientes”.

Bajo estas consignas el santanderismo, vuelto al poder luego del fallido atentado de 1828, planificó el asesinato contra el general Sardá, haciendo circular un anónimo en el que se le informaba a Santander de una supuesta amenaza de una “revolución bolivariana”. Era la amenaza del diablo para Santander. Se le comunicaba que en ella

participaba el general Sardá y los oficiales Pedro Arjona y Manuel Anguiano. En premeditada maniobra 46 sospechosos fueron detenidos en Bogotá, y Santander en persona escogió a los primeros 17 que fusilaría atendiendo a sus deseos y planes de exterminio de lo que quedara en pie de los partidarios del proyecto del Libertador. Santander tenía su propio listado de los que consideraba que eran partidarios de Bolívar. El revanchismo de la burguesía colombiana es muy antiguo. En aquella ocasión asesinaron a gente humilde sin influencia política con el sólo propósito de sembrar un mensaje de terror y disuasión. Fue ese macabro mecanismo el que guió la ceremonia de fusilamientos cuando el general Zabala justificó el retraso para dar la orden de fuego porque ¡“todavía su Excelencia [Santander] no ha acabado de almorzar”!, según lo documenta Joaquín Posada Gutiérrez, como testigo al mismo tiempo de la forma como el Mayor Careta hizo desfilar las tropas frente a los cadáveres, para solazarse, y él mismo pasó frente a los banquillos, deteniéndose a examinar los cuerpos ya sin vida, y obligando a hacer lo mismo a todos los integrantes del Estado Mayor General, llamados por el Secretariado de Guerra. Algo similar le ocurrió al coronel Mariano París, a quien asesinaron por la espalda inventándole una falsa fuga, o al oficial Manuel Anguiano y a muchos más que fueron solidarios con Bolívar. Ese era el “crimen” y no otro. Pena de muerte y destierro al bolivarianismo como proyecto histórico. Quienes sucedieron a Bolívar en el poder traían bajo el brazo un plan dirigido a desmembrar Colombia. Tras la fragmentación... la entrega al Monroísmo, doctrina geopolítica admirada por Santander y Rivadavia. Desde esa lógica decretaron el encarcelamiento de Manuela, luego su expulsión, al igual que lo hicieron con Delacroix, y a quienes no los asesinaron a tiros como sucedió con Sucre, los ejecutaron con enredaderas jurídicas, triquiñuelas políticas o con trampas que los condujeron al pelotón de fusilamiento. Las burguesías no tienen piedad ni clemencia. Nunca la han tenido.

Bolívar combatiente y dirigente político

Bolívar fue un guerrero y un combatiente. ¿Qué duda cabe? Anduvo peleando veinte años a caballo y a lomo de mula hasta tal punto que los llaneros y los sectores más humildes y plebeyos lo bautizaron, con cariño y admiración, “culo de fierro”. Recorrió el continente de punta a punta. ¿Quién hubiera aguantado tanta cabalgata y sacrificio? En su guerra anticolonial contra el imperio español participó en innumerables batallas. Comenzó a ganarlas de manera contundente a partir de que descubrió que el protagonista central de la Independencia debía ser el *pueblo en armas*. La guerra, si pretende triunfar, no puede ser una guerra de elites y de minorías. Tiene que ser una *guerra popular*. Una vez que respiró aire de verdad en Haití y que conoció la experiencia maravillosamente libre de sus esclavos insurrectos, Bolívar liberó a los esclavos y comenzó a demoler al imperio español. Toma Angostura en 1817; triunfa en Boyacá en 1819; vence en Carabobo en 1821. Luego se suceden Bomboná y Pichincha, más tarde Junín. Su principal discípulo, el joven Sucre, corona esa seguidilla en Ayacucho en 1824. Allí se termina de consagrar la libertad de Nuestra América. Pero todos esos triunfos militares tenían un presupuesto esencialmente político. La espada, el cuchillo, la lanza, el arcabuz, el fusil y los cañones eran guiados... por un proyecto social y una estrategia política.

Si tantas fueron sus glorias militares, mayores fueron sus definiciones políticas, ejemplificadas en la *Carta de Jamaica*, en el *proyecto constitucional de Angostura*, en los lineamientos del *Congreso de Panamá*... Liberar a los esclavos negros, terminar con la servidumbre indígena, repartir tierras, combatir con el igualitarismo a los más ricos, unir las rebeldías de todo un continente en una gran nación de repúblicas confederadas,

convertir al *pueblo en armas* en el protagonista central de la guerra revolucionaria anticolonial. Ese es el contenido central del proyecto bolivariano. La política y el pensamiento dirigiendo la guerra. Bolívar no es un simple caudillo militar (de los tantos que han aparecido por nuestro continente, aquí y allá); es un pensador político que poniendo en riesgo su vida dirige la guerra de liberación.

¿Fracasó Bolívar?

En su lucha anticolonialista y antiimperialista Bolívar recibió el apoyo entusiasta y el amor de los pueblos pero el desinterés, la desidia, la indiferencia e incluso la hostilidad de las burguesías criollas. Éstas jugaron el triste papel cipayo de socias locales de la política divisionista de EEUU e Inglaterra y revirtieron socialmente los pocos avances logrados durante las guerras de liberación, mientras ejercían un revanchismo político indisimulado. Bolívar murió sin poder concretar ese sueño gigantesco que le consumió la vida: la unidad continental y la revolución en el orden económico-social. A pesar de su empeño, su tenacidad y su perseverancia en las guerras de independencia, América latina quedará a su muerte dividida en 20 republiquetas y con una estructura social donde sobreviven las injusticias del antiguo orden colonial. ¿Eso significa que Simón Bolívar fracasó? No, más bien todo lo contrario. Dejó sembrada una semilla que sólo muchísimo más tarde dará sus frutos y flores. Sus preguntas continúan abiertas. Su sueño libertario, quizás demasiado radical para su tiempo, sigue en pie, todavía pendiente, inconcluso y a la espera de su resolución.

La debilidad estructural que se mantuvo después de la ruptura del lazo colonial se agudizó en las últimas décadas cuando se generalizó un tipo de globalización dependiente en la cual Nuestra América continúa siendo sometida a un sistema mundial capitalista que no modera sus antiguas formas de dominación sino que las multiplica y potencia. Las burguesías latinoamericanas no pueden ser hoy —nunca pudieron y actualmente menos que nunca— las herederas de Bolívar. No tienen la capacidad ni la perspectiva histórica para hacerse cargo de su ambicioso proyecto continental, emancipador y libertario. Las banderas bolivarianas siguen flameando en nuestro actual siglo pero los sujetos sociales que las defienden y enarbolan nada tienen que ver con el mundo gris y mediocre de los empresarios y banqueros locales ni con las grandes firmas y empresas multinacionales. La tarea inconclusa que nos legó Bolívar pasa a manos de los pueblos indómitos, de la clase trabajadora, de la juventud rebelde y de las nuevas insurgencias que luchan por la Patria Grande y el socialismo.

¿Qué significa “triunfar” en la historia?

La sensibilidad cultural del tiempo presente y el formato de la mirada que la acompaña —a pesar de las buenas intenciones— suelen estar domesticadas y moldeadas por las películas y el cine de Hollywood, tan repetido en la TV por infinidad de canales, en el cual diariamente se aplaude y festeja a los “*winner*”, a los “machos triunfadores”, a los mediocres con dinero, automóvil caro y sin ninguna perspectiva histórica. Triunfar en la vida suele asociarse con haber acumulado mucho dinero y una suculenta cuenta bancaria. Desde ese criterio tan estrecho y vulgar, los grandes rebeldes de la historia, como Espartaco, Jesucristo, Tupac Amaru, el Che Guevara o Rosa Luxemburg, al haber sido aplastados, torturados o muertos, habrían “fracasado”. Si logramos pensar y evaluar más en profundidad, dejando a un lado esa perspectiva tan superficial y banal, en realidad esos rebeldes ganaron. Pudieron quizás haber perdido momentáneamente alguna batalla, pero a largo plazo, sus enseñanzas vencieron el *statu quo* y los dogmas

de sus enemigos, cambiando de raíz y marcando en forma indeleble toda una época histórica. Hasta tal punto triunfaron que sus asesinos se vieron obligados, después de muertos, a rendirles hipócritamente culto. Al dejar sembrada una enseñanza que cambia todo el porvenir, por más que los hayan masacrado o ninguneado, ellos terminaron triunfando.

Bolívar forma parte precisamente de esos grandes rebeldes de la historia humana, momentáneamente derrotado pero a largo plazo vencedor. Triunfó sobre el imperio colonial europeo que combatió pero no vio coronado sus frutos con la creación de la Patria Grande. Sin embargo, sembró una estrella libertaria que sigue brillando y no se apagará. Dos siglos después continúa encendiendo corazones juveniles e impulsando a la lucha continental. ¡Ese constituye su principal triunfo! Por eso los estrategas militares de Estados Unidos y los ideólogos de las burguesías locales le tienen tanto miedo a su fantasma insepulto.

El amor de los pueblos, el odio del imperio

Tanto en la historiografía académica (que circula entre los “especialistas”) como en la literatura de divulgación (destinada para el gran público), en los artículos de periódicos como en la ensayística de ciencias sociales, Bolívar tiene mala prensa. “Dictador”, “déspota”, “Bonaparte tropical”, “violento” y sobre todo... “populista”. Así se lo ha (des)calificado. Es la mirada sórdida y absolutamente interesada del imperio, siempre disfrazada de “cientificidad”, “objetividad” y equidistancia neutralmente valorativa.

Desde William Tudor, belicoso y prepotente embajador norteamericano en el Perú en tiempos de la independencia, hasta los documentos del Pentágono de las últimas décadas, desde las viejas monarquías españolas o británicas del siglo 19 hasta las monarquías europeas que —increíblemente— todavía en el siglo 21 se animan a gritarle a los representantes del Tercer Mundo “¿por qué no te callas?”, Bolívar no deja de generar odio y desprecio por parte de los amos del mundo. A esos imperios de ayer y de hoy probablemente no les interese una persona particular (pues a ese individuo lo tienen congelado en un par de inofensivas estatuas). Los irrita y les genera incomodidad el proyecto histórico, social, cultural y político que en él se inspira. Simón Bolívar, como el Che Guevara, se volvió todavía mucho más peligroso después de muerto.

Bolívar y el Che, símbolos de rebeldías colectivas, se convirtieron en fuego incandescente, en emblemas de amor y sueños afiebrados que no logran terminar de apagarse, a pesar de los golpes de estado, la generalización del Mercado, las represiones y los miles y miles de desaparecidos que han regado nuestro continente del rojo color de la sangre. La insubordinación tenaz de los de abajo (tanto en el Tercer Mundo como en los pueblos que habitan las metrópolis imperiales), la falta de respeto por el orden establecido, el viejo sueño de construir la unidad de la Patria Grande y de terminar con todas las formas de dominación social, clasista y nacional, han convertido a Simón Bolívar en un fantasma insepulto que mantiene la pupila insomne de los poderosos y el corazón jadeante de la militancia revolucionaria y los pueblos en lucha.

Mientras los voceros del poder no se cansan de insultarlo, tratando por todos los medios de resaltar el más mínimo detalle de su biografía que lastime su prestigio y su capacidad de generar admiración en los jóvenes rebeldes del siglo 21, los pueblos que combaten por un mundo mejor (en todos los continentes) siguen encontrando en su ejemplo de vida el incentivo para alimentar las luchas actuales. El odio de los de arriba, el amor de los de abajo. Eso es Simón Bolívar. Así de sencillo y así de complejo al mismo tiempo.

El sueño de Simón Bolívar, Quijote de la Patria grande

Nuestra época se ha tornado brutalmente “pragmática” y cortoplacista. Cuesta muchísimo planificar la vida cotidiana —el trabajo, el estudio, la pareja, la vivienda, los proyectos, etc.— en términos de años o de décadas. Se vive al día, minuto a minuto, en la inestabilidad del instante fugaz, en el reinado de lo efímero y en la zozobra permanente, acorde a la crisis civilizatoria y los vaivenes del sistema capitalista. Se valoriza lo aparentemente eficaz, lo útil, lo que “sirve” para el día a día. En nuestro tiempo intentar pensar a largo plazo, lograr independizarse mínimamente de la inmediatez, tener una ética y una perspectiva de vida que desafíe a los poderosos, suele descartarse rápidamente como “*una locura*” y “*un delirio*”. Por cada poro de nuestra existencia respira el Mercado. A eso se le llama sobrevivir.

Todo comenzó, aparentemente, a inicios de 1960 cuando en la cultura oficial de las grandes metrópolis capitalistas, en sus ámbitos universitarios y en las publicaciones editoriales, se empezó a decretar el aparente “*agotamiento de la política*”. A ello le sucedió el supuesto “*ocaso de las ideologías*”, la pretendida “*muerte del sujeto*” y el ansiado “*fin de los grandes relatos o narrativas*”. Incluso se llegó a postular nada menos que “*el fin de la historia*”. De todo ello se dedujo, con total liviandad, que los sueños y las utopías “ya no estaban de moda”. Era la dictadura cínica e indiscutida del posmodernismo. Tenía pretensiones de eternidad ... aunque duró tan solo unos 30 años.

Pues bien, a contramano del espíritu y la sensibilidad posmoderna (ya por suerte deshilachados), si el Libertador tuvo alguna característica fue, precisamente, su capacidad de soñar, de imaginar un futuro a largo plazo completamente distinto al de su realidad inmediata. Simón Bolívar fue un gran soñador, de esos que sueñan despiertos y trabajan escrupulosamente en la realización de sus “fantasías” y “utopías” (como reclamaba Lenin a los soñadores). Por eso Bolívar le tuvo tanta admiración a don Quijote, aquel entrañable caballero andante que desde su ensueño solía arremeter contra los molinos de viento de una realidad mediocre y cruel que se le imponía y que él no se resignaba a aceptar.

Al final de su vida el Libertador habría exclamado, frente a una biblioteca donde se encontraba *Don Quijote de la Mancha*, la inmortal obra de Cervantes: “*¡Jesucristo, don Quijote y yo, hemos sido los más grandes majaderos de éste mundo!*”.

Sin duda, ese espíritu quijotesco constituye el núcleo central del pensamiento de Bolívar y el impulso más íntimo del bolivarianismo contemporáneo. Indomesticable, siempre vital y dispuesto a la lucha solidaria por un mundo mejor. Frente al reino mediocre del Mercado y el dinero, frente a la miseria espiritual del posmodernismo y las injusticias del sistema capitalista, la estrella de fuego de Simón Bolívar sigue ardiendo. Siglo y medio antes que el mayo francés, el sueño de Bolívar nos marcó el camino, cuando le respondió al general Páez: “*¡Lo imposible es lo que nosotros tenemos que hacer, porque de lo posible se encargan los demás todos los días!*”.

Apéndice I

Rodolfo Walsh «Un ensayo sobre San Martín»

[Presentación de Néstor Kohan]

Este texto de Walsh apareció por primera vez en 1978, bajo la dictadura militar argentina, en una edición artesanal. Su autor había sido asesinado un año antes. El trabajo recién vio la luz pública en 1985.

Rodolfo Jorge Walsh [1927-1977] es un escritor, periodista y militante revolucionario argentino con una obra prolífica. En su juventud se destacó por sus cuentos de ficción, muchos de ellos policiales. Su mejor relato quizás sea “Nota al pie”. Luego creó un género literario propio, el “testimonio”, donde combina recursos de la novela negra norteamericana con la denuncia política de la corrupción, la tortura policial, la burocracia sindical, los asesinatos y los golpes de Estado. Su obra más conocida es *Operación masacre* (que en 1972 fue llevada al cine, protagonizada por uno de los fusilados en la vida real que logró sobrevivir). El crítico literario David Viñas lo ha parangonado con Jorge Luis Borges postulando como tesis que la escritura de Walsh es, en términos literarios, incluso superior. En los primeros '60 trabajó en la agencia de noticias de la revolución cubana Prensa Latina junto a Ricardo Masetti (a quien le prologó su libro *Los que luchan y los que lloran*). Walsh, periodista político, también fundó, dirigió y escribió en periódicos obreros, como el semanario de la CGT de los Argentinos, el *Semanario Villero* y *Noticias*. Además creó una Agencia de Noticias Clandestina (ANCLA) y la Cadena Informativa, ambas bajo la dictadura del general Videla. Como revolucionario fue militante y oficial de inteligencia de la organización insurgente Montoneros. Cae asesinado en 1977 luego de denunciar los crímenes, violaciones y robos sistemáticos de las Fuerzas Armadas en su inigualable “Carta abierta a la Junta Militar”. Su cuerpo fue hecho desaparecer al igual que sus escritos inéditos.

El escritor Rodolfo Walsh, junto con el cineasta Raymundo Gleyzer, ambos militantes, ambos entrañables compañeros, ambos desaparecidos, se han convertido en los símbolos culturales de la resistencia popular contra el genocidio militar. Paradigmas de lo que todo joven que tenga dignidad debe aspirar a hacer con su vida.

Reproducimos este trabajo suyo sobre San Martín por dos razones. En primer lugar, por brindar una mirada latinoamericanista del Libertador del sur, alternativa a la historia oficial de Bartolomé Mitre, José Pacífico Otero, la Academia Nacional de la Historia y las Fuerzas Armadas argentinas. En segundo lugar, por ser un documento prácticamente desconocido que condensa el pensamiento de Walsh.

No obstante ser un escrito brillante en su capacidad de describir y explicar en pocas líneas los proyectos, el pensamiento político y el accionar militar de San Martín, creemos que soslaya en alguna medida el papel que jugaron en nuestra independencia Mariano Moreno y la revolución de mayo de 1810, desconociendo por ejemplo el *Plan revolucionario de operaciones*. Una limitación compartida con la organización Montoneros a la que el autor pertenecía, como también puede corroborarse en la obra *Latinoamérica y el imperialismo. 450 años de guerra* (Buenos Aires, Doeyo y Viniegra editores, 2004; recopilación integral de la historieta aparecida en el periódico

montonero *El Descamisado* —300.000 ejemplares vendidos semanalmente— en 1973 y 1974 con guión histórico de Héctor G. Oesterheld, también desaparecido, y Leopoldo Durañona). La subestimación de Mariano Moreno, de su *Plan de operaciones* y de la revolución de 1810, así como el error de ubicar la rebaja de tarifas a las importaciones del comercio en 1810 cuando en realidad se produjeron y generalizaron en 1811, después del desplazamiento y asesinato de Moreno, presentes en aquella historieta de Montoneros generó en su momento una polémica con el historiador Norberto Galasso quien subrayó esos errores históricos. Obra citada. p.34.

A pesar de ese pequeño detalle que no empaña en absoluto esta investigación, el San Martín vivo y revolucionario que nos presenta Walsh en su brillante ensayo biográfico-histórico, tan distinto del que nos dibuja la historia oficial, es el que luchó en la misma trinchera latinoamericana y bajo las mismas banderas libertarias y continentales de Simón Bolívar.

[Fin de presentación de Néstor Kohan]

I. SAN MARTÍN Y SU TIEMPO

1. Nacen la oligarquía porteña y el maquinismo industrial.

San Martín nació en 1778, al mismo tiempo que la oligarquía porteña y el maquinismo industrial, base del poder británico. Durante todo el siglo 17, Buenos Aires exportaba 20.000 cueros por año; cuando nació San Martín 20.000 cueros se exportaban en una semana, y su valor se había cuadruplicado. Una vara de paño introducida por Lima costaba siete veces más que una entrada de contrabando por Buenos Aires. En esas proporciones creció el poder de Buenos Aires, derribando todas las restricciones legales. En 1778 se autorizó a Buenos Aires el comercio directo con una docena de puertos españoles, y en 1809 el tráfico abierto con Europa, sin la gravosa intermediación española, que se llevaba del 33 al 75% del negocio, según los cálculos de Juan Álvarez.

Simultáneamente se inventaban en Gran Bretaña la máquina de vapor y el telar mecánico. David Ricardo resumirá en una doctrina económica el problema inglés. “Si pudiéramos agregar a nuestra isla una zona de tierra fértil los beneficios no bajarían nunca. Si el comercio externo nos procurara el trigo y otros objetos necesarios para el consumo obrero a menores precios, los salarios bajarían y aumentarían los beneficios”. Si además esta zona de tierra fértil consumiera manufacturas inglesas y surtiera a la industria británica de materias primas baratas, el rompecabezas terminaría de armarse armoniosamente.

Napoleón cerró a los ingleses el mercado europeo, y Estados Unidos prohibió la importación de tejidos de Manchester para proteger su propia industria. Sólo quedaba la América hispana y dentro de ella la pampa húmeda argentina para resolver la ecuación de Ricardo. Fracasados en 1806 y 1807 los intentos de tomarla por la fuerza, el ministro Castlereagh definió qué convenía hacer: incitar a la Independencia y no procurar la conquista, actuar como comerciantes y no como enemigos, “promover los intereses particulares que concuerden con nuestros propósitos”.

En 1808 cuando Napoleón aprisionó a Fernando VII el Río de la Plata reconoció a la Junta de Sevilla y aceptó al virrey Cisneros designado por ella. Pero en 1810 al disolverse la Junta de Sevilla Buenos Aires formó su primer gobierno propio. En la biografía de Mariano Moreno su hermano Manuel explica que Buenos Aires no reconoció a las Cortes y al Consejo de Regencia que sucedieron a la junta sevillana

porque estas autoridades se instalaron en Cádiz, sede del comercio monopolista español que intentaba someter nuevamente al Río de la Plata a los reglamentos coloniales del intercambio. Buenos Aires no podía aceptarlo: el comercio libre autorizado por Cisneros había aumentado en un 450% sus ingresos de aduana, de 1,2 a 5,4 millones de pesos. La Primera Junta de Gobierno creada el 25 de mayo de 1810 juró fidelidad a Fernando VII y en su nombre continuó el libre comercio.

La mayoría de los próceres de 1810 eran hacendados, comerciantes o barraqueros asociados con alguna casa de comercio británica, “los intereses particulares” que Castlereagh quería fomentar. A los 3 días de instalada, la Primera Junta levantó la prohibición al comercio con extranjeros; a los 15 días redujo los impuestos a la exportación de cueros y sebo, del 50 al 7,5%; a los 45 días autorizó la exportación de metálico; a los 60 días suprimió el impuesto especial del 54% que gravaba a los artículos de algodón del comercio inglés.

El interior que antes del nacimiento de San Martín era más poblado y rico que Buenos Aires, se arruinó. El 85% de las importaciones consistía en calzado, ropa, artículos de lana y algodón, comestibles y bebidas, que destruyeron las industrias artesanales de las provincias. Dice el autor norteamericano Miron Burgin: “El abismo que separaba a Buenos Aires del resto del país se hizo más profundo. Económica y culturalmente Gran Bretaña y Francia parecían estar más cerca de Buenos Aires que Tucumán, Mendoza y Córdoba”. Esto explica la rápida reacción del interior contra los primeros gobiernos patrios, y la causa por la que varias provincias, encabezadas por Córdoba prefirieron reconocer al Consejo de Regencia de Cádiz.

Sólo los hacendados del Litoral y la Banda Oriental tuvieron fuerza para oponer a la de Buenos Aires. Su producción era similar a la de la capital, ganadera y de bajísimos costos, y los tejidos británicos no perjudicaban a sus casi inexistentes artesanías, de modo que también les interesaba el libre comercio, pero por sus propios puertos y sin pasar por la aduana de Buenos Aires. Por eso los jefes del partido opuesto a Buenos Aires son tres hacendados: Artigas de la Banda Oriental, López de Santa Fe y Ramírez de Entre Ríos. Artigas irá más lejos y llegará a expresar ante todo a las poblaciones rurales que junto con la innovación política de 1810 aspiraban a una revolución social, lo que le atraerá el odio de Buenos Aires.

El objetivo porteño era un avenimiento pacífico con España que legitimara el libre comercio y favoreciera las explotaciones ganaderas que eran la base de la fortuna personal de sus gobernantes. No querían República ni Independencia, hacían gestiones para coronar en Buenos Aires príncipes europeos, reprochaban a Belgrano haber enarbolado la bandera celeste y blanca. Todavía en 1815 flameaba en la Fortaleza de Buenos Aires el pabellón hispano. Sólo Artigas y las provincias de la Liga Federal lucían la nueva bandera y exigían Independencia absoluta de España y de toda dominación extranjera, sistema Republicano y Federativo, apertura de los puertos y división de las rentas de aduana entre todas las provincias.

2. De la revolución autonomista a la Guerra de la Emancipación

San Martín regresó al Río de la Plata en marzo de 1812. En 1813 libró su primer combate en San Lorenzo y en 1814 el Director Supremo Posadas le encargó el mando del Ejército del Norte batido en Vilcapugio y Ayohuma. El general José María Paz sostiene en sus *Memorias* que el gobierno de Buenos Aires no quería a San Martín y se proponía “escasearle los recursos” mientras reorganizaba ese ejército derrotado para después “suplantarlo con otro general más favorecido”. Pero San Martín frustró ambos planes; el económico, apoderándose por la fuerza de 36.000 pesos que venían del Alto

Perú y cuyo envío reclamaba Buenos Aires; el político, renunciando al mando de ese ejército luego de devolverle la moral y fijarle una estrategia, y solicitando su traslado a Cuyo. En Tucumán descubrió que el ataque por el Norte no daría resultados. En Cuyo supo que había un camino mejor: de Mendoza a Chile y de allí por mar al Perú. De este modo San Martín debía americanizar la revolución autonomista de 1810 y convertirla en Guerra de la Emancipación. Hasta entonces todas las expediciones de Buenos Aires habían sido dentro de los límites del antiguo Virreinato sin invadir la jurisdicción del Perú.

Coherente con su plan San Martín urgió al Congreso de 1816 la declaración de la Independencia coincidiendo con Artigas que la reclamaba solitariamente desde 1813. En nombre de Fernando VII podía gobernarse el territorio propio, pero no invadirse otros que juraban lealtad al mismo Rey ya repuesto en su trono. El Acta de Tucumán proclamó la independencia de las Provincias Unidas de Sud América. Era el documento que San Martín necesitaba como respaldo jurídico para su campaña continental.

3. Los aportes de Buenos Aires

San Martín llegó a Mendoza en setiembre de 1814 pero Buenos Aires no aceptaba su proyecto de invadir Chile. Debía limitarse a preparar la defensiva. En 1816 con los votos de los diputados cuyanos San Martín decidió la elección del hacendado y comerciante Juan Martín de Pueyrredón como Director Supremo, a quien convenció de su plan.

Hasta entonces todos los empeños habían estado en la invasión del Alto Perú por el Norte y la pronta ocupación de las minas de Potosí que Buenos Aires daba como garantía cada vez que lanzaba un empréstito. Cuando San Martín le demostró a Pueyrredón que el camino más corto hacia allí pasaba por Chile y el Perú, por primera vez recibió auxilios económicos y apoyo político. Pero a cambio de este apoyo, que apenas duró dos años, Buenos Aires pretendía que “en la embriaguez de la victoria”, San Martín extrajera de Chile una indemnización de dos millones de pesos por tales gastos, como consta en las “Instrucciones” al General en Jefe del Ejército de los Andes.

Ésta era la situación económica de Buenos Aires:

Los gobiernos posteriores a 1810 habían reducido o suprimido impuestos a la exportación de cueros, sebo y carne salada y a la importación de manufacturas europeas, beneficiando a comerciantes y hacendados. Pero ello dejaba exhausto al erario que debía recurrir a esos mismos sectores con empréstitos forzosos. En esta puja solapada entre privilegios y exacciones el Estado perdía siempre porque el otro jugador escondía dos ases en la manga: el contrabando que reducía más los ingresos fiscales; y la negativa a contribuir a los empréstitos, que se hizo más aguda cuando más lejano pareció el peligro de una restauración española.

¿Cuáles fueron los aportes de Buenos Aires al Ejército de los Andes? En efectivo, menos de 150.000 pesos. En armas, vestuarios, negros libertos, fletes y acarreos, otros 750.000 pesos. Sin embargo en marzo de 1817 un mes más tarde de la batalla de Chacabuco, San Martín recibió una carta de Pueyrredón que reclamaba 200 ó 300 mil pesos “que me son de absoluta necesidad” y el envío de 2.000 hombres del Ejército de los Andes para proteger Buenos Aires. Es decir, el doble del dinero aportado por la capital y la mitad de las tropas reunidas por todo el país.

San Martín volvió a Buenos Aires y convenció a Pueyrredón de que los 200.000 pesos traídos de Chile no se aplicaran a pagar intereses al comercio sino a comprar dos naves para la flota que debía llevar la libertad al Perú.

4. Empréstitos, ingleses y coimeros

En abril de 1818 San Martín venció por segunda vez a los españoles en Maipú. En mayo regresó a Buenos Aires donde luego de arduas discusiones Pueyrredón se comprometió a levantar un empréstito de 500.000 pesos para completar los aprestos de la expedición al Perú. De regreso a Mendoza, San Martín supo que el empréstito no podía completarse y que parte de los fondos se habían aplicado a otros fines.

Pueyrredón le decía que de 141.000 pesos que les correspondía suscribir, los comerciantes ingleses sólo habían aportado 6.700 pero que estaban comprando los títulos de quienes sí habían contribuido, con un descuento del 25% y que con esos papeles pagaban sus derechos de aduana por el valor nominal. Esto quiere decir que el Estado dejó de percibir en efectivo los derechos de aduana y los particulares transfirieron al comercio inglés el 25% de su contribución al empréstito. Si se hubiera completado la suscripción del medio millón, el comercio británico hubiera embolsado un subsidio de 125.000 pesos.

En cuanto recibió la carta San Martín renunció al Ejército porque “yo no quiero ser juguete de nadie”, como escribió a su íntimo amigo el general Tomás Guido. De los 500.000 pesos sólo se recaudaron 300.000 pese a que Pueyrredón había jurado embargar, rematar, cerrar sus casas de comercio y expulsar del país a quienes siguieran negándose a contribuir. De los 300.000 pesos San Martín recibió entre 150.000 y 200.000. Las *Memorias* del general Tomás de Iriarte nos cuentan en qué se fue el resto: la guerra civil que “consumía a Buenos Aires en gastos manteniendo un ejército numeroso”.

Los porteños necesitaban plata pero para otras cosas. Sin comunicárselo a San Martín Pueyrredón firmó con un emisario chileno un Tratado de Alianza para la Expedición al Perú y con ese convenio el chileno viajó a Londres a tramitar con Rivadavia un empréstito de 1,2 millones de libras nominales, equivalentes a 6 millones de pesos. Por cada 40 libras recibidas los gobiernos se comprometían a devolver 100 más intereses del 7,5% garantizados con todas las tierras y rentas de ambos países. El prestamista era la casa británica Hullet a la que estaba asociado Rivadavia. Iriarte dice que por un empréstito similar un enviado mejicano cobró “una utilidad clandestina” de 1,5 millones de pesos. El empréstito se concretó finalmente sólo a nombre de Chile y según Iriarte que lo conoció en Londres el emisario chileno gastó la mayor parte en “boato y ostentación” para rivalizar con los embajadores más rumbosos de la corte de Saint James.

Mientras, los soldados de Artigas luchaban desnudos contra los portugueses, los de Belgrano subsistían por las ollas populares, y San Martín clamaba en Mendoza por los últimos recursos necesarios para emprender sobre el Perú.

San Martín ya no tenía nada que esperar de Buenos Aires. En enero de 1820 regresó a Chile y en setiembre invadió el Perú. En julio de 1821 proclamó la Independencia peruana y un año más tarde se reunió con Bolívar en Guayaquil, pensando que Colombia podría brindarle el apoyo que le negaba su patria. Al regreso de Guayaquil dejó el mando en el Perú y se retiró para siempre.

5. El “misterio” de Guayaquil

Hay acuerdo entre todos los historiadores sobre las cuestiones que trataron los dos Libertadores: la situación de la ciudad de Guayaquil que tanto Colombia como el Perú consideraban parte de su territorio; la forma de gobierno de las nuevas naciones americanas; y los auxilios de Bolívar a San Martín para concluir con los españoles que

aún dominaban la sierra peruana. Bolívar resolvió la cuestión de la ciudad de Guayaquil ocupándola antes que llegara San Martín. Sobre las formas de gobierno se cree que discreparon pero esto no tenía por qué producir el retiro de San Martín, ya que cada uno hubiera podido organizar según sus ideas los territorios que controlaba.

La clave de la entrevista son los auxilios militares que San Martín necesitaba. Los historiadores argentinos sostienen que Bolívar los negó para forzar la salida de San Martín del Perú; los venezolanos, que San Martín se limitó a pedir un apoyo equivalente al que antes había prestado a Bolívar y que éste lo concedió gustosamente. Aquí no vamos a detenernos en esa polémica.

Lo que nos interesa destacar es que San Martín no pudo finalizar su obra americana y dejó el terreno a Bolívar porque Buenos Aires lo abandonó a cambio de un avenimiento negociado con Europa en condiciones deshonrosas.

En enero de 1820, el Ejército del Norte, que debía combinar sus acciones con el de los Andes atacando a los españoles por la espalda, se sublevó contra la orden de participar en la guerra civil, pero sin un jefe de la fortaleza de San Martín, se disolvió. En febrero, cuando ya no existía el gobierno nacional a raíz de la batalla de Cepeda, San Martín se dirigió a las provincias del interior pidiéndoles que formaran un nuevo ejército en el norte para cumplir la misión indicada y designó como su jefe al gobernador de Salta Martín Miguel de Güemes.

En setiembre un emisario de Güemes llegó a Buenos Aires en demanda de fondos para financiar esa fuerza de 2.000 ó 3.000 hombres, pero luego de cinco meses de antesala redujo sus pretensiones: en enero de 1821 sólo pedía “diez o doce mil pesos” prestados, con la garantía de Salta y Chile, suma despreciable para Buenos Aires cuyo presupuesto anual era de 2,5 millones.

En junio de 1821 una bala española mató a Güemes en Salta. La actitud de Buenos Aires hacia los planes de San Martín pudo leerse en la “*Gaceta*” oficial: “*Murió el abominable Güemes al huir de la sorpresa que le hicieron los enemigos. Ya tenemos un cacique menos*”.

San Martín nombró entonces al gobernador de Córdoba Juan Bautista Bustos y volvió a pedir ayuda a Buenos Aires. Sus emisarios Juan García del Río y Diego Paroissien llegaron a la capital en abril de 1822, tres meses antes de la entrevista de Guayaquil. Pero Buenos Aires no estaba dispuesta a contribuir sino a pedir: en marzo la legislatura había aprobado un proyecto del ministro Rivadavia reclamando a Chile y Perú el pago de los gastos realizados por los porteños para su libertad, con el 6% de interés. Los emisarios informaron a su cancillería del “resentimiento y aun la mala voluntad hacia todo lo que viene del Perú”, es decir de San Martín, y se despidieron con “sólo las apariencias de la amistad”. Y a veces ni siquiera: el filósofo peruano Alberto Wagner de Reyna señala en un trabajo sobre la Orden del Sol que San Martín distinguió con ella a los gobernantes de Chile y Colombia pero no a los de Buenos Aires.

En mayo San Martín comisionó al teniente coronel peruano Antonio Gutiérrez de la Fuente para que apurara el alistamiento de la División del Norte. Siete provincias le ofrecieron hombres, armas y cabalgaduras pero le previnieron que sólo Buenos Aires, que monopolizaba las rentas de aduana podría suministrarle metálico.

Rivadavia recibió a Gutiérrez de la Fuente en julio de 1822, llamó “criminal” al general Bustos, se explayó contra el difunto Güemes y despachó al peruano con las manos vacías. Al mes siguiente Rivadavia presentó otro proyecto a la Legislatura, de paz negociada con España, y en 1823 mientras San Martín ya retirado en Mendoza seguía tratando de conseguir 50.000 pesos para atacar la retaguardia española, Rivadavia ofreció 20 millones a los liberales españoles para que resistieran la invasión francesa aprobada por la Santa Alianza.

No habían 50.000 pesos para que San Martín concluyese la emancipación americana pero sobraban 20 millones para donárselos al gobierno español que peleaba contra el Ejército de los Andes en el Perú.

Fracasados sus intentos oficiales San Martín recurrió a préstamos privados para organizar esa división, que reducida a 300 hombres y comandada por el sanjuanino Pérez de Urduinea llegó a hostigar a los españoles del Alto Perú.

Con la garantía del gobierno peruano el Libertador consiguió los 50.000 pesos prestados y su apoderado José Mateo Berdeja contrató con parte de ellos la confección de vestuarios militares en Buenos Aires.

Rivadavia lo metió preso.

Este es todo el “misterio” de Guayaquil.

6. Buenos Aires da la espalda al país

Derrotado Artigas en 1820 por los portugueses y luego por Ramírez que lo abandonó, exiliado San Martín en 1823, los comerciantes y hacendados del puerto realizaron sus planes. Pactaron en Pilar con los ganaderos del Litoral, quienes se deshicieron de Artigas; conservaron para Buenos Aires el monopolio de puerto y aduana; contrajeron un empréstito en Londres del que Scalabrini Ortiz demostró que sólo ingresaron en metálico 85.500 libras pero que terminó de pagarse por su valor nominal de 1,2 millones de libras, más intereses, en 1901; crearon el papel moneda y la inflación para aliviar de empréstitos forzosos a los más pudientes y cargar el gasto público al conjunto de los habitantes; disolvieron el Ejército de los Andes y dejaron de reconocer los sueldos de todos los militares de la Independencia y de las guerras civiles cesanteando a 16 GENERALES, 85 jefes y 190 oficiales; suprimieron los últimos impuestos a las exportaciones de carnes y cueros y los aumentaron para su consumo interno cuyos precios aumentaron vertiginosamente; y tras la consigna de Rivadavia “Ha llegado la hora de oponer los principios a la espada” rechazaron la invitación de Bolívar para el Congreso de Panamá, donde debían tratar su unión todas las naciones americanas.

En Londres Castlereagh se jactaba porque al cabo de 15 años de aplicación rigurosa de su política había conquistado para el comercio y la industria británicos el mercado de consumo y las materias primas americanas, “una joya de tanto esplendor”.

II. DESTINO NACIONAL E INTEGRIDAD TERRITORIAL

1. Nace una Nación, otra se disgrega

El 25 de mayo de 1810 se creó el primer gobierno autónomo de Buenos Aires; el 26 se decidió enviar ejércitos a las fronteras del Virreinato. Para “proteger su libertad”: decía la decisión oficial. “Para conquistarlas so pretexto de protegerlas y libertarlas” opina Juan Bautista Alberdi en sus *Escritos Póstumos*. Para Buenos Aires, sigue Alberdi, “mayo significa independencia de España y predominio sobre las provincias; la asunción por su cuenta del vasallaje que ejercía sobre el Virreinato en nombre de España. Para las provincias, mayo significa separación de España y sometimiento a Buenos Aires, reforma del coloniaje, no su abolición”.

Los extremos del virreinato eran la Banda Oriental, el Paraguay y el Alto Perú. Buenos Aires prefirió perderlos cuando rehusaron someterse a su gobierno.

2. La Banda Oriental

Artigas fue el jefe del alzamiento de la campaña oriental contra los españoles pero pronto rompió con los porteños que negociaban con españoles y portugueses y denunció que Buenos Aires pretendía organizar a las provincias bajo la supremacía económica de su puerto y la supremacía política de su gobierno. Ya en 1812 Buenos Aires lo declaró “infame traidor” y consintió la entrada de los portugueses al territorio oriental para combatirlo.

Pueyrredón en 1817 y Rondeau en 1819 los invitarán a controlar también Entre Ríos para cooperar en el exterminio del “enemigo común” como lo llama Rondeau en su comunicación con los portugueses.

Cuatro veces los españoles propusieron alianzas al jefe de los orientales; dos veces le ofreció Buenos Aires la independencia nacional de la Banda; una vez le quisieron brindar los portugueses títulos y sueldos a cambio de su rendición; otra le ofreció honroso asilo el gobierno republicano de Estados Unidos. Ocho veces el caudillo los rechazó y a uno de los emisarios españoles lo fusiló para que no volvieran a ofenderlo suponiendo que su causa era la misma de los realistas.

Artigas sólo quería la elección de un gobierno federativo y un trato económico justo para las provincias. Buenos Aires prefería a los portugueses.

3. Las Misiones

San Martín señaló el destino americano de nuestra Patria en Chacabuco el 12 de febrero de 1817. El 13 los portugueses redujeron a cenizas su pueblo natal como parte de las operaciones contra Artigas acordadas con Pueyrredón. Luego de batir al hijo adoptivo de Artigas, el indio Andrés Guaycurari, el brigadier portugués Dos Santos Chagas degolló niños y ancianos en Yapeyú; ultrajó los templos; despojo de sus anillos a la Virgen diciendo burlescamente “esta garropilla ya no los necesita” y antes de retirarse con 50 arrobas de plata producto de los saqueos, entregó la ciudad a las llamas. Yapeyú fue sólo ruinas durante más de medio siglo.

Las victorias de San Martín fueron como arena que se recoge con la mano. Artigas y sus indios guaycuruses entendían más de geopolítica que los gobernantes porteños.

4. El Paraguay

Sostiene Alberdi: “No vengo a conquistar el Paraguay, decía Belgrano a los paraguayos; pero hablando con sus jefes de Buenos Aires, les decía cómo debe realizarse la conquista del Paraguay. Por eso es que Velazco, gobernador español del Paraguay no resistía, y los paraguayos sí”. Los paraguayos derrotaron militarmente a Belgrano. En mayo de 1811 formaron su propia Junta sosteniendo igual que Artigas que en ausencia del monarca que la simbolizaba, la soberanía regresaba a los pueblos, pero no a uno solo; y enviaron emisarios a Buenos Aires proponiendo una federación de todos los pueblos del Virreinato y la supresión de los tributos a su yerba y su tabaco.

Durante la colonia el Estado monopolizaba el comercio de tabaco, lo compraba a los productores paraguayos a dos pesos la arroba y lo revendía a nueve. Con los impuestos a la yerba paraguaya se mantenía la guarnición militar de Buenos Aires.

Buenos Aires aceptó eliminar el monopolio del tabaco, pero poco después gravó con tres pesos fuertes cada arroba de tabaco paraguayo, precipitando la ruptura.

5. El Alto Perú

En noviembre de 1810 el ejército de Buenos Aires llegó al Alto Perú cuando Cochabamba, Santa Cruz de la Sierra, Oruro y Tarija ya habían arrojado a los españoles formando una Junta que, como Artigas al comienzo, se subordinó a Buenos Aires. Los porteños designaron Presidente de Charcas a Juan Martín de Pueyrredón. Pero en junio de 1811 cuando los españoles que atacaban desde el Perú vencieron en Huaqui, comenzaron las desavenencias. Porteños y altoperuanos se acusaron mutuamente de defecionar en la batalla, las tropas de Buenos Aires cometieron desmanes y saqueos en el desbande, y Pueyrredón retiró por la fuerza los caudales de Potosí contra las oposición de los vecinos.

En 1813 los españoles vencieron a Belgrano que había vuelto a penetrar en el Alto Perú, en las batallas de Vilcapugio y Ayohuma. “Los restos del ejército argentino al pasar por Potosí, dice el historiador boliviano Enrique Finot, trataron de hacer volar la casa de moneda poniendo en peligro la parte central de la ciudad. La actitud del pueblo evitó ese desastre”.

En 1815 Rondeau volvió a invadir el Alto Perú y fue derrotado en Sipe-Sipe. Finot dice que ese ejército “se entregó en Potosí a mil excesos exaccionando al vecindario. En Chuquisaca los atropellos no fueron menores. Hasta los conventos fueron allanados y despojados”.

Por eso San Martín confió la defensa de la frontera a Güemes mientras él iba a Lima por Chile “temiendo no tanto al suelo extenso y áspero que lo separaba del centro del poder de los realistas como a la antipatía de los habitantes de esas provincias argentinas del Alto Perú”, como dice Alberdi.

Esas provincias fueron su primera inquietud cuando el virrey Pezuela le propuso negociaciones en el Perú. San Martín dijo que sólo se retiraría si los españoles le entregaban Potosí, Cochabamba, Chuquisaca y La Paz.

Cuando Bolívar llegó a Potosí en 1825, territorio tan argentino como Guayaquil colombiano, Buenos Aires se limitó a enviarle dos emisarios para “felicitarlo por sus triunfos”. Y mientras todos comían y bebían alegres Brasil ocupaba las provincias bolivianas de Mojos y Chiquitos que nunca le habían pertenecido, con una concepción del espacio menos frívola que la de los gobernantes porteños.

San Martín y Artigas ya habían iniciado su exilio que duraría casi 30 años. Morirían con pocos días de diferencia en agosto y septiembre de 1850, argentinos gloriosos pero derrotados porque ya no existía la Nación por cuya existencia vivieron.

III. DISCIPLINA CASTRENSE Y SOBERANÍA POPULAR

1. El mito sanmartiniano

Puro guerrero, espada sin cabeza, moral sin política, modelo de valores castrenses, disciplinado, austero, honorable, generoso, ésa es la figura sanmartiniana que se difunde desde colegios primarios hasta Escuelas de Defensa. Denigrado en vida, San Martín padece en su posteridad una injusticia más grave. Son tan fuertes los aplausos que no puede oírse su voz; tantas las estatuas que se ha extraviado entre ellas el hombre que conmemoran. Los argentinos tenemos que rescatarlo de ese limbo absurdo, porque necesitamos de él.

San Martín fue un hombre, no un santo. Un hombre de armas, lo cual no quiere decir apolítico. Un hombre político que dirigía sus actos por profundos valores morales. Los tres aspectos se complementan, no se excluyen.

El mito que oculta su personalidad fue creado mucho después de su muerte, cuando políticos inmorales necesitaron que los militares cumplieran disciplinadamente las directivas antinacionales y antipopulares que les impartían.

Para el Libertador la disciplina castrense, el cumplimiento de las órdenes, se subordinó siempre a la soberanía popular.

2. La revolución de 1812

San Martín llegó en marzo de 1812 y fue designado para organizar un cuerpo de caballería con las modernas tácticas aprendidas en Europa. Seis meses después encabezó con sus célebres Granaderos a Caballo el primer golpe militar de nuestra historia contra el Triunvirato de Paso, Sarratea y Chiclana, cuyos secretarios eran Rivadavia y Pueyrredón.

Ese primer Triunvirato que elegido por Buenos Aires pretendía gobernar todo el país acordó con los españoles de Montevideo una conciliación con el Consejo de Regencia, abandonando a Artigas; disolvió la Junta Conservadora integrada por diputados del interior; convocó a un Congreso Nacional eligiendo en Buenos Aires a los delegados del interior y luego lo disolvió cuando se declaró soberano; suspendió al Cabildo de Buenos Aires: reprendió a Belgrano por enarbolar la bandera argentina y le ordenó abandonar Tucumán a los españoles para proteger mejor Buenos Aires.

Su último acto de gobierno, el 7 de octubre de 1812, fue crear un impuesto del 20% al consumo interno de carne, luego de haber suprimido varios gravámenes a su exportación. Al día siguiente San Martín formó a sus Granaderos en la Plaza Mayor y recién los retiró cuando un Cabildo Abierto designó a nuevas autoridades y éstas convocaron a los pueblos a elegir diputados para una verdadera Asamblea Nacional, Mitre dice que fue una actuación política “por accidente”.

3. La revolución de 1815

En 1814 San Martín renunció al mando del reorganizado Ejército del Norte y a su pedido fue nombrado intendente de Cuyo mientras Rondeau lo sucedía en Tucumán. En diciembre, confirmando las sospechas de San Martín, el Director Supremo Posadas relevó a Rondeau por su sobrino Alvear. El Ejército se sublevó, pero Alvear fue elegido Director.

“El niño”, como le decía despectivamente San Martín, asumió el 9 de enero, y el 21 San Martín pidió licencia por razones de salud para precipitar los hechos. Entre bambalinas alentó la rebelión de las milicias y el pueblo de Cuyo que rechazaron al reemplazante cuya designación Alvear tuvo que anular.

El 3 de abril del mismo 1815 el Ejército que Alvear había enviado para combatir contra Artigas y los santafecinos se sublevó contra el Director. El suegro de San Martín era presidente del Cabildo de Buenos Aires que precipitó la caída de Alvear. En Mendoza San Martín reunió una Junta Militar que llamó tirano al Director y le negó obediencia, y un Cabildo Abierto que declaró rotos los vínculos con Buenos Aires, anuló el nombramiento de San Martín como intendente del poder central y lo designó gobernador “electo por el pueblo”. ¿Otro accidente, tal vez?

4. El Acta de Rancagua

Al pasar a Chile en enero de 1820 San Martín advirtió la irregularidad de su situación como jefe de un ejército sin gobierno al que responder. Entregó al Jefe de

Estado Mayor un pliego cerrado para que se abriera en presencia de todos los oficiales. El 2 de abril en Rancagua se leyeron unas líneas de San Martín indicando que el cuerpo de oficiales debía elegir un nuevo general en jefe del Ejército de los Andes ya que su autoridad había cesado con la del gobierno que lo designó.

La concisa respuesta de estos soldados fue consignada en el Acta de Rancagua: “Queda sentado como base y principio que la autoridad que recibió el General de los Andes para hacer la guerra a los españoles y adelantar la felicidad del país, no ha caducado ni puede caducar, pues que su origen, que es la salud del pueblo, es inmutable”. Su autoridad no emanaba de un gobierno, sino de la salud del pueblo. San Martín no fue nunca brazo armado de la oligarquía porteña y el comercio inglés.

5. El Congreso del Perú

En septiembre de 1822 una vez instalado el Congreso al que entregó el mando San Martín redactó un mensaje de despedida al pueblo peruano en el que reiteró su respeto a la soberanía popular. “Mis promesas para con los pueblos en que he hecho la guerra están cumplidas; hacer su Independencia y dejar a su voluntad la elección de sus gobiernos. La presencia de un militar afortunado, por más desprendimiento que tenga, es temible a los Estados que de nuevo se constituyen”.

Revolucionario en 1812 y 1815 contra gobiernos impuestos por Buenos Aires contra la voluntad de los pueblos; gobernador elegido por el pueblo cuyano; General en Jefe reconocido por sus oficiales por un mandato originado en la salud del pueblo, pero sumiso al legítimo Congreso peruano; nunca creyó que la obediencia militar fuera un valor más alto que la soberanía popular. Este es el verdadero San Martín que desde hace un siglo es ocultado al pueblo soberano y a los militares que deben servirlo.

IV. MORAL MILITAR Y MORAL POLICIAL

1. Órdenes, relevos y seducciones

En la reunión que San Martín celebró con los gobernantes de Buenos Aires después de Maipú el ministro Gregorio Tagle objetó sus planes de libertar el Perú y sostuvo que el Ejército de los Andes debía emplearse en la defensa de Buenos Aires y su gobierno, amenazados “por el desbordamiento del anarquismo que prevalecía en el Litoral”, según el relato de Vicente Fidel López quien lo recibió de su padre, testigo presencial de la áspera discusión. San Martín impuso su criterio, pero de ahí en más el gobierno obró para malograr sus planes e imponer los de Tagle.

Aquella reunión fue en mayo de 1818. En septiembre Pueyrredón, quien ya había incumplido su promesa de reunir el empréstito de 500.000 pesos, tomó cuatro graves resoluciones: acordó con un emisario francés la coronación en Buenos Aires del Duque de Orleans; despachó 3.000 hombres a Santa Fe en una misión que Mitre llama “de exterminio y despoblación”; solicitó a los portugueses que invadieran Entre Ríos para aniquilar a Artigas; e indicó a San Martín que volviera a Buenos Aires, ya que debían “variarse o al menos suspenderse nuestras principales decisiones respecto de Lima”. San Martín ignoró la orden y siguió a Chile.

En enero de 1819 Pueyrredón sorprendió a San Martín al ordenar que el Ejército de Belgrano cuyas operaciones sobre el Alto Perú debían combinarse con las del Ejército de los Andes, bajara a combatir a los santafecinos. Contrariado, San Martín decidió viajar al Litoral y servir de mediador para apagar la guerra que Pueyrredón había encendido. Convino con O'Higgins que Chile lo respaldara con una mediación

oficial y por medio de Belgrano envió tres cartas, dos a López y una a Artigas, en febrero y marzo.

Son textos conmovedores. San Martín, educado en Europa, partidario de la monarquía, general de un ejército poderoso, dirige palabras afectuosas y razonamientos políticos, sin una amenaza, a los jefes republicanos de partidas irregulares formadas por gauchos pobres e incultos, “tigres voraces” a los que hay que “exterminar” según la “Gaceta” oficial del gobierno de Buenos Aires.

Como en un susurro llama a Artigas “paisano mío” y le ruega que “transemos todo y dediquémonos únicamente a la destrucción de los enemigos que quieran atacar nuestra libertad” porque “cada gota de sangre americana que se vierte por nuestros disgustos me llega al corazón”. Le explica el problema que le crea la bajada de Belgrano, sin un reproche dice que “no puedo ni debo analizar las causas de esta guerra entre hermanos” y le comunica que “mi sable jamás se sacará de la vaina por opiniones políticas, como éstas no sean en favor de los españoles y su dependencia”. Casi idéntica es la carta a López.

Pueyrredón se indignó en cuanto supo que los mediadores chilenos habían salido de Santiago y los conminó a retirarse porque su misión le parecía “degradante a este gobierno”. Su ministro Matías Irigoyen se quejó a San Martín porque ponía en pie de igualdad al gobierno “con una turba sin orden ni concierto”. Belgrano por orden del gobierno retuvo las tres cartas y luego las devolvió a San Martín. López y Artigas nunca las conocieron.

Fastidiado con este general que discutía sus órdenes, intervenía en política y rebajaba su autoridad, Pueyrredón le mandó conducir el Ejército de los Andes a Tucumán y ponerlo bajo la jefatura del general Cruz, por el amago de un ataque español. San Martín no creyó en este pretexto y se lo confió a Guido; “Lo que tiene V. que notar es las fechas. Las comunicaciones del gobierno tan exigentes y apuradas son fecha 15 (de marzo) y se refieren a las de Belgrano del 7 y 9, siendo que este general en las suyas de oficio y confidencial del 12 no me habla una palabra de la bajada del enemigo”. Y añade. “El Tagle ha tenido un modo sumamente político de separarme del mando del Ejército... Algún día le pondré al alcance de ciertas cosas y estoy seguro dirá V. que nació para ser un verdadero cornudo”.

San Martín presentó nuevamente su renuncia y sus oficiales se negaron a marchar a Tucumán por lo cual Pueyrredón anuló la orden, cuando ya 1.200 hombres habían pasado de Chile a Mendoza. El Libertador escribe a O'Higgins: “Estoy viendo y palpando que sólo en Chile se puede formar la ciudadela de la América”.

En junio terminó el gobierno de Pueyrredón y en julio San Martín volvió a escribir a López, carta que no se sabe si llegó a destino.

El 8 de octubre el nuevo Director Rondeau informó al Congreso que se había dilatado “por tiempo indefinido” la salida de la temida expedición española contra el Río de la Plata y que los santafecinos habían roto el armisticio firmado en abril. Sin embargo ese mismo día su ministro de Guerra ordenó a San Martín traer su ejército a Buenos Aires. Motivo: la expedición española. La misma orden se impartió al general Cruz, reemplazante del enfermo Belgrano en el Ejército del Norte.

Los llamados a San Martín se reiteraron el 13, 16, 27 y 30 de octubre, pero recién en el tercero se le previno de la ruptura con los santafecinos y se le ordenó que operara “hostil y vigorosamente” contra ellos. ¿Qué pasaba por la mente y el corazón de Rondeau? “Miedo, sólo miedo”, informa el agente chileno Zañartu a su gobierno. Tanto miedo que el 31 de octubre pidió también la intervención portuguesa.

Pueyrredón intentó relevar a San Martín en marzo; Rondeau lo probará en octubre. El 20 O'Higgins escribe a San Martín desde Chile que “Marcos Balcarce me

dice desde Buenos Aires venirse a incorporar al Ejército de Chile del cual dice ser Brigadier. Hay muchos motivos para no admitirlo”. El principal lo revela el General Paz en sus Memorias: “El gobierno directorial disgustado de la resistencia del general San Martín a venir con su Ejército lo mandaba relevar por Balcarce”. Los santafecinos de López lo capturaron en el camino frustrando el plan. El historiador chileno José Miguel Yrarrázaval Larrain llega a conjeturar un acuerdo secreto entre San Martín y los federales, y el historiador argentino Joaquín Pérez reproduce una carta en la que el agente norteamericano dice a su gobierno que si San Martín viniera a Buenos Aires “se uniría a Artigas contra los portugueses”.

Desobedecidas las órdenes, fallidos los relevos, Buenos Aires apeló a la seducción por medio del Venerable de la Logia Lautaro, el comerciante porteño y agente inglés Manuel Pinto. “Los enemigos del orden, escribe a San Martín, han divulgado que usted está dividido del gobierno, que desconfía de sus amigos y que no bajará con su ejército en precaución de que no se le arme una emboscada para perderlo. Yo creo que todo debe usted sacrificarlo al interés de sus amigos que celebran esta ocasión de redimirse de la infame nota de ingratitud para con usted (se refiere al empréstito) poniendo en sus manos todas las fuerzas del Estado”. Es decir, le ofrecían el gobierno.

Por lo visto los “enemigos del orden” estaban bien informados sobre San Martín.

El 11 de noviembre Rondeau insistió en términos perentorios, ignorando que San Martín ya había tomado su decisión. El 9 el Libertador había escrito a O'Higgins: “Se va a descargar sobre mí una responsabilidad terrible pero si no se emprende la expedición al Perú todo se lo lleva el y el diablo”.

Comentando la carta de Rondeau del 11 de noviembre, dice Mitre: “El plan del gobierno era reconcentrar todos los ejércitos de la República en la provincia de Buenos Aires y formar una masa de 8 a 10.000 hombres; teniendo en vista el peligro “ya remoto de la expedición española (diezmada en Cádiz por la fiebre amarilla) y por objetivo inmediato la guerra civil”. Al considerar ese plan “desde el punto de vista moral, militar y político” lo juzga “una cobardía” dado que los federales no pasaban de 1.500 hombres mal armados y “una verdadera deserción de la causa de la revolución” al “desguarnecer la frontera del Norte que hacía frente al ejército realista del Perú, renunciar a la alianza con Chile y a la expedición del Alto Perú, y lo era mucho más si se toman en cuenta las tenebrosas maniobras a que respondía”.

Con diversos pretextos los generales de los Andes y del Norte demoraron la marcha. Como San Martín alegara los quebrantos de su salud, el 18 de diciembre Rondeau lo relevó por tercera vez, ahora bajo la forma de una licencia, y le indicó que el Ejército debía venir a la capital a toda marcha, al mando de Alvarado o Necochea.

Ya no se puede esperar más. El 26 de diciembre San Martín presenta su renuncia y en enero de 1820 repasa la Cordillera. Al mismo tiempo el Ejército del Norte llega a Santa Fe y sus oficiales se sublevan en la Posta de Arequito para no pelear en la guerra civil, pero sin un jefe, en vez de invadir el Alto Perú, se disuelve.

Al partir hacia el Perú San Martín sintió que debía al pueblo argentino la explicación que no habían merecido sus gobiernos y le dirigió una proclama. “Me habéis acriminado, dice, en no haber contribuido a aumentar vuestras desgracias” porque “éste hubiera sido el resultado si yo hubiese tomado una parte activa en la guerra contra los federalistas. Mi Ejército era el único que conservaba su moral y lo exponía a perderla”. Agrega que hubiera sido preciso “renunciar a la idea de libertar al Perú y suponiendo que la suerte de las armas me hubiese sido favorable en la guerra civil, yo habría tenido que llorar la victoria con los mismos vencidos”.

Ésta es la moral militar de un hombre cuya visión política era más aguda que la de casi todos sus contemporáneos. Política grande que mira al futuro, americana y no porteña.

2. Guerra civil o guerra de 1a Emancipación

A fines de 1818 San Martín escribía a Buenos Aires que la administración chilena “no es respetada ni amada y sólo se sostiene por las bayonetas del Ejército de los Andes”. En enero de 1819 insistía que sin la expedición al Perú se corre el peligro de “comprometemos a disgustos de la mayor y trascendencia” y en otra carta agregaba que “la armonía que creo necesaria a la felicidad de América me ha hecho guardar la mayor moderación y no recurrir a medidas violentas que comprometiesen a ambos estados”.

Hay en esto coincidencia con el dilema que historiadores como el dominicano Juan Bosch y el capitán de fragata argentino Jacinto Yaben atribuyen a Bolívar: la guerra de la Independencia habría sido una válvula de escape, la forma de canalizar contra un enemigo común y tras un noble objetivo energías sociales encontradas que de otro modo se hubieran volcado en la guerra civil. La obra de Bosch se llama significativamente *Bolívar y la guerra social*. Ya Mitre intuía la cuestión, al sostener que el Ejército de los Andes era “una fuerza en el exterior y un peligro en el interior, y tenía que ser pretoriano o revolucionario en el interior, o Libertador en América”.

Los años mostraron que esos enfrentamientos eran ineludibles y que respondían en toda América a causas similares: la violenta ruptura del antiguo equilibrio político, económico y social por, el ascenso de las burguesías comerciales dependientes y la irrupción de las manufacturas británicas que arrasaron con las industrias artesanales de la colonia creando multitudes de desocupados y desesperados.

3. La carta a Riva Agüero

Retirado San Martín el Perú se dividió en dos bandos. Uno liderado por Riva Agüero quien había cooperado con San Martín en los preparativos de la insurrección antes de 1820; el otro por el Marqués de Torre Tagle en quien San Martín había delegado el gobierno cuando viajó a Guayaquil. Riva Agüero, quien expresaba el incipiente sentimiento nacional peruano y por eso chocó con Bolívar llamó a San Martín en su auxilio.

Éste le respondió desde Mendoza que si ambos bandos se unían y reconocían la autoridad del Congreso jurado por los pueblos no sería difícil batir a los españoles. “Después matémonos unos contra otros si éste es el desgraciado destino que espera a los patriotas. Muramos pero no como viles esclavos”.

Riva Agüero disolvió el Congreso y volvió a requerir a San Martín. Su contestación: “¿Cómo ha podido persuadirse que los ofrecimientos del general San Martín fueran jamás dirigidos a emplear su sable en la guerra civil! ¡Y me invita a ello al mismo tiempo que proscribire al Congreso y lo declara traidor! ¡Eh, basta!”

Sus “renunciamentos varoniles” como acaba de calificarlos el general argentino que preside el Instituto Nacional Sanmartiniano, son la afirmación de una moral militar, opuesta a la moral policial que desde entonces hasta ahora constituyen la opción básica que se presenta a los ejércitos americanos.

V. INDEPENDENCIA ECONOMICA Y DEFENSA

1. Cuyo: Ejército e industria

En una carta de 1816 a Godoy Cruz, San Martín señala que “no podemos hacer una guerra de orden por más tiempo que el de dos años por falta de numerario y si sigue la contienda no nos resta otro arbitrio que recurrir a la guerra de montonera y en este caso sería hacérsela a nosotros mismos”. Esta carta y otras de San Martín sobre la falta en América de población, de conocimientos, de agricultura, de comercio, de dinero, revelan su intuición económica y política.

Cuando San Martín se refiere a una “guerra de orden” creemos no forzar la interpretación si entendemos una guerra organizada, con división de funciones entre las tres armas de la época, con infantes, caballeros y artilleros especializados, que actúan según un plan general en procura de objetivos preconcebidos. Y cuando dice “guerra de montonera” podemos leer una contienda inorgánica, sólo de a caballo, sin infantería ni artillería, sin más planes que los inmediatos y sin otro objetivo que la subsistencia, agotando los hombres y los recursos del país en que se produce, y por eso es “hacérsela a nosotros mismos”.

A cada tipo de guerra corresponde una forma de organización social y de estructura productiva. La de montonera se vincula con las economías cerradas, de subsistencia y escaso intercambio, con rudimentaria división del trabajo, en unidades familiares aisladas. La de orden con la organización que introdujo el capitalismo, reuniendo muchos artesanos en un gran taller donde cada uno realiza distintas tareas que son coordinadas por el empresario, y produciendo para la venta en el mercado.

La economía argentina a comienzos del siglo pasado era del primer tipo y recién en las barracas de los acopiadores de cueros y en los saladeros de carne comenzaba a nacer el segundo.

El tipo de Ejército que San Martín creó en Cuyo, único capaz de quebrar el poder español, como lo demostrarían las derrotas de la heroica caballería oriental frente a los más modernos ejércitos portugueses, requería una forma de organización del trabajo que excedía las posibilidades de la región, y del país. El Libertador supo apreciar la utilidad de la guerra de montoneras para desgastar al enemigo, pero sólo como auxiliar del único instrumento que podía derrotarlo, el ejército regular, la guerra de orden.

Resolvió esta contradicción entre los requerimientos de la guerra y la estructura productiva impulsando formas de organización del trabajo que anticipan el capitalismo industrial y una especialización de funciones entre las provincias, que partiendo de las aptitudes preexistentes avanzó hacia la formación de un mercado nacional.

Buenos Aires delegaba en la manufactura británica y el comercio inglés la creación del mercado nacional y la organización de la producción. Los liberales lo juzgan correcto y los marxistas inevitable y ambos piensan que las modestas artesanías coloniales no estaban en condiciones de generar la acumulación imprescindible para el desarrollo capitalista.

San Martín sentó en Cuyo las bases de una economía independiente, aunque no cerrada y si la Argentina hubiera sido gobernada con el criterio que él usó para crear su Ejército de los Andes, otro hubiera sido el destino nacional. Las experiencias contemporáneas de Estados Unidos, que tuvo éxito, y del Paraguay, que fue arrasada por la fuerza, avalan esta idea.

De otro modo, San Martín no hubiera podido instalar en Mendoza una fábrica de pólvora, una fundición de artillería en la que 300 obreros trabajaban en 7 fraguas, un batán para tejer las telas de los vestuarios, una fábrica de tintas para dar color a los uniformes, e inclusive aplicar la fuerza motriz del agua al batán y el laboratorio de

explosivos. En todas estas empresas, los trabajadores fueron organizados dividiendo sus tareas y coordinándolas en un plan de producción.

El mismo sentido tiene la reunión concertada en Mendoza de alimentos, animales, tejidos, monturas, capitales, técnicos y mano, de obra provenientes de San Luis, San Juan, La Rioja, Corrientes, Córdoba y Buenos Aires; la liberación de los esclavos para que sirvieran en el Ejército; las explotaciones ganaderas y agropecuarias a cargo de la Intendencia en tierras de particulares; la confección del vestuario distribuyendo su corte y costura entre sastres y mujeres voluntarias que trabajaban cada uno en su taller; o en su casa pero bajo un programa coordinado; la recolección en almacenes de ropa vieja que luego se usaba para forrar el calzado; la construcción de 20.000 herraduras para mulas y caballos; la nota de San Martín al gobierno de Buenos Aires en diciembre de 1816 pidiendo que se suprimieran los impuestos a los licores cuyanos y se gravaran los importados para proteger esa actividad.

2. Chile: una empresa de comerciantes americanos

De su paso por Chile sólo mencionaremos el contrato firmado a instancias de San Martín con una empresa comercial formada por particulares, quienes se comprometieron a vestir, alimentar y llevar al Perú a los oficiales y soldados de la expedición libertadora, a cambio de pagos en dinero y especies y en franquicias comerciales. En una primera oferta que fue desechada figuraba un comerciante inglés; en la que se aceptó sólo americanos. Una empresa comercial privada asumiendo una tarea de tal riesgo y magnitud constituye una innovación absoluta para el grado de desarrollo de las sociedades americanas de entonces.

3. Perú: el Reglamento de Comercio y el primer Banco

Las medidas económicas de San Martín en el Perú son el reverso de las que seguían los gobiernos de Buenos Aires. El Reglamento de Comercio que dictó procuraba fortalecer la industria local, y duplicó los derechos de importación sobre los artículos que pudieran competir con los del país; en Buenos Aires esos gravámenes fueron reducidos o suprimidos. San Martín eliminó aduanas interiores, Buenos Aires gravó todos los productos del interior. San Martín estableció que sólo los peruanos podían ejercer el comercio minorista, Buenos Aires y también Chile lo abrieron sin limitaciones a los ingleses. San Martín prohibió la exportación de metálico, Buenos Aires y Chile permitieron que entre 1810 y 1820 los barcos británicos extrajeran de ambos países 10 millones de dólares en metálico, sustrayendo todo el numerario y afectando así la expansión del comercio local.

San Martín fijó rebajas aduaneras a los barcos de bandera peruana o americana y creó un Banco que emitió moneda, cosa que también hizo Buenos Aires. Pero el banco peruano estaba presidido por el ministro de Hacienda, sus accionistas fueron particulares nativos, y sus fondos se mantuvieron siempre separados de los del gobierno. El de Buenos Aires quedó en manos de comerciantes británicos y el gobierno usó la emisión de papel moneda para pagar sus gastos, lo cual creó la inflación.

El banco peruano debió cerrar por la oposición del comercio inglés, y el Reglamento de Comercio fue modificado por la presión de los mismos intereses cuando San Martín se alejó del Perú. Todos estos hechos, en Cuyo, Chile y el Perú indican que San Martín percibía la estrecha relación entre Independencia Económica y Defensa Nacional cuando estos temas no habían sido estudiados aún por ninguna escuela científica ni militar.

VI. ESTRATEGIA Y REALIDAD NACIONAL

1. Guerra nacional y participación popular

La organización de un ejército regular instruido en las tácticas de la época es la primera preocupación de San Martín. Hasta entonces los jefes militares argentinos habían sido abogados, comerciantes, artesanos o ganaderos improvisados sobre la marcha. El primer escuadrón de Granaderos a Caballo fue una academia de instrucción práctica y lo mismo ocurrió con los campamentos organizados por San Martín en Tucumán, Mendoza y Chile, donde inculcó a sus hombres una disciplina rigurosa, espíritu de cuerpo, sentido del honor y moral de combate, y les impartió lecciones de táctica y uso de armas. Además los proveyó de un arma nueva que durante años aterrorizó a los españoles: el largo sable de los coraceros de Napoleón. Este es el San Martín europeo.

Pero viene a combatir en América, de la que es también cronológicamente su primer general, y advierte que este continente inmenso, despoblado, sin caminos, de escaso comercio y agricultura, poco tiene que ver con la pequeña Europa del capitalismo agrario en camino a la industrialización. Éste es el San Martín americano, que descubre la importancia del caballo, propio de un país ganadero, y las características peculiares del hombre americano, su forma instintiva de guerra; y en vez de aferrarse al manual enriquece las lecciones europeas con la savia vital del país, su geografía, sus animales, sus costumbres, y sobre todo sus hombres. Por eso su segunda preocupación será la participación popular.

En el poco tiempo que dirigió el Ejército del Norte hizo las dos cosas: instruyó a los oficiales en las modernas tácticas de la caballería y decidió que Güemes tomara la vanguardia de la fuerza propia, mientras Alvarez de Arenales y Warnes en la retaguardia enemiga hostigaban a los españoles con sus partidas irregulares y fomentaban la “insurrección popular”, expresión con que San Martín comunica el plan al gobierno. Mitre dice que iniciaba “un nuevo sistema de hostilidades mixtas”.

Lo mismo haría antes de invadir Chile y el Perú, y en todos los casos considerando las guerrillas como auxiliares del Ejército, tal como un siglo después lo prescribiría Mao Tse-tung. En sus instrucciones de 1818 a sus agentes peruanos San Martín escribe: “Como puede ser difícil y aun peligrosísimo que se ejecute una conmoción general antes de la llegada de mi ejército que la proteja, sería más útil y eficiente el que se preparasen conmociones parciales, distintas unas de otras para que reventasen en el momento de mi desembarco, pues sería imprudencia excitar un movimiento intempestivo que por su aislamiento y falta de recursos, no sirviese en último resultado, sino para hacer más fuerte al enemigo”.

Por otra parte, en la preparación del Ejército de los Andes San Martín comprometió a todas las fuerzas económicas y sociales de la Nación en el esfuerzo bélico, veinte años antes que comenzaran a publicarse en Europa las obras de Clausewitz en las que el prusiano afirma que la guerra ha dejado de ser un asunto exclusivo de los ejércitos para serlo de toda la Nación.

Éste es el concepto que lleva a San Martín, a crear en Mendoza su sistema de auxilios patrióticos o cooperativos. Una economía de guerra basada en la “cooperación de trabajadores y combatientes que se sostuvieran mutuamente” para mantener el Ejército a expensas de Cuyo pero sin agotar sus fuentes productivas, como explica Mitre. Donativos, empréstitos, impuestos, trabajo voluntario, uso compartido con los particulares de bestias y pasturas, chacras del Estado para alimentar a los soldados que las cultivaban, reducción de los sueldos militares y de la administración a la mitad

“porque desde este instante el lujo y la comodidad deben avergonzarnos”, son algunas de sus facetas.

2. Chacabuco, la Estrategia directa del siglo 19

En su Plan de Operaciones San Martín afirma que se propone reunir sus fuerzas y “cargar al grueso del enemigo hasta deshacerlo en la primera acción y tomar la capital”. Para distraer a los enemigos de su ataque por el Centro del país, envió tres pequeñas columnas por el norte y el sur, que hicieron dividir en 800 kilómetros los 7.000 hombres del ejército español que no sabían por dónde serían atacados.

El Ejército cruzó los Andes dividido en dos columnas que San Martín comunicaba por medio de mensajeros. Cada una ocupó su posición prevista en la fecha indicada, tres semanas después de salir de Mendoza. Mientras una aferraba al enemigo de frente, la otra debía atacarlo por la espalda.

Reconcentradas las fuerzas en territorio chileno luego de unas pocas escaramuzas, San Martín volvió a dividir las, siguiendo el mismo plan, que el general Nicolás Accame compara con la estrategia napoleónica.

En Chacabuco, mientras la División de O'Higgins combatía de frente con el enemigo, la División de Soler que marchaba oculta de la vista de los españoles cayó sobre su flanco izquierdo, envolviéndolos y deshaciéndolos.

De acuerdo con las definiciones del general Beaufre en su *Introducción a la Estrategia*, Chacabuco es una Estrategia Directa que busca la decisión empleando las fuerzas militares como medio principal y corresponde a la doctrina de la Dinámica Racional de Clausewitz: concentración de esfuerzos para deshacer la masa principal del enemigo, lo cual provoca la derrota del resto, y decisión del fuerte al fuerte en el teatro principal.

Es notable la comprensión de San Martín de la estrategia napoleónica cuando Clausewitz recién comenzaba a estudiarla, obsesionado por las derrotas que sufrió como general de los ejércitos prusianos, que todavía no formaban un Ejército Nacional. Crearlo fue una de las recomendaciones que formuló en sus escritos. San Martín lo había hecho en 1816.

3. El Perú: la Estrategia Indirecta, un salto del siglo 18 al siglo 20

Pero más admirable aun es su capacidad de adaptación a la realidad americana y a las limitaciones de su Ejército, durante la campaña del Perú. El mínimo de tropas que preveía llevar San Martín eran 6.100 hombres, aunque deseaba contar con 9.000. Sólo dispuso de 4.300. El Ejército del Norte debía atacar simultáneamente por el Alto Perú, pero fue devorado por las guerras civiles argentinas. Cualquier otro general hubiera desistido de una empresa tan desigual, pero él se decidió a enfrentar con sus 4.000 soldados a más de 20.000 españoles, como consignan los peruanos Mariano Felipe Paz Soldán y coronel Manuel Bonilla, y los argentinos Mitre y capitán de fragata Jacinto Yaben, quienes citan obras de generales americanos y españoles que participaron en esa guerra.

Gracias a la escuadra chilena San Martín dominaba el mar. Desembarcó al Sur de Lima, donde se proveyó de alimentos y caballos, sublevó poblaciones e incorporó a esclavos negros a quienes declaró libres. Una división mandada por Arenales marchó a insurreccionar la sierra sin que los españoles lo advirtieran. Cuando el enemigo buscó enfrentarlo, embarcó sus tropas y tocó tierra, esta vez al norte de Lima.

San Martín fomentó las discordias entre los españoles, divididos en absolutistas y liberales; negoció mientras robustecía su ejército; obtuvo la deserción de un batallón español de 650 hombres y organizó guerrillas que sitiaron la capital. Amagó ataques por el sur, por la cordillera, por la costa, por el pie de la sierra, manteniendo en continua zozobra a los españoles. “Yo me voy con pies de plomo, explica, sin comprometer una acción general... el enemigo pierde cada día la moral de su ejército, se mina sin cesar, y yo aumento mis fuerzas progresivamente. La insurrección cunde... con paciencia y sin precipitación todo el Perú será libre”.

En algún sentido esta Estrategia se parece a la del Mariscal Mauricio de Sajonia del siglo 18, quien no era partidario de librar batallas y confiaba en “derretir poco a poco al enemigo”. Pero mientras éste se refería únicamente a los ejércitos, San Martín introducía un elemento novedoso, que bajo otras condiciones había visto en la guerra nacional española.

En diálogo con el marino Basil Hall, quien le indagaba porque no tomaba aún Lima, San Martín dijo: “¿Qué haría yo si sus habitantes me fueran contrarios?... mi plan es diferente. Deseo ante todo que los hombres se conviertan a mis ideas y no quiero dar un paso más allá de donde vaya la opinión pública... He ganado cada día nuevos aliados en el corazón del pueblo... Toca al país juzgar por sí mismo cuáles son sus verdaderos intereses... La opinión pública es un nuevo resorte introducido en los asuntos de estas partes. Los españoles, incapaces de dirigirla, la han comprimido. Ha llegado el día en que va a manifestar su fuerza y su importancia”.

Así fue. Nueve meses después del desembarco ocupó pacíficamente Lima. No pudo concluir la guerra porque las insurrecciones indígenas que organizó Arenales con Aldao y Bermúdez fueron masacradas por los españoles y no permitieron organizar un verdadero ejército, como ya había ocurrido con Tupac Amaru, y porque sin auxilios de Chile y la Argentina no pudo aumentar las fuerzas de su ejército inicial.

Su campaña peruana corresponde al cuarto Modelo Estratégico de Beaufre: “Lucha total prolongada con débil intensidad militar”. Es una Estrategia Indirecta que no busca la decisión por el empeño de fuerzas militares, sino una “maniobra por la laxitud” que combina acciones políticas, económicas y diplomáticas. Algunos contemporáneos lo acusaron de excesiva timidez. Necesariamente ignoraban que los conceptos de San Martín, basados en la Estrategia del siglo 18, adelantaban elementos de la del siglo 20, al utilizar las insurrecciones populares combinadas en una Estrategia Indirecta con la acción del Ejército, y descomprimir el poderoso resorte de la “opinión pública”.

VII. CONCLUSIONES

Limitado por la oligarquía porteña que sólo deseaba protección armada para sus negocios; convencido de que su Patria realizaría su destino vinculándose con América y no sólo con Europa; consciente de la importancia de la integridad territorial; alzado contra dos gobiernos reaccionarios; respetuoso de la soberanía popular antes que de la mera obediencia castrense; protector de la industria y el comercio americanos frente a las grandes potencias de su época; conductor estratégico que no se ató jamás a prescripciones doctrinarias que no se conciliaran con la realidad nacional; a 200 años de su nacimiento todavía tenemos muchas cosas que aprender de San Martín.

[Fin del apéndice de Rodolfo Walsh]

Apéndice II

Del «Bolívar» de Karl Marx al marxismo bolivariano del siglo XXI

Néstor Kohan

*¿Adónde irá Bolívar? ¡Al brazo de los hombres
para que defiendan de la nueva codicia,
y del terco espíritu viejo, la tierra
donde será más dichosa y bella la humanidad!*

José Martí

Discurso del 28 de octubre de 1893

*Les repitió por milésima vez la conducerma de que el golpe mortal
contra la integración fue invitar a los Estados Unidos
al Congreso de Panamá, como Santander lo hizo por su cuenta y riesgo,
cuando se trataba de nada menos que de proclamar la unidad de la América.*

Gabriel García Márquez

El general en su laberinto

Un bicentenario para repensar sin miedo

Cuando en 1989 se cumplió el bicentenario de la Revolución francesa la cultura política europea rememoró antiguos debates postergados. Las urgencias políticas del momento no dejaron margen a la serenidad. ¡Había que liquidar con premura y caiga quien caiga toda huella de pensamiento crítico! La bochornosa caída del muro de Berlín prometía arrasarlo con cualquier proyecto de emancipación radical que pretendiera ir más allá del límite histórico alcanzado por la Revolución francesa de 1789 (revolución que, dicho sea de paso, no era concebida de manera integral como habían sugerido las investigaciones de Albert Soboul y otros clásicos de la historiografía marxista sino que incluso era reducida a la caricatura del denominado “*terror jacobino*”¹).

Dos décadas después de aquella celebración europea que pretendía enterrar definitivamente a Karl Marx bajo el polvo y los escombros de esa pared caída en Berlín, las piruetas del calendario remiten ahora a otra fecha histórica, centrada en esta

¹ Los mitos anticomunistas del pensamiento de derecha —nunca asumidos como tales— de aquel momento que dibujaban esa caricatura en el bicentenario de la Revolución francesa se nutrían de diversas fuentes, desde los panfletos más “eruditos” de la historiografía revisionista del profesor francés François Furet hasta recursos más populares como el film comercial *Danton*, del director polaco Andrzej Wajda (basado a su vez en la obra de teatro “El caso Danton”, de Stanisława Przybyszewska, bastante más proclive hacia Robespierre que la película, según reconoció posteriormente el mismo Wajda).

oportunidad en América Latina. En este nuevo bicentenario nos encontramos cara a cara con el inicio en 1810 de la independencia continental frente al colonialismo europeo². Nuevamente afloran numerosos debates políticos e interrogantes teóricos postergados donde la discusión sobre el pasado nos sugiere repensar el horizonte presente y futuro.

Pero nuestro tiempo es notablemente distinto al clima asfixiante de 1989... Dos décadas después de la caída del muro de Berlín, el sistema capitalista atraviesa una nueva crisis aguda, sólo comparable con la de 1929. Nos encontramos bien lejos de la euforia ética que emborrachó la futurología neoliberal de Francis Fukuyama así como también de la orgía triunfalista de Bush padre y su cómplice germano Helmut Kohl. En todo el orbe crecen hoy las resistencias y la indisciplina, se generalizan las tensiones sociales y las contradicciones antagónicas del capital emergen exacerbadas a flor de piel.

En ese nuevo marco mundial Estados Unidos (y su sistema vigilante de policía mundial disfrazado de “multiculturalismo”) se enfrenta a nuevos disidentes radicales. Retorna a escena la prédica antiimperialista, el viejo sueño de hermandad latinoamericana, los ideales libertarios y proyectos emancipadores todavía incumplidos de Simón Bolívar, José Carlos Mariátegui y Ernesto Che Guevara. Una tradición de pensamiento crítico que este nuevo bicentenario nos invita a repensar, recuperar y actualizar.

Simón Bolívar y el problema (inconcluso) de la nación latinoamericana

Durante los últimos años desde los centros académicos que marcan y condicionan la agenda del debate teórico se decretó el fallecimiento repentino y se labró el acta de defunción “definitiva” del estado-nación. Con la emergencia de la globalización, se nos dijo, dejó de tener sentido la lucha por la liberación nacional en los países dependientes, periféricos, coloniales o semicoloniales ya que supuestamente habría desaparecido el imperialismo y ningún estado-nación ocuparía ese rol tan característico de la dominación del capital que marcó a fuego todo el siglo XX³.

² En realidad las resistencias contra la dominación colonial, la explotación salvaje y otros mecanismos fundamentales de la acumulación originaria del sistema capitalista a escala mundial comenzaron desde la misma llegada de los “civilizados” de la espada, la cruz, la hoguera, la violación y la tortura de los pueblos sometidos. Dos de los principales hitos de esa extensa secuencia de luchas han sido la insurrección continental liderada por Tupac Amaru y Tupac Katari y la independencia de Haití, esta última concretada seis años antes que el proceso desatado en 1810.

³ En ese sentido dos afamados ensayistas nos explican y aleccionan: “*Muchos ubican a la autoridad última que gobierna el proceso de globalización y del nuevo orden mundial en los Estados Unidos. Los que sostienen esto ven a los Estados Unidos como el líder mundial y única superpotencia, y sus detractores lo denuncian como un opresor imperialista. Ambos puntos de vista se basan en la suposición de que los Estados Unidos se hayan vestido con el manto de poder mundial que las naciones europeas dejaron caer. Si el siglo diecinueve fue un siglo británico, entonces el siglo veinte ha sido un siglo americano; o, realmente, si la modernidad fue europea, entonces la posmodernidad es americana. La crítica más condenatoria que pueden efectuar es que los Estados Unidos están repitiendo las prácticas de los viejos imperialismos europeos, mientras que los proponentes celebran a los Estados Unidos como un líder mundial más eficiente y benevolente, haciendo bien lo que los europeos hicieron mal. Nuestra*”

Dejando a un lado la refutación de ese lugar común tan difundido por los monopolios de (in)comunicación, de endeble fundamentación teórica, débil sostenimiento empírico y sospechosa posición política⁴, creemos que hoy se torna necesario e imperioso abordar y retomar esta problemática desde un ángulo bien distinto.

A diferencia de la tradicional “cuestión nacional” tal como fue abordada por los clásicos del marxismo europeo —naciones oprimidas y aisladas que luchaban por romper esa dominación y desplegar su soberanía al interior de su propio estado nación—, la cuestión nacional latinoamericana poseía y posee otra dimensión, riqueza, extensión y complejidad. En el caso europeo, muchas veces las naciones ya estaban constituidas desde inicios de la modernidad y lo que quedaba aún pendiente era sacarse de encima la indignante bota imperial de las naciones opresoras. Polonia fue, quizás, uno de los casos emblemáticos junto con Irlanda en el siglo XIX. La misma Irlanda y fundamentalmente Euskal Herria (el país vasco) constituyen todavía en la actualidad un fenómeno análogo de opresión nacional (extensible también a Galiza y los países catalanes).

Sin embargo, cuando abordamos esta misma discusión en América Latina el problema se condensa y se complejiza todavía más. Porque en nuestro continente, la pugna por constituir una gran nación integradora frente a la dominación (externa e interna) estuvo presente de manera inacabada e inconclusa desde sus mismos inicios.

Ya en 1810, y desde entonces en adelante, el proyecto político independentista aspiraba en sus promotores más radicales constituir una gran nación latinoamericana (sus clases dominantes y las elites locales, débiles, mezquinas y miopes socias menores de la dominación externa, fueron también responsables del fracaso de ese ambicioso proyecto de soberanía integral). En este sentido la nación no estaba en Nuestra América constituida esperando a que se la libere. Había que constituir la **al mismo tiempo** que emanciparla.

La nación latinoamericana, «*un solo país, la Patria Grande*», como la denominaba el libertador Simón Bolívar [1783-1830], es todavía hoy, dos siglos después, un proyecto inconcluso, pendiente y a futuro.

Retomar ese proyecto nos permitiría descentrar los falsos dilemas que dicotomizan el debate con los erróneos términos de globalización desterritorializada versus nacionalismo estrecho y provinciano. Cosmopolitismo falsamente universal (que en realidad generaliza como “universal” valores y culturas típicas y exclusivas del *american way of life*) versus fundamentalismos parroquiales (cuanto más débiles, más

hipótesis básica, sin embargo, que una nueva forma imperial de soberanía está emergiendo, contradice ambos puntos de vista. Los Estados Unidos no constituyen –e, incluso, ningún Estado–nación puede hoy constituir– el centro de un proyecto imperialista” Véase Antonio Negri y Michael Hardt (2000): Imperio. Buenos Aires, Paidós, 2002. p. 15.

⁴ Hemos intentado refutar en detalle semejante punto de vista en nuestros libros *Toni Negri y los desafíos de «Imperio»*. Madrid, Campo de Ideas, 2002 (reeditado en Italia con el título *Toni Negri e gli equivoci di «Imperio»*. Bolsena, Massari Editore, 2005) y también en el libro *Nuestro Marx* (Caracas, Misión Conciencia, 2011; difundido en internet en www.rebellion.org y www.lahaine.org). Resulta curioso que a estos ensayistas y a muchos otros apresurados enterradores del estado-nación —solamente cuando se trata de los estados-naciones de países dependientes— no les llame la atención que en toda película norteamericana aparezca hasta el hartazgo la banderita de las barras y las estrellas. ¿Lo interpretarán como un símbolo de “multiculturalismo”...?

intolerantes).

El proyecto político que impulsó Simón Bolívar en las luchas de independencia era mucho más complejo, rico y radical que esa idea fofa, amorfa, vagamente humanitarista y absolutamente genérica, muy a gusto del pensamiento “políticamente correcto” de nuestros días, al estilo de las ONGs europeas o norteamericanas o incluso de la UNESCO. Bolívar pensaba sus proyectos incluyendo como eje la educación popular (qué él resumía como “*Moral y luces*” siguiendo a su maestro Simón Rodríguez [1769-1853]) pero siempre a partir de la confrontación. La única libertad auténtica se conquista luchando. La batalla de las ideas sola y aislada es buena, pero sin confrontación jamás podrá vencer. La hegemonía constituye la combinación de la persuasión del consenso pero al mismo tiempo de la confrontación a través del ejercicio de la fuerza material. La zorra y el león.

El Libertador había proyectado e imaginado su utopía radical de «Patria Grande» del siguiente modo: “*Es una idea prodigiosa pretender **formar de todo el mundo nuevo una sola nación** con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería por consiguiente **tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse** [...]”⁵. En el mismo sentido sostenía: “*Yo deseo más que otro alguno **ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y su gloria***”⁶.*

En sus guerras de liberación (que desarrollaba junto con José de San Martín [1778-1850] en el sur y otros revolucionarios continentales que compartieron y pelearon por ese mismo proyecto durante aquella época) y a pesar de las disputas internas que desangraban el continente, Bolívar aspiraba a un sistema republicano —el más avanzado en aquel entonces— para esa Patria Grande. Educado por el maestro Simón Rodríguez, ponía a la igualdad en lo más alto de su pensamiento: “*He conservado intacta la ley de las leyes —la igualdad— sin ella perecen todas las garantías, todos los derechos. A ella debemos hacer los sacrificios. A sus pies he puesto, cubierta de humillación, a la infame esclavitud*”⁷

De allí que afirmo: “*Por estas razones pienso que los americanos, ansiosos de paz, ciencias, artes, comercio y agricultura, **preferirían las repúblicas a los reinos**, y me parece que esos deseos se conformarán con las miras de Europa*”⁸.

Esa república era concebida por Bolívar como una instancia intermedia de equilibrio entre “la libertad indefinida, ilimitada y la democracia absoluta” —para él el ideal, pero que no concibe como posible pues sería necesario contar con “ángeles, no hombres”— y el despotismo tiránico. Resumiendo ese sentido republicano, donde no se cansa de elogiar las elecciones periódicas (para que el pueblo no se acostumbre a obedecer y el gobierno no se acostumbre sólo a mandar, según sus propias palabras), Bolívar resume su proyecto afirmando que no combate “*por el poder, ni por la fortuna, ni aun por la gloria, sino tan solo por la libertad*”⁹.

⁵ Véase Simón Bolívar: “Carta de Jamaica” [Kingston, 6 de septiembre de 1815]. En *Tres documentos de Nuestra América*. La Habana, Casa de las Américas, 1979. p. 28.

⁶ Véase Simón Bolívar: “Carta de Jamaica”. Obra citada. p. 23.

⁷ Véase Simón Bolívar: “Discurso en la presentación de la Constitución de Bolivia”. Recopilado en Toby Valderrama y Alejandro Mena: *Rumbo al socialismo*. Caracas, Fundación Fondo Editorial Fabricio Ojeda, 2006. pp. 14-15.

⁸ Véase Simón Bolívar: “Carta de Jamaica”. Obra citada. p.25.

⁹ Véase Simón Bolívar: “Discurso al inaugurar el Congreso de La Angostura” [1819]. Recopilado y comentado en la obra de Felipe Larrazábal: *Simón Bolívar. Vida y escritos*

La salida estratégica era, a contramano de tanto “nacionalismo” estrecho, provinciano y parroquial, la unidad continental contra la dominación: “*Seguramente la unión es la que nos falta para completar la obra de nuestra regeneración [...] lo que puede ponernos en aptitud de expulsar a los españoles, y de fundar un gobierno libre. Es la unión, ciertamente, mas esta unión no nos vendrá por prodigios divinos, sino de efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos*”¹⁰. Idea que reafirma una y otra vez sosteniendo: “*Unidad, unidad, unidad, debe ser nuestra divisa*”¹¹.

Clase y nación

En nuestra América, liberarnos entonces de la dominación colonial, neocolonial e imperialista presupone al mismo tiempo construir la Patria Grande. No habrá liberación nacional sin emancipación social y jamás lograremos reorganizar la nueva sociedad sobre bases no capitalistas ni mercantiles si al mismo tiempo no logramos constituir ese proyecto inacabado de Patria Grande, rompiendo con toda sumisión y dependencia. No hay ni puede haber dos “etapas” separadas (como le gustaba repetir al señor Stalin) ni dos revoluciones diferentes: el proceso de la revolución latinoamericana es y deberá ser al mismo tiempo socialista de liberación nacional, es decir, de liberación continental. La dominación de clase y la cuestión nacional no conforman procesos escindidos en tiempo y espacio sino hilos de un mismo tejido social que se conformó de esa forma —subordinada al sistema capitalista mundial a través de sus socios locales, las burguesías lúmpenes y dependientes— desde nuestros inicios históricos.

Por eso Mariátegui —el primer marxista de Nuestra América— pudo escribir un siglo después de Bolívar que “*La misma palabra Revolución, en esta América de las pequeñas revoluciones, se presta bastante al equívoco. Tenemos que reivindicarla rigurosa e intransigentemente. Tenemos que restituirle su sentido estricto y cabal. La revolución latinoamericana, será nada más y nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será simple y puramente, la revolución socialista. A esta palabra, agregad, según los casos, todos los adjetivos que queráis: «antiimperialista», «agrarista», «nacionalista-revolucionaria». El socialismo los supone, los antecede, los abarca a todos*”¹².

Ese es precisamente el programa bolivariano y mariateguista que retoma y actualiza Ernesto Che Guevara en el último de sus mensajes a los pueblos del mundo, oportunidad en la que partiendo de su experiencia concreta al frente de la Revolución cubana sintetiza su interpretación sociológica e historiográfica de la historia de Nuestra América, de donde deduce un proyecto estratégico y político a futuro: “*Por otra parte las burguesías autóctonas han perdido toda su capacidad de oposición al imperialismo —si alguna vez la tuvieron— y sólo forman su furgón de cola. No hay más cambios que hacer; o revolución socialista o caricatura de revolución.*”¹³.

del Libertador [Biblioteca Ayacucho, 1918]. Tres tomos. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 2008. Particularmente Tomo II, pp. 133-142.

¹⁰ Véase Simón Bolívar: “Carta de Jamaica”. Obra citada. p.29-30.

¹¹ Véase Simón Bolívar: “Discurso al inaugurar el Congreso de La Angostura”. Obra Citada. tomo II, p.139.

¹² Véase José Carlos Mariátegui “Aniversario y balance” [Editorial de la revista *Amauta*, N°17, año II, Lima, septiembre de 1928]. En el apéndice a nuestro libro *Introducción al pensamiento marxista*. Buenos Aires, La Rosa Blindada, 2003. p. 181.

¹³ Véase Ernesto Che Guevara: “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental” [16/4/1967]. En el apéndice a nuestro libro *Introducción al pensamiento*

Hoy, en el siglo XXI, ya está completamente fuera de discusión que ese proyecto mariateguiano y guevarista de revolución socialista continental o, en otras palabras, ese proyecto de Patria Grande antiimperialista y socialista al mismo tiempo, está inspirado directamente en el ideario independentista bolivariano.

El «Bolívar» de Marx

Sin embargo no podemos ni debemos desconocer las agudas tensiones que marcaron la relación entre el universo cultural inspirado en los sueños libertarios de Simón Bolívar y la lectura política que se deriva de la concepción materialista de la historia y la filosofía de la praxis cuyo padre fundador ha sido Karl Marx.

Varios problemas pasaron a la herencia del movimiento revolucionario latinoamericano y mundial debidos al tan poco feliz artículo escrito por Marx a fines de 1857 y comienzos de 1858, mientras redactaba la primera versión de *El Capital*, hoy conocida como los *Grundrisse* (cuya redacción sólo interrumpe momentáneamente por necesidades económicas). En aquel trabajo periodístico-biográfico Marx se esfuerza por denostar a Bolívar hasta el límite que le permite su prosa, envolviéndolo en una suerte de bonapartismo reaccionario¹⁴.

En la gestación del artículo incidieron diversas variables. Para sobrevivir exiliado en Londres, Marx comienza a trabajar como periodista, colaborando a la distancia en el *New York Daily Tribune* —por entonces uno de los periódicos más leídos de EEUU— por invitación de Charles Anderson Dana [1819-1897]. En su correspondencia Marx reconoce que ese trabajo es realizado por necesidad: “*El continuo estercolero periodístico me aburre. Me ocupa mucho tiempo, dispersa mis esfuerzos y, en último análisis, no es nada [...] Las obras puramente científicas son algo completamente diferente*”. No obstante, esos artículos le permiten ampliar la mirada y desprenderse de muchos tics eurocéntricos que habían teñido su prosa en años anteriores¹⁵. Algunos escritos y artículos del período los incorpora, incluso, a *El Capital*. Engels lo ayuda (redactando textos que Marx firma para cobrarlos). En total, el *Tribune* publica 487 artículos de Marx: 350 escritos por él, 125 por Engels y 12 en colaboración. Marx mantiene ese vínculo periodístico desde 1851 hasta 1862.

marxista. Obra citada. p.241 y en *Obras*. Casa de las Américas, 1970. En términos generales, la idea de León Trotsky para el futuro de Nuestra América no era muy distinta de esta lectura bolivariana del Che Guevara, donde la clave de la liberación reposaría en la unidad continental y en la revolución socialista, aunque Trotsky lo planteara en un estilo literario y con términos no siempre habituales en la cultura política de América latina. “*Por los Estados Unidos Soviéticos de Sud y Centro América*”. Véase León Trotsky. *Escritos latinoamericanos*. Buenos Aires, CEIP, 1999. “El futuro de América Latina” [1940]. pp. 156-157.

¹⁴ Véase Karl Marx: “Bolívar y Ponte”. Originalmente publicado en el Tomo II de *The New American Cyclopedia* y reproducido en Karl Marx y Friedrich Engels: *Materiales para la historia de América Latina* [preparación y notas del traductor Pedro Scaron]. México, Siglo XXI, 1975. La reproducción facsimilar del original en inglés puede consultarse en el anexo de Inés Quintero y Vladimir Acosta: *El Bolívar de Marx*. Caracas, Editorial Alfa, 2007. pp.99-107.

¹⁵ Sobre el eurocentrismo en la escritura juvenil de Marx y su posterior superación y cambio de paradigma en la madurez véase nuestro *Marx en su (Tercer) Mundo*. Buenos Aires, Biblos, 1998 (reedición cubana posterior La Habana, Juan Marinello, 2003). Particularmente el último capítulo.

En abril de 1857 Charles Dana invita a Marx a colaborar también sobre temas militares en la *Nueva Enciclopedia Americana* (comprende 16 volúmenes y más de 300 colaboradores). En total, la *Enciclopedia* publica 67 artículos de Marx y Engels, 51 de ellos escritos por Engels (con investigación de Marx en el Museo Británico). La colaboración de ambos no pasa de la letra “C”. Entre otros, Marx escribe el capítulo “Bolivar y Ponte” sobre el libertador americano (aproximadamente entre septiembre de 1857 y enero de 1858¹⁶).

Como ya señalamos, Marx realiza una evaluación sumamente negativa de Bolívar. No comprende su papel de primer orden en la emancipación continental del colonialismo español ni su proyecto de construir una gran nación latinoamericana («la Patria Grande» en el lenguaje de Bolívar).

Resulta más que probable que las fuentes historiográficas —férreamente opositoras al líder independentista— que Marx encuentra en el Museo Británico y en consecuencia utiliza tiñan su sesgado análisis. Para investigar, Marx recurría siempre a las bibliotecas públicas y en ellas sólo encontró esa bibliografía disponible.

Su pequeño ensayo biográfico se basa principalmente en los trabajos del general francés H.L.V. Ducoudray Holstein (que llevan por título *Memorias de Simón Bolívar, presidente Libertador de la República de Colombia, y de sus principales generales; historia secreta de la revolución y de los hechos que la precedieron, de 1807 al tiempo presente*. Boston, 1829); en las *Memorias del general Miller al servicio de la República del Perú* de los hermanos británicos William y John Miller (Londres, 1828 y 1829, dos volúmenes) y en los trabajos del coronel británico Gustavo Hippiisley (tituladas *Una narración de la expedición a las riberas del Orinoco y el Apure, en Suramérica; la cual salió en Inglaterra en noviembre de 1817, y se integró a las fuerzas patrióticas en Venezuela y Caracas*. Londres, 1829). Todos ellos son soldados europeos que, por diversos motivos, mantuvieron conflictos personales con Bolívar. Algunos, inclusive, se arrepintieron y/o retractaron, en forma pública, de lo que escribieron contra Bolívar (como es el caso del agresivo Hippiisley, quien le escribió al Libertador “estoy ansioso de retractar aquellos sentimientos, reconociendo mi error solemne y sinceramente”)¹⁷.

Analizando críticamente esas mismas fuentes pertenecientes a “tres autores conocidos y considerados como los mayores desertores de la Legión Británica” y tratando además de sistematizar ese injustificado ataque de Marx en toda la línea, Vicente Pérez Silva enumera las acusaciones contra el libertador que bosqueja la pluma de Marx: a) oportunismo, b) cobardía, c) traición, d) realismo, e) fanfarronería, f) desertión, g) imprevisión, h) irresponsabilidad, i), venganza, j) tendencia o gusto por la dictadura, k) incapacidad, l) indolencia y finalmente m) ambición¹⁸. De todas ellas no se

¹⁶ El margen de imprecisión de cuatro meses para ubicar la redacción del ensayo deriva de las discordancias entre los biógrafos que han tenido acceso a los originales.

¹⁷ Véase la extensísima y muy erudita nota N°25 de Pedro Scarón donde analiza en detalle cada una de las fuentes utilizadas por Marx, en Karl Marx y Friedrich Engels: *Materiales para la historia de América Latina* [preparación y notas del traductor Pedro Scaron]. Obra citada. Nota 25, pp.105-108, particularmente 106. Por otra parte, aunque a primera vista se advierte con facilidad que el autor no conoce en profundidad temas de marxismo, puede resultar útil consultar el análisis y la crítica minuciosa de las fuentes empleadas por Marx que realiza Angel Francisco Brice: *Bolívar visto por Carlos Marx*. Caracas, Academia Nacional de la Historia de Venezuela, 1961. Brice reproduce extensamente la retractación de Hippiisley que Marx desconoce o deja a un lado: Carta de Hippiisley a Simón Bolívar. Isla de Guernsey, 29/10/1826. Obra citada. pp.16-17.

¹⁸ Véase Vicente Pérez Silva “Bolívar visto por Carlos Marx”. En *Simón, Quijote de*

deriva sino una opinión prejuiciosa, que realmente asombra pues ese estilo de escritura y de investigación se encuentra ausente en el 99% de la obra de Marx, paradigma universal si los hay de lo que debe ser un investigador científico y crítico.

Para justificar la superficialidad o lo erróneo de esos juicios históricos de Marx se ha subrayado que su autor escribió esas líneas sobre Bolívar con extrema rapidez y únicamente con el fin de ganarse el pan, robándole tiempo a lo que más le interesaba en ese momento que era comenzar a redactar nada menos que *El Capital*, lo cual no deja de ser cierto. Sin embargo, el objetivo alimenticio-salarial no resulta suficiente para legitimar esa incompreensión prejuiciosa pues el mismo Marx le confiesa a Engels que el editor Dana le ha reprochado el “estilo partisano” empleado en el mencionado artículo¹⁹. Es decir que Marx no escribe así respondiendo a una demanda de su empleador —como suele suceder en el periodismo comercial— sino por decisión propia, incluso contrariando la opinión de su editor, quien se queja y le reprocha dicho ataque²⁰.

Esforzándose por indagar una razón más profunda de este desencuentro de Marx con Bolívar, Ana María Rivadeo sostiene: “*La historia de América Latina se*

América. Antología de ensayos sobre Simón Bolívar. Presentación y compilación a cargo de Juvenal Herrera Torres. Caracas, Instituto Municipal de publicaciones de la Alcaldía Municipio Libertador, 2005. pp. 246-247.

¹⁹ Véase Carta de Marx a Engels del 14 de febrero de 1858, en Karl Marx y Friedrich Engels: *Materiales para la historia de América Latina* [preparación y notas del traductor Pedro Scaron]. Obra citada. p.94.

²⁰ Tratando de explicar ese prejuicio de Marx hacia el Libertador americano, José Aricó intenta derivar de la problemática de origen hegeliano de Marx su crítica a Bolívar. Al cuestionar a su maestro en la dialéctica, Marx habría seguido girando en torno a la pareja categorial “Estado-sociedad civil”, invirtiéndola y otorgando primacía a esta última por sobre aquella. De allí que le costara tanto trabajo comprender el modo en que en las revoluciones de independencia americana es el Estado el que funda la sociedad civil y no al revés. Véase José Aricó: *Marx y América Latina*. Buenos Aires, Catálogos, 1988. Para llegar a esa conclusión Aricó sistematiza y compendia las investigaciones previas de Georges Haupt, Claudie Weil, Renato Levrero, Hal Draper y Roman Rosdolsky. En cambio “se olvida” de mencionar como fuente a Ernest Mandel (de quien adoptó como prestada la idea según la cual Marx comenzó a ocuparse de la periferia del mercado mundial estudiando el comercio exterior de Gran Bretaña. Véase Ernest Mandel: *La formación del pensamiento económico de Karl Marx de 1843 hasta la redacción de «El Capital»*. Madrid, Siglo XXI, 1974. p. 135). Aricó también “se olvida” de mencionar otra de sus fuentes y uno de sus principales antecesores, Jorge Abelardo Ramos. Más de una década antes que Aricó, Ramos ya había aventurado el origen hegeliano del prejuicio de Marx hacia Bolívar y América Latina... justamente la hipótesis central del libro de Aricó. Afirmaba Ramos “*Estos infortunados juicios de Marx sobre Bolívar estaban sin duda influidos por la tradición antiespañola prevaleciente en Inglaterra, donde vivía Marx, y por el común desprecio europeo hacia el Nuevo Mundo, cuyos orígenes se remontaban a los filósofos de la Ilustración y a las observaciones olímpicas de Hegel en su «Filosofía de la historia universal»*”. Agregaba también: “*Como en los tiempos de Hegel, los pensadores de Europa, Marx entre ellos, consideraban a la América Latina como un hecho geográfico que no se había transmutado en actividad histórica*”. Véase Jorge Abelardo Ramos: “Bolivarismo y marxismo” [1968]. En su libro *Marxismo de Indias*. Barcelona, Planeta, 1973. pp.207 y 216.

caracteriza, en efecto, en ese momento, por la ausencia de una voluntad nacional y popular de las elites criollas que habían encabezado la independencia. Esta debilidad de las elites, aunada a la ausencia de masas populares con un proyecto autónomo, configuran una situación histórica que no favorece la apertura, en el pensamiento de Marx, de un horizonte de búsqueda teórica análogo al que ya había considerado para otros procesos, o a los que consideraría en el futuro— Irlanda, Rusia”²¹.

De todos modos, justo es subrayar y destacar que en su discutible escrito sobre Simón Bolívar, aun lleno de dudosas e ilegítimas impugnaciones contra el libertador americano, Karl Marx no deja de reconocer que “La intención real de Bolívar era unificar a toda América del Sur en una república federal”²².

¿Polemizar con el populismo abandonando a Bolívar?

Lo paradójico del asunto reside en que no sólo Marx —por las limitaciones señaladas— equivocó el camino cuando debía encontrarse con Bolívar. Varias décadas después uno de los principales fundadores del marxismo latinoamericano, Aníbal Norberto Ponce, vuelve a incurrir en idéntico error.

Erudito, original y creador —él fue probablemente la principal fuente en la que incursionó el Che Guevara a la hora de reflexionar y escribir sobre “el hombre nuevo” como núcleo del socialismo y la sociedad del futuro—, Ponce apela al discutible artículo de Marx para polemizar con el populismo latinoamericano. Con ese objetivo publica en el primer número de su revista *Dialéctica* aquel trabajo sobre Simón Bolívar²³, reproducido con la intención de contrarrestar los artículos “Por la emancipación de América latina” del peruano Víctor Raúl Haya de la Torre y “Bolivarismo y Monroísmo” del mexicano José Vasconcelos. Ponce no sólo lo publica sino que además lo celebra, al describirlo “tan jugoso a pesar de su aspecto seco y áspero”. En lugar de disputarle al populismo fundado por el APRA de Haya de la Torre la tradición antiimperialista —como hicieron Mariátegui en Perú y también Mella, primero en Cuba y luego en México—, Ponce cree convertirse en un auténtico

²¹ Véase Ana María Rivadeo: *El marxismo y la cuestión nacional* [tesis de doctorado en la Universidad Nacional Autónoma de México dirigida por Adolfo Sánchez Vázquez]. México, UNAM, 1994. p. 72. El planteo de Rivadeo no deja de ser útil, sugerente, riguroso y puntilloso en la reconstrucción de las fuentes de Marx, sin embargo por momentos su trabajo universitario —desarrollado en plena euforia de lo que académicamente se dio en denominar “la crisis del marxismo”— permanece demasiado pegado al relato de Aricó, Portantiero y otros ensayistas del mismo grupo intelectual (ya por entonces ex marxistas o conversos a la socialdemocracia) que a su vez eran deudores del historiador Halperín Donghi y otros profesores de no pocas simpatías liberales. De allí que por momentos la autora termine sobreestimando y exagerando esa supuesta “falta de voluntad nacional” en las masas populares latinoamericanas... ¿cómo explicar entonces la persistencia de las luchas de emancipación a nivel continental durante dos siglos a pesar de tantas represiones, genocidios, golpes de estado, intervenciones norteamericanas y dictaduras militares?

²² Véase Karl Marx: “Bolívar y Ponte”. Obra citada. pp.90-91.

²³ Véase Karl Marx: “Simón Bolívar”. Publicado en la revista dirigida por Ponce *Dialéctica* N°1, Buenos Aires, marzo de 1936. pp.1-14. [traducción del original inglés de Emilio Molina Montes]). Recopilado también en las *Obras completas* de Ponce. Buenos Aires, Cartago, 1974. 4 tomos.

“marxista” despojándose de toda ligazón con la herencia bolivariana. Notable error que si en tiempos de Marx era, después de todo, comprensible por la falta de información y el carácter sesgado de la escasa bibliografía accesible en el Museo Británico sumada a las otras circunstancias mencionadas en las que escribió su ensayo, en Ponce no deja de constituir un tropezo teórico que nada le debe ni le aporta al pensamiento socialista, comunista y revolucionario de Nuestra América²⁴. Sobre ese tipo de errores se apoyarán diversos adversarios y polemistas del marxismo, provenientes tanto de la Academia oficial como del nacionalismo burgués²⁵.

Aun siendo un discípulo directo del libro *Humanismo burgués y humanismo proletario* de Aníbal Ponce —de quien adopta su reiterada insistencia en el humanismo marxista y en la construcción del “hombre nuevo”—, Ernesto Che Guevara marca distancia en torno a la crítica injusta de Marx hacia Bolívar que había celebrado su maestro argentino. Por eso, al intentar reflexionar sobre la ideología que inspiró a la

²⁴ Muy poco tiempo después —menos de dos años— de haberlo publicado, durante su exilio mexicano, Ponce revisa las posiciones presupuestas en su primera celebración del trabajo de Marx sobre Bolívar. En tierras mexicanas publica cinco artículos sobre la cuestión nacional latinoamericana y el problema indígena. En esos últimos trabajos truncos —Ponce fallece casi inmediatamente— denomina a nuestro continente “la América indígena” a contramano de su juvenil adhesión a la herencia liberal de Domingo Faustino Sarmiento de innegables connotaciones positivistas, darwinianas y racistas. Tomando en cuenta ese notable cambio de mirada sobre la cuestión nacional y el latinoamericanismo entusiasmado que se produce en su exilio mexicano es más que probable que Ponce hubiera vuelto a repensar y, ahora sí, a recuperar como propia la herencia de Bolívar. Véase nuestro libro *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*. Buenos Aires, Biblos, 2000 (reeditado en versión ampliada en Cuba. La Habana, Centro Juan Marinello, 2008). Particularmente el capítulo dedicado a Ponce “Humanismo y revolución”.

²⁵ Estamos pensando, para el primer caso, en el profesor mexicano, director del Instituto de Estética de la Universidad de Guadalajara, Arturo Chavolla y su triste libro (en realidad tesis de doctorado defendida en París): *La imagen de América en el marxismo*. Buenos Aires, Prometeo, 2005. El libro de Chavolla resulta un típico producto académico de nuestra época, donde el rechazo visceral del marxismo se encubre con una terminología aparentemente neutral. A Marx y al marxismo Chavolla les reprocha su “eurocentrismo” —del que supuestamente nunca se habrían desembarazado—. Curiosamente, en su libro toda la bibliografía se cita en francés, aún cuando el idioma de Marx es el alemán y el del autor el castellano. Incluso, para “quedar bien” con el jurado francés, se citan en ese idioma títulos de libros que sólo han sido editados en Argentina o México, como los de Pasado y Presente. ¿Una muestra más de eurocentrismo?

Para el segundo caso, tenemos en mente al ensayista argentino José Pablo Feinmann, de gran presencia mediática en nuestros días a través de la TV, quien en su libro *Filosofía y Nación* (escrito en plena euforia del populismo nacionalista entre 1970 y 1975, publicado en 1982 y reeditado sin modificar una sola palabra en 1996 con un prólogo posmoderno) afirma con notable liviandad que Marx es... “un pensador del imperio británico”, un ingenuo apologista de la dominación colonial sobre los pueblos sometidos.

Hemos intentado una crítica de ambos autores en nuestro libro *Con sangre en las venas (Apuntes polémicos sobre la revolución, los sueños, las pasiones y el marxismo desde América Latina)*. Bogotá, Ocean Sur, 2007. pp.9-15.

Revolución Cubana el Che escribe: “A Marx, como pensador, como investigador de las doctrinas sociales y del sistema capitalista que le tocó vivir, puede, evidentemente, objetársele ciertas incorrecciones. **Nosotros, los latinoamericanos, podemos, por ejemplo, no estar de acuerdo con su interpretación de Bolívar** o con el análisis que hicieran Engels y él de los mexicanos, dando por sentadas incluso ciertas teorías de las razas o las nacionalidades inadmisibles hoy. Pero los grandes hombres descubridores de verdades luminosas, viven a pesar de sus pequeñas faltas, y estas sirven solamente para demostrarnos que son humanos, es decir, seres que pueden incurrir en errores, aún con la clara conciencia de la altura alcanzada por estos gigantes de pensamiento. Es por ello que reconocemos las verdades esenciales del marxismo como incorporadas al acervo cultural y científico de los pueblos y los tomamos con la naturalidad que nos da algo que ya no necesita discusión”²⁶.

Guevara rescataba entonces la necesidad de crear al “hombre nuevo” que había enseñado Ponce, pero como pensaba que era más necesario y vigente que nunca el proyecto de crear la Patria Grande latinoamericana, no celebraba ni compartía el artículo de Marx sobre Bolívar que aquel había publicado para discutir con el populismo.

Quizás por mantener este punto de vista, al final de su vida, en las selvas de Bolivia, el Che llevaba en su mochila guerrillera —junto con su cuaderno de notas militares (ya publicado en 1967 como *Diario de Bolivia*, hoy famoso) y su cuaderno de notas y extractos filosóficos— un cuaderno de poesías. En ese cuaderno verde, donde Guevara reproducía las poesías que más amaba y que tanto lo habían marcado en su experiencia vital, elaborando algo así como su antología personal, encontramos escrita de su puño y letra... “Un canto para Bolívar” de Pablo Neruda²⁷. Si en los campamentos guerrilleros de Bolivia les daba para leer y estudiar a sus combatientes las historias de la guerra de liberación de José de San Martín, Juana Azurduy y otros revolucionarios de 1810²⁸, también llevaba en su mochila el recuerdo incandescente de Simón Bolívar. Guevara además de sanmartiniano y martiano, no cabe duda, era un bolivariano convencido. Sabía bien que en Nuestra América la mejor manera de ser un marxista revolucionario consecuente, incluso a pesar de la apreciación errónea del maestro Marx, es ser bolivariano.

El marxismo bolivariano del siglo XXI

²⁶ Véase Ernesto Che Guevara: “Notas para el estudio de la ideología de la Revolución cubana”. Publicado originariamente el 8 de Octubre de 1960 en La Habana, en la revista *Verde Olivo*. El artículo fue reproducido posteriormente en infinidad de editoriales y sitios. Por ejemplo en Ernesto Che Guevara: *Obras*. La Habana, Casa de las Américas, 1970. Dos tomos. Sin embargo, en algunas ediciones posteriores este párrafo donde el Che Guevara pone distancia crítica frente al injustificado ataque de Marx sobre Bolívar fue inexplicable y sorprendentemente —¿por un error?— suprimido...

²⁷ Véase Ernesto Che Guevara: *El cuaderno verde del Che* [poesías de Pablo Neruda, León Felipe, Nicolás Guillén y Cesar Vallejo]. Prólogo de Paco Ignacio Taibo II. México, Seix Barral-Planeta, 2007. La poesía a Simón Bolívar se encuentra reproducida en pp.82-84.

²⁸ Según nos testimonia Harry Villegas Tamayo, alias Pombo. Véase nuestra entrevista al hoy general cubano, compañero del Che en Sierra Maestra, Congo y Bolivia, en nuestro libro *Che Guevara: El sujeto y el poder*. Buenos Aires, Nuestra América-La Rosa Blindada, 2005.

Varias décadas después del asesinato del Che Guevara a manos de la CIA y el ejército boliviano (porque el Che, conviene recordarlo frente a tanto hipócrita que hoy lo homenaja como si fuera Gandhi o la Madre Teresa de Calcuta, no se murió en su cama de muerte natural ni de un resfrío...) el mensaje insumiso retorna.

El posmodernismo ya tuvo sus dos minutos de fama y sus treinta segundos de gloria. Que en paz descansa, rodeado de tumbas académicas, becas millonarias y las pompas fúnebres de grandes monopolios de (in)comunicación. Sus ventrílocuos locales continúan moviendo las manos y la boca, siguen buscando oídos jóvenes para inculcar resignación y “realismo”, pero ahora casi nadie los escucha.

En Nuestra América vuelven a sonar los tambores de la rebelión. Cada vez se escuchan más cerca. Día a día son menos los que creen que el futuro está debajo de la bandera prepotente de los Estados Unidos de Norteamérica.

Bolívar vuelve a inspirar nuevas rebeldías, las antiguas y otras nuevas que resignifican sus antiguas proclamas de liberación continental incorporando nuevas demandas, derechos y exigencias populares.

Su inspiración contemporánea, a la altura del siglo 21, asume las formas más variadas y los estilos más diversos, atravesando desde los movimientos sociales hasta los sacerdotes tercermundistas, desde los gobiernos bolivarianos hasta la lucha insurgente y guerrillera, desde el presidente Hugo Chávez²⁹ hasta el Movimiento Continental Bolivariano (MCB)³⁰ y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP)³¹. No es casual. Todos se inspiran en Simón Bolívar...

¿Este resurgir de la prédica bolivariana constituye una expresión de “folclore y carnaval latino” y una exótica cortina de humo tropical o expresa la crisis profunda de

²⁹ Véase Antonio Aponte [seudónimo colectivo]: *100 granos de maíz* (varios tomos con los títulos *Fusiles, libros y rosas* y *La hora de los hornos*). Caracas, Fundación Fondo editorial Fabricio Ojeda, 2006, 2007 y 2008; Amílcar Figueroa Salazar: *La revolución bolivariana. Nuevos desafíos de una creación heroica*. Caracas, El Tapial, 2007; Amílcar Figueroa Salazar: *¿Reforma o revolución en América Latina. El proceso venezolano*. México, Ocean Sur, 2009; Menry Fernández Pereyra [director de la Escuela de Guerra del Ejército Venezolano]: *Bases históricas, políticas y filosóficas de la Guerra Popular de Resistencia*. Caracas, Parlamento Latinoamericano, 2009; J.T.Núñez Tenorio: *Bolívar y la guerra revolucionaria (Reencarnar el espíritu de Bolívar)*. Caracas, Ediciones de la presidencia de la República, 2007; Movimiento revolucionario marzo-28: *Bolívar y Marx: Dos pensamientos... un mismo sueño*. Caracas, Escuela Nacional de formación, 2008.

³⁰ Véase *Manifiesto Bolivariano por Nuestra América*. En *Correo Bolivariano*. Caracas, Coordinadora Continental Bolivariana, 2006. pp. 21-24.

³¹ Véase FARC-EP: “Plataforma Bolivariana por la Nueva Colombia”. En AA.VV.: *Manuel Marulanda Velez. El héroe insurgente de la Colombia de Bolívar*. S/datos. 2008; Jesús Santrich: “Bolivarismo y marxismo: Un compromiso con lo imposible” en www.lahaine.org; Jesús Santrich: “Bolívar, la Comuna, Marx y otros ejemplos”. En *Correo Bolivariano*. Caracas, Coordinadora Continental Bolivariana, 2006. pp. 87-88; Iván Márquez y Jesús Santrich [ambos comandantes de las FARC-EP]: *El asesinato del Libertador y la lectura bolivariana de la historia. Un enfoque desde la guerrilla bolivariana de las FARC*. Caracas, s/ datos, 2006. Dado el carácter clandestino e insurgente de estos autores, sus textos, de difícil acceso, no son estudiados en la universidad. Sin embargo, valdría la pena hacerlo... ¿O habrá que esperar otras cuatro décadas, como sucedió con el pensamiento y los escritos de Ernesto Che Guevara, para poder comenzar a leer y estudiar su pensamiento en cátedras, talleres y seminarios?

una manera posmoderna de entender la historia donde únicamente se destacaban las discontinuidades, los cortes absolutos y “el caprichoso, contingente y aleatorio suceder de capas geológicas” (como le gustaba decir a Michel Foucault)? ¿El hecho político y teórico de nuevas luchas sociales actuales que marcan una continuidad explícita y directa con las luchas históricas del pasado no merecería una reflexión de largo aliento y un nuevo programa de investigación dejando atrás los equívocos posestructuralistas de los años '80 y '90?

En el horizonte del siglo 21 vuelve a aparecer el antiguo pero nuevo proyecto integrador de todas las formas de lucha convergiendo en el sueño rebelde de la Patria Grande, una sola gran nación latinoamericana, una revolución socialista a escala continental y mundial. Un proyecto radical cuya nueva racionalidad histórica aspira a sembrar la diversidad multicolor de voces, luchas y rebeldías dentro de un suelo común de hegemonía socialista, antiimperialista y anticapitalista. No es cierto que “desapareció el sujeto”. ¡No! El sujeto vuelve y retorna multiplicado con mucha más fuerza (y menos ingenuidad) que antes.

Dejando atrás el cinismo del doble discurso, el macartismo, la razón de Estado, la demonización y el delgado límite de las protestas “permitidas” (siempre restringidas a tímidas reformas de guetto, fagocitables dentro de las instituciones del sistema); el ejemplo insumiso de Bolívar nos invita a recuperar la vocación de poder —trágicamente «olvidada» o denostada por los nuevos reformismos—, la ética inflexible y la rebeldía indomesticable de los viejos comuneros, los bolcheviques, los combatientes libertarios y comunistas, los partisanos, los maquis, los guerrilleros insurgentes y todos los luchadores y luchadoras del Tercer Mundo.

Si en este Bicentenario Karl Marx anduviera por nuestros barrios, ¿no caminaría al lado nuestro repitiendo con José Martí “*Patria es humanidad*” y llevando en el hombro, también él, su bandera de Bolívar?

Bibliografía

Abella, Gonzalo: *Bolívar para rioplatenses*. Montevideo, Edición digital de la Agencia Bolivariana de Prensa (MCB), 2010. Reeditado con el título *Bolívar: Independencia y lucha social en Nuestra América*. Caracas, Trinchera, 2011.

Academia Nacional de la Historia (de Argentina): *San Martín. Homenaje de la Academia Nacional de la Historia en el centenario de su muerte (1850-1950)* [Volumen colectivo]. Buenos Aires, Editorial Difusión, 1951. Tomo 1.

Acosta Saignes, Miguel: *Cómo repudia una clase social a su Libertador*. Caracas, Ediciones de la presidencia de la República, 2008.

Amin, Samir: *El desarrollo desigual*. Barcelona, Planeta, 1986.

Amin, Samir: *El eurocentrismo. Crítica de una ideología*. México, Siglo XXI, 1989.

Amin, Samir: “De la crítica del racismo a la crítica del euroccidentalismo culturalista”. En Aimé Césaire: *Discurso sobre el colonialismo*. Madrid, Akal, 2006.

Aricó, José: *Marx y América Latina*. Buenos Aires, Catálogos, 1988.

Artigas, José Gervasio: *Obra selecta*. [Selección y prólogo de Lucía Sala de Tourón] Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2000.

Autores varios: *Memorias del Bicentenario. Ponencias, debates y actas del Coloquio Internacional: «La América Latina y el Caribe entre la Independencia de las metrópolis coloniales y la integración emancipatoria»*. La Habana, Casa de las Américas-ALBA Bicentenario, 2011.

Bagú, Sergio: *Economía de la sociedad colonial. Ensayo de historia comparada de América Latina*. Buenos Aires, El Ateneo, 1949.

Bigott, Luis A.: *Otra vez y ahora sí: Bolívar contra Monroe*. Caracas, Trinchera, 2010.

Blanco Fombona, Rufino: *Bolívar, el general San Martín, el pobre Mitre, la República Argentina y América del Sur I y II*. En Viñas, David y García Cedro, Gabriela [compiladores]: *Simón Bolívar* [Antología]. Buenos Aires, Crónica General de América latina, 2007.

Blanco Fombona, Rufino: *El pensamiento vivo de Bolívar*. Buenos Aires, Losada, 1983.

Bolívar, Simón: *Obras Completas*. Caracas, Librería Piñango, 1981-1982. Tres volúmenes.

Bolívar, Simón: *Escritos políticos y sociales*. Buenos Aires, Fundación Marco Avellaneda, 2001.

Bolívar, Simón: *Páginas escogidas*. Caracas, Monte Ávila, 2004.

- Bolívar, Simón: *Ideario político. Once documentos de trascendencia histórica*. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 2007.
- Bolívar, Simón: *Antología*. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 2009.
- Bolívar, Simón: *Doctrina del Libertador* [Antología]. Caracas, El perro y la rana-Biblioteca Ayacucho, 2009.
- Bolívar, Simón: *Escritos anticolonialistas* [Preparación e introducción de Gustavo Pereira]. Caracas, El perro y la rana - Ediciones de la Presidencia de la República, 2010.
- Bolívar, Simón: *Para nosotros la patria es América* [Antología]. Caracas, El perro y la rana-Biblioteca Ayacucho, 2010.
- Bolívar, Simón: *Documentos*. La Habana, ALBA-Casa de las Américas, 2010.
- Bolívar, Simón: *Cartas de Simón Bolívar al fundador de la libertad del Perú José de San Martín*. Buenos Aires, Instituto Nacional Sanmartiniano, 1964.
- Bolívar, Simón: *Resumen sucinto de la vida del general Sucre*. Caracas, Ediciones de la presidencia de la República, 2008.
- Bolívar, Simón y Martí, José: *Tres documentos de Nuestra América* [Antología]. La Habana, Casa de las Américas, 1979.
- Bolívar, Simón y Sáenz, Manuela: *Las más hermosas cartas de amor entre Manuela y Simón (Acompañadas de los «Diarios de Quito y Paíta» así como de otros documentos históricos)*. Caracas, El perro y la rana, 2010.
- Bonasso, Miguel: *La venganza de los patriotas* [novela histórica]. Buenos Aires, Planeta, 2010.
- Bosch, Juan: *Bolívar y la guerra social*. Caracas, El perro y la rana, 2007.
- Brice, Ángel Francisco: *Bolívar visto por Carlos Marx*. Caracas, Academia Nacional de la Historia de Venezuela, 1961.
- Buck-Morss, Susan: *Hegel y Haití. Una interpretación revolucionaria*. Buenos Aires, Norma, 2005.
- Carpentier, Alejo: *El reino de este mundo* [novela histórica]. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2004.
- Castro, Fidel: “Discurso pronunciado en Plaza Bolívar, Ciudad de Bolívar, Venezuela (11/8/2001)”. En Castro, Fidel: *Venezuela y Chávez*. Colombia, Ocean Sur, 2006.
- Caviasca, Guillermo: *La guerra de independencia. Una Revolución posible*. Buenos Aires, Cooperativa Gráfica El Río Suena, 2011.
- Cepeda Cervera, Jaime: *Bolívar republicano*. Bogotá, Ediciones Aurora, 2007.

- Césaire, Aimé: *Discurso sobre el colonialismo*. Madrid, Akal, 2006.
- Colombres Mármol, Eduardo: *San Martín y Bolívar en la entrevista de Guayaquil (A la luz de nuevos documentos definitivos)*. Buenos Aires, Imprenta y casa editora Coni, 1940.
- Congreso Anfictiónico Bolivariano (Junta Buenos Aires): *San Martín hoy. Neocolonialismo y segunda independencia*. Buenos Aires, Siglo 22 ediciones, 1999.
- Chaunu, Pierre: "Interpretación de la Independencia de América Latina" [1963]. En Chaunu, P.; Hobsbawm, Eric y Vilar, Pierre: *La Independencia de América Latina*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1973. Hay otras ediciones que circulan en la web.
- Chávez Frías, Hugo: *El proyecto Nacional Simón Bolívar*. Caracas, Imprenta Nacional, 2007.
- Chiaramonte, José Carlos: *Formas de sociedad y economía en Hispanoamérica*. México, Grijalbo, 1984.
- Chumbita, Hugo: *El secreto de Yapeyú. El origen mestizo de San Martín*. Buenos Aires, Editorial Ross-Fundación América Profunda, 2010.
- Fanon, Frantz: *Los condenados de la tierra*. México, Fondo de Cultura Económica, 1972.
- Federici, Silvia: *Caliban y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid, Traficantes de sueños, 2010.
- Fernández Pereira, Menry [Teniente Coronel del Ejército Bolivariano de Venezuela y director de su Escuela de Guerra]: *Bases históricas, políticas y filosóficas de la «Guerra Popular de Resistencia»*. Caracas, Parlamento Latinoamericano, 2009.
- Frank, Waldo: *Bolívar. Nacimiento de un mundo*. La Habana, Instituto del Libro, 1969. Dos volúmenes.
- Galasso, Norberto: *Seamos libres y lo demás no importa nada. Vida de San Martín*. La Habana, Ciencias Sociales, 2004 (reedición cubana de la edición argentina Buenos Aires, Colihue, 2000).
- Galasso, Norberto: *Mariano Moreno "el sabiecito del sur"*. Buenos Aires, Ediciones del pensamiento nacional, 1994.
- Galasso, Norberto: *La Revolución de Mayo (el pueblo quiere saber de qué se trató)*. Buenos Aires, Ediciones del pensamiento nacional, 1994.
- Galasso, Norberto: *Mariano Moreno y la revolución nacional*. Buenos Aires, Coyoacán, 1963.
- Galeano, Eduardo: *Las venas abiertas de América Latina*. Buenos Aires, Siglo XXI,

1975.

García Márquez, Gabriel: *El general en su laberinto* [novela histórica]. Buenos Aires, Sudamericana, 1989.

Gentiluomo, Federico A. [Mayor de infantería del Ejército argentino]: *San Martín y la provincia de Cuyo. Precursores de la Nación en armas*. Tucumán, Instituto Belgraniano tucumano, 1950.

Giudici, Ernesto: “Marx, Bolívar y la integración latinoamericana”. En *Icaria* N°8, Año 3, Buenos Aires, julio de 1984.

Guerra Vilavoy, Sergio: *Breve historia de América Latina*. La Habana, Ciencias Sociales, 2006.

Guevara, Ernesto Che: *Notas para el estudio de la ideología de la revolución cubana*. En *Obras*. La Habana, Casa de las Américas, 1970. Dos volúmenes.

Herrera Torres, Juvenal: *Simón Bolívar. Vigencia histórica y política*. Medellín, Lealon, 1983. Dos volúmenes.

Herrera Torres, Juvenal: *Bolívar, el hombre de América. Presencia y camino*. Medellín, Convivencias, 2001. Dos volúmenes.

Herrera Torres, Juvenal: *Bolívar y su campaña admirable*. Caracas, Ediciones Convivencias de la Corporación Bolivariana Simón Rodríguez, 2005.

Herrera Torres, Juvenal: *Bolívar, el Ejército y la democracia*. Medellín, Ediciones Convivencias, 2008.

Herrera Torres, Juvenal [compilador]: *Bolívar, Quijote de América* [Antología de ensayos]. Caracas, El perro y la rana, 2007 (1ra. edición Caracas, Coordinadora Continental Bolivariana-CCB, 2005).

Hobsbawm, Eric: *La era de la revolución 1789-1848*. Buenos Aires, Crítica, 1997.

Ibarra Cuesta, Jorge: *Marx y los historiadores ante la hacienda y la plantación esclavistas*. La Habana, Ciencias Sociales, 2008.

James, Cyril Lionel Robert: *Los jacobinos negros (Toussaint L'Ouverture y la revolución de Saint-Domingue)*. La Habana, Casa de las Américas, 2010.

Kohan, Néstor: *Marx en su (Tercer) Mundo. Hacia un socialismo no colonizado*. Buenos Aires, Biblos, 1998.

Kohan, Néstor: *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*. Buenos Aires, Biblos, 2000. En la web aparece bajo el título *Ni calco ni copia*.

Kohan, Néstor: *Nuestro Marx*. Caracas, Misión Conciencia, 2010.

Kohan, Néstor: *Simón Bolívar y la manzana prohibida de la revolución latinoamericana*. Caracas, Editorial Trinchera, 2011.

Kossok, Manfred: *El Virreinato del Río de la Plata. Su estructura económica-social*. Buenos Aires, La Pleyade, 1972.

Larrazábal, Felipe: *Simón Bolívar. Vida y escritos del Libertador* [Prólogo y notas de Rufino Blanco Bombona]. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 2008. Tres volúmenes.

Le Goff, Jacques: *Mercaderes y banqueros en la Edad Media*. Buenos Aires, EUDEBA, 1982.

Lenin, Vladimir Illich: *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. En *Obras Completas*. Buenos Aires, Cartago, 1958-1960. Tomo 22.

Levene, Ricardo: *Las ideas políticas y sociales de Mariano Moreno*. Buenos Aires, Buenos Aires, Emecé, 1948.

Liévano Aguirre, Indalecio: *Bolivarismo y monroísmo*. Caracas, Grijalbo, 2007.

Lynch, John: *San Martín. Soldado argentino, héroe americano*. Buenos Aires, Crítica-Paidós, 2012.

Lynch, John: *Simón Bolívar and the spanish Americans revolutions* [Simón Bolívar y las revoluciones hispanoamericanas]. Londres, History Today, 1983.

Luna, Félix [en realidad esta biografía fue escrita por Miguel Mazzeo, Marisa Gallego y otros historiadores, pero comercialmente circula bajo el nombre de Félix Luna]: *Mariano Moreno*. Buenos Aires, Planeta-La Nación, 2004.

Mandel, Ernest: “La acumulación originaria y la industrialización del Tercer Mundo”. En *Ensayos sobre el neocapitalismo*. México, ERA, 1976.

Marini, Ruy Mauro: *Dialéctica de la dependencia*. México, ERA, 1987.

Márquez, Iván y Santrich, Jesús: *El asesinato del Libertador y la lectura bolivariana de la historia. Un enfoque desde la guerrilla bolivariana de las FARC*. Colombia, Edición digital de la Agencia Bolivariana de Prensa (MCB), 2010.

Martí, José: *Simón Bolívar*. En José Martí: *Páginas escogidas* [Antología]. La Habana, Ciencias Sociales, 1985 [Compilación y estudio preliminar de Roberto Fernández Retamar]. Dos volúmenes.

Martí, José: *San Martín*. En José Martí: *Páginas escogidas* [Antología]. La Habana, Ciencias Sociales, 1985 [Compilación y estudio preliminar de Roberto Fernández Retamar]. Dos volúmenes.

Martí, José: *Nuestra América*. En José Martí: *Páginas escogidas* [Antología]. La

Habana, Ciencias Sociales, 1985 [Compilación y estudio preliminar de Roberto Fernández Retamar]. Dos volúmenes.

Marx, Karl: *Bolívar y Ponte*. Publicado en la revista *Dialéctica* N°1, Buenos Aires, marzo de 1936. pp.1-14. [Revista dirigida por Aníbal Norberto Ponce, traducción del original inglés de Emilio Molina Montes].

Marx, Karl: *Simón Bolívar*. Buenos Aires, Ediciones de hoy, 1959. [Prólogo de S.López Montenegro, seudónimo de Aurelio Samuel Narvaja y/o Enrique Rivera].

Marx, Karl y Engels, Friedrich: *Materiales para la historia de América Latina* [Compilación, notas y estudio preliminar de Pedro Scaron]. México, D. F., Siglo XXI, Colección Cuadernos de Pasado y Presente, N° 30, 1975.

Marx, Karl: *El Capital. Crítica de la economía política*. México, Siglo XXI, 1988. Tres tomos, ocho volúmenes. Particularmente “La llamada acumulación originaria del capital”. Capítulo 24 del Tomo I. Vol.3.

Miranda, Francisco de: *Diarios. Una selección 1771-1800*. Caracas, Monte Ávila, 2007.

Mires, Fernando: *La rebelión permanente. Las revoluciones sociales en América Latina*. México, Siglo XXI, 1988.

Mitre, Bartolomé: *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*. Buenos Aires, El Ateneo, 2010.

Mitre, Bartolomé: *Historia de San Martín I y II*. En Viñas, David y García Cedro, Gabriela [compiladores]: *Simón Bolívar* [Antología]. Buenos Aires, Crónica General de América latina, 2007.

Mitre, Bartolomé: *Arengas* [Discursos, alegatos y proclamas pronunciados entre 1848 y 1902]. Buenos Aires, Biblioteca de «La Nación», 1902.

Mitre, Bartolomé: *La guerra de las republiquetas. Las guerrillas en la lucha por la independencia nacional* [Selección y prólogo de Raúl Larra]. Buenos Aires, Lautaro, 1965.

Monteagudo, Bernardo de: *Escritos políticos*. Buenos Aires, Planeta, 2009.

Moreno, Mariano: *Plan revolucionario de operaciones*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1975.

Moreno, Mariano: *Plan de operaciones*. Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional, 2007. [Este volumen incorpora las primeras intervenciones en la polémica sobre la autenticidad o falsedad de esta obra].

Moreno, Mariano: *Plan de operaciones y otros escritos*. Buenos Aires, Terramar, 2010.

Mutis, Álvaro: *El último rostro* [cuento histórico sobre Bolívar que inspiró la novela histórica de Gabriel García Márquez *El general en su laberinto*]. Madrid, Siruela, 1990.

Neruda, Pablo: *Guayaquil (1922)*. En Viñas, David y García Cedro, Gabriela [compiladores]: *Simón Bolívar* [Antología]. Buenos Aires, Crónica General de América latina, 2007.

Novayo, Julio C.: *Mariano Moreno, Secretario de guerra. Los ejércitos auxiliares al mando de Belgrano y Castelli*. Buenos Aires, Anteo, 1966 [segunda edición ampliada Buenos Aires, Cartago, 1984].

Núñez Tenorio, J.R.: *Bolívar y la guerra revolucionaria. Reencarnar el espíritu de Bolívar*. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 2007.

O'Leary, Daniel Florencio: *Bolívar y la emancipación de Sur-América. Memorias del general O'Leary* [Traducidas del inglés por su hijo Simón O'Leary]. Caracas, Imprenta El Monitor, 1883-1888. La edición original consta de 32 volúmenes. Hay otra edición Madrid, Sociedad española de librería, 1915. Se pueden consultar por separado en la web: <http://archive.org/details/memoriasdelgene02venegoog>

O'Donnell, Pacho: *Juana Azurduy. La teniente coronela. (La reveladora historia de la primera mujer que comandó tropas en el Ejército Argentino)*. Buenos Aires, Planeta, 1994.

Pabón Nuñez, Lucio: *El pensamiento político del Libertador*. Bogotá, Ariel, 1997.

Palacios, Alfredo: *Nuestra América y el imperialismo*. Buenos Aires, Palestra, 1961.

Peña, Milcíades: *Historia del pueblo argentino* [Antología que reúne todos los cuadernos de historia de *Fichas*]. Buenos Aires, Emecé, 2012.

Pietri, Juan Usler: *La Rebelión Popular de 1814*. Caracas-Madrid, Edime, 1972.

Pividal, Francisco: *Bolívar: Pensamiento precursor del antiimperialismo*. Caracas, Fondo Cultural del ALBA, 2006.

Pividal, Francisco: *Simón Bolívar*. La Habana, Casa de las Américas, 1989.

Polanco Alcántara, Tomás: *Miranda*. Venezuela, Gobernación del Estado de Miranda, s/fecha.

Pontecorvo, Gillo: «*Queimada*» [Italia-Francia, 1969, film sobre la lucha anticolonialista en Nuestra América, con guión histórico (ficcionalizado) de Franco Solinas, Giorgio Arlorio y su director, Gillo Pontecorvo].

Puiggrós, Rodolfo: *La época de Mariano Moreno*. Buenos Aires, Punto Crítico, 2012.

Quintero, Inés y Acosta, Vladimir: *El Bolívar de Marx*. Caracas, Alfa, 2007.

Ramos, Jorge Abelardo: “Bolivarismo y marxismo”. En *El marxismo de Indias*. Barcelona, Planeta, 1973.

Ramos, Jorge Abelardo: *Historia de la Nación Latinoamericana*. Buenos Aires, Peña

Lillo-Continente, 2011.

Robespierre, Maximilien: *Por la felicidad y por la libertad. Discursos*. Madrid, El Viejo Topo, 2005.

Rodó, José Enrique: *Simón Bolívar*. En Viñas, David y García Cedro, Gabriela [compiladores]: *Simón Bolívar [Antología]*. Buenos Aires, Crónica General de América latina, 2007.

Rodríguez, Simón: *Inventamos o erramos [Antología]*. Caracas, Monte Ávila, 2004.

Ruiz Guiñazu, Enrique: *Epifanía de la libertad. Documentos secretos de la revolución de mayo*. Buenos Aires, Nova, 1952.

Rumazo González, Alfonso: *Francisco de Miranda. Protolíder de la independencia americana (Biografía)*. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 2008.

Rumazo González, Alfonso: *Manuela Sáenz. La libertadora del Libertador. (Biografía)*. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 2007.

Salcedo-Bastardo, J.L.: *Bolívar: Un continente y un destino*. Cali, Comité Ejecutivo del Bicentenario de Simón Bolívar, 1982.

Salcedo-Bastardo, J.L.: *Un hombre diáfano. Vida de Simón Bolívar para los nuevos americanos*. Caracas, Ediciones Sidor, 1994.

San Martín, José de: *Escritos humanísticos y estratégicos [Correspondencia, oficios, órdenes militares, circulares y máximas a su hija]*. Buenos Aires, Universidad Nacional San Martín – Emecé Bicentenario, 2010.

Santrich, Jesús: “Bolívar, Marx y la Comuna”. En *Correo Bolivariano, órgano de la Coordinadora Continental Bolivariana (CCB)*. Caracas, Agencia Bolivariana de Prensa (ABP), 2006.

Santrich, Jesús: *Bolivarismo y marxismo, un compromiso con lo imposible*. Colombia, Edición digital de la Agencia Bolivariana de Prensa (MCB), 2008.

Santrich, Jesús: *El grito de independencia o la concreción del sueño del Libertador*. Colombia, Edición digital de la Agencia Bolivariana de Prensa (MCB), 2010.

Scenna, Miguel Angel: “El desencuentro de Guayaquil”. En Revista *Todo es Historia*, Buenos Aires, 1968. Suplemento N°5.

Senado de la Nación Argentina: *La guerra de independencia*. Tomo 14 de la *Biblioteca de Mayo. Colección de Obras y Documentos para la Historia Argentina*. [Volumen que contiene fuentes primarias y facsímiles de los documentos originales de la formación del Ejército patriota en el Río de la Plata y de las primeras expediciones de los “Ejércitos Auxiliadores de los Pueblos” que combatieron en Chile, Alto Perú, Paraguay y la Banda Oriental]. Buenos Aires, Edición especial en homenaje al 150 aniversario de la revolución de mayo de 1810, 1963.

Soler, Ricaurte: *Idea y cuestión nacional latinoamericanas. De la Independencia a la emergencia del imperialismo*. México, Siglo XXI, 1987.

Soler, Ricaurte: *Clase y nación. Problemática latinoamericana*. Barcelona, Fontamara, 1981.

Shulgovski, Anatoli: *Bolivarismo y monroísmo*. En Herrera Torres, Juvenal [compilador]: *Bolívar, Quijote de América* [Antología de ensayos]. Caracas, El perro y la rana, 2007.

Tambs, Lewis Arthur; Sumner Jr., Gordon, Jordan, David: *Documento Santa Fe IV. Latinoamérica hoy*. Washington, Edición de James P. Lucier, 2000.

Terragno, Rodolfo: *Maitland & San Martín. Un plan secreto que estuvo 184 años oculto y cuya revelación cambia la historia de la campaña libertadora*. Buenos Aires, Sudamericana, 2012.

Valencia Tovar, Álvaro [General del Ejército de Colombia]: *El ser guerrero del libertador*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1980 (reeditado en Colombia, Imprenta del Bloque Martín Caballero de las FARC-EP, 2000).

Vicuña Mackena, B.: *Simón Bolívar*. En Herrera Torres, Juvenal [compilador]: *Bolívar, Quijote de América* [Antología de ensayos]. Caracas, El perro y la rana, 2007.

Vilar, Pierre: “La participación de las clases populares en los movimientos de Independencia de América latina” [1965]. En AAVV: *La Independencia en el Perú*. Perú, Instituto de Estudios Peruanos-IEP, 1972. Hay otras ediciones que circulan en la web.

Vitale, Luis: *De Bolívar al Che. La larga marcha por la unidad y la identidad latinoamericana*. Buenos Aires, Pladesec, 2002.

Wasserman, Fabio: *Juan José Castelli. De súbdito de la corona a líder revolucionario*. Buenos Aires, Edhasa, 2011.

Índice

* **Memoria y resistencia** (Prólogo de Néstor Kohan)

Una nueva lectura de la historia

- ¿Quiénes somos?
- ¿Por qué discutir el pasado?
- Dificultades para una visión alternativa de la historia
- Tradición, cultura y valores en la concepción materialista de la historia
- El regreso de Bolívar, nuestro contemporáneo
- Bolívar, un rebelde del siglo 21
- El falso Bolívar de la estatua
- Bolívar internacionalista, enemigo del Imperio

Sociedad colonial y resistencia en Nuestra América

- La feroz y salvaje conquista europea de América
- La crueldad y la avaricia del Dios europeo
- Las mujeres como botín de guerra del colonialismo europeo
- España y la esclavitud del capitalismo colonial
- Nuestra América: capitalismo dependiente en el sistema mundial
- La sociedad de Venezuela en el siglo 18
- José Leonardo Chirino y las luchas insurgentes preindependencia
- Las fuerzas sociales en las guerras de emancipación
- Tupac Amaru y las resistencias populares frente al eurocentrismo
- La historia latinoamericana y sus múltiples conflictos sociales
- Independencia latinoamericana: ¿Fueron revoluciones?
- Clases dominantes y revoluciones inconclusas
- Voluntades colectivas y violencia popular
- Bolívar, hijo de la rebeldía popular de Nuestra América
- Napoleón, un expansionismo colonial y burgués
- Napoleón y la monarquía española
- Diferencias entre Napoleón Bonaparte y Simón Bolívar

Mantuanos y revolucionarios

- ¿Quién es y qué representa Bolívar?
- La familia Bolívar y los mantuanos
- La infancia del futuro libertador
- Simón Rodríguez: pedagogía sobre el joven Simón
- La ideología de Simón Rodríguez
- El joven Simón Bolívar y los viajes a Europa
- Dilemas de la revolución burguesa europea
- Estados Unidos, 1776 y... Monroe
- América Latina entre fuegos

La hora del fuego

- Haití y Toussaint L'Ouverture encienden la llama
- Francisco de Miranda, el sueño de la Patria Grande
- Miranda: su ideología y sus proyectos
- 1810, reguero de pólvora e inicio de la revolución continental
- Mariano Moreno, de los pueblos originarios a Rousseau
- Mariano Moreno y su «*Plan revolucionario de operaciones*»
- El programa político-militar de Mariano Moreno
- El horror de la burguesía frente a Moreno
- “Esos perversos insurgentes”
- Castelli, orador de la revolución
- Monteagudo, un mulato extremista
- José Gervasio Artigas y la insurrección de la Banda Oriental
- Antonio Nariño y la batalla ideológica en la Nueva Granada
- Bolívar en la *Sociedad Patriótica* de Caracas
- El humanismo revolucionario de Bolívar y Moreno

Primeros intentos fallidos

- Bolívar, Miranda y la primera República
- La capitulación de Miranda y la caída de la primera República
- Aprender de la derrota: Bolívar, el hombre de las dificultades
- Manifiesto de Cartagena
- El plan de Bolívar: invadir Venezuela
- La *Campaña Admirable* del Ejército Libertador
- El triste papel de Santander
- Entrada triunfal a Caracas: mito y realidad
- Bolívar, la Patria Grande frente al localismo

Guerra, revolución y lucha de clases

- Guerra a muerte contra los tiranos
- El mundo popular y las guerrillas
- Orígenes de la “guerra social”
- La guerra social
- José Tomás Boves
- Boves, la guerra de clases y la reflexión de Bolívar
- La iglesia oficial contra Bolívar y la independencia
- Bolívar y el sacerdote Bartolomé de las Casas
- Las guerrillas en el oriente venezolano

Una revolución continental

- “Nuestra patria es América” contra el regionalismo
- El feroz Morillo
- Europa y América en 1815
- La Carta de Jamaica

- El pensamiento económico de Bolívar
- La solidaridad de Haití
- La rebeldía margariteña

El pueblo en armas

- La liberación de los esclavos
- La doctrina revolucionaria del *pueblo en armas*
- El regionalismo venezolano
- La estrategia de Simón Bolívar
- El pensamiento filosófico de Simón Bolívar
- La concepción antropológica y pedagógica de Bolívar
- El proyecto libertario de Bolívar
- El “delirio de Casacoima” y la utopía de la revolución latinoamericana
- El vínculo Bolívar-Piar
- Bolívar y los derechos humanos
- La relación de Bolívar con Antonio José de Sucre
- Francisco de Paula Santander, la maniobra leguleya
- El separatismo localista de Santander
- José Antonio Páez, el león de Apure
- La guerra de los llaneros como fuerza social
- Dirección unificada de la guerra de independencia
- Batalla de La Puerta

David contra Goliat

- Bolívar ante la “neutralidad” de EEUU
- El Libertador frente a la “democracia” esclavista de EEUU
- Los yanquis frente a Bolívar
- Los extranjeros en la guerra de independencia
- El Congreso de la Angostura
- El pensamiento constitucional, político e institucional de Bolívar
- La mirada de Bolívar sobre la industria nacional
- Bolívar frente a Morillo y liberación de Nueva Granada
- Proclama de Bolívar al pueblo granadino
- Batalla de Boyacá y creación de Colombia
- La situación en Santa Fe de Bogotá antes de que llegue Bolívar
- Conflictos en La Angostura
- El sueño de la Gran Colombia
- La respuesta enemiga... ¿La independencia fue “un regalo”?
- Bolívar frente a los españoles en América
- Bolívar en el retrato de O’Leary
- La liberación de Venezuela
- Batalla de Carabobo
- Constitución de Cúcuta... ¿democracia con esclavos?
- Las dificultades de Pasto

Rumbo al sur

- Batallas de Pichincha y Bombona, rumbo... al sur
- Manuela Sáenz, La libertadora del Libertador
- Mujer, lucha armada y revolución
- Juana Azurduy y la guerra de las “republicuetas”
- Güemes y la guerrilla de los gauchos montoneros

Bolívar y San Martín

- Las rivalidades
- Mitos y leyendas
- El falso San Martín
- ¿Quién era San Martín?
- El Che Guevara sobre estrategia de San Martín
- Liberación del Perú
- ¿Liberación o represión interna?
- La entrevista de Guayaquil
- Sujeto político y alianzas de clase
- La cuestión popular indígena
- El proyecto en común

El internacionalismo

- Bolívar en el Perú
- Batalla de Junín
- Batalla de Ayacucho, un combate internacionalista
- Leyes sobre la tierra y el mundo de los pueblos originarios
- Pactos de fraternidad entre Colombia, Perú y México
- Oposición de Bernardino Rivadavia a la Unidad latinoamericana
- Bolívar rumbo a Bolivia, abrazando al sur
- Bolívar y Argentina, desde Bolivia
- Bolivia, nueva pedagogía y Constitución
- El pensamiento político en la Constitución de Bolivia

El águila, el león y sus ayudantes locales

- La Unión Latinoamericana contra el panamericanismo
- El Congreso Anfictiónico
- Rivadavia y la oposición contra el Congreso Anfictiónico
- ¿En qué consiste el proyecto de la Patria Grande?
- Los yanquis sobre el Congreso de Panamá
- Nuestra América en la mirada imperial de Inglaterra y EEUU
- El monroísmo (de ayer y de hoy)
- Regionalismo y confusión política
- ¿Bolívar emperador?
- ¿Bolívar rey?
- Ruptura entre Bolívar y la burguesía liberal

- Santander contra Bolívar
- Ruptura definitiva Santander-Bolívar

Un loco y su ejército de negros

- EEUU contra “*un loco y su ejército de negros*”
- EEUU e Inglaterra en la fragmentación de Nuestra América
- Los caudillos regionalistas contra Bolívar
- La aristocracia peruana contra Bolívar
- La Convención de Ocaña

Un fantasma recorre Nuestra América

- Matar a Bolívar
- La campaña de desprestigio
- El adiós
- El asesinato de Sucre
- Conjura contra Bolívar y Sucre, plan contrarrevolucionario
- Bolívar: ¿Hacer política para enriquecerse?
- El final: crónica de una muerte anunciada
- ¿Muerte natural o asesinato del Libertador?
- Manuela en defensa de Bolívar
- Simón Rodríguez sobre Bolívar
- El desprecio de las burguesías contra Bolívar
- Bolívar combatiente y dirigente político
- ¿Fracasó Bolívar?
- ¿Qué significa “triunfar” en la historia?
- El amor de los pueblos, el odio del imperio
- El sueño de Simón Bolívar, Quijote de la Patria grande

*** Apéndice I**

Rodolfo Walsh: «*Un ensayo sobre San Martín*» (Presentación de Néstor Kohan)

*** Apéndice II**

Del «Bolívar» de Karl Marx al marxismo bolivariano del siglo XXI (Néstor Kohan)

Texto de presentación y contraportada

El interés por nuestra historia crece día a día. Resulta ineludible pensar el Bicentenario a escala continental, no de modo aislado, país por país. Eso implica desmontar la historia oficial, de matriz eurocéntrica. Romper con la mirada colonial y provinciana de Nuestra América. A contramano del abandono posmoderno del supuesto “*mito del origen*” y de una globalización imperial que nos ningunea, resurgen una y otra vez las preguntas por nuestra identidad, la reconstrucción de nuestras luchas, la búsqueda del sentido... Mientras los pueblos aspiran a identificarse con los rebeldes del pasado, las conmemoraciones oficiales del Bicentenario han sido apoloéticas y complacientes. Las burguesías sólo pretenden legitimarse. Cualquiera sea la marca del calendario lo que persiste es la discusión sobre la historia. Necesitamos liberar con urgencia el pasado para abrazar el porvenir.

Este libro sobre Simón Bolívar y nuestras guerras de independencia se propone abordar esas discusiones pendientes. Polemiza con discursos académicos pero está pensado al mismo tiempo para la militancia popular y la juventud. La investigación intenta ubicar a Bolívar, San Martín, Mariano Moreno y otros libertadores como parte de un proyecto revolucionario todavía inconcluso e inacabado. Se recorren los escritos, las proclamas y la abundante correspondencia de Simón Bolívar, así como otros documentos históricos, buscando el hilo rojo que guió el sueño de la primera independencia. El igualitarismo social que convocó a romper las cadenas de los esclavos negros y terminar con la servidumbre de los pueblos originarios, procesos insertos en la doctrina político-militar de la guerra revolucionaria del pueblo en armas que permitió triunfar sobre el colonialismo europeo. Rescatados de estatuas, sarcófagos, billetes y fríos panteones, Simón Bolívar y sus entrañables compañeros adquieren en estas páginas un rostro vivo, juvenil, insurgente y revolucionario, imprescindible para concretar en el futuro la Patria Grande y el socialismo.